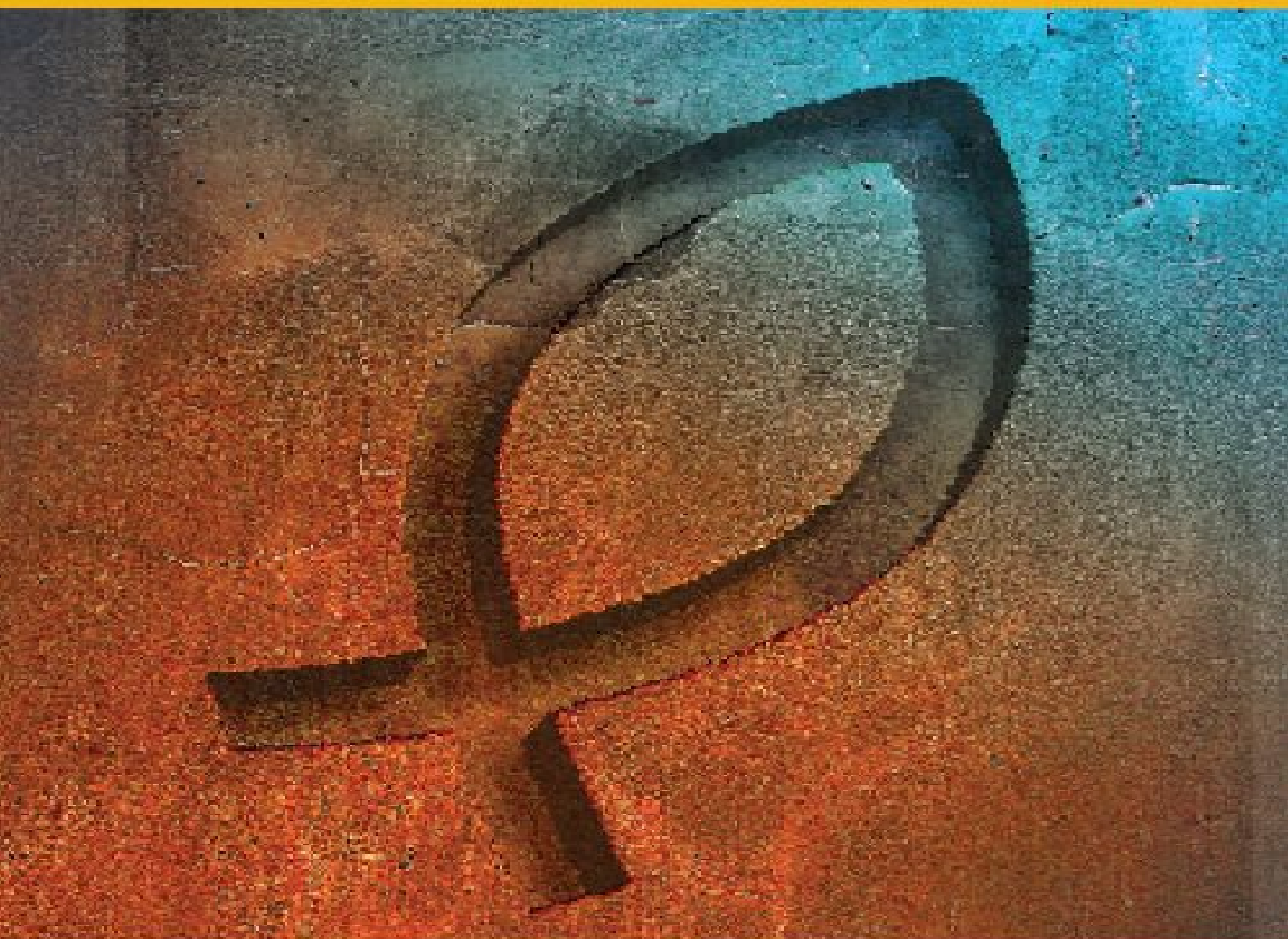


Las parábolas de JESÚS

UNA GUÍA PARA ENTENDER Y APLICAR
LAS ENSEÑANZAS DE JESÚS



 Editorial Vida

Dr. R.T. Kendall

Las parábolas de
JESÚS

Dr. R.T. Kendall



A
Arthur, Pete,
O. S. y Graham.

Contenido

Title Page

Prefacio

Prólogo

Capítulo 1: ¿Por qué parábolas?

Capítulo 2: La parábola del sembrador

Capítulo 3: La parábola de la semilla de mostaza

Capítulo 4: La parábola de la levadura

Capítulo 5: La parábola del tesoro escondido

Capítulo 6: La parábola de la perla de gran valor

Capítulo 7: La parábola de la red de pescar

Capítulo 8: La parábola del dueño de una casa

Capítulo 9: La parábola de los odres

Capítulo 10: La parábola del maltrato del reino

Capítulo 11: La parábola de la planta desarraigada

Capítulo 12: La parábola de los dos deudores

Capítulo 13: La parábola de las señales y la levadura

Capítulo 14: La parábola del primero entre iguales

Capítulo 15: La parábola de una religión como de niños

Capítulo 16: La parábola del siervo inmisericorde

Capítulo 17: La parábola del buen samaritano

Capítulo 18: La parábola del rico insensato

Capítulo 19: La parábola de «la espera»

Capítulo 20: La parábola de la higuera sin fruto

Capítulo 21: La parábola de la viña

Capítulo 22: La parábola del invitado petulante

Capítulo 23: La parábola del gran banquete

Capítulo 24: La parábola del banquete de bodas

Capítulo 25: Las parábolas de la oveja perdida y la moneda perdida

Capítulo 26: La parábola del hijo pródigo

Capítulo 27: La parábola del hermano mayor

Capítulo 28: La parábola del mayordomo sagaz

Capítulo 29: La parábola del rico y Lázaro

Capítulo 30: La parábola de la viuda persistente

Capítulo 31: La parábola de los dos hombres que oraban

Capítulo 32: La parábola de las diez minas

Capítulo 33: La parábola de los talentos

Capítulo 34: La parábola de las diez vírgenes

Capítulo 35: La parábola de las ovejas y los cabritos

About the Author

Copyright

About the Publisher

Notas

Prefacio

La serie final de mi predicación los domingos por la mañana en la capilla Westminster, las parábolas de Jesús, es el libro que ahora usted tiene en sus manos. Ha sido editado por Tim Pettingale, que lo ha puesto en forma legible. Esto quiere decir que el sermón final como tal que prediqué en la capilla es el capítulo final de este libro: «La parábola de las ovejas y los cabritos». Sentí un nudo en la garganta, puro sentimiento y nostalgia, al leerlo, sabiendo de nuevo que significaba el fin de una era que todavía me hace sentir indigno de haber estado allí.

Recuerdo que el Dr. Martyn Lloyd-Jones me dijo una vez que había pospuesto por años predicar una serie sobre Romanos porque estaba esperando entender Romanos 6. Pero yo me vi obligado a tomar un enfoque diferente. Siempre pensé que si entendía la parábola del mayordomo astuto (Lucas 16:1-12) la más difícil de todas (por lo menos para mí), tendría el valor para empezar una serie sobre las parábolas de Jesús. Pero me sentía obligado a empezarlas de todas maneras, empresa que asusta en verdad. Y así, cuando llegó el tiempo para abordar esta parábola en particular, isentí que tuve una maravillosa apertura!

Durante mi tiempo en la Capilla cultivé estrecha amistad con cuatro hombres especiales: Arthur Blessit, Pete Cantrell, O. S. Hawkins y Graham Ferguson Lacey. Nos llamábamos *La pandilla de los cinco*. Nos divertimos de lo lindo y tuvimos compañerismo, risas y lágrimas, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos. Dedico con profundo cariño este libro a estos cuatro tan altamente estimados amigos y siervos de Cristo. «El hierro afila al hierro», y ellos me han refinado y bendecido más de lo que jamás sabrán.

Oro al Dios Todopoderoso que aplique su Espíritu a su mente y corazón al leerlo, y que este libro marque una diferencia significativa en su vida. Que Dios los bendiga.

Dr. R. T. Kendall

Cayo Largo, Florida.

www.rtkendallministries.com

Prólogo

Hay dos razones por las que con alegría siempre recomiendo lo más ampliamente que puedo los escritos del Dr. R. T. Kendall.

Primero, R. T. es original con la mejor clase de originalidad. Su punto más fuerte es su disposición a volver a pensar y hurgar hondo en las Escrituras. Un pensador original es, por extraño que sea decirlo, el que se apega estrechamente a la información original y edifica sobre ella, antes que basar sus ideas en lo que otros han dicho en cuanto a la información. Un pensador original no fabrica nuevos relatos para hacer un edificio que ya tiene varios pisos. Vuelve a los cimientos y edifica el primer piso de nuevo. R. T. está hecho de tal manera que le gusta volver a las Escrituras antes que volver a lo que otros han dicho en cuanto a las Escrituras. Aquí nos ayuda a comprender las parábolas que Jesús relató retándonos a mirarlas de nuevo de una manera fresca y, en lugar de reemplazar nuestro propio pensamiento, nos ayuda a pensar respecto a ellas por nosotros mismos. En este respecto los escritos de R. T. nos ayudan más que una docena de otros que siguen el molde más tradicional.

En segundo lugar, R. T. tiene un firme concepto de lo que yo llamaría «el tiempo presente» de la salvación cristiana; es decir, el proceso de ser progresivamente liberado de las influencias del pecado y Satanás. Los escritores cristianos tienen la tendencia de enfocar en el «tiempo pasado» de la salvación (ser «salvos», en el sentido tradicional del término) y en el «tiempo futuro» de la salvación (llegar al cielo y recibir la recompensa eterna). Pero la Biblia dedica mucho de su espacio al tiempo presente de la salvación; ¡y R.T. hace lo

mismo!

La teología de R. T. es sobresaliente porque es teología *predicada*, teología de iglesia; es la probada y certificada Palabra de Dios aplicada de una manera popular. Allí es donde debe estar la teología; no en las manos de los obispos en los palacios, ni de los monjes en los monasterios, ni de eruditos en las universidades, sino en las manos de los predicadores que están en contacto con el pueblo de Dios. Elevo la oración de Jacob para este libro y todas las obras de R. T.: como los hijos de José, «que crezcan para ser una multitud en medio de la tierra».

Dr. Michael Eaton

Nairobi, Kenya

Enero de 2004

Capítulo 1

¿Por qué parábolas?

Los discípulos se acercaron y le preguntaron:

—¿Por qué le hablas a la gente en parábolas?

—A ustedes se les ha concedido conocer los secretos del reino de los cielos; pero a ellos no. Al que tiene, se le dará más, y tendrá en abundancia. Al que no tiene, hasta lo poco que tiene se le quitará. Por eso les hablo a ellos en parábolas: «Aunque miran, no ven; aunque oyen, no escuchan ni entienden».

Mateo 13:10-13

Jesús le dijo a la multitud todas estas cosas en parábolas. Sin emplear parábolas no les decía nada. Así se cumplió lo dicho por el profeta: «Hablaré por medio de parábolas; revelaré cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo».

Mateo 13:34-35

Como introducción a este libro quiero hacer dos preguntas: primera, ¿por qué he escrito acerca de cada una de las parábolas de Jesús en este libro? La respuesta es que un día se me ocurrió así porque sí durante mi tiempo devocional que debía predicar sobre las parábolas. No puedo decir que me entusiasmó el pensamiento al principio. *No, no. No pienso que entiendo las parábolas.* Nunca antes había tenido gran ambición de predicar sobre ellas, aunque siempre esperaba poder entenderlas, pero no sentía ninguna *compulsión* para predicar sobre ellas. Había sentido esto una vez antes, cuando el Señor me atrajo al libro de Santiago. Aunque sentía que había algunos versículos que no entendía para nada, el Señor me obligó a empezar a predicar sobre Santiago, y conforme lo hacía Dios me dio la revelación que necesitaba.

Prediqué sobre casi todas las parábolas durante mi tiempo en la Capilla Westminster, y ahora la serie de mensajes que prediqué han sido compilados para formar este libro. Como con el libro de Santiago, cuando empecé a predicar sobre las parábolas partí de una posición de no aducir entender plenamente todo lo que Dios quería revelar. Mi oración era que conforme estudiábamos juntos la enseñanza de Jesús aprenderíamos juntos más acerca de él. Las parábolas aparecen en este libro en el mismo orden en que aparecen en los Evangelios Sinópticos.

Mi segunda pregunta es esta: ¿por qué Jesús usó parábolas? Hablaremos de la respuesta a esa pregunta en el resto de este capítulo, y eso pondrá el cimiento para todo lo que vendrá luego.

Se puede definir una parábola como un relato sencillo que ilustra una verdad profunda. Decir parábolas era la manera principal que Jesús usaba para ayudar a sus seguidores a captar verdades espirituales. Estaba construyendo un puente de lo natural a lo espiritual. Era la manera en que Jesús ayudaba a la gente a hacer la transición que cada uno de nosotros debe hacer todos los días de la vida, pasar del nivel natural de la vida al nivel espiritual de la vida. Jesús reveló estas nociones mediante parábolas para que aquellos para quienes la verdad estaba dirigida pudieran saber el significado, pero para que las personas para quienes *no* estaba dirigida *no la entendieran*.

Para entender mejor por qué Jesús enseñó en parábolas, miraremos:

- el propósito de las parábolas
- la promesa de las parábolas
- la paradoja de las parábolas
- los tres principios de las parábolas

Propósito de las parábolas

Los discípulos de Jesús le preguntaron: «¿Por qué le hablas a la gente en parábolas?» Al responder a esa pregunta podemos pensar que fue en parte para animarnos a persistir cuando no entendemos algo; que las parábolas fueron diseñadas para probar nuestra seriedad al buscar las cosas de Dios. Eso puede ser parcialmente cierto, pero pienso que hay cinco razones clave por las que Jesús habló en parábolas:

1. Para sembrar semilla

Jesús usó las parábolas para sembrar semilla espiritual. Su enseñanza tenía un propósito de largo alcance: sembrar en las vidas de las personas semillas que más tarde crecerían y darían fruto. Las semillas necesitan tiempo para crecer. Jesús no esperaba que sus seguidores captaran al instante todo lo que él estaba diciendo, así que dio campo para un entendimiento paulatino. Sembró en su mente semillas que crecerían y con el tiempo proliferarían cuando el tiempo fuera apropiado. En algunos casos pudiera haber llevado años hasta que llegara ese entendimiento—mucho tiempo después de Jesús haberse ido—pero la semilla que él había sembrado llevaría fruto de todos modos.

Es asombroso ver cómo se refleja esto en la Biblia. Jesús pasó tres años con sus discípulos, enseñándoles y entrenándoles personalmente. Sin embargo, incluso después de tres años de oír las parábolas de Jesús en persona, ellos todavía no entenderían sino muchos años más tarde mucho lo que les estaba enseñando.

Después de que Jesús murió crucificado y resucitó, se apareció a sus discípulos por otros cuarenta días, y ni siquiera al final de ese tiempo estos habían captado el punto principal de por qué vino Jesús. Le preguntaron: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino a Israel?» (Hechos 1:6). Jesús pudiera haberse quedado viéndolos y decirles: «No puedo creer que me estén preguntando eso. Nunca dije que yo iba a restaurar el reino a Israel. ¿Qué les hizo pensar eso? ¿De qué trataba mi Sermón del Monte? Trataba del Espíritu. ¿De qué se trata el Reino de los Cielos? ¡Se trata del Espíritu!

Puede ser sorpresa para nosotros darnos cuenta de que hay mucho en nuestra vida que tampoco entendemos, pero Jesús desea sembrar en nuestra vida semilla mediante su enseñanza

que con el tiempo dará fruto y nos dará entendimiento.

2. Para salvaguardar los secretos del reino

En respuesta a la pregunta de sus discípulos Jesús respondió: «A ustedes se les ha concedido conocer los secretos del reino de los cielos; pero a ellos no» (Mateo 13:11). En primer lugar, Dios nos permite saber un secreto: ¡que él tiene un secreto! Dios puede guardar un secreto, pero también puede escoger revelarlo a quien quiere. Las parábolas estaban diseñadas para desdoblar los secretos para aquellos que él quería que los oyeran, y para ocultarlos de aquellos que él no quería que lo supieran.

¿Por qué va a querer Dios guardar secretos? Por tres razones. Primera, para mantener al diablo a oscuras. Por ejemplo, Dios escogió oscurecer sus planes en cuanto a su Mesías para evitar que el diablo interfiriera. Nadie jamás entendió las profecías del Antiguo Testamento acerca de Jesús sino hasta después que se cumplieron. Nadie jamás podría figurarse como la profecía respecto a Belén pudiera ser correcta, o por qué se decía que el Mesías crecería en Nazaret. Las profecías no tuvieron significado sino hasta después que los hechos sucedieron; entonces fueron obvias. Las parábolas son muy similares a eso. Leemos en 1 Corintios 2:8 que «Ninguno de los gobernantes de este mundo la entendió, porque de haberla entendido no habrían crucificado al Señor de la gloria». La muerte de Jesús para salvar al ser humano fue el secreto de Dios mejor guardado. Envío a su Hijo para morir en una cruz por nuestros pecados, pero los poderes del mal no tenían idea de lo que estaba sucediendo sino cuando fue demasiado tarde.

Dios guarda secretos a fin de mantener a oscuras a los que no son espirituales o están «en la carne». Jesús dijo:

Por eso les hablo a ellos en parábolas: «Aunque miran, no ven; aunque oyen, no escuchan ni entienden». En ellos se cumple la profecía de Isaías: «Por mucho que oigan, no entenderán; por mucho que vean, no percibirán. Porque el corazón de

este pueblo se ha vuelto insensible.

Mateo 13:13-15

Jesús vio los corazones endurecidos contra Dios. Dios entregó a esas personas a sus propios recursos porque rehusaron escucharle a él y a su Hijo. Escogió permitirles que siguieran sus propios deseos, que se alejaran de él con corazones encallecidos.

Dios guarda secretos para revelarlos en el tiempo apropiado a las personas para quienes están destinados. En el tiempo apropiado él los revela a las personas cuyos corazones están buscándolo. El poder de la Palabra de Dios es tal que puede alcanzar a las personas a quienes se dirige y con todo estar escondida para los que no están dispuestos a recibirla. Las parábolas están diseñadas de esta manera: para alcanzar a unos y mantener a otros a oscuras. Jesús, por consiguiente, hace una distinción entre estos dos grupos al explicar el porqué de las parábolas a sus propios seguidores íntimos.

3. Para destacar la soberanía de Dios

La soberanía de Dios tiene que ver con el derecho inherente de Dios para dar o no dar misericordia. Dios le dijo a Moisés en Éxodo 33:19: «Te daré a conocer mi nombre. Y verás que tengo clemencia de quien quiero tenerla, y soy compasivo con quien quiero serlo». El apóstol Pablo repite esto en Romanos 9:15 y concluye: «Por lo tanto, la elección no depende del deseo ni del esfuerzo humano sino de la misericordia de Dios» (versículo 16). De modo similar esta verdad se refleja en la enseñanza de Jesús mediante parábolas. En Juan 3:8 Jesús describió la soberanía de Dios diciendo: «El viento sopla por donde quiere, y lo oyes silbar, aunque ignoras de dónde viene y a dónde va. Lo mismo pasa con todo el que nace del Espíritu».

Esto quiere decir que no se puede hacer que el Espíritu Santo haga lo que se nos antoja. No se puede hacer que él sane a nadie. Uno no puede hacer que él salve a nadie. Uno no puede hacer que abra los ojos de nadie a la verdad. Solo el Espíritu Santo puede hacer eso de acuerdo a la voluntad y propósito de Dios. Algunos piensan que pueden *hacer* que Dios haga cosas por ellos y por eso continuamente tratan de torcerle a Dios el brazo, pero las parábolas revelan la soberanía de Dios; dan un retrato preciso del carácter y naturaleza de Dios.

Dios le dio un mandato al profeta Isaías que tal vez a él en particular no le gustó: «Ve y dile a este pueblo: “Oigan bien, pero no entiendan; miren bien, pero no perciban”» (Isaías 6:9). ¿Qué clase de mandato es ese? Sin embargo, Jesús tenía el mismo mandato de Dios. Revelaba su soberanía.

4. Para dar un vistazo a la enseñanza de la salvación

En las parábolas de Jesús se puede ver todo el panorama de la salvación. Cubren todo el espectro de la experiencia cristiana, desde la conversión inicial a Cristo hasta la consumación final de todas las cosas cuando Jesús venga a la tierra por segunda vez. Las parábolas hasta incluyen la crucifixión de Jesús. En el momento en que Jesús hablaba mediante estas parábolas, era inconcebible que sucediera algo así, pero él prefiguró su propia muerte de esta manera. Las parábolas dan un vistazo a la salvación: desde la conversión, por medio de la obra del Espíritu, a lo que sucede cuando morimos.

5. Para revelar el Espíritu de Dios

Jesús reveló de muchas maneras la obra del Espíritu, algunas más obvias que otras. El Sermón del Monte es, en un sentido real, una parábola entera acerca del Espíritu Santo. Usted tal vez piense: *Pero si ni siquiera menciona al Espíritu Santo*. Lo sé. Sin embargo, uno de los libros más centrados en Dios en toda la Biblia es el libro de Ester, y nunca menciona el nombre del Señor. Así que si se entiende el Sermón del Monte, se entiende que es el enfoque de Jesús en cuanto al Espíritu Santo, su revelación del carácter y obra del Espíritu. Las parábolas de Jesús se referían al Reino de los Cielos. Dondequiera que se menciona el Reino de los Cielos, generalmente hablando, se refiere al ámbito del Espíritu. Por consiguiente, Jesús está revelando lo que es la verdadera espiritualidad cuando se vive en el poder del Espíritu Santo.

Promesa de las parábolas

En Mateo 13:34-35, Jesús dice algo interesante. Llamó la atención a una profecía del Antiguo Testamento que predecía que él hablaría en parábolas: «Jesús le dijo a la multitud todas estas cosas en parábolas. Sin emplear parábolas no les decía nada. Así se cumplió lo dicho por el profeta: “Hablaré por medio de parábolas; revelaré cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo”». ¿Por qué Jesús recalcó esto? Porque quería que supiéramos que las parábolas estaban predichas. Los profetas habían anunciado que el Mesías llegaría hablando en parábolas. Jesús estaba diciendo: «No se sorprendan porque les hablo en parábolas. Esto se predijo. Fue prometido hace mucho tiempo».

La profecía pasó incluso a predecir el *contenido* de las parábolas. Jesús citó el Salmo 78:2 cuando dijo: «Yo diré cosas escondidas desde la creación del mundo». Las parábolas contienen cosas que anteriormente estaban escondidas.

Permítame hacerle una pregunta. Cuando usted lee la Biblia y no entiende algo la primera vez que lo lee, ¿qué hace? ¿Cierra la Biblia y dice: «Bueno pues, no entiendo eso»? Si eso es lo que hace, usted acaba de revelar cuánto interés tiene en entender las cosas de Dios. Pero si usted empieza a buscar a Dios y a preguntarle en cuanto a las cosas que no entiende, entra en efecto una dinámica diferente. Ahora usted está buscando a Dios y pidiendo revelación, entendimiento y sabiduría. Por eso ni siquiera la mente más brillante e intelectual de toda la tierra puede simplemente «figurarse» el significado de las parábolas. Usted puede tener un cociente intelectual equivalente al de Alberto Einstein y ni así entender las parábolas. ¿Por qué? Porque usted necesita que el Espíritu Santo por su poder le *revele* el significado de las parábolas.

Jesús mostró a sus discípulos que las profecías del Antiguo

Testamento estaban cumpliéndose ante sus propios ojos. Lo que Isaías dijo que sucedería, estaba sucediendo. Jesús dijo: «No se sorprendan porque no entienden mis parábolas». No tenían por qué entenderlas. Entender las parábolas es un secreto de «familia». Usted puede reaccionar en una de dos maneras a la declaración de Jesús. Usted puede decir: «Pues bien, yo estoy fuera de la familia, así que se acabó», o puede decir: «Señor: me gustaría estar en la familia. ¿Hay alguna posibilidad de que tengas misericordia de mí?»

Paradoja de las parábolas

Tercero, llegamos a la paradoja de las parábolas. La palabra *paradoja* quiere decir «algo que es contradictorio y sin embargo verdad». Ya hemos notado que los que tienen corazón endurecido y encallecido «se pierden» las verdades presentes en las parábolas, pero Jesús dice una afirmación asombrosa en Mateo 13:12: «Al que tiene, se le dará más, y tendrá en abundancia. Al que no tiene, hasta lo poco que tiene se le quitará». Esta es la paradoja de las parábolas: las palabras de Jesús sirven para endurecer más el corazón de los que no quieren recibirlas. Los que están fuera de la familia de Dios y que tienen el corazón encallecido con el tiempo son «humillados»; se les quita incluso lo que ya tienen, y se quedan sin nada.

Pero para los que están en la familia de Dios tres cosas son verdad. Primero, ellos «oyen». Jesús dijo a sus discípulos en el versículo 16: «Dichosos los ojos de ustedes porque ven, y sus oídos porque oyen». No solo que oyen, sino que también se dan cuenta de que han recibido un honor, porque Jesús pasó a decirles: «Porque les aseguro que muchos profetas y otros justos anhelaron ver lo que ustedes ven, pero no lo vieron; y oír lo que ustedes oyen, pero no lo oyeron» (versículo 17). Así que la consecuencia es que los que están en la familia se sienten humildes porque Dios les permite «ver» y «oír». Cuando usted está fuera de la familia de Dios, la consecuencia es humillación. Cuando usted está dentro de la familia, la consecuencia es humildad. Fuera de la familia, la gente se endurece; estando dentro, recibe honor.

Tres principios de las parábolas

Al estudiar las parábolas de Jesús, nos guiarán tres principios principales. Será útil tener estos principios siempre presentes al estudiar y absorber las verdades que Jesús está impartiendo.

Principio 1

No todas las parábolas apuntan a la misma verdad. Algunas hablan primordialmente en cuanto a la obra del Espíritu; otras enseñan en cuanto a escatología, es decir, las «últimas cosas»; algunas hablan de nuestro crecimiento como cristianos.

Principio 2

A menudo una parábola tiene solo una verdad básica en mente. No debemos tratar de leer en una parábola más de lo que debemos para hacerla que hable sobre algún otro asunto —como por ejemplo la Segunda Venida de Jesús o el tribunal de Cristo—cuando a lo mejor no se refiere a eso para nada. Nuestro objetivo debe ser descubrir la verdad cardinal que Jesús quería ilustrar.

Principio 3

Más importante, nunca debemos tratar de hacer que una parábola se pare en las cuatro patas. No todo detalle de una parábola tiene que tener significado. Al interpretar las parábolas tenga cuidado de mantener en mente la verdad esencial, y no trate de desarrollar una doctrina principal en lo que pudiera ser un detalle secundario.

Al embarcarnos en este recorrido para explorar las parábolas, ruego que Dios nos ayude a aferrarnos al ingrediente esencial, que es oír lo que Jesús nos está diciendo por su Espíritu, y entenderlo y aplicarlo a nuestra vida. Si Dios nos da alguna medida de entendimiento, seremos de lo más bendecidos, estaremos de lo más agradecidos y le daremos la gloria a él.

Capítulo 2

La parábola del sembrador

Un sembrador salió a sembrar.

Mateo 13:3

La parábola del sembrador es una de las parábolas de Jesús más conocidas. En este libro estoy tratando de considerar las parábolas en el orden en que aparecen en la Biblia; sin embargo, uno pudiera argüir que esta parábola no es la primera. Se pudiera argüir que la primera parábola de Jesús apareció durante su Sermón del Monte. Al llegar a la conclusión de su mensaje dijo: «Por tanto, todo el que me oye estas palabras y las pone en práctica es como un hombre prudente que construyó su casa sobre la roca» (Mateo 7:24). Jesús entonces pasó a decir una corta parábola respecto a un constructor sabio y otro necio.

A decir verdad, mucho de lo que Jesús dijo en todo su ministerio contenía fragmentos de parábolas. Usó muchas ilustraciones vívidas para martillar su punto ante la gente. Aparecen en todo el Evangelio de Mateo mucho antes del capítulo 13 y de la parábola del sembrador. Pero tanto de lo que dijo Jesús era tan parecido a una parábola que necesitamos ser selectivos. La parábola del sembrador es un buen punto para empezar porque Mateo explícitamente afirma que lo que sigue es una parábola: «Y les dijo en parábolas muchas cosas» (Mateo 13:3).

Una de las cosas más interesantes en cuanto a esta parábola en particular es que Jesús dijo que era fácil de entender: «¿No entienden esta parábola? ¿Cómo podrán,

entonces, entender las demás?» (Marcos 4:13). Jesús estaba tratando de alcanzar a las personas en donde ellos estaban. Se pudiera decir que esta parábola fue una parábola «a nivel de entrada»; tenía la intención de que fuera fácilmente accesible. La parábola del sembrador se basa en una ilustración agrícola, y Jesús estaba hablando a una sociedad predominantemente agrícola.

Tres cosas sobresalen respecto a esta parábola.

- *Es fácil de entender.*
- *Es elemental.* Jesús estaba dando una enseñanza sencilla respecto a los resultados de proclamar la Palabra de Dios.
- *Está explicada.* Lo bueno de esta parábola es que Jesús la explica. Quisiéramos que Jesús hubiera explicado todas las parábolas, pero no lo hizo.

Primero vamos a ver el significado general de la parábola. ¿Qué quería Jesús comunicarnos mediante ella? Hay cuatro cosas básicas que se sacan de esta parábola:

1. Reclutamiento indiscriminado por la Palabra.

Esta parábola implica que en el reino de Dios hay *reclutamiento indiscriminado por la Palabra*. Se espera que todos *reclutemos* discípulos, y este reclutamiento debe ser *indiscriminado*. Esto quiere decir que no sabemos a quién ha escogido Dios. Creemos en la soberanía de Dios, sí, que él ha escogido a algunos desde la fundación del mundo, a los cuales llama «elegidos». Pero *nosotros* no sabemos quiénes son; solo Dios lo sabe. Y aunque Dios sabe quiénes son, nos ha instruido que vayamos *por todo el mundo* esparciendo el mensaje del evangelio. «Reclutamiento indiscriminado» quiere decir que hacemos todo lo que podemos por salvar a todo el mundo; esa es «la oferta indiscriminada del evangelio», como dice Juan Calvino. Cristo murió por todos para que podamos decirle a toda persona: «Jesús murió por ti». No discriminamos. No sembramos la semilla solamente en los que pensamos que pudieran ser de los escogidos de Dios; no sembramos la semilla solamente a la clase media; no sembramos la semilla solo en los que tienen nuestro mismo punto de vista político; no sembramos semillas solamente en los que pertenecen a cierta minoría o mayoría racial. En otras palabras, se «siembra» el evangelio en toda persona.

2. Respuestas iniciales a la Palabra

Esta parábola también ilustra la respuesta inicial de la gente a la Palabra. Es interesante que esta parábola solamente indica respuestas positivas al evangelio. ¿No sería maravilloso que esta parábola indicara la manera en que siempre sucede, que de todos modos la persona dijera que sí al llamado a ser salva? Por sí sola, esta parábola pudiera implicar que toda persona va a decir que sí, pero la verdad es que solamente nos muestra la diferencia entre las respuestas positivas iniciales. Deja fuera totalmente las respuestas negativas. En esta parábola, Jesús no trata para nada de ninguna respuesta negativa inicial al evangelio; eso lo hizo en otras parábolas en las que describió la manera en que algunos rechazan el evangelio.

3. Reacciones individuales a la Palabra

La parábola identifica cómo diferentes personas reaccionan al evangelio. Aunque estas personas no lo rechazan, algunas ni siquiera lo entienden. Así que cuando Jesús dio el significado en Mateo 13:19, dijo: «Cuando alguien oye la palabra acerca del reino y no la entiende, viene el maligno y arrebató lo que se sembró en su corazón». Muestra que algunos pueden decir que sí cuando oyen la Palabra, aunque no la entienden a cabalidad. En algunos casos, entonces, no es el evangelio lo que rechazan; es que el diablo se lo roba antes que la persona haya tenido la oportunidad de entenderlo.

Esta parábola también nos dice, de acuerdo a Lucas 8:13, que hay algunos que creen por un tiempo, pero que en el tiempo de la prueba se descarrian; y que hay otros que creen por un tiempo, pero que las «circunstancias» los abruman: las preocupaciones de la vida, las riquezas y los placeres, y en consecuencia se descarrian.

4. La importancia de interpretar correctamente la Palabra

En la versión Reina-Valera, revisión de 1960, 2 Timoteo 2:15 dice: «Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad». El hecho de que Jesús mencionó a un grupo de personas que, aunque han oído y recibido la Palabra, se dejan abrumar por las cosas materiales y los placeres del mundo, destaca que hay una necesidad de entender bien la Palabra de Dios.

¿Por qué es tan importante esta parábola?

La parábola del sembrador es una de las más importantes. ¿Por qué? Porque presenta verdades importantes que son pertinentes a toda generación. Hay siete lecciones que aprender en esta parábola que pueden ayudarnos a una mejor comprensión del proceso de conversión y salvación.

➤ 1. *No debemos sorprendernos cuando algunos no perseveran*

El evangelio no solo tiene el propósito de cambiar el destino eterno de las personas—de la certeza de ser echado al infierno a la de entrar al paraíso—, sino de *cambiar vidas*. Quiere decir que debe resultar en cambio permanente, pero sabemos a ciencia cierta que hay los que hacen una profesión de fe y luego, meses más tarde, a veces años más tarde, se alejan. Esta parábola predice que esto sucederá y nos advierte para que no nos sorprendamos.

➤ 2. *No hay que echarle la culpa a nadie cuando algunos no perseveran*

Aunque hay claramente algunos que se descarrían, Jesús no le echa la culpa a nadie por eso. No le echa la culpa a la persona que sembró la semilla si el que oyó la Palabra no perseveró. No le echa la culpa a la iglesia a que asistían, ni a ningún evangelista, predicador o maestro. No hay que echarle la culpa a nadie.

➤ 3. *No todo el que hace una profesión de fe es salvo*

Jesús dio otro punto interesante que tampoco debería sorprendernos: habrá algunos que, aunque por las apariencias externas parecen que son salvos, en realidad no lo son. Esto subraya la importancia del discipulado, es decir, enseñar y educar a los que se entregan a Cristo. No debemos simplemente dar por sentado que porque la persona inclina la cabeza y ora, ya es salva. No podemos percibir lo que sucede

en el corazón de otra persona; solo Dios puede hacer eso. Jesús usó esta parábola para enseñarnos este principio de que no todos los que hacen una profesión de fe necesariamente son salvos.

► 4. *Nunca debemos tratar de determinar quién es salvo y quién no lo es*

Jesús nos enseñó que así como no debemos dar por sentado que toda persona es salva debido a su reacción externa, no podemos dar por sentado que *no* es salva. Nunca olvidaré lo que me contó mi amigo el Dr. D. James Kennedy. Él es pastor, pero también un evangelista que ha tocado la vida de muchas personas. Me contó de un dentista a quien le había testificado durante los primeros días de una campaña de Evangelismo Explosivo. El dentista hizo profesión de fe, pero James estaba convencido de que en realidad no había sido *de corazón*. El dentista era el Dr. Freeman Springer. En un tiempo fue nuestro dentista cuando mi esposa y yo vivíamos en Fort Lauderdale, así que le conocíamos y oímos ambos lados de la historia.

James y su esposa, Anne, fueron a visitar a los Springer y nos invitaron a que los acompañáramos. La conversación que siguió fue más o menos así:

—Pasen, por favor.

—Gracias, encantado de estar aquí—dijo Jim—. Ustedes vinieron a nuestra iglesia el domingo y llenaron una tarjeta.

—Ah, sí, nos alegramos de haber estado allí.

Así que James le presentó el evangelio y Freeman Springer simplemente decía: «sí, sí, sí...» en toda la conversación. Al final James invitó a la pareja a inclinar la cabeza y orar.

—Sí—respondieron de inmediato.

—¿Alguna pregunta?—les preguntó James después de que oraron.

—No, muchas gracias.

Así que James y Anne se miraron uno al otro y luego se dirigieron a la puerta. Tan pronto como volvieron al auto,

Jim se volvió a su esposa y le dijo: «Pues bien, allí está otra pareja que no volveremos a ver». Todo fue demasiado fácil. No hubo emoción, ni lágrimas; él simplemente decía que sí a todo. Pero yo hablé con Freeman Springer al respecto más tarde y dijo: «Yo sabía que ellos pensaban que nada había pasado, pero a la mañana siguiente cuando abrí las cortinas y entró la luz, yo sabía que tenía vida eterna». Freeman llegó a ser un miembro del equipo de Evangelización Explosiva, y la última vez que hablé con él había conducido a setenta y cinco personas al Señor. Llegó a ser un asombroso ganador de almas.

El asunto que presenta esta historia es que nunca debemos decir quién es salvo y quién no lo es. Guárdese su opinión. A veces la persona más promisorio los defraudará en un tiempo muy corto, y a veces cuando usted piensa que nada ha pasado, halla que la semilla cayó en buen terreno.

➤ 5. *Las verdades contenidas en esta parábola siempre serán pertinentes*

Nunca debemos pensar que podemos hacer esta parábola redundante mediante una predicación «más sólida». Siempre será relevante. Por ejemplo, hace años yo pertenecía a una denominación que pensaba que ningún creyente pecaba si de veras era cristiano, porque se supone que no debemos pecar. Solía preguntarle al pastor de esa iglesia: «¿Por qué entonces Jesús nos dio el Padrenuestro, que dice: “perdonándonos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”?» Él nunca respondió a esa pregunta. Elevamos el Padrenuestro vez tras vez porque siempre vamos a ser pecadores hasta que lleguemos al cielo. No podemos hacer redundante el Padrenuestro, y de la misma manera nadie puede hacer redundante la parábola del sembrador, porque a pesar de oír las mejores presentaciones del evangelio, la gente seguirá haciendo profesiones de fe que no duran.

➤ 6. *La respuesta inicial de una persona al evangelio no necesariamente es permanente*

Debemos evitar lo que yo llamo «permanentizar» la primera respuesta de las personas al evangelio. En otras palabras, no debemos dar por sentado que la forma en que responden inicialmente es definitiva. Tómese, por ejemplo, a la persona que oye la Palabra pero no la entiende, y entonces viene el malo y arrebató lo que fue sembrado en su corazón. No podemos decir que esa persona más tarde no se convertirá. La semilla sembrada junto al camino puede caer en buen terreno más adelante. Una falsa profesión puede crecer más tarde mediante una genuina conversión. No cometa el error de *permanentizar* las reacciones de las personas.

➤ 7. *La parábola no se refiere solo a predicación a los perdidos.*

Puede referirse al creyente que más tarde deja de andar en la luz. La parábola del sembrador, por consiguiente, tiene otras aplicaciones. Tómese a la persona cuyo corazón es como el buen terreno que recibió la semilla y que por consiguiente tuvo una conversión genuina. ¿Quiere decir esto que esa persona no puede también más tarde oír el mensaje y que se lo arrebaten? Eso puede sucederle al creyente. Cuántas veces usted ha esperado con anhelo el momento de pasar tiempo leyendo la Biblia y usted piensa: *Ah, tengo una hora*. Luego suena el teléfono, o al empezar a leer usted empieza a preocuparse por lo que tiene que hacer cuando pase esa hora. ¡El diablo le robó! O mientras usted está orando, su mente empieza a desviarse y antes de que lo sepa, la hora se acabó. El diablo viene con las preocupaciones de esta vida. La verdad es que incluso los que han recibido la salvación pueden a veces ser como los que describen los primeros tres ejemplos. Le puede suceder a cualquiera.

Las personas convertidas genuinamente, cuando reciben una nueva palabra de Dios, a menudo tendrán una reacción como la de los tres primeros ejemplos en esta parábola. Tómese el diezmo por ejemplo. Conozco a personas que han tenido una revelación respecto a dar el diezmo, y han

empezado a darlo, pero después de seis semanas, o seis meses, algo sucede y dejan de darlo. O tómese la enseñanza del perdón total. Algunas personas después de oír que deben siempre perdonar totalmente a otras, dicen: «Sí, no voy a guardar rencores contra nadie». Luego, tal vez dos semanas más tarde, piensan en lo que alguien les hizo y, peor todavía, en cómo han logrado salirse con la suya, y sienten que se les remueve de nuevo el estómago.

Esto no quiere decir que la persona no es salva, sino que a menudo cuando un creyente recibe nueva revelación, lucha por aceptarla y permitirle que eche raíces en su vida. Nos indica que hay algunos creyentes genuinos que pierden su recompensa en el cielo debido a su conducta en la tierra. ¿Cómo van a perder su recompensa? Porque aunque la Palabra de Dios cayó en «buena tierra» en sus vidas inicialmente, más adelante, cuando oyeron una predicación que exigía una consagración costosa, dijeron: «simplemente no puedo hacerlo». No quiere decir que no son salvas, pero podría determinar si van a recibir o no recompensa en el cielo.

El ministerio de proclamación

A la vez que destaca las varias reacciones de las personas que oyen la Palabra de Dios, la parábola del sembrador nos ilustra la necesidad fundamental de predicar la Palabra, de proclamar el mensaje del evangelio. Jesús estaba mostrándonos que el *objetivo* de la predicación de la Palabra es hablar a los convertidos y a los inconversos. La *agenda* de la predicación es el mensaje del evangelio. Como creyentes ¡no tenemos otro mensaje! Por eso opino que independientemente de otros factores que se recalcan en la vida de la Iglesia—evangelización, adoración, oración—la predicación de la Palabra debe ser central.

Cuatro profesiones de fe

Por último quiero examinar una faceta de esta parábola que ha estado implícita en la enseñanza precedente, y es las reacciones mixtas de los que oyen la Palabra. Cada tipo de persona que oyó la Palabra de Dios reaccionó con una clase diferente de profesión de fe.

1. La reacción suplantada

Esto describe una reacción al evangelio en la que el enemigo se las arregla para mantener bajo su control a la persona que oye el mensaje. Jesús dijo en Mateo 13:19: «Cuando alguien oye la palabra acerca del reino y no la entiende, viene el maligno y arrebató lo que se sembró en su corazón». Nos muestra que hay algunos en quienes Satanás triunfa engañándolos para mantenerlos ciegos. Segunda a los Corintios 4:4 confirma que «El dios de este mundo ha cegado la mente de estos incrédulos, para que no vean la luz del glorioso evangelio de Cristo». Esto es lo que el diablo quiere: impedirle que entienda, mantenerlo ciego. Tan pronto como una persona hace una profesión de fe, el diablo está allí en pocas horas, tratando de arrebatarle la Palabra. El enemigo siempre está tratando de suplantar lo que Dios puede hacer en la vida de una persona. Así es como Jesús lo dijo. Jesús dice claramente que tal persona no es salva.

2. La profesión superficial

Esta es una reacción entusiasta y de sumisión al evangelio. Al oír el mensaje, algunos reaccionan con entusiasmo y quieren entregarse de inmediato. Sin embargo, Mateo 13:20-21 nos dice: «El que recibió la semilla que cayó en terreno pedregoso es el que oye la palabra e inmediatamente la recibe con alegría; pero como no tiene raíz, dura poco tiempo. Cuando surgen problemas o persecución a causa de la palabra, en seguida se aparta de ella». Tal vez debido a que esa persona reacciona tan rápidamente, no ha pensado a cabalidad las implicaciones de su decisión. Puede entusiasmarse por lo que ha oído porque piensa que será la respuesta a un problema personal que está atravesando. Algunos responderán al evangelio pasando al frente en una reunión en la iglesia y le entregarán su vida a Cristo, pero después de ese día nunca se los vuelve a ver. No necesariamente quiere decir que fueron insinceros, sino que hicieron una profesión precipitada de fe que resultó ser superficial. En el pasaje de Lucas de esta parábola dice que estas personas «creen por algún tiempo» (Lucas 8:13).

3. La profesión ahogada

Hay quienes reaccionan positivamente al evangelio pero permiten que las preocupaciones y los deseos compitan y *sofoquen* el evangelio. Jesús dijo en Mateo 13:22: «El que recibió la semilla que cayó entre espinos es el que oye la palabra, pero las preocupaciones de esta vida y el engaño de las riquezas la ahogan, de modo que esta no llega a dar fruto». Estas personas no tienen una reacción superficial al evangelio, sino que gradualmente se desvían conforme permiten que otras preocupaciones lo desplacen. Jesús las llama «las preocupaciones de esta vida», y «el engaño de las riquezas». La preocupación de lo que otros van a pensar desaloja el mensaje del evangelio que las personas recibieron, y con el tiempo las preocupaciones materiales lo ahogan.

4. La profesión sólida

Finalmente Jesús describió una cuarta reacción al evangelio: una profesión de fe sólida y duradera, en la cual la persona que oye la Palabra la recibe, y permite que eche raíces en su vida, y crezca y dé fruto. «Pero el que recibió la semilla que cayó en buen terreno es el que oye la palabra y la entiende. Éste sí produce una cosecha al treinta, al sesenta y hasta al ciento por uno» (Mateo 13:23).

Este cuarto ejemplo presenta sin duda a la única de todas estas personas que realmente es convertida. Algunos eruditos tratan de argumentar que tal vez uno o dos de los ejemplos previos también fueron de convertidos, y que el simple hecho de que tuvieron dificultades y no perseveraron no quiere decir que no fueron convertidos. Sin embargo, la Biblia claramente indica que no pueden haber sido salvos. Concuerdo que hay verdaderos creyentes que fallan, y la Biblia lo concede, pero esta parábola en particular no enseña eso. Debemos recordar que Jesús no está tratando de demostrar en una sola parábola *todo* lo que puede pasar.

En este cuarto ejemplo, el Espíritu Santo puede aplicar efectivamente la Palabra que fue sembrada, creando vida y dando a las personas la convicción de que son salvas solo por la sangre de Jesús. Llegan a entender que una persona solo puede salvarse por la justicia de Cristo, y eso permanece.

La parábola del sembrador está cargada de información y promete más información a otro nivel. Ya hemos examinado cuatro reacciones básicas cuando se oye el mensaje del evangelio que ilustra esta parábola. Para ayudarnos a entender más la enseñanza de Jesús en esta parábola, quiero identificar tres palabras clave que aparecen en todas partes: *identidad, ironía y herencia*.

Identidad

Hay otras tres palabras clave adicionales que necesitan alguna definición. Identifican los tres elementos principales de la parábola, y son: *sembrador*, *semilla* y *suelo*. La palabra *sembrador* se refiere a la persona que es una especie de heraldo, alguien que anuncia el evangelio y proclama la Palabra, un predicador. La tarea del predicador es sembrar la *semilla*, y esto sucede cuando la persona predica la Palabra e intenta explicarla a otros. Al que explica la Palabra se le llama un *expositor* bíblico; en otras palabras, trata de *exponer* la Palabra para que otros puedan ver su significado.

Hay muchos tipos de sembradores que predicán la Palabra de Dios y siembran la semilla. Puede ser un predicador que *expone* la voluntad de Dios revelada en la Biblia; puede ser un profeta que revela la voluntad secreta de Dios mediante su don espiritual; o puede ser un pastor que siembra continuamente la semilla. Cada uno es un heraldo de las buenas nuevas del evangelio.

La *semilla* es la Palabra de Dios; es lo que oímos. La Biblia dice que la fe viene por el oír la Palabra de Dios. La Palabra llega de afuera, pero es de esperarse que, con mayor importancia, se la oiga interiormente. Jesús dijo que muchos son los llamados pero pocos los escogidos. La persona debe oír el mensaje del evangelio con el corazón y no solamente con la cabeza. Cuando Jesús describió a los que oyen pero luego el diablo llega y les arrebató la Palabra, o los que reciben la Palabra con gozo pero no tienen raíz, o aquellos en quienes la semilla cayó entre espinas y las espinas la ahogaron, estaba hablando de los que oyen por fuera pero no interiormente. Reciben la Palabra con la cabeza pero no con el corazón.

Jesús terminó esta parábola en particular diciendo: «El que tenga oídos, que oiga» (Mateo 13:9). Jesús se refería a los que

oyen la Palabra y la reciben de corazón, que perseveran en ella y con el tiempo producen mucho fruto.

El corazón que cree es el buen suelo que Jesús describió. El *suelo* es la tierra fértil del corazón que oye, cree y aplica la Palabra de Dios.

¿Puede usted decir con certeza que pertenece a esta cuarta categoría de personas? ¡La Biblia dice que puede saberlo! Usted puede tener plena y certera seguridad de su fe. ¿Cómo puede saberlo? Hay dos pruebas básicas: primero, usted tendrá un temor santo y reverencia a Dios. En Mateo 13:23 leemos que «el que recibió la semilla que cayó en buen terreno es el que oye la palabra y la entiende». ¿Qué supone usted que hizo que la persona entienda la Palabra? La Biblia dice que el temor del Señor es el principio de la sabiduría. Un temor reverente al Señor es un requisito previo para entenderla, y eso producirá en su vida un temor al Señor cada vez más profundo conforme usted progresa en su relación con él.

En segundo lugar, usted da fruto. Jesús enseñó que la persona que recibe la Palabra de Dios en buen terreno con el tiempo produce fruto. Habrá fruto en su vida como resultado de la Palabra de Dios. ¿Qué es el fruto? El fruto será *arrepentimiento, una nueva dirección y resolución*. El arrepentimiento es literalmente un cambio de parecer. Es un proceso que el Espíritu Santo inicia al obrar en la vida de una persona y producir una transformación por dentro. El arrepentimiento entonces conduce a una nueva dirección; una especie de media vuelta espiritual. Su vida marchaba en una dirección, y el Espíritu Santo le dirige hacia una dirección completamente diferente. También habrá una nueva resolución, un propósito de perseverar en su relación con Dios, de honrar a Dios y obedecer su Palabra.

Ironía

Jesús también dijo en esta parábola algo que yo llamo las ironías de la parábola. He dado solo algún indicio de ellas en la explicación que he dado hasta aquí, pero ahora quiero examinar de nuevo las palabras de Jesús desde un ángulo un poco diferente.

La primera ironía es que los primeros tres ejemplos, como ya dije arriba, no son necesariamente permanentes. Aunque alguien tal vez haya creído por un tiempo antes de descarriarse, o creyó pero luego se dejó asfixiar por las preocupaciones, no tiene que quedarse así para siempre. Bien puede hacer una profesión de fe duradera más adelante; no tienen por qué perderselo para siempre.

Muchos de los puritanos sostenían una línea de pensamiento que enseñaba lo que llamaban la «fe temporal de los réprobos»; en donde la palabra réprobos quiere decir «los no elegidos». Enseñaban que una persona se desvía de la fe debido a que está predestinada a no salvarse, y que una persona puede parecer temporalmente que ha recibido la salvación. En lo que a ellos concernía, la persona que mostraba alguna señal de conversión pero luego se descarriaba la consideraban réproba y que jamás sería salva, y punto. Ese punto de vista es completamente errado y completamente contrario a la Biblia. Una persona que ha respondido al evangelio y luego ha caído puede ser uno de los elegidos de Dios que más adelante responderá y perseverará. Nadie debe jamás creer: *Pues bien, yo ya tuve mi oportunidad y la perdí. Ya no hay esperanza para mí.* Esa es la primera ironía: los primeros tres casos no son necesariamente permanentes.

La segunda ironía es que a pesar de que los primeros tres ejemplos no llegaron a madurar, con todo se sembró la semilla. Esto es importante recordar. No se hizo ningún daño

a la persona cuya profesión de fe no duró. Tal vez nos desilusionemos porque la persona no perseveró, pero una profesión prematura de fe puede que no sea el fin de la historia. No se le hizo ningún daño a esa persona que hizo una consagración entusiasta a Cristo; puede ayudarla a tomar una decisión sólida de seguir a Cristo más adelante. No nos enclaustramos en un sistema de pensamiento que trata de imponer restricciones a lo que el Espíritu Santo puede o no puede hacer.

La tercera ironía que revela la parábola es que una persona que ha tenido una conversión sólida—un cristiano genuino que ha alcanzado la salvación—puede más tarde resultar como los primeros tres ejemplos. Puede tener una respuesta «de chiripa» a una predicación más profunda. Esto puede suceder cuando las personas oyen una predicación que exige una consagración más honda de lo que tal vez ellos pensaron que deberían dar. Los salvos luchan con algunos asuntos. Puede ser una verdad revelada que hallan difícil de aceptar, o tal vez una lucha con el perdón o con el dinero; la cuestión es que los salvos pueden reaccionar como los que no lo son de la parábola.

Hay una cuarta ironía en la parábola, y es esta: Una persona sólidamente convertida puede perder su herencia. Herencia quiere decir «recompensa». Ya hemos notado que una persona cuya respuesta inicial fue superficial, más tarde puede recibir su recompensa cuando genuinamente se convierta. Aunque la persona puede haber hecho una profesión precipitada de fe y nunca más se le vuelve a ver, con el tiempo tal vez pueda convertirse, andar en la luz y recibir su recompensa. Esta es la ironía: demuestra que con frecuencia los primeros pueden ser los últimos y los últimos tal vez los primeros. Los mismos a quienes tal vez criticamos porque no perseveraron pueden llegar a una fe duradera y recibir su herencia. Los últimos serán primeros.

Hay una ironía final: aunque tal vez sepamos que estamos

en buen terreno debido a un temor verdadero de Dios y una respuesta duradera, nunca debemos obtener de esto nuestra verdadera seguridad de la fe. ¿Por qué? Porque la seguridad de nuestra salvación se basa en la sangre de Cristo, y no en nuestra perseverancia. Podemos darnos perfecta cuenta de un temor a Dios, y gracias a Dios por ello, pero nunca debemos basar nuestra seguridad en otra cosa que no sea solo Cristo. «Mi esperanza se basa en nada menos que en la sangre y en la justicia de Jesús».

Herencia

Finalmente quiero examinar la herencia que Jesús indica en la parábola para los que creen. Esto se aplica a los que responden a la Palabra de Dios con un corazón preparado y han tenido una experiencia de conversión genuina; son el buen terreno. Ya hemos visto que una conversión genuina produce «fruto», pero eso no es el fin de todo. A la larga habrá una recompensa que se dará a los que han perseverado en seguir a Cristo y han crecido y madurado en su fe. Somos llamados a recibir una herencia. *Herencia* es una palabra del Nuevo Testamento que significa «recompensa». Quiere decir que cuando uno muere, no solo irá al cielo, sino que también recibirá una recompensa ante el tribunal de Cristo. No conozco mayor motivación que esta. La promesa de una recompensa era parcialmente lo que motivaba al apóstol Pablo.

Hay algunos que dicen: «Sé que moriré e iré al cielo, y eso me basta». Pero Pablo dijo que todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo y dar cuenta de lo que hicimos en el cuerpo. Usted tal vez se sienta ambivalente respecto a esto ahora, pero puedo decirle que cuando comparezca ante el tribunal de Cristo y dé cuenta de su vida, será un momento maravilloso.

La Biblia nos dice que habrá algunos que se salvarán como el que escapa de las llamas por un pelo. Serán salvos, pero todas sus obras en la tierra no serán más que un montón de ceniza y escombros, y no recibirán una herencia.

Hay tres elementos en una herencia. Primero, hay un *refinamiento*. Al andar con él, Dios trata de refinarlo. La versión Reina-Valera lo llama *disciplina*. Viene de la palabra griega que significa «aprendizaje impuesto». Dios lo disciplina conforme usted anda en la luz, y expone el pecado que usted ni siquiera pensaba que estaba en su corazón. Si

usted se ve cara a cara con lo que realmente es, tal vez se sonroje y piense: *Ay, Señor, ¿soy yo así?* Cuando Dios dice: «sí», usted puede, bien negarlo, o puede pedir perdón y pedirle a Dios que lo cambie. Toda persona que no reconoce que se ha equivocado, o que no dice «por favor, perdóname», no está siendo refinada.

En segundo lugar, hay *renovación*. Ser renovado es probar un fresco bocado de la gloria. Pablo lo describió como ser cambiado de gloria en gloria. Es un momento cuando Dios puede darle en el corazón el grato sentimiento de que es amado, o una nueva noción, o una gran bendición. A veces ese cambio lo precipita alguna prueba severa, pero usted sale adelante y Dios le permite saber lo especial que es usted.

En tercer lugar, está la *recompensa* en sí misma. Esta es la manera culminante en la que la herencia se cumple. El apóstol Pedro lo describe como una «rica bienvenida» al reino eterno de Dios. Todos somos llamados a esa herencia. Continuemos recibiendo la Palabra de Dios en «buen terreno»; andando continuamente en la luz, confiando en la sangre de Jesús. Si usted halla que hay amargura en su corazón hacia alguien, resuélvalo. Si halla que su consagración no es lo que fue un tiempo atrás, resuélvalo. Está bien porque quiere decir que Dios todavía le está hablando. Agradézcale por lo que él le diga. Tómelo con ambas manos. Eso es lo que Jesús quiere que saquemos de la parábola del sembrador. Un día compareceremos ante él y daremos cuenta de nuestra vida, y nos alegraremos de haber andado en todo ápice de luz que Dios nos dio.

Capítulo 3

La parábola de la semilla de mostaza

Les aseguro que si tienen fe tan pequeña como un grano de mostaza ... nada será imposible.

Mateo 17:20

A Jesús le encantaba hablar de la semilla de mostaza. La usó como parábola en Mateo, Marcos y Lucas, y la usó como ilustración de dos maneras. En Mateo la usó cuando sus discípulos no pudieron arrojar fuera de un niño a un demonio: «Les aseguro que si tienen fe tan pequeña como un grano de mostaza, podrán decirle a esta montaña: “Trasládate de aquí para allá”, y se trasladará. Para ustedes nada será imposible» (Mateo 17:20).

En Lucas usó la misma «fe como un grano de mostaza» para referirse al perdón total cuando les dijo:

—Aun si [tu hermano] peca contra ti siete veces en un día, y siete veces regresa a decirte «Me arrepiento», perdónalo.

Entonces los apóstoles le dijeron al Señor:

—¡Aumenta nuestra fe!

—Si ustedes tuvieran una fe tan pequeña como un grano de mostaza—les respondió el Señor—, podrían decirle a este árbol: «Desarráigate y plántate en el mar», y les obedecería.

Lucas 17:4-6

De acuerdo a Lucas y Marcos, cuando Jesús presentó la parábola de la semilla de mostaza dijo: «¿Con qué vamos a comparar el reino de Dios? ¿Qué parábola podemos usar para

describirlo?» (Marcos 4:30).

Siempre pensé que esto era interesante. ¿Estaba Jesús pensando en voz alta, rascándose la cabeza, preguntándose: *¿cómo voy a hacer esto?* ¿Acaso estaba ayudándoles a ver que él tenía una tarea en sus manos porque ellos pensaban que no necesitaban ninguna ayuda para entender el Reino de Dios? Jesús sabía exactamente lo que ellos pensaban. Era su modo de captar la atención de ellos y hacerles saber que tenían que hacer cambios serios en su manera de pensar.

Todo el tiempo que Jesús estuvo en esta tierra lo que ocupaba su atención era el Reino de Dios y el Reino de los Cielos. A su público le encantaba la idea del Reino, pero cuando pensaban en la palabra *reino* estaban pensando en los días de Samuel cuando Israel había dicho: «¡Danos un rey! Queremos ser como todas las demás naciones» (vea 1 Samuel 8:5). Dios les dio un rey en esa ocasión, y les costó caro.

Cuando los discípulos pensaban en el rey que vendría, pensaban que ese rey derrocaría al César romano. Como Jesús ya había venido, se figuraban que no pasaría mucho tiempo para que eso sucediera. Jesús pasó tres años tratando de ayudarles a hacer la transición de un entendimiento natural a un entendimiento espiritual. Las parábolas sirvieron como punto de entrada a lo nuevo y diferente; para alcanzar a las personas en donde estaban y hacerlas avanzar a un punto en donde nunca antes habían estado.

Hay muchas parábolas porque hay muchas maneras en que se puede describir el Reino de Dios. El reino que Jesús vino a revelar era radicalmente diferente de todo lo que los discípulos se imaginaban. La tarea de Jesús fue guiarlos a salir de su zona de complacencia. No sé si ustedes se han dado cuenta de eso ya, pero la vida cristiana entera involucra el hecho de que Dios nos saca de nuestra zona de complacencia. Tan pronto como uno empieza a sentirse cómodo con algo, lo siguiente que uno se da cuenta es que Dios le está guiando a algo nuevo. En esta vida estamos

siendo hechos más y más semejantes a Jesús. Cuando lleguemos al cielo todo será consuelo, nada de lágrimas, nada de tener que examinarnos el corazón, ni resistir al mal, pero en esta vida el mismo concepto de ser cambiado de gloria en gloria quiere decir que se nos lleva fuera de nuestras zonas de comodidad. Jesús hace eso con gozo.

Una semilla de mostaza es un comienzo diminuto

Jesús enseñó la parábola de la semilla de mostaza como un recordatorio para que no nos desalentemos por los principios lentos o pequeños. A Dios le encanta empezar con lo que parece ser intrascendente. Le encanta sorprendernos haciendo cosas que nunca hemos imaginado. Por eso el profeta Isaías dijo de Jesús: «Creció en su presencia como vástago tierno, como raíz de tierra seca. No había en él belleza ni majestad alguna; su aspecto no era atractivo y nada en su apariencia lo hacía deseable» (Isaías 53:2).

Así es como a Dios le encanta hacerlo. Toma lo que parece ser un momento intrascendente, como conocer por primera vez a una persona e intercambiar con ella unas pocas palabras agradables. Semanas más tarde usted se da cuenta de que fue un acontecimiento decisivo en su vida: usted conoce a una persona que resulta ser tal vez un amigo muy especial. De igual manera a Dios le encanta empezar con lo que parece intrascendente al principio.

Otra razón por la que Jesús relató esta parábola fue que quería mostrar cómo Dios puede tomar a la persona más improbable y convertirla en un instrumento soberano. Dicho de otra manera, personas que han sido rechazadas logran la atención de Dios. A Dios le encanta tomar a alguien que ha sido lastimado, malentendido o subestimado, y convertirlo en un instrumento soberano que puede cambiar una nación. ¿Sabía usted que el gran Charles Haddon Spurgeon solicitó admisión para estudiar para el ministerio en el Regent's Park College y lo rechazaron? ¡Vaya fallo del cuerpo de admisión del Regent's Park College! De igual manera, a G. Campbell Morgan, que fue ministro de la Westminster Chapel a principios del siglo pasado, y que fue el primero que le dio a esta iglesia su reputación internacional, los metodistas lo

rechazaron considerando que jamás lograría triunfar como predicador. Esta es una revelación muy alentadora si uno ha sido desdeñado o pasado por alto en una promoción, o si su pastor o algún dirigente de alguna iglesia lo ha malentendido. Dios dice: «Bien, esa es la clase de persona que quiero».

Esta es una parábola importante también porque muestra que Dios puede tomar la situación menos prometedora y convertirla en triunfo y gloria. El más grande acontecimiento de la historia del mundo fue el más grandemente subestimado en la historia del mundo. Si usted hubiera estado en el Gólgota el Viernes Santo, hace dos mil años, no habría visto allí a ningún camarógrafo de la CNN, ni a ningún reportero de la revista *Time* diciendo: «Esto es historia. ¡Qué privilegio presenciar este momento!» Al momento parecía ser nada más que un hecho muy trágico, triste, que señalaba que las esperanzas de muchos habían llegado a su fin. Jesús estaba colgado en una cruz, y la chusma decía: «Salvó a otros ... ¡pero no puede salvarse a sí mismo!» (Mateo 27:42). En el infierno, los diablos se regocijaban diciendo: «¡Él ya se acabó!» Entre tanto Jesús mismo decía: «Consumado es», y el velo del templo se rasgaba de arriba abajo (Mateo 27:50-51; Marcos 15:37-38). Unas pocas semanas más tarde, Pedro describió a Jesús como aquel a quien los edificadores habían rechazado como inútil, pero que ahora había llegado a ser la piedra angular (Hechos 4:10-11). A Dios le encanta hacer esto: tomar la situación menos prometedora y convertirla en gloria!

Por último, esta parábola muestra cómo Dios puede tomar la noción más sencilla y más elemental y convertirla en un testimonio profundo y que cambia la vida. El escritor francés Víctor Hugo dijo: «Como las pisadas de un poderoso ejército así es la fuerza de una idea cuyo tiempo ha llegado». Dios hace esto con la semilla de mostaza, así como una semilla diminuta que uno casi ni puede sostener en la mano. Dios

puede tomar ese diminuto pensamiento y hacerlo crecer y con él poner el mundo patas arriba.

Veremos ahora el propósito de la parábola, la profecía de la parábola y el potencial de la parábola de la semilla de mostaza.

Propósito de la parábola

Hablar sobre el «Reino» era algo que les gustaba a los discípulos de Jesús, aunque pensaban en una línea diferente de la de Jesús. Así que cuando Jesús usó la palabra *reino* tuvo que considerar el punto de vista terrenal de ellos.

Reino, para los discípulos, siempre había significado grandeza y gloria. Pensaban en los días de David y Salomón. Sabían la profecía de Hageo: «El esplendor de esta segunda casa será mayor que el de la primera» (Hageo 2:9).

Cada vez que Jesús realizaba un milagro, uno de los discípulos debe haber echado un vistazo a los soldados romanos y pensado: *¡No debe faltar mucho para que todos estos desaparezcan!* Anhelantemente esperaban el día cuando los soldados romanos y gobernadores se vieran obligados a empacar. Para ellos, el Hijo del hombre era una figura tipo dios que vendría con poder, carisma, genio militar y todo lo demás que demostrara fuerza.

En Juan 6, cuando Jesús alimentó a los cinco mil, la gente dijo: «En verdad éste es el profeta, el que ha de venir al mundo». Jesús, sabiendo que querían hacerlo rey a la fuerza, se retiró a la montaña él solo (Juan 6:15). Tenía que tener cuidado en cuanto a realizar milagros porque la gente concebía ideas equivocadas respecto a lo que él había venido a realizar. Tal vez el hecho de que Jesús a menudo hablaba acerca de la semilla de mostaza debía haberles dado un indicio. Ellos querían «pensar en grande» acerca de su Mesías; en términos de botánica, le veían más como cedro del Líbano, con toda su belleza y grandiosidad, y no la raíz de tierra seca de la que había hablado Isaías. Así que el propósito de esta parábola fue ayudarles a ajustar su perspectiva y empezar a enfocar los valores eternos. La gente quería que todo sucediera de repente; lo querían ya. Lucas escribió: «Como la gente lo escuchaba, pasó a contarles una

parábola, porque estaba cerca de Jerusalén y la gente pensaba que el reino de Dios iba a manifestarse en cualquier momento» (Lucas 19:11).

En cierto sentido es por eso que Jesús dijo la parábola, porque sabía lo que la gente pensaba en cuanto al reino que vendría. Las parábolas presentaban principios nuevos y radicalmente diferentes. El pensamiento de tener fe era un concepto ajeno a la mayoría de las personas de ese tiempo. ¿Para qué necesitaban creer? Estaban seguros de que el Mesías lo haría todo por ellos. ¿Por qué necesitaban hablar de tener fe? ¿Por qué necesitaban humildad? ¿Por qué tenían que esperar en Dios? Su Mesías iba a realizar todas esas cosas por ellos. Pero Jesús les dijo que los principios pequeños los llevarían al concepto divino del triunfo.

Otro propósito de esta parábola fue presentar una analogía de variación extrema. Jesús dijo: «Aunque es la más pequeña de todas las semillas, cuando crece es la más grande de las hortalizas y se convierte en árbol, de modo que vienen las aves y anidan en sus ramas» (Mateo 12:32).

La Biblia, particularmente la enseñanza de Jesús, está llena de variaciones extremas: «Porque el que a sí mismo se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Mateo 23:12). La gente nunca había oído nada igual antes de que Jesús llegara. «El más importante entre ustedes será siervo de los demás» (Mateo 23:11). Estoy seguro que muchos no querían pensar así. Cuando Jesús hablaba de lo que realmente honra a Dios, dijo:

Ciertamente les aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, se queda solo. Pero si muere, produce mucho fruto. El que se apega a su vida la pierde; en cambio, el que aborrece su vida en este mundo, la conserva para la vida eterna. Quien quiera servirme, debe seguirme; y donde yo esté, allí también estará mi siervo. A quien me sirva, mi Padre lo honrará.

Juan 12:24-26

Una variación extrema se muestra también en esta parábola.

Lo más pequeño llega a ser lo más grande. La manera de llegar a ser grande es ser pequeño. Pero Jesús estaba diciendo que así como la semilla de mostaza se convierte en el más grande de los árboles del huerto, Dios puede convertir sus inicios intrascendentes en un fin glorioso. Él puede tomar a un don nadie y convertirlo en alguien.

Hay varios asuntos implícitos aquí. Estamos hablando de *tamaño*; estamos hablando de *éxito*; estamos hablando de *sorpresas*, de no estar preparado para lo que Dios hace; estamos hablando de *sutileza* en la cual algo se entiende y más tarde uno se da cuenta lo que está sucediendo; estamos hablando de *lentitud*. ¿Está usted triste porque las cosas no marchan rápido? Simplemente espera, le dice Jesús. Esa es su estrategia, su manera de hacer las cosas.

Profecía de la parábola

En esta parábola Jesús virtualmente estaba anunciando que un nuevo orden había empezado. Noten cómo escoge sus palabras: «El reino de los cielos es como un grano de mostaza que un hombre sembró en su campo» (Mateo 13:31).

Jesús quería mostrar a sus seguidores que un proceso ya había empezado: el Reino de Dios en verdad estaba entre ellos. La semilla estaba plantada, y Jesús estaba dejando bien claro lo que sus discípulos debían esperar. Esta parábola se puede tomar como una palabra profética. En ella Jesús profetiza varios principios importantes que afectan a todos los que le siguen: «Si alguien quiere ser mi discípulo, tiene que negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguirme». Luego: «Porque el que quiera salvar su vida, la perderá» (Mateo 16:24-25).

¿Ha notado alguna vez usted que eso es exactamente lo que sucede? Cada vez que usted hace todo lo que le es posible para protegerse y hacerse invulnerable, lo echa todo a perder. Cuando usted trata de tomar las cosas en sus propias manos, nunca resulta. Más bien tenemos que «perder» nuestra vida en Dios la fin de que se nos devuelva vida en abundancia! Pablo escribió: «Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito» (Romanos 8:28).

No es tarea suya ni mía hacer que las cosas obren para bien. Ese es problema de Dios. Dios hace que todas las cosas obren para bien. Cuando estamos en situaciones que se han convertido en un caos, nuestra tendencia humana es ver lo que podemos hacer para que todo resulte para bien. Tratamos de tirar cuerdas o de torcerle el brazo a la providencia, pero las cosas simplemente empeoran. Es lo mismo cuando usted ha sido malentendido y quiere limpiar su nombre. Quiere hacer algo que le haga verse un poco

mejor. Pero 2 Corintios 13:4 habla de que Jesús fue crucificado en debilidad. En su debilidad rehusó hacer todo esfuerzo por quedar bien. No se le permitió decirle a nadie: «Mira, cuando yo vaya a la cruz, que no cunda el pánico». No pudo mirar hacia abajo y decirle a María Magdalena, que lloraba a lágrima viva: «No te preocupes, María, uesto es para la salvación del mundo!» No; él tenía que permitir que lo malentendieran. Más bien Jesús dijo: «El que pierda su vida la hallará». Y Dios dijo: «Déjame a mí. Yo haré que tu justicia brille como el sol al mediodía» (vea Salmo 37:6).

El siguiente principio profetizado es: «Les aseguro que a menos que ustedes cambien y se vuelvan como niños, no entrarán en el reino de los cielos. Por tanto, el que se humilla como este niño será el más grande en el reino de los cielos» (Mateo 18:3-4). Y: «Como ustedes saben, los gobernantes de las naciones oprimen a los súbditos, y los altos oficiales abusan de su autoridad. Pero entre ustedes no debe ser así. Al contrario, el que quiera hacerse grande entre ustedes deberá ser su servidor, y el que quiera ser el primero deberá ser esclavo de los demás» (Mateo 20:25-27).

La esencia de este principio, resumida en esos versículos, es que la manera de Jesús de hacer las cosas a menudo es *lo opuesto* de la nuestra. Jesús escogió a pescadores y cobradores de impuestos como discípulos para que nadie pudiera pensar que algo grande iba a suceder. Hoy, cuando empieza una organización cristiana, los miembros ponen en la junta a un creyente de gran notoriedad, para que se sepa que la organización es segura y tiene credibilidad. Desde que Jesús escogió pescadores y cobradores de impuestos él ha estado llamando a personas de quienes uno pensaría que nunca serían gran cosa. «No muchos nobles, ni muchos poderosos son llamados». ¿Cuántos de nosotros somos de alta alcurnia o de sangre azul? Somos personas del pueblo, porque de esa manera nadie puede hacerse ninguna ilusión de su importancia.

Jesús estaba hablando de un patrón que se puede ver en toda la Biblia. A Dios le encanta empezar en pequeño. Gedeón tenía treinta mil hombres y Dios le dijo: «Son demasiados». Quedaron reducidos a trescientos, y Dios dijo: «Ahora podemos hacerlo».

La siembra de una semilla de mostaza era exactamente lo que sucedió cuando Jesús murió en la cruz. Ninguna persona viva dijo: «Prepárense para algo grande porque Jesús ahora está en la cruz». No. Fue un día de desastre. Nadie se sintió amenazado cuando ciento veinte discípulos más tarde empezaron a orar para que el Espíritu Santo viniera. Nadie se preocupaba por ellos porque Jesús, su dirigente, ya estaba muerto. Sin embargo el Espíritu de Dios vino en el día de Pentecostés, y el mundo nunca volvió a ser el mismo. Ese es el propósito profetizado de la parábola de la semilla de mostaza.

Pero hay más. La semilla de mostaza, una vez que se vuelve árbol, jamás podrá ser rival de la majestad de un cedro o de un roble del Líbano. Jesús quiere que sepamos que el crecimiento de la Iglesia, por visible que sea, por mucho que pueda afectar la vida de las personas, nunca será enormemente grandioso a los ojos del mundo. Incluso si hay un gran despertamiento, no todo el mundo se salvará. En el gran despertamiento de los Estados Unidos tal vez unos 50.000 alcanzaron la salvación; eso fue un pequeño porcentaje de la población. En el despertamiento galés tal vez unos 25.000 se convirtieron. Jesús estaba diciendo en esta parábola que su reino no es de este mundo. Dios hará las cosas según su propia estrategia, y lo hará de una manera sutil. Dios mostrará como puede cambiar las cosas, pero la Iglesia, en el mejor caso, siempre será menospreciada. Cualquier movimiento en el que está Dios será desdeñado y el mundo se opondrá a él, incluso en los mejores tiempos, incluso en tiempos de despertamiento espiritual. Seguirá siendo una planta; las aves podrán venir y anidar en sus

ramas, pero nunca será un roble gigantesco.

Potencial de la parábola

Llegamos por último al potencial de esta parábola, que tiene un enfoque individual. ¿Está usted preparado para vivir la vida de uno que siembra semilla de mostaza? ¿Puede usted convenir en vivir según los principios proféticos y patrones que Jesús presenta en esta parábola? Eso significa la disposición de llegar a ser nada, de permanecer siendo un don nadie. Usted esperará para ser vindicado, y puede que espere largo tiempo. Su estrategia será dejar que Dios produzca el éxito a su tiempo. Debe haber transparencia en su vida. Para vivir de esta manera usted necesita verdadera fe.

Una vez trajeron a Jesús a un muchacho que padecía de convulsiones y que se arrojaba al fuego. El hombre dijo: «Se lo traje a tus discípulos, pero no pudieron sanarlo» (Mateo 17:16). Inmediatamente Jesús sanó al muchacho, y sus discípulos querían saber: «¿Por qué nosotros no pudimos hacerlo?» Jesús dijo: «Porque ustedes tienen tan poca fe» (Mateo 17:20). Su fe ni siquiera tenía el tamaño de una semilla de mostaza. Jesús dijo: «Les aseguro que si tienen fe tan pequeña como un grano de mostaza...» (Mateo 17:20). Esto nos hace saber que Dios no está esperando que tengamos una fe perfecta sino fe en un Dios perfecto. No es gran fe lo que él nos exige sino fe en un gran Salvador. Una vez que usted pone sus ojos en él y sabe que él es el que hace que las cosas den media vuelta, tiene verdadera fe. Dios está simplemente buscando verdadera fe, una fe viva. Si es real, crecerá. El potencial es este: «Ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ninguna mente humana ha concebido lo que Dios ha preparado para quienes lo aman» (1 Corintios 2:9).

Finalmente, Jesús usó el ejemplo de la semilla de mostaza cuando aplicó la enseñanza de perdonar siempre (Lucas

17:6). Si un hermano peca contra usted siete veces al día, usted tiene que perdonarlo. Los discípulos luchaban con eso. Les parecía bien si el hombre pedía perdón la primera vez. Pero luego si pecaba contra usted de nuevo de la misma manera, y nuevamente pedía perdón uno o dos días más tarde, usted probablemente diría: «Ahora ¡oyeme bien!» Jesús dijo: «Si eso sucede, simplemente sigue perdonando». Estamos hablando de *perdón total*. Los discípulos respondieron a esto diciendo: «¡Aumentamos la fe!» Jesús replicó de nuevo: «Si tienen fe tan pequeña como un grano de mostaza...» (Lucas 17:5-6). Jesús estaba abogando por esa clase de fe que, cuando alguien ha pecado contra usted, dice: «Dios mío, no lo culpes. Bendícelo; no lo castigues». Es un momento de fe. La fe de la semilla de mostaza opera cuando uno perdona. Eso es sembrar la semilla: perdón total, fe verdadera y un enfoque transparente.

Todo el que está dispuesto a llegar a ser nada ya ha plantado una semilla de mostaza. Todo el que dice: «En efecto los perdono», ha plantado una semilla de mostaza. Eso no necesariamente quiere decir que usted debe ir a los que le han hecho daño y decirles que los ha perdonado, porque por lo general le dirán: «Yo no he hecho nada malo». En noventa y nueve de cada cien casos de las personas a quienes he perdonado, usted podría aplicarles un detector de mentira en cuanto a la situación y saldrían airoso porque piensan que no han hecho nada de malo. Usted tiene que perdonarlos de corazón. Ellos no lo verán, pero el momento en que usted deja de culparlos, sigue con su vida y pide a Dios que los bendiga, usted planta una semilla de mostaza.

El proceso de la semilla que da fruto lleva tiempo, y necesitamos dejarla que crezca y permitir que Dios haga su obra. Zacarías 4:10 habla de «los que menospreciaron los días de los modestos comienzos». Siempre hay días pequeños, días intrascendentes, cuando uno piensa que nada está sucediendo. La disposición de ser nada y no desdeñar el día

de principios intrascendentes envía una señal al cielo. Dios mira eso con beneplácito y dice: «Ahora puedo obrar», y hace el resto porque el tiempo está de su lado.

Capítulo 4

La parábola de la levadura

¿Con qué voy a comparar el reino de Dios? Es como la levadura que una mujer tomó y mezcló con una gran cantidad de harina, hasta que fermentó toda la masa.

Lucas 13:20-21

Me pregunto cuántos lectores habrán comido alguna vez galletas desabridas con tocino y huevos para el desayuno. Hace unos años estaba en Israel, poco después de la Pascua, y resultó que me alojé en un hotel judío. Era tiempo de Pascua. Por supuesto, uno nunca podría esperar que le sirvan tocino en un hotel judío alguna mañana, pero sí tenían huevos y algunas clases de pescado y queso. También tenían pan sin levadura, que es como una galletita sin ninguna sal. Es pan sin levadura. Por lo general espero con ganas el desayuno, pero fue terrible comer huevos con galletas desabridas.

El concepto de pan hecho con levadura o sin ella era conocido entre los que oían a Jesús, así que en esta parábola él habló sobre lo que hace la levadura y lo usó para ilustrar su punto. La parábola de la levadura en Mateo 13:33-35 sigue a la parábola de la semilla de mostaza. Son similares en su significado y propósito, pero con una diferencia significativa. La parábola de la semilla de mostaza se refiere a la iglesia en el mundo. Se refiere a principios pequeños, como en Galilea con los pescadores, aunque hoy la fe cristiana abarca todo el mundo. La parábola de la levadura en lugar de referirse a la iglesia en el mundo se refiere al alma de una persona que es creyente. Se refiere a la espiritualidad en la iglesia y como el evangelio puede cambiar la vida de una persona. También se

refiere a la renovación del Espíritu en la iglesia. Así que Jesús dijo, el reino de Dios es como la levadura que una mujer tomó y la mezcló con una cantidad grande de harina hasta que leudó toda la masa.

La parábola de la semilla de mostaza se refiere al crecimiento externo, pero la parábola de la levadura se refiere al crecimiento interno. La parábola de la semilla de mostaza se refiere al progreso de la iglesia en la sociedad, pero la parábola de la levadura, para citar a Donald Carson, se refiere a la «transformación intensiva» que sucede dentro de la iglesia y tiene lugar en el alma del creyente.

¿Qué es la levadura? Es cierto tipo de hongo que se usa como agente para hornear y fermentar. Produce fermentación en la masa. La peculiaridad de la levadura es que un poquito rinde mucho; una pequeña cantidad tiene la capacidad de penetrar en toda la masa. Cuando se añade la levadura al hornear el pan, el resultado es que lo que de otra manera sería una galleta tostada desabrida se vuelve una hogaza entera de pan. Se multiplica grandemente.

En el antiguo Israel, el pan hecho de trigo era el alimento básico. Si usted era muy pobre, hacía pan de cebada. El pan se hacía en esos días guardando un poco de la masa leudada de la horneada previa y mezclándolo con la nueva masa. Jesús usó esta parábola porque todos los presentes sabían de este misterioso pero poderoso proceso de la levadura, que hace que la masa crezca y da al pan el más maravilloso aroma y sabor.

¿Qué nos enseña a nosotros la parábola de la levadura? Primero, como la parábola de la semilla de mostaza, nos enseña a no subestimar el potencial de los principios pequeños en la vida cristiana. Segundo, la parábola nos enseña que cuando el Espíritu Santo aplica el evangelio no hay límite a lo que puede suceder en la vida de una persona. El Espíritu Santo es como la levadura: lo afecta todo. Tercero, todas estas cosas suceden aún cuando no nos damos cuenta

de que estamos siendo cambiados. La obra es silenciosa. Tal vez usted piense: *Me pregunto si estaré creciendo espiritualmente. No creo que esté cambiando nada.* La verdad es que, como escribió Pablo: «Dios es quien produce en ustedes tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad» (Filipenses 2:13).

En este capítulo quiero examinar cinco cosas en cuanto a la levadura, cómo se aplica al evangelio y cómo puede cambiar nuestra vida.

La paradoja de la levadura

Una paradoja es algo que es contradictoria pero cierto. Quiero recalcar que el uso que Jesús hizo de la levadura como ilustración del reino es paradójico, porque a menudo en la Biblia la levadura tiene connotaciones negativas; mucho más que las positivas. Jesús mismo dijo: «Tengan cuidado ... eviten la levadura de los fariseos y de los saduceos» (Mateo 16:6).

Esta sencilla declaración es casi una parábola en sí misma. Al principio ellos la tomaron literalmente y pensaron que les estaba diciendo que se cuidaran de la levadura que se usa para hacer pan. Jesús tuvo que aclararles que él quería que se guardaran de las enseñanzas de los fariseos y saduceos, para que no se esparciera en ellos de modo sutil pero insidioso.

El apóstol Pablo también se refirió negativamente a la levadura: «¿No se dan cuenta de que un poco de levadura hace fermentar toda la masa?» (1 Corintios 5:6).

Se refería a librarse de la «levadura vieja», refiriéndose a la práctica pecaminosa que tenía lugar en la iglesia de Corinto. «Líbrense de la levadura vieja», les enseñaba Pablo, «para que puedan llegar a ser una nueva hornada, sin levadura, como realmente son». Pablo usa la analogía de nuevo en Gálatas 5:9 para ilustrar una influencia negativa y corrupta en la iglesia que debían eliminar.

En el Antiguo Testamento se usa la levadura tanto positiva como negativamente. Por ejemplo, en Levítico leemos: «Si se ofrece en acción de gracias, entonces se ofrecerán también panes sin levadura amasados con aceite, obleas sin levadura untadas con aceite, o panes de flor de harina amasados con aceite» (Levítico 7:12).

En Éxodo 12, cuando se ordenó la Pascua, a los israelitas se les ordenó que comieran pan sin leudar por siete días. Y, lo que es más, «durante siete días se abstendrán de tener

levadura en sus casas» (Éxodo 12:19).

Es interesante, entonces, que en esta parábola Jesús usa la levadura para mostrar algo que es muy positivo.

La presencia de la levadura

La presencia de la levadura en la harina es *ajena* a su constitución natural. Es un elemento foráneo que se pone en la harina en el proceso de hornear a fin de producir una reacción dramática. La levadura es radicalmente diferente de la harina misma. Esto presenta un cuadro de lo que tiene lugar cuando recibimos a Cristo. El puro Espíritu de Dios viene de fuera de nosotros, para morar en nosotros ... en nosotros ¡que somos pecadores depravados! ¿Cómo puede el puro Espíritu de Dios venir a nosotros de esa manera?

El Espíritu Santo no es innato en el hombre. No pertenece a la naturaleza del hombre. Antes de que podamos disfrutar del evangelio, fue necesario que se derramara la sangre de Cristo en la cruz. La sangre precede a la venida del Espíritu a nosotros. Cuando el Espíritu viene, viene para convencer de pecado, justicia y juicio. A fin de que recibamos el evangelio y disfrutemos de comunión con Dios mediante la presencia del Espíritu Santo, se nos ha dado una nueva naturaleza de arriba. Viene de fuera de nosotros; nos ha sido dada, porque no la tenemos por naturaleza. Se nos da el Espíritu Santo para producir en nosotros un cambio radical. Y lo mismo es con la levadura; es un artículo extraño.

En segundo lugar, la levadura tiene una función *auxiliar*. En otras palabras, da respaldo y ayuda. La levadura y la harina se necesitan mutuamente para que ocurra la reacción que se desea. La levadura y la harina pueden existir sin la otra, pero no si lo que se desea es la reacción, el aumento de la masa del pan. Así también, el Espíritu Santo puede existir sin nosotros y nosotros podemos existir sin el Espíritu Santo; pero para que haya cambio en la vida, el Espíritu Santo debe venir a nosotros. No podemos cambiarnos nosotros mismos sin la intervención del Espíritu Santo, así como la harina no puede transformar su estado sin levadura. Muy dentro de

toda persona hay la necesidad de que Dios venga y more allí por su Espíritu, y la cambie. Como dijo San Agustín: «Nos has hecho para ti mismo; nuestros corazones no descansan sino cuando hallan su descanso en ti».

Tercero, no es suficiente simplemente poner levadura en la harina y esperar que algo suceda. Hay que aplicar la levadura. Esta aplicación se llama amasar, y es un proceso por el cual la masa se aplasta y estira, para que la levadura penetre por todas partes. Génesis 18:6 describe como Sara hizo eso cuando preparó pan para algunos visitantes angélicos.

Así como hay que aplicar la levadura, el Espíritu Santo aplica el evangelio. Somos agentes del Espíritu. Yo estoy, en cierto sentido, aplicando la palabra cuando hablo o cuando escribo; estoy amasando la masa, estirando y presionando. Esto es lo que Pedro estaba haciendo en el día de Pentecostés. Podía simplemente haber predicado el evangelio y luego haberse sentado y dicho: «Ya hice mi parte». Pero él continuó. Dijo: «¡Sálvense de esta generación perversa!» (Hechos 2:40), y exhortó con muchas otras palabras. El peligro de los que creen fuertemente en la soberanía de Dios es que dirán: «Ya terminé. No hay nada más que yo tenga que hacer ahora que sé que Cristo me ha salvado». Pero Pedro continuó rogando, y de esta manera tenemos que *aplicar* el Espíritu Santo a nuestra vida.

El propósito de la levadura

El propósito de la levadura no es destruir la harina. Más bien penetra en la harina y lo cambia todo. Comunica su propia naturaleza, lo que tiene un efecto definitivo en la harina. *Comunica, combina y cambia*. Lo mismo con el Espíritu Santo. Él viene y nos comunica su naturaleza. Nunca podríamos tener la gracia del Espíritu a menos que el Espíritu venga y la exprese desde dentro de nosotros. La gracia del Espíritu trae amor, gozo, paz, paciencia, mansedumbre, etc.; esto nos es *comunicado*, es el Espíritu mismo que está por completo en nosotros. No tiene nada que ver con nuestro temperamento y sí tiene que ver totalmente con Dios. Él toma lo que somos y por medio de la obra de su Espíritu en nosotros produce los frutos y dones del Espíritu.

Ha habido un triste divorcio en la iglesia de hoy, un divorcio entre la Palabra y el Espíritu. El énfasis de los que enfocan principalmente la Palabra recae en la enseñanza sana, el ministerio de la predicación expositiva, la recuperación de las doctrinas de La Reforma, el Dios de Lutero, Calvino, Edwards, Spurgeon y los demás. ¿Qué tiene de malo ese énfasis? Absolutamente nada. Es totalmente correcto.

Los que enfocan principalmente al Espíritu enfatizan los dones del Espíritu: señales, maravillas y milagros; según se ve en el libro de Hechos. Mientras no se recupere lo que se ve en el libro de Hechos, el mundo no va a notar a la iglesia. Así que, ¿qué hay de malo con ese énfasis? Absolutamente nada. Es totalmente correcto.

No es que necesitemos uno u otro, sino ambos. Necesitamos enfatizar ambos tan completamente que sea imposible decir cuál hemos enfatizado más. Queremos ser totalmente receptivos y vulnerables a la Palabra y al Espíritu. Necesitamos iglesias que recalquen la Palabra y enfaticen el

fruto del Espíritu: amor, gozo, paz, etc. (Gálatas 5:22-23); iglesias que recalquen los dones del Espíritu: palabra de conocimiento, hablar en lenguas, milagros, etc. (1 Corintios 12). A menudo los que están del «lado de la Palabra» se sienten un poco nerviosos en cuanto a los dones, y los que están del «lado del Espíritu» piensan que no tiene demasiado importancia pensar en el fruto de la Palabra, porque los dones es todo lo que se necesita.

Pero si permitimos que la levadura haga su trabajo, que el Espíritu obre en toda la masa, tendremos tanto los dones como los frutos. El Espíritu obrando por medio de nosotros nos da todo lo que Dios quiere que seamos en él, lo que se puede resumir como *santidad*. Él da aborrecimiento por el pecado, anhelo por Cristo y deseo de ver la gloria de Dios manifestada de tal manera que el mundo vea que hay un Dios en los cielos. El Espíritu combina lo que él es con lo que nosotros somos, para que podamos llegar a ser lo que estábamos destinados a ser. La oscuridad se vuelve luz, la confusión se vuelve orden, la insensibilidad se vuelve sensibilidad, la apatía se vuelve entusiasmo, la muerte se convierte en vida. ¡Las cosas empiezan a suceder!

El propósito de la levadura es comunicar su propia naturaleza. Así como la levadura no destruye la harina sino que la cambia, el Espíritu no destruye nuestras facultades, nuestras capacidades ni nuestra personalidad, sino que añade su propio carácter al nuestro. ¿Tenemos miedo de que él tome el control de lo que yo voy a llegar a ser? ¿Cómo voy a ser? ¿Qué pensarán otros de mí? Pero ese es temor del hombre y no es de Dios.

El Espíritu santo no va a destruirlo; lo que hará es cambiarlo y darle un aroma, una esencia, belleza, y usará sus capacidades para superar todo lo que usted incluso ha soñado. Le suplico: no tenga miedo del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es Dios, es el Dios de la Biblia. Él no destruye; solamente cambia.

El proceso de la levadura

La levadura tiene ciertas propiedades que destacan más características del Espíritu Santo para nosotros. Estas propiedades entran en juego conforme el proceso de la levadura que actúa en la harina empieza a tener lugar.

► *Se esparce*

Jesús dijo: «¿Con qué voy a comparar el reino de Dios? Es como la levadura que una mujer tomó y mezcló con una gran cantidad de harina, hasta que fermentó toda la masa» (Lucas 13:20).

La levadura afecta toda la masa así como el Espíritu Santo afecta todo nuestro ser. Al grado en que se aplica la levadura, ella obra de principio a fin. Así el Espíritu Santo obra en nosotros para llevarnos a «quedar completos». La obra del Espíritu empieza con el llamamiento efectivo, continúa en la obra llamada santificación, y termina en la glorificación. Es la «cadena dorada» de la redención: «A los que predestinó, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó» (Romanos 8:30).

Y así una vez que la obra del Espíritu empieza a aplicarse en nuestra vida, se esparce.

► *Es fuerte*

Una pequeña cantidad de levadura afecta una gran cantidad de masa. Como con la parábola de la semilla de mostaza, la más mínima medida de fe logra el propósito de Dios. Uno puede sentir que es un creyente débil, o que todo lo que tiene es una diminuta cantidad de fe. Pero está bien; la semilla de fe está allí, y Dios puede usarla, por pequeña que sea, para lograr su obra en nosotros. Como Pablo diría: «Aviva ese don que está en ti, y hazlo que arda». Al presente puede ser apenas un destello, pero con el soplo del Espíritu puede

convertirse en un fuego violento.

► *Es secreta*

Uno no siempre puede ver lo que está sucediendo cuando la levadura está actuando. Se pone la masa en un lugar oscuro, o sobre el mostrador para que se airee, y no se ve lo que está sucediendo. Su efecto se ve al final del día. Y así uno puede preguntarse: *¿Está Dios haciendo algo en mí? ¿Está sucediendo algo?* Pablo diría que sí: «Así, todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados a su semejanza con más y más gloria por la acción del Señor, que es el Espíritu» (2 Corintios 3:18).

Aunque usted sienta que no está haciendo progreso en la vida espiritual, el que empezó la buena obra en usted *la terminará* (Filipenses 1:6). Tal vez Dios esté soplando la llama hoy. Tal vez su vida no ha decolado como debiera, pero todavía puede suceder. Ábrase al Espíritu, y no se preocupe por lo que hace o no ve. Como John Newton dijo a su amigo William Kelper sentado al otro lado de la mesa del desayuno: «No soy lo que quiero ser. No soy lo que debo ser. No soy lo que espero ser, pero gracias a Dios no soy lo que solía ser». La levadura, amasada en la masa, ha estado actuando en secreto, y uno se despierta un día y se da cuenta de que Dios ha estado obrando en uno.

► *Es silenciosa*

La levadura no suena al actuar. De la misma manera, la obra secreta del Espíritu empieza sin que nos demos cuenta. ¿Sabía usted que la regeneración es una experiencia inconsciente? Algunos suelen señalar el día exacto y la hora en que fueron salvos, o *regenerados*, en Cristo. De lo que están hablando es del momento en que *se dieron cuenta* de que Cristo los había regenerado. Realmente el proceso había empezado mucho antes, sutil e inconscientemente. La obra

del Espíritu para llevarnos al punto de la salvación es como la concepción y luego el nacimiento. El niño llega a existir en el vientre y llega el momento en que nace, pero al nacimiento le precede la concepción que tuvo lugar nueve meses antes. Lo mismo con los que nacen de Dios. Es una obra secreta, pero al final uno llega a la plena certeza de la fe en el amor y alabanza de Dios. Es lento, y la obra es gradual. Uno quisiera que sucediera más rápidamente, pero hay que dejar que la levadura haga su trabajo.

► *Da sabor*

Pablo dijo en 2 Corintios 2:15: «Porque para Dios nosotros somos el aroma de Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden».

No hay nada más maravilloso que oler la levadura en la harina. Recuerdo una vez cuando era niño que fuimos a la casa de ciertas personas para comer pollo frito, y pusieron pan en el horno. Olíamos eso, y dijimos: «¿Y no nos van a dar a nosotros?» Los padres dijeron que sí. Comimos tantos panes de aquellos que no nos quedó espacio para el pollo, ¡y ellos tuvieron que comérselo todo! Nunca olvidaré el olor y el sabor de aquellos panes. El proceso del Espíritu Santo al actuar en nosotros empieza a producir un aroma maravilloso y fragante, y es algo que agrada a Dios.

El poder de la levadura

Jesús habló en Lucas 13:20 sobre la levadura mezclada en la masa. La levadura hace su trabajo cuando está *mezclada* con la masa. El Espíritu hace su obra cuando llega a ser parte de nuestra vida. ¿Cuán receptivo es usted al Espíritu? Cada uno de nosotros tiene que llegar al punto donde pueda decir: «Bienvenido, Espíritu Santo», y estar preparados para permitirle que obre en nosotros. La levadura es el medio por el cual la masa crece, y el Espíritu es el medio por el cual resultados positivos son producidos en nosotros.

Hay dos puntos de vista en cuanto al Espíritu Santo entre los creyentes evangélicos. Uno es que el Espíritu Santo es sencillamente la Tercera Persona de la Trinidad. Muchos se aferran a lo que a veces se le llama una doctrina *soteriológica* del Espíritu, y eso es todo. La palabra *soteriología* se refiere a la doctrina de la salvación; su concepto del Espíritu es sencillamente que el Espíritu aplica la Palabra, el evangelio, y que nos lleva al punto de la salvación. Y eso es todo.

El segundo punto de vista tiene que ver con el testimonio inmediato y directo del Espíritu; el Espíritu viene a morar en uno, y uno puede sentirlo. Es muy real. Puede que algunos lectores tengan un concepto del Espíritu puramente soteriológico: creen en el evangelio, y son tan salvos como hay que serlo. Pero todavía tienen que darse cuenta de lo que sucede cuando el Espíritu entra para producir cambios. ¿Cómo actúa la levadura? ¿Quién lo sabe? ¡No soy químico! Sin duda otros pueden explicarlo, pero simplemente actúa. Mayores todavía son los misterios de Dios. Yo simplemente entiendo que la sangre de Jesús, derramada en la cruz del Calvario y aplicada por el Espíritu, nos da vida eterna.

En la ciudad de Chicago una noche fría y oscura caía una ventisca. Un muchachito estaba vendiendo periódicos en una

esquina. Todos estaban dentro de casa, lejos del frío, y el muchachito estaba con tanto frío que ya no estaba tratando de vender periódicos. Se acercó a un policía y le dijo: «Señor, ¿de casualidad sabe usted dónde un niño pobre podría hallar un lugar abrigado para dormir esta noche? Lo que pasa es que yo duermo en una caja de cartón, allá en esa esquina y en el callejón, y hoy hace muchísimo frío. Sería lindo tener un lugar abrigado donde quedarme».

El policía miró al muchachito y le dijo: «Pues bien, te voy a decir lo que debes hacer. Anda por esta calle hasta esa gran casa blanca y llama a la puerta. Cuando salgan a la puerta simplemente di: “Juan 3:16” y te dejarán entrar». Así lo hizo el muchacho. Subió los escalones hasta la puerta y golpeó. Contestó una señora. Él la miró y dijo: «Juan 3:16».

La señora le dijo: «Pasa». Le hizo pasar a la sala, le hizo sentarse en una mecedora frente a una gran chimenea y salió. Él se quedó sentado por un rato pensando: *Juan 3:16. No lo entiendo, pero de veras que hace que un niño con frío encuentre abrigo.*

Más tarde la señora volvió y le preguntó: «¿Tienes hambre?»

Él dijo: «Un poco. No he comido nada en un par de días, y pienso que me vendría muy bien un bocado de comida». La señora lo llevó a la cocina y le hizo sentarse a una mesa llena de maravillosa comida, y el niño comió hasta más no poder. Entonces pensó: *Juan 3:16. No lo entiendo, pero sí que sabe saber hacer que un niño con hambre se harte.*

La señora le llevó al segundo piso, a un baño con una enorme tina llena de agua caliente. El muchacho se quedó metido en el agua por un rato, disfrutando del agua caliente. Mientras estaba en la tina pensó: *Juan 3:16. No lo entiendo, pero sí que sabe limpiar a un niño sucio.* La señora volvió y lo llevó a un cuarto, le hizo meterse en una cama de plumas, y lo arropó hasta el cuello y le dio un beso de buenas noches. Luego apagó la luz. Acostado en la habitación a oscuras, el

niño miró por la ventana y vio la nieve que caía esa noche helada. Pensó: *Juan 3:16. No lo entiendo, pero sí que sabe hacer que un niño cansado descanse.*

A la mañana siguiente, la señora volvió y le llevó de nuevo al piso bajo a la misma mesa llena de comida. Después que comió, le llevó de nuevo a la misma mecedora frente a la chimenea. Sacó una Biblia, y dijo: «¿Entiendes Juan 3:16?» «No señora, no lo entiendo. La primera vez que lo oí fue anoche cuando el policía dijo que lo dijera». Ella abrió la Biblia en Juan 3:16 y empezó a hablarle de Jesús. Allí, frente a esa chimenea, el niño le entregó su corazón y su vida a Jesús. Se quedó sentado, y pensó: *Juan 3:16. No lo entiendo, pero sí que sabe hacer que un niño perdido se sienta salvo.*

La levadura en la harina es un misterio. ¿Cómo actúa? Todo lo que sabemos es que Jesús dijo que el reino de Dios es como eso. Una mujer toma levadura y la mezcla con una buena cantidad de harina para que la masa leude. Así es como el Espíritu actúa cuando entra. No trate de figurárselo; simplemente agradezca a Dios porque da resultado.

Capítulo 5

La parábola del tesoro escondido

El reino de los cielos es como un tesoro escondido en un campo.

Mateo 13:44

La parábola del tesoro escondido es breve y contiene dos puntos principales: Primero, una persona por casualidad descubre algo tremendamente valioso; y segundo, la persona vende todo lo que tiene a fin de conseguirlo. Según Jesús, es exactamente así con el Reino de los Cielos.

En tiempos antiguos, en las tierras que fuerzas invasoras asolaban con frecuencia, como lo era Palestina, la gente a menudo enterraba sus posesiones valiosas para evitar que las descubrieran. Por alguna razón, sin embargo, no siempre podían volver para recuperarlas. A veces el dueño moría, y el tesoro quedaba escondido por años. La posibilidad de que alguien hallara luego el tesoro era más bien remota.

Esta parábola nos presenta a un hombre que no era muy rico. Podemos dar por sentado eso debido a su gran entusiasmo al tropezar con el tesoro. Un rico tal vez se hubiera alegrado y luego simplemente lo hubiera añadido a lo que ya tenía. Pero este hombre puede haber sido un obrero a destajo que tropezó con un jarrón, bien fuera de monedas de oro o plata, tal vez joyas, y volvió a enterrar el tesoro porque no tenía derecho a quedarse con él. Si hubiera sido un pícaro, simplemente se lo hubiera llevado, pero en esos días había leyes en Palestina que gobernaban el descubrimiento de tales riquezas. Una antigua ley rabínica decía que si un obrero encontraba un tesoro, pasaría a propiedad de su

patrón, es decir, del dueño del campo. Sin embargo, el hombre se cuidó de no llevarse el tesoro, ni se lo dijo a nadie. Más bien fue y vendió todo lo que tenía y compró el campo. No quería el campo tanto como el tesoro, pero ser el dueño legal del campo era la única manera de conseguirlo. El tesoro debe haber sido mucho más valioso de lo que el campo jamás lo fue.

Esta parábola no trata ni de la legalidad ni de la moralidad de la situación. Sabemos que en una parábola no debemos tomar todo detalle minúsculo y tratar de atribuirle una verdad bíblica. Es un relato, y el punto focal de la historia es el tesoro; un tesoro que valía la pena cualquier sacrificio con tal de poseerlo.

¿Por qué es importante esta parábola?

En esta parábola Jesús realmente estaba hablando del valor de la unción. La gente usa la palabra *unción* con frecuencia, pero, ¿qué significa? Sencillamente, la unción se refiere al poder del Espíritu en la vida de una persona. Cuando uno opera en el poder del Espíritu, lo que se hace es fácil. Uno no tiene que preocuparse al respecto, ni tampoco tiene que «trabajarlo». No hay esfuerzo humano ni fatiga; simplemente sucede. Otra palabra que describiría la unción es *inteligencia*, como en Proverbios 4:5: «Adquiere sabiduría, adquiere inteligencia».

La gente en los días de Jesús tenía una noción muy vaga del Reino de los Cielos. Solo pensaban en el Reino de los Cielos en términos materiales; por ejemplo, esperaban que Israel derrocará al gobierno de Roma cuando el Reino de Dios viniera en poder. Jesús usó parábolas como esta para ayudar a las personas a ver las cosas desde una perspectiva completamente diferente. Sabía que ellos tenían que hacer una transición sería en su manera de pensar, así que les contó una parábola tras otra para mostrar que él estaba hablando de algo completamente diferente de lo que ellos esperaban. En Mateo 13, Jesús dijo: «El reino de los cielos es como un tesoro escondido en un campo. Cuando un hombre lo descubrió, lo volvió a esconder, y lleno de alegría fue y vendió todo lo que tenía y compró ese campo» (versículo 44).

La parábola tiene el propósito de mostrarnos lo que una persona está dispuesta a hacer cuando ve la posibilidad de tener una verdadera unción. No está explicando cómo llegar a ser creyente; no está mostrándonos el camino para ser salvos, porque uno jamás puede comprar la entrada al cielo. En este punto no se puede tomar la parábola literalmente. Uno no tiene que vender literalmente todo lo que tiene para llegar a Cristo, porque no hay tales condiciones. La salvación

es un don de la gracia de Dios, pagado por la sangre de Jesús, que solo se puede recibir gratuitamente. Más bien, esta parábola nos ilustra a una persona que ha llegado a darse cuenta del valor y el potencial de la unción.

La parábola también muestra la capacidad del Reino de los Cielos para dar la unción y entusiasmar a la persona lo suficiente para que venda todo lo que posee. La gente en el antiguo Israel nunca había oído algo igual. Estaban tan mentidos en su pensamiento materialista que no podían entender el concepto de que el Reino «venía» a un individuo. Pero Jesús estaba mostrándoles que el Reino de Dios era cuestión de transformar las vidas de los individuos, y no de derrocar naciones.

Tal vez usted no ha descubierto a lo que el deseo de unción puede llevar a una persona. Hay personas que no tienen el concepto de querer tanto algo espiritual para dejarlo todo a un lado a fin de conseguirlo. Hay quienes no entienden la posibilidad de tener esa clase de relación con Dios en la que el Espíritu de Dios viene con gran poder, y da una intimidad con el Señor como jamás pensaron posible. Sin embargo, si uno se da cuenta del potencial de la relación con Dios, se entusiasmará tanto que estará dispuesto a perder la cabeza con tal de tener más de Dios!

Lo interesante es que es posible perder la cabeza y conservar la al mismo tiempo! Uno pierde la cabeza en el gozo de conocer a Dios y no le importa que la gente piense que ha perdido un tornillo. Sin embargo, probablemente uno es más cuerdo cuando llega a un punto en que abandona todo lo demás en su deseo de Dios. Una vez que uno ha experimentado verdaderamente la unción del Espíritu, el dinero, la reputación, el amor del mundo, el temor del qué dirán y todo lo demás se vuelve insignificante.

Hay la tercera razón por la que esta parábola es importante. Muestra el valor de reconocer esta oportunidad que se da una vez en la vida, y aprovecharla de inmediato.

En la vida, a menudo, dos personas pueden mirar exactamente lo mismo, pero solo una reconoce su valor. Mediante su enseñanza, Jesús nos recuerda la importancia de poder reconocer lo auténtico; de aprender a discernir una oportunidad clave cuando se presenta, de reconocer cuando hay historia que se está haciendo. Tales oportunidades no se presentan todos los días y a lo mejor nunca vuelven. La oportunidad en cuestión aquí es de recibir la unción de Dios. Lo mismo en la vida: uno tiene que poseer la intrepidez para tomar una decisión de hacer lo que sea con tal de conseguir esta clase de intimidad con Dios, una relación de unción, sabiduría e inteligencia.

¿Alguna vez se ha apoderado de usted algo como esto? ¿Se da cuenta cómo podría cambiar su vida si usted se entusiasma de esta manera? Considere el pasaje sobre la fe en Hebreos 11: Abel, Enoc, Noé, Abraham, Sara, José, Moisés, Sansón, David, todas estas personas, uno a uno, se entusiasmaron e hicieron algo que nadie había hecho antes. Una buena manera de entender Hebreos 11 es mantener esta parábola al lado de ese pasaje, porque esto es lo que les sucedió a todos los individuos que se mencionan. Hebreos 11 es un ejemplo de aquellos que «lo vendieron todo para conseguir el tesoro».

El descubrimiento de un individuo

Hay varias cosas que quiero destacar en esta parábola. La primera es que este descubrimiento fue *accidental*. El hombre de la parábola no estaba buscando el tesoro. No fue accidental en el sentido de que no tenía ni causa ni propósito, porque para Dios no hay accidentes. El punto es que el descubrimiento fue repentino; no tenía precedentes. Simplemente sucedió, y la vida de una persona cambió de inmediato. Piense, por ejemplo, en Saulo de Tarso. Saulo no estaba de camino a una reunión de oración; estaba de camino a matar cristianos cuando de repente cayó derribado. «Perdió la cabeza» e hizo un descubrimiento inesperado que cambió radicalmente su vida. De su linaje escribió: «Circuncidado al octavo día, del pueblo de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de pura cepa; en cuanto a la interpretación de la ley, fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que la ley exige, intachable» (Filipenses 3:5-6).

Sin embargo Pablo continúa: «Todo aquello que para mí era ganancia, ahora lo considero pérdida por causa de Cristo. Es más, todo lo considero pérdida por razón del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo he perdido todo, y lo tengo por estiércol, a fin de ganar a Cristo» (versículos 7-8).

De repente el pasado de Pablo no significaba nada para él. Todos sus logros ahora eran «estiércol» comparado con conocer a Cristo. Qué increíble transformación; sin embargo Pablo no esperaba que sucediera. Mientras viajaba en el camino a Damasco no tenía ni idea de lo que estaba a punto de descubrir.

De modo similar, Martín Lutero hizo un descubrimiento que transformó su vida. Insatisfecho con lo que la iglesia le estaba enseñando en cuanto a tratar de salvar su alma, se encontró en su Biblia con el versículo que dice que «el justo

vivirá por la fe», y escribió al margen las palabras «fe sola» en latín. Había descubierto el tesoro escondido y se transformó. Antes de eso había creído que uno podía salvarse por fe y obras, y como resultado siempre estaba tratando de hacer más obras para demostrar que tenía fe.

Martín Lutero era un hombre muy concienzudo. Iba a confesarse y lo confesaba todo, pero luego volvía una hora más tarde isi recordaba otro pecado que todavía no había confesado! Cuando vio que la salvación era dada libremente por fe en Cristo solo, nunca volvió a ser el mismo, y la iglesia no supo qué hacer con él. Lo excomulgaron. Lutero, sin embargo, realizó una ceremonia en 1520 en las calles de Wittenberg, y tomó el documento de excomunión y lo quemó. Luego añadió: «Eso no es todo; voy a casarme. Voy a casarme con Catalina von Buhner, y vamos a tener hijos y voy a colgar los pañales en el jardín del frente para que el papa los vea». ¿Qué le hizo actuar tan precipitadamente? Estaba *muy* entusiasmado. Se podría decir que perdió la cabeza. Había perdido la cabeza, y al mismo tiempo estaba en su plena cordura. Cuando uno descubre lo que es verdaderamente auténtico, uno se prepara para perderlo todo a fin de obtenerlo.

Discernimiento incisivo

El hombre que halló el tesoro captó la importancia de su hallazgo. En su alegría fue y vendió todo lo que tenía a fin de comprar el terreno. Al instante supo que había hallado algo extraordinario. Algunas personas no lo ven de inmediato; lo ven un poco más tarde, pero tal vez justo a tiempo. Jacob era así. Él dijo: «En realidad, el SEÑOR está en este lugar, y yo no me había dado cuenta"» (Génesis 28:16). Se dio cuenta de que había hecho un descubrimiento sorprendente, pero no se apoderó de él de inmediato; se dio cuenta más tarde.

Al hacer ese descubrimiento el hombre de nuestra parábola decidió guardar el secreto. Cuando halló el tesoro, de inmediato volvió a enterrarlo. Habrá a menudo momentos en su vida cuando el Señor le revelará algo, pero es solo para usted. Usted debe guardarlo en secreto hasta que Dios le indique que es tiempo de decírselo a otros. La Biblia dice: «El SEÑOR brinda su amistad a quienes le honran» (Salmo 25:14). Vemos un versículo interesante en Lucas 2:51, que dice que María «conservaba todas estas cosas en el corazón». Pienso que Lucas pudo escribir el tercer evangelio porque entrevistó a María después de la muerte de Jesús y esta le reveló cosas que, hasta entonces, nadie sabía sino solo ella.

Nadie, excepto María, pudo haber sabido las cosas que Lucas escribió sobre Simeón, Ana, los pastores y Jesús a los doce años cuando fue a Jerusalén. Estas son unas pocas de las muchas cosas que María pudo por fin revelar. Probablemente nos dio una centésima parte de uno por ciento de lo que se podía decir, pero no dijo nada sino cuando llegó el momento de darle algo de información a Lucas.

A veces Dios nos pide que estemos dispuestos a guardarnos las cosas y no decirle a nadie todo lo que sabemos. ¿Podría uno ir a tomar té con su Majestad la Reina y nunca decírselo a nadie? Si eso le sucediera a usted y no pudiera decírselo a

nadie, ise sentiría muy desdichado! Uno de mis relatos favoritos es el de un hombre que sorprendió a todos permitiendo que le elevaran a caballero. Conociendo su personalidad, le dijeron: «Nos sorprende que hayas aceptado el nombramiento de caballero. ¿Por qué lo aceptaste?» «Pues bien» dijo él, «es muy sencillo: nadie debe despreciar un título de caballero a menos que pueda quedarse callado al respecto, y yo sabía que no podría hacerlo, así que lo acepté».

¿Qué si Dios le dijera algo equivalente al secreto de la bomba atómica, espiritualmente hablando? Tal vez es algo solo para usted, porque el secreto del Señor está con los que le temen, y él brinda su amistad a esas personas. Pero, ¿qué si la unción de Dios dependiera de que usted lo guarde en secreto? Pocos podrían hacerlo. Tan pronto como el Señor nos da una visión, tenemos la tendencia de querer decírsela a todos, y por lo general no para bendecirlos sino porque queremos que piensen que somos grandes. Por eso tan poco sucede con las personas en términos de poder espiritual. No se nos puede confiar los secretos de Dios. Pero este hombre guardó el secreto. Escondió el tesoro, y no se lo dijo a nadie.

Protección del tesoro

El hombre no quería que nada le sucediera a aquel tesoro. Considere estas palabras: «Con el poder del Espíritu Santo que vive en nosotros, *cuida* la preciosa enseñanza que se te ha confiado» (2 Timoteo 1:14).

Esta idea de «proteger el tesoro» destaca un interesante paradigma bíblico: el del *antimonio*. En esencia significa que dos cosas que son irreconciliables, y sin embargo son verdad, se mantienen juntas en tensión. Por ejemplo, Jesús es Dios y Jesús es hombre. ¡Figúrese! Desde la fundación del mundo Dios ha escogido el número de personas que salvaría, y sin embargo nos ha dicho que vayamos y tratemos de salvar a todo el mundo. Son principios irreconciliables que parecen opuestos uno al otro y sin embargo ambos son verdad.

De modo similar, somos justificados por fe, y sin embargo la Biblia dice que podemos entristecer al Espíritu. Debemos, por consiguiente, «proteger» la unción del Espíritu en nuestra vida. Así como el hombre descubrió el tesoro y luego trató de protegerlo, debemos guardar las bendiciones espirituales que Dios, en su gracia, nos da.

Hace como seis años, estaba sentado en nuestro apartamento y la presencia del Señor llegó a ese cuarto. El finado predicador nazareno Tío Buddy Robinson solía referirse a esas experiencias como «recibir un trozo de miel en el alma». Ese día me sucedió a mí; no hay palabras para describirlo. Fue tan precioso que quería guardarlo. ¿Cómo lo guarda uno? Al Espíritu Santo se le describe como una paloma. Una paloma es muy sensible y se asusta fácilmente. Si uno se comporta mal, la Paloma divina se aleja. Si uno le grita a alguien, empieza a señalar con el dedo, empieza a escuchar algo que no debería oír, o decir algo negativo, uno aflige al Espíritu. Más bien debemos guardar cuidadosamente la unción del Espíritu.

Una decisión instantánea

Finalmente leemos que «lleno de alegría [el hombre] fue y vendió todo lo que tenía y compró ese campo» (Mateo 13:44). La alegría del hombre superó a todo lo demás. Podía haberse dicho: *No quiero tomar una decisión precipitada en este momento. Tengo que calmarme un poco.* Pero no; fue una decisión repentina. No pensó: *Voy a meditar en esto.* En su alegría, corrió a vender todo lo que tenía, compró el campo y llegó a ser el dueño del tesoro.

En el Nuevo Testamento, tan pronto como las personas se convertían se bautizaban. Era extraño que la gente no se bautizara casi inmediatamente. En estos días decimos: «Pues bien, déjenme pensarlo un poco». Algunos han esperado años y todavía no se han bautizado. Tenemos miedo de hacer algo que luego lamentaremos, pero los creyentes del Nuevo Testamento, en el gozo de su salvación, se bautizaban allí mismo y jamás miraban atrás.

El hombre tomó una decisión rápida y astuta. Lo que esta parábola quiere decir es que cuando uno descubre algo auténtico, ¡no hay que esperar!

Cuando Moisés era joven, rehusó que se le conociera como el hijo de la hija del faraón. Escogió ser maltratado con el pueblo de Dios antes que disfrutar de los placeres del pecado por un poco de tiempo (Hebreos 11:24-25). Muchos han dicho que Moisés fue un necio al portarse de esa manera, pero Moisés estaba tomando la mejor decisión de su vida porque había «visto» el tesoro y lo había escondido en su corazón. Hebreos dice: «Consideró que el oprobio por causa del Mesías era una mayor riqueza que los tesoros de Egipto, porque tenía la mirada puesta en la recompensa» (Hebreos 11:26).

Imagínese apreciar la desgracia; ¡no tiene sentido! Sin embargo, Moisés sabía que había visto algo. Aunque ninguno

de los que lo rodeaban entendería lo que estaba haciendo, tomó una decisión astuta y guardó el secreto. Fue una decisión rápida y estratégica.

El hombre de esta parábola no quería ser dueño de un campo; lo que quería era el tesoro que estaba escondido en aquel terreno. Fue una decisión rápida y estratégica. También fue una decisión *sacrificial*. Jesús dijo que el hombre vendió *todo lo que tenía* para comprar ese terreno. El tesoro, la unción, es lo más grande que uno puede tener. A principios de mi ministerio había cosas que me dejaban aplastado, devastado, y me enfadaban tanto que empezaba a sentir lástima de mí mismo. No sé cuándo sucedió, pero un día me desperté y me di cuenta de que si en algún momento Dios en su misericordia decidiera visitarme con el poder del Espíritu Santo, me aferraría a él con ambas manos.

¿Qué es lo que vale para usted más que todo lo demás? ¿Es su reputación, carrera, seguridad, amigos, respeto? ¿Qué quiere, que no tenga? ¿Qué vendería para comprarlo? Tal vez nada. Jesús dijo que el Reino de los Cielos puede apoderarse tanto de una persona que estará preparada a sacrificarlo todo. Escuchen estas palabras:

Hijo mío, si haces tuyas mis palabras
y atesoras mis mandamientos;
si tu oído inclinas hacia la sabiduría
y de corazón te entregas a la inteligencia;
si llamas a la inteligencia
y pides discernimiento;
si la buscas como a la plata,
como a un tesoro escondido,
entonces comprenderás el temor del SEÑOR
y hallarás el conocimiento de Dios.
Porque el SEÑOR da la sabiduría;
conocimiento y ciencia brotan de sus labios.

Proverbios 2:1-6

La sabiduría es lo primero. ¡Adquiere sabiduría!

Por sobre todas las cosas, adquiere discernimiento.

Estima a la sabiduría, y ella te exaltará;

abrázala, y ella te honrará;

te pondrá en la cabeza una hermosa diadema;

te obsequiará una bella corona.

Proverbios 4:7-9

Aunque le cueste todo lo que tenga, consígalo.

Capítulo 6

La parábola de la perla de gran valor

Cuando encontró una de gran valor, fue y vendió todo lo que tenía y la compró.

Mateo 13:46

De la misma manera que la parábola de la semilla de mostaza y la de la levadura son similares en interpretación, la parábola del tesoro escondido y la parábola de la perla muchos a menudo las interpretan como similares. Nadie puede negar la similitud entre las dos, porque ambas enseñan la idea de hallar algo de valor extraordinario y de venderlo todo a fin de conseguirlo. Sin embargo, pienso que debido a que Jesús dijo estas dos parábolas separadamente, tenía una razón específica para hacerlo así.

La parábola de la perla de gran precio se halla en Mateo 13:45-46. Jesús habló de un comerciante que estaba buscando algo de gran valor. Cuando lo halló, fue, vendió todo lo que tenía y lo compró. El artículo en cuestión era una perla muy fina. La versión Reina-Valera la menciona como la «perla preciosa», mientras que la Nueva Versión Internacional llama la perla de «gran valor». La frase griega que se traduce *gran valor* se usa solo en otro lugar en el Nuevo Testamento, yes en Juan 12:3, que dice: «María tomó entonces como medio litro de nardo puro, que era un perfume muy caro». En ese versículo la palabra que se traduce *muy caro* es la misma palabra griega.

La perla, entonces, evidentemente valía mucho dinero. El comerciante obviamente la consideró como que valía el equivalente de todo lo que tenía. Quería tanto esa perla que

vendió todo lo que tenía simplemente para comprarla, y la compró.

Hay dos maneras en que uno podría ver esta parábola. Una interpretación podría ser que trata de nuestra búsqueda de Dios, y pienso que ese es el significado primordial. Pero también podría ilustrar la manera en que Dios nos busca. Nos ve como perlas de gran valor, tan valiosas, a decir verdad, que dio a su Hijo Unigénito para que muriera en la cruz por nosotros.

Aunque el tema principal de esta parábola y el de la parábola del tesoro escondido es el mismo, hay contrastes en su contenido. La parábola de la perla de gran valor se refiere a un comerciante, un hombre de negocios, mientras que la parábola del tesoro escondido se refiere a una persona más pobre, tal vez un obrero. La parábola de la perla de gran valor se refiere a alguien que está buscando, mientras que la parábola del tesoro escondido describe a alguien que no estaba buscando algo sino que de casualidad tropezó con un tesoro escondido. La parábola de la perla de gran valor se refiere a un «experto» que estaba buscando precisamente eso: buenas perlas; sabía exactamente lo que quería. La parábola del tesoro escondido describe a una persona que no es experta en nada, hasta donde sabemos. La parábola de la perla de gran valor muestra a un hombre buscando una perla y la halla. La parábola del tesoro escondido muestra a un hombre que simplemente halló un tesoro escondido. Se hubiera alegrado de haber hallado algo, lo que fuera, en ese campo.

La parábola de la buena perla alude a una búsqueda de una relación especial con Dios, y no necesariamente a hallar a Cristo el Mesías. Jesús estaba hablando solo a sus discípulos cuando dijo esta parábola, pero en parábolas anteriores se dirigía a toda persona. El mensaje de la parábola de la perla de gran valor se dirige a alguien que ya ama al Señor, a la persona que ha llegado a conocer a Dios y está buscando una

relación especial con él.

La parábola también se refiere a la manera en que las personas hallan esta relación especial. Algunos parecen tropezar con ella, como el hombre que halló el tesoro escondido en el terreno. Usted tal vez piense: *¡Eso no es justo! Yo he estado buscando, deseando y esperando algo de Dios, buscando una relación especial más íntima con él, y otro simplemente tropieza con ella!* Nos guste o no, así son las cosas. Por eso veremos en la parábola de la viña que hay los que trabajan todo el día por su recompensa, y otros llegan a trabajar a la hora undécima, y sin embargo reciben el mismo salario. Hay los que simplemente tropiezan con una relación especial con Dios, aunque no estuvieron buscándola; Dios permite que esto suceda debido a su soberanía.

Uno podría preguntar: «Pero, ¿qué tal de los que han estado esperando, buscando, y anhelando una relación especial con Dios? ¿Qué de los que dicen: “¿Hasta cuándo, Señor? ¿Cuánto tiempo debe pasar antes de que me suceda esto?”» Esta parábola es para usted.

Algunos hallan una relación especial con Dios temprano en su andar cristiano. En los primeros días del metodismo se hizo un fuerte énfasis en recibir la seguridad de la salvación. Este énfasis era tan fuerte que una persona simplemente no se conformaba con nada que no fuera el testimonio inmediato del Espíritu. Y al buscarlo, lo recibía. Pero hay otros creyentes que a veces esperan por años y años, e incluso toda una vida, antes de recibir esta seguridad. Esta parábola se refiere al tiempo que a veces lleva hallar esa relación especial con Dios. Tal vez usted se halle entre los que han esperado un largo tiempo. Tal vez usted ha visto a otros hallar intimidad con Dios, y se dice: «¿Por qué les sucede a ellos y no a mí?» Andemos con cuidado. Dios es soberano, y tendrá misericordia del que tendrá misericordia (vea Éxodo 33:19). A veces él da esta bendición a un cristiano inmaduro, mientras que el más maduro y con más conocimiento es

como el comerciante: un experto que sabe lo que quiere y lo está buscando.

Como hemos visto, la parábola del tesoro escondido se refiere a alguien que tropieza casi accidentalmente con una relación especial con Dios. Pero cuando sucede lo reconoce como algo importante; sabe el valor de lo que ha descubierto, al punto que vende todo con el fin de conseguir el tesoro. La parábola de la perla, no obstante, se refiere al buscador más sofisticado, alguien que conoce los caminos del Señor, y que anhela esta relación especial con Dios; una relación que, conforme a Jesús, lo vale todo.

Campos de pericia

Una mirada más de cerca al texto de esta parábola muestra que se refiere a tres elementos principales. Al primero de estos lo llamo «campos de pericia».

Autoridad reconocida

El comerciante era una autoridad reconocida en su campo de pericia. Otros le hubieran reconocido como un competente hombre de negocios. No sé cuánto sabe usted de la historia de las perlas, pero en esos días la gente pagaba a los buceadores para que se sumergieran buscando ostras. Hoy tenemos cultivos de ostras, pero en esos tiempos había comerciantes conocidos como expertos en perlas, y eran escasos y difícil es de hallar. Al decir esta parábola, Jesús estaba dando por sentado que habrá en el reino algunos a quienes se conocerán como creyentes «conocedores». Se les reconoce como autoridad en su campo de pericia. Son personas consagradas que saben la Palabra de Dios y que conocen al Señor, pero que todavía no tienen esa relación especial con Dios por medio del Espíritu Santo. A veces conocen su Biblia mejor que los que *sí* tienen una relación especial con Dios. ¡Figúrese! Es posible que la persona que está sentada en la banca de una iglesia pueda conocer a Dios con una intimidad que el pastor de la iglesia no tiene. El ministro puede conocer su Biblia, la historia del cristianismo y la teología, pero puede haber un miembro de su congregación que no conoce tan bien la Biblia, y por cierto ni sabe griego ni nada de la historia del cristianismo, pero que tiene una relación especial con Dios. La persona en nuestra parábola era un experto reconocido, pero todavía estaba buscando.

Ambición refinada

Lo segundo en cuanto al comerciante era que tenía una ambición refinada. Estaba buscando precisamente perlas finas. No sé cuántos hombres de negocios había en los tiempos antiguos tan especializados. ¿Cuántos conoce usted hoy así en la iglesia? ¿Cuántos pueden decir como David: «Una sola cosa le pido al SEÑOR, y es lo único que persigo: habitar en la casa del SEÑOR todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del SEÑOR y recrearme en su templo» (Salmo 27:4)?

El deseo de David de tener intimidad con Dios ejemplifica la ambición refinada, el reducir todos los deseos a uno. Si se nos preguntara a alguno de nosotros cuáles son nuestros deseos o ambiciones, a lo mejor diríamos: «Pues bien, hay un empleo en el cual he puesto el ojo», «Hay un auto precioso ... casa ... vacaciones...» y cosas por el estilo. La Biblia dice que «de la abundancia del corazón habla la boca» (Mateo 12:34). ¿Qué es lo que más desea usted? Jesús dice que el Reino de los Cielos es como una persona cuya pericia era saber lo que quería.

Hay que reconocer lo auténtico

Un punto muy importante en cuanto a este comerciante es que él reconoció lo auténtico. Cuando vio la perla no tuvo que andar por todos lados pidiendo una segunda opinión: «¿Qué piensas de esto? ¿Podrías ayudarme a examinar esta perla?» Cuando se saca la perla de la ostra, está lista. No se puede mejorar. No hay nada más que uno pueda hacerle. A diferencia de otras joyas que hay que pulir, sin embargo, uno no la reconocería necesariamente como de gran valor a menos que fuera un experto. El valor de una perla lo determina, primero que todo, su forma: para que sea realmente valiosa tiene que ser perfectamente redonda. También se valora por la pureza de su color: tiene que ser muy blanca. Cualquier color amarillento la devalúa. También su valor crece por su lisura; no puede tener ni rasguños ni asperezas. Finalmente, se valora por su tamaño: mientras más grande la perla, más valiosa es. La historia nos dice que Cleopatra tenía una perla tan grande que, por las normas de hoy, valdría millones.

Se usaba una perla como adorno pero también, a no dudarlo, como inversión. Las perlas simbolizaban finura, lujo y opulencia. Jesús las usó una vez como figura de expresión cuando dijo: «No echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen» (Mateo 7:6, *RVR-60*).

Este comerciante reconoció a la perla de más alto valor cuando la vio. Es lo mismo con la persona que está buscando una relación especial con Dios. Sabe lo que quiere y no tiene, y lo reconoce cuando llega.

Expectación activa

El segundo elemento esencial de esta parábola es que nos anima a tener una *expectación activa*.

Muchas personas tienen hambre de Dios, de un andar más cerca, más íntimo con él. Nada me entristece más que la persona que dice: «Estoy bien, gracias. Ya tengo de Dios todo lo que quiero». Las personas que dicen esto son como los que se describen en la iglesia de Laodicea. Piensan que tienen todo lo que quieren y que no necesitan de nada. Esta parábola es pertinente para esa persona también. Esta es la persona que conoce la Biblia de tantas maneras que puede ganarle a cualquiera en un debate de teología. Si ese es usted, ¿sería usted lo suficientemente sincero para admitir que hay algo que todavía no sabe? A lo mejor ha visto a otros que tienen ese «algo», y usted quisiera tenerlo también. A lo mejor no son tan brillantes como usted, ni tan intelectuales, estudiados o leídos como usted, pero tienen algo que usted no tiene. Tal vez ellos tropezaron con eso. No importa. Dios es soberano. Esta es una palabra de reto para los que conocemos bien nuestra Biblia, que ese es nuestro campo de pericia, pero que conocemos tan poco de Dios mismo.

Cuando Jesús habló de este comerciante escogió sus palabras con mucho cuidado. Noten como lo dijo: «Un comerciante que andaba *buscando* perlas finas» (Mateo 13:45, cursivas añadidas). Una persona que siempre está buscando más de Dios se caracterizará por cuatro cualidades: receptividad, intimidad, perspectiva y obediencia.

Receptividad

¿Qué quiere decir receptividad? Quiere decir que cuando se está buscando a Dios, no se trata de restringir las maneras en las que Dios va a obrar. Quiere decir que uno no trata de limitar a Dios siendo selectivo. Enseñé a la congregación de la Westminster Chapel a orar por la manifestación de la gloria de Dios en nuestro medio y una receptividad siempre creciente en nosotros a las maneras en que Dios puede escoger manifestar esa gloria. De hecho, el Señor decidió visitar esa iglesia de maneras que no mejoraron para nada su reputación histórica! Hubiéramos querido que Dios escogiera una manera diferente de manifestar su presencia, pero no fue eso lo que quiso hacer.

Debemos darnos cuenta de que no sabemos nada. A la mayoría de nosotros nos encantaría que la unción de Dios cayera dentro de nuestra zona de complacencia, pero raras veces es de esa manera. Receptividad es estar dispuestos a ir adonde Dios nos dice que vayamos para conseguir lo que necesitamos. No podemos entrar en la zona de la gloria de Dios sin dejar nuestra propia zona de complacencia personal. No sea uno que dice: «Si Dios se asoma donde yo estoy, lo creeré; pero si tengo que salir de mi zona de complacencia, no pienso que sea realmente Dios».

El hombre en la historia de Jesús fue alguien que tenía tanta pericia como receptividad. Algunos de nosotros tenemos la pericia pero no somos receptivos. Todos necesitamos desarrollar esa expectación activa. Incluso si usted está entrado en años y todavía no ha llegado, siga buscando. Sea como la viuda que volvía al juez injusto y le decía: «Hágame usted justicia contra mi adversario. ... [Finalmente el juez injusto dijo:] Voy a tener que hacerle justicia, no sea que con sus visitas me haga la vida imposible» (Lucas 18:3,5). Jesús dijo: «¿Qué de ser así cuando se trata de

buscar al Señor?» Manténgase expectante y receptivo. Siga buscando perlas con la esperanza de que un día hallará la perla que llega una vez en su vida.

Intimidad

Intimidad simplemente significa *una relación estrecha*. Los que están buscando más de Dios anhelan una mayor intimidad con él, y ya tienen un nivel de intimidad mayor que el de los que se sienten complacientes en cuanto a su andar con Dios. Me atraen las personas que tienen una relación íntima con el Señor. El libro de Hechos nos dice: «Los gobernantes, al ver la osadía con que hablaban Pedro y Juan, y al darse cuenta de que eran gente sin estudios ni preparación, quedaron asombrados y reconocieron que *habían estado con Jesús*» (Hechos 4:13, cursivas añadidas).

Yo me desviaría ciento cincuenta kilómetros con tal de hablar con una persona que tiene esta clase de relación con Dios. ¡No estoy hablando de su conocimiento de teología! Recuerdo una señora en Tennessee que vivía en el campo; se le conocía como Tía Lily. Ministros de toda la región acudían para que ella orara con ellos. Un día, mientras la Tía Lily estaba en el granero orando, derribó una lámpara y el heno a su alrededor se incendió. Hablé con una persona que fue a verla en el hospital pocas horas antes de que ella muriera. Me dijo: «Todo lo que ella quería era saber cómo estaba yo». Allí estaba la mujer, muriéndose de quemaduras inimaginables, y lo que quería saber era cómo le iba a otro. No era una mujer muy instruida, pero tenía un andar increíblemente íntimo con el Señor.

Cuando mi madre era niña solía sentarse a los pies de otra señora que era muy parecida a la Tía Lily. Esta mujer vivía en Springford, Illinois, y tenía noventa años en ese tiempo. Solía decir: «He estado sirviendo al Señor por tanto tiempo que casi ni puedo distinguir la diferencia entre una bendición y una prueba».

El objetivo de la intimidad es conocer al Señor mejor de lo que uno conoce a cualquiera otra persona. No cometa el error

de pensar que usted lo conoce mejor que cualquier otro lo conoce; ese fue el problema de Pedro. Pensó que era el que mejor conocía al Señor. Los que piensan que conocen al Señor mejor que cualquier otro casi siempre terminan tropezando y cayendo. Más bien estoy hablando de conocer a Dios tan bien que el conocimiento de otros es superficial en comparación.

Perspectiva

Tener expectación activa también incluye percepción, es decir la capacidad de entender el verdadero significado. ¿Sabe usted que unción es esencialmente percepción? Es *sabiduría*, y la sabiduría se define mejor como saber lo siguiente que hay que hacer y luego llevarlo a cabo victoriosamente. Eso describe la unción del Espíritu Santo. Tener la perspectiva del Espíritu Santo le capacita a uno a tomar las decisiones correctas que lo llevarán hacia la meta. También le da a uno identidad: esa conciencia de uno mismo que Dios quiere que uno tenga en cuanto a uno mismo y su propósito, la capacidad de saber lo que él quiere hacer con la vida de uno.

Usted puede pasar años tratando de vivir fuera de su unción, y así a lo mejor nunca halla su verdadero «yo». Usted quería ser como todos los demás; quería un trabajo que en realidad no podía hacer; ha estado operando al nivel de la propia incompetencia e incluso puede hallarse al borde de un quebrantamiento nervioso. Hay muchos que pasan toda la vida de esta manera sin realmente hallarse a sí mismos.

Pero cuando se abre a Dios y sabe su objetivo de intimidad y percepción, Dios le muestra su verdadera identidad. La perla de gran valor se podría describir como el descubrimiento de la verdadera identidad de uno en el Señor. Cuando usted halla su llamamiento, vive dentro de esa identidad y no tiene que tratar de ser como otro; es libre.

Obediencia

Hay algo que se llama obediencia *activa*, opuesta a la obediencia pasiva, que es meramente hacer lo que se nos ordena. ¿Está usted simplemente esperando ser como el hombre con el tesoro escondido? ¿Dice usted: «Voy a esperar hasta que me salga al paso»? ¿Cuánto quiere usted de Dios? La persona que es pasiva en su obediencia probablemente se irá a la tumba todavía esperando que algo suceda. Es como la persona que se crió como calvinista estricto, y cuando oye la predicación sobre la predestinación dice: *Pues bien, si soy uno de los elegidos, me sucederá a mí, y si no, no*. Parece que ni le va ni le viene.

En esta parábola Jesús estaba hablando de alguien que tenía expectación activa. Es activa, no pasiva; atenta, que no posterga; que espera, que no presume. No da por sentado nada. Hay los que dicen: «Uno de estos días voy finalmente a dedicarme a buscar más a Dios». Uno de estos días ... Los días pasan ¡y nada sucede! Tome la decisión de buscar el rostro de Dios hoy.

Hay que adquirir excelencia

El tercer y final elemento de esta parábola es *adquirir excelencia*. Habla de poner a un lado todo lo que es de importancia secundaria a fin de aferrarse a lo más excelente. Al hacerlo así uno logra cuatro cosas:

➤ 1. *Lo vende todo*

Hay un período de autoevaluación en el que uno examina todo lo que constituye la vida y que ha significado tanto para uno hasta entonces. Uno empieza a decir: «¡Tengo que librarme de eso! Voy a conseguir esa perla de gran valor. Estas otras cosas deben irse». En otras palabras, uno *lo vende todo*.

➤ 2. *Lo entrega todo*

Una vez que se ha librado de las cosas que le estorbaban, uno tiene que escoger nunca permitir que esas cosas se interpongan de nuevo en el camino de la intimidad con Dios. Esto quiere decir negación propia. Incluso Jesucristo se negó a sí mismo: «Porque ni siquiera Cristo se agradó a sí mismo sino que, como está escrito: “Sobre mí han recaído los insultos de tus detractores”» (Romanos 15:3). Y, «Él murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió por ellos y fue resucitado» (2 Corintios 5:15).

Venderlo todo y entregarlo todo, respectivamente, quiere decir negación propia y olvidarse de la estimación propia. A menudo eso es lo más importante para nosotros. *¿Qué van a pensar otros de mí?* Le insto a que piense en su vida y que decida cuáles son las cosas que significan más para usted. Si Dios le dijera: «Lo siento, pero tienes que dejar eso», esté dispuesto a entregarlo y olvidarse de lo que otros van a pensar.

➤ 3. *Lo sacrifica todo*

Una cosa es reconocer un estorbo en la vida y rendirlo voluntariamente a Dios, y otra muy distinta entregar algo que uno quiere en particular. Hay dos clases de sacrificio. Uno es el sacrificio a regañadientes en el que renuientemente entregamos algo. La otra clase de sacrificio se hace con gracia y alegría. El apóstol Pablo dijo que el que da no debe dar a regañadientes sino con alegría (vea 2 Corintios 9:7). Para conseguir esta perla, esta intimidad, esta percepción, no puede haber una actitud renuiente en el corazón. No se puede rezongar y decir: «Pues bien, pienso que voy a tener que entregar esto», y siempre lamentar haber tenido que dejarlo. No, cuando uno halla lo que desagrada al Señor, sea que a uno le parezca bueno o no, uno debe *querer* librarse de eso. Descártelo a fin de obtener la perla de gran valor.

➤ 4. *Lo consigue todo*

Al vender, entregar y sacrificar, ¡en realidad uno lo consigue todo! ¿Qué es lo que consigue? Excelencia. Uno recibe algo tan maravilloso que no se puede mejorar. No se puede mejorar la perla. No necesita pulimento, ni se puede tallar; es simplemente perfecta. Con Dios lo que se recibe a cambio del sacrificio siempre es mucho más de lo que se pierde. Jesús dijo: «El que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su vida?» (Mateo 16:25-26, *RVR-60*). Y: «Ciertamente les aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, se queda solo. Pero si muere, produce mucho fruto. El que se apega a su vida la pierde» (Juan 12:24-25).

Cuán cierto. A usted que está tan temeroso de salir de su zona de complacencia, ¿le va a ir mejor? No. Usted lo va a extrañar, y de seguro lo va a lamentar. Pero Jesús continuó: «En cambio, el que aborrece su vida en este mundo [eso quiere decir quererla menos], la conserva para la vida

eterna» (Juan 12:25).

En Efesios 3, Pablo se refería a «las incalculables riquezas de Cristo» (Efesios 3:8). No podemos calcular lo que esto significa. Estaba hablando de Aquel «que puede hacer muchísimo más que todo lo que podamos imaginarnos o pedir, por el poder que obra eficazmente en nosotros» (Efesios 3:20).

¡Eso es lo que Dios quiere hacer! ¿Quién sabe lo que sucederá cuando uno reduce todos los deseos a una sola ambición refinada, exactamente eso que uno ha estado buscando? Uno lo vende todo para conseguirlo.

Como escribí al principio de este capítulo, hay dos maneras de mirar esta parábola. Una es verla como que trata de nuestra búsqueda de Dios. La otra es verla como que trata de que Dios nos está buscando. ¿Adivina lo que es cierto en cuanto al que halla esa perla? Halla que Dios estuvo siempre detrás de la búsqueda. Y le agradece que haya estado siempre con uno, que haya logrado captar la atención de uno y lo haya hecho quererla más que cualquiera otra cosa. Así que era Dios quien nos estaba buscando.

Capítulo 7

La parábola de la red de pescar

También se parece el reino de los cielos a una red echada al lago, que recoge peces de toda clase.

Mateo 13:47

En esta parábola Jesús exploró un nuevo tema. Aquí en Mateo 13:47-50 enseñó que el Reino de los Cielos se refiere no solo a la unción del Espíritu sino también al derecho soberano de Cristo sobre todos los hombres. Esta parábola tiene implicaciones cósmicas. En unas pocas frases Jesús dijo lo más importante que se puede decir respecto al propósito de Dios en la tierra. Tiene que ver con la misión de la iglesia, el mandato de la iglesia, el mensaje de la iglesia. En pocas palabras Jesús mostró lo que es el elemento más esencial del Reino.

Permítame hacerle una pregunta. ¿Qué es lo que más importará de aquí a cien años? Mire lo que hay en su mente. Tal vez se preocupa de algo que tiene que hacer antes de que se acabe este día. Tal vez esta semana tiene un examen, y eso es lo que tiene en mente. Podría dar mil respuestas diferentes. Pero de aquí a cien años solo una cosa importará: si es salvo o no. Con este relato sencillo Jesús llevó a la gente precisamente al meollo del asunto. Hizo resaltar la decisión más fundamental que enfrentamos en la vida y nos recordó la posibilidad más aterradora de todas: la posibilidad de perderse eternamente. En esta parábola Jesús reafirmó su concepto del infierno.

Permítame resumirle lo que la parábola de la red de pescar

enseña:

Primero, la red representa la aplicación, o efecto, del evangelio. Los pescadores son los ganadores de almas, y los peces son las personas que la red atrapa. Esta es por cierto una parábola de lo que los discípulos deben haber entendido inmediatamente en cierto nivel, porque eran pescadores. No obstante, Jesús pasó a explicar la parábola porque, en un nivel más hondo, habló en cuanto al fin de los siglos.

Segundo, no todos los que son atrapados en la red y llevados al Reino mediante la predicación y otros esfuerzos de la iglesia son salvos eternamente: «Cuando se llena, los pescadores la sacan a la orilla, se sientan y recogen en canastas los peces buenos, y desechan los malos» (Mateo 13:48).

¿Recuerda a la semilla en la parábola del sembrador? Una parte cayó junto al camino, una parte en terreno pedregoso, otra parte entre espinos y una parte en buen terreno. Muchos son llevados a la iglesia, pero no todos se convierten verdaderamente.

Tercero, en esta parábola aprendemos que hay a fin de cuentas solo dos categorías de peces o personas: buenos y malos. Cuando la Biblia se refiere a «buenos» y «malos» en este contexto, no se está refiriendo a la bondad interna, moralidad o valor de la persona. Está hablando de los individuos a los que se les ha imputado la justicia de Jesucristo, y eso es lo que los hace justos. ¿Cómo puede asegurarse de ser un pez bueno, un pez «justo»? No será su valor personal ni sus buenas obras lo que constituirá el factor decisivo. Tiene que ver por entero, total, completa y exclusivamente con si la sangre de Jesucristo se ha aplicado a su vida, si sus pecados están lavados y si usted ha confiado en lo que Jesús hizo por usted en la cruz.

El pez malo se refiere a las personas malas. ¿Quiénes son? No son necesariamente personas moralmente «malas», sino que son los que no han confiado en lo que Jesús hizo por

ellos en la cruz. Pueden haber ido a la iglesia por una variedad de razones diferentes, pero sus vidas no cambiaron. Nunca se conectaron con la obra de Jesús en la cruz. Se nos dice que así será al final de los tiempos.

Finalmente, la parábola enseña que los malos están perdidos eternamente. Jesús dice que los ángeles vendrán y separarán a los malos y a los justos, y arrojarán a los malos al horno de fuego en donde habrá lloro y crujir de dientes (Mateo 13:50). Dios usará a los ángeles para separar a los malos y a los justos (Mateo 13:49). A los ángeles también se les describe como espíritus ministradores que ministran a los que son herederos de la salvación (Hebreos 1:14). Ellos tendrán una parte en escoltar a los salvos al paraíso cuando mueren, y tendrán la tarea de escoltar a otros a la condenación eterna. Quisiera que no fuera así, pero esta enseñanza parece casi haber desaparecido de la tierra. La enseñanza de Jesús aquí es vital y aleccionadora.

La cruz y la salvación

Por mucho que usted o yo podamos sentir la necesidad de una unción o de una relación especial con Dios, no debemos olvidar nuestro propósito principal. En esta parábola Jesús trató de lo que *realmente* importa. Dios envió a su Hijo al mundo para morir en una cruz por nuestros pecados.

Es maravilloso cuando la unción de Dios es aparente en nuestras iglesias y todo funciona como debiera con una fresca inyección del poder de Dios. Es emocionante cuando esto sucede, pero en lugar de simplemente disfrutarlo para nosotros mismos, debe llevar a la gente a la salvación. Si entiendo correctamente lo que sucedió en el día de Pentecostés, y pienso que lo entiendo, lo que hizo a la gente querer lo que Pedro estaba explicando no fue el sermón de Pedro. Fue el ver a ciento veinte personas entre ellos que no podían contenerse por la alegría y experimentar un bocado de prueba de lo sobrenatural. Por eso dijeron: «¿Qué debemos hacer? ¡Queremos tener lo que ustedes tienen!» (vea Hechos 2:37). Mi deseo es que todos experimentemos el poder sobrenatural de Dios en nuestras iglesias, al punto en que nos entusiasmemos por él, y que todos los que entren anhelan profundamente poseer el mismo gozo.

Nuestro disfrute de la presencia de Dios debe conducir a las personas a Cristo. Necesitamos permitir que el poder de Dios obre por medio de nosotros sin ningún estorbo para que las personas quieran tener lo que nosotros tenemos. Y debe señalarles a Jesús en la cruz, el único camino a la salvación.

Evangelización

La segunda razón por la que esta parábola es importante es que muestra la pertinencia de ganar almas, o como Jesús nos dice, pescar hombres. En la Westminster Chapel en 1982, lo que inicialmente acabó con el estorbo de nuestro tradicionalismo fue la evangelización. Salíamos a las calles, y empezábamos a extender una invitación, no a realizar una «venta con escopeta» ni a torcer brazos, sino a presentar una oportunidad para que la gente respondiera al evangelio. Jesús asemeja el ganar almas a los pescadores que recobraban la red y la llevaban a la playa. La palabra griega que usa aquí describe una *red barredora*, que era una red que tenía pesos en el fondo.

Hace años se descubrió un barco en el fondo del mar de Galilea. Se fechó aproximadamente como de hace dos mil años. Los que lo descubrieron están convencidos de que es el mismo bote que usó Pedro o uno exactamente igual, y ahora está en exhibición. Los historiadores han determinado que la red que los discípulos usaban para pescar habría sido arrastrada por el lago entre dos barcos o un barco que salía de la orilla y hacía un semicírculo para atrapar a los peces. De modo similar nuestra evangelización, nuestra predicación del evangelio, es como arrastrar esa red que atraparé a tantos hombres y mujeres como sea posible.

Motivos

Se puede llevar a la gente a la iglesia por muchas razones diferentes que no son la conversión. Para muchos, ir a la iglesia puede ser lo que es socialmente aceptable. La gente puede ir a la iglesia para ver a los amigos, o porque quiere identificarse con valores morales altos, o debido a presión de los padres o de otro tipo. El punto que Jesús estaba recalcando en esta parábola es que la red puede recoger personas por razones que no son una respuesta verdadera al evangelio. Jesús nos hace saber que no hay nada en esto que debiera sorprendernos. Cuando echamos nuestra red y la recogemos, no todo lo que se recoge es para guardarlo. Muchas otras cosas que no son el evangelio pueden atraer a las personas a la iglesia; pueden estar allí, pero no son salvas.

El fin del mundo

Esta parábola tiene obvias implicaciones escatológicas. La palabra *escatología* quiere decir doctrina de las últimas cosas. Esta parábola también se refiere a la Segunda Venida de Jesús.

La señal del Hijo del hombre aparecerá en el cielo, y se angustiarán todas las razas de la tierra. Verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria. Y al sonido de la gran trompeta mandará a sus ángeles, y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, de un extremo al otro del cielo.

Mateo 24:30-31

Jesús indicó que al final de las edades sucederá como en esta parábola de la red. Los ángeles vendrán y separarán a los malos y a los justos, y a los malos los echaran al horno de fuego, donde habrá lloro y crujir de dientes. Se refería al juicio final del que se habla en Apocalipsis:

Luego vi un gran trono blanco y a alguien que estaba sentado en él. De su presencia huyeron la tierra y el cielo, sin dejar rastro alguno. Vi también a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono. Se abrieron unos libros, y luego otro, que es el libro de la vida. Los muertos fueron juzgados según lo que habían hecho, conforme a lo que estaba escrito en los libros. El mar devolvió sus muertos; la muerte y el infierno devolvieron los suyos; y cada uno fue juzgado según lo que había hecho. La muerte y el infierno fueron arrojados al lago de fuego. Este lago de fuego es la muerte segunda. Aquel cuyo nombre no estaba escrito en el libro de la vida era arrojado al lago de fuego.

Apocalipsis 20:11-15

Eso fue lo que el apóstol Juan vio en su visión, y se relaciona perfectamente con lo que Jesús enseñó.

Peces buenos y malos

La cuestión de fondo es que no todos los que son atrapados por la red serán salvos, y los que no son salvos irán al infierno. ¿Es usted salvo o perdido? ¿Sabe con certeza que si muriera hoy iría al cielo?

El 31 de octubre de 1955 tuve una experiencia que cambió mi vida. Tuvo lugar años después de que me convertí. Lo llamaría el bautismo del Espíritu, y estoy seguro de que es el mejor término para describirlo. Pero lo mejor de todo esto fue que me dio tal seguridad de mi salvación que por varios días solo podía pensar en una cosa: *¡Ya no voy al infierno; soy salvo y no iré jamás al infierno!*

El propósito de la parábola

Un tema recurrente en la enseñanza de Jesús acerca del Reino era que el reino es espiritual y no material. Quería que la gente entendiera que la venida del Reino de Dios no quería decir que ellos tendrían un rey terrenal que de inmediato eliminaría a todos sus enemigos. El Mesías no iba a derrocar al César porque los ejércitos romanos ocupaban la tierra que Dios les había dado a Abraham y a su descendencia. De hecho, Jesús dijo que el Reino de Dios está «en ustedes». Es espiritual, no material; eterno, no temporal. Los que oían a Jesús solo pensaban en una mejor vida en el aquí y ahora; no tenían concepto del cielo, donde Dios limpiaría toda lágrima de los ojos, en donde no habrá muerte, ni lamento, ni llanto, ni dolor (Apocalipsis 21:4). No pensaban en eso.

Esta parábola también muestra que el Reino incluirá a los desobedientes tanto como a los obedientes, porque Jesús dijo que los ángeles vendrán para separar a los malos y a los justos (Mateo 13:49). Eso será en el fin del mundo. Así que los pescadores de hombres pueden «pescar» algunos que a la larga no son aceptables ante Dios. No debe sorprendernos cuando esto sucede.

La perspectiva de la parábola

Elemental

Esta parábola tiene una perspectiva elemental; es decir, que Jesús salva. Por eso Jesús dijo: «Vayan por todo el mundo y anuncien las buenas nuevas a toda criatura» (Marcos 16:15).

El que cree y es bautizado es salvo. El que no cree es condenado. Nunca debemos perder de vista la sencillez de esto. Necesitamos advertir a las personas, instar a las personas a echar la red, para que no olvidemos este asunto tan fundamental.

Étnica

Esta parábola también tiene una perspectiva étnica. La Biblia dice que ellos echaron la red en el lago y esta recogió «toda clase de peces». La implicación es que el evangelio llevará al reino a personas de todo color y credo. Considere estas palabras del libro de Apocalipsis:

Después de esto miré, y apareció una multitud tomada de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas; era tan grande que nadie podía contarla. Estaban de pie delante del trono y del Cordero, vestidos de túnicas blancas y con ramas de palma en la mano. Gritaban a gran voz: «La salvación viene de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!»

Apocalipsis 7:9-10

Anhele de corazón que la iglesia refleje esta perspectiva étnica de Apocalipsis, en donde personas de todas las razas se entremezclarán y adorarán a Dios juntas en unidad. Solía pensar en esto a menudo cuando dirigía la Westminster Chapel de Londres, una metrópoli multiétnica como muchas otras capitales. A menudo pensaba en llamar a la Embajada de Nigeria en Londres, y preguntarles qué porcentaje de nigerianos vivían en Londres; o qué porcentaje de indios, malasios, escoceses o galeses ... Sea cual fuera su porcentaje, quería verlo reflejado en nuestra iglesia. ¿Capta usted lo que quiero decir? No quería ver una iglesia de clase media consistente principalmente de profesionales; quería ver la iglesia que Jesús proyectó: toda clase de personas, de toda clase y condición; ricos y pobres, educados y no educados, enfermos, sanos, minus-válidos, los que sufren, los refinados y los no refinados.

Dios quiere que toda iglesia tenga una mezcla de culturas. Toda clase, toda condición, toda cultura, todo color: rojos, amarillos, blancos o negros, todos son preciosos a su vista. ¡Cristo ama a los niños del mundo! En estos días cuando

tantos están mirando sobre el hombro para ver a quién van a impresionar, esta parábola nos recuerda la perspectiva étnica.

Evangelizadora

Hemos sido llamados a ser pescadores de hombres. La red debe ir donde están los peces. Spurgeon oraba: «Señor, envía a tus elegidos y elige unos pocos más». Este ministerio de echar la red no es exclusivamente el llamado a ministrar. Sería un ejercicio aleccionador para todos nosotros ver un vídeo de nuestra vida hasta este punto y ver a las personas que hemos conocido, y si les hablamos o no les hablamos de Jesús. ¿Lleva usted siempre tratados para repartir? Cuando tiene una oportunidad, ¿le da a otra persona un tratado? Tal vez usted es demasiado tímido para preguntarle si está segura de que si muere hoy irá al cielo. Si no puede hacer eso, tal vez pueda darle un tratado.

¿Con cuánta frecuencia habla usted a otros del Señor? ¿Cuán selectivo es usted cuando lo hace? La cuestión es que no se puede ser demasiado selectivo cuando se echa la red. Usted no puede decir: «Yo hago solamente pesca muy especializada». No se puede echar la red y esperar recoger solamente una clase de peces. ¡Pero hay iglesias que tratan de hacer eso! Quieren solo una clase de peces. Lo miran a uno y la manera en que se viste, o el acento que tiene al hablar, y dicen: «Usted nos viene de perlas». En Santiago 2:1-4 hay los que se volvieron petulantes y querían solamente cierto tipo de personas en su iglesia, pero no debemos ser selectivos. Debemos echar la red y dejar que Dios los recoja.

Eterna

La perspectiva de esta parábola también es eterna. Jesús dijo que así será cuando los ángeles vengan y separen a los justos y a los malos. Estaba hablando del fin del mundo. Quiere decir el fin de esta presente era del evangelio, en la cual las personas todavía pueden ser salvas mediante la predicación de la Palabra de Dios. Por eso es que hay tanta urgencia en las palabras: «*¡Éste es el momento propicio de Dios; hoy es el día de salvación!*» (2 Corintios 6:2, cursivas añadidas).

Habrà un tiempo cuando sea demasiado tarde para responder, y un ángel lo escoltará a su castigo. Por mucho que trate de sobornar o rogar en el camino: «Por favor, por favor, *no*», será de ninguna utilidad, porque será demasiado tarde. Hoy es el tiempo aceptable.

Al fin del mundo la vida que conocemos terminará. Los muertos en Cristo resucitarán, y habrá lo que Jesús llamó una «resurrección general». Esas son sus palabras. No debemos sorprendernos de esto porque viene un tiempo cuando todos los que estén en la tumba oirán su voz y saldrán. Los que han hecho el bien resucitarán a la vida, y los que han hecho el mal serán resucitados para ser condenados. No habrá escape, y los ángeles serán nuestras escoltas: «Resulta que murió el mendigo, y los ángeles se lo llevaron para que estuviera al lado de Abraham» (Lucas 16:22).

Los ángeles tendrán el privilegio de escoltar a los creyentes al cielo, pero otro lugar espera a los que no creen: «Entonces el rey dijo a los sirvientes: «Átenlo de pies y manos, y échelo afuera, a la oscuridad, donde habrá llanto y rechinar de dientes» (Mateo 22:13).

Toda persona será examinada para determinar dónde pasará la eternidad. En los días de Jesús había algunos peces que eran ceremonialmente impuros y por lo tanto no se debían comer; los pescadores descartaban esos peces. Otros

eran descartados debido a su tamaño. Por varias razones todos eran examinados. De la misma manera, al fin del mundo, toda persona será examinada y, como Pablo dijo, debe dar cuenta ante el tribunal de Cristo por la vida que ha vivido, buena o mala (Romanos 14:10-12). Este es un versículo que a veces quisiera que no estuviera en la Biblia: «No hay nada escondido que no llegue a descubrirse, ni nada oculto que no llegue a conocerse públicamente» (Lucas 8:17).

Las únicas excepciones serán los que están bajo la sangre de Cristo.

Castigo

Finalmente, debo referirme al castigo de que se habla en esta parábola: «Así será al fin del mundo. Vendrán los ángeles y apartarán de los justos a los malvados, y los arrojarán al horno encendido, donde habrá llanto y rechinar de dientes» (Mateo 13:49-50).

Si el horno de fuego fuera a consumirlos por completo para que dejen de existir, no continuaría habiendo llanto y rechinar de dientes. A los que sostienen la doctrina de la aniquilación, o sea que el infierno significa simplemente una «pulverización», como que uno nunca hubiera existido, este versículo contradice su creencia. Quisiera que no fuera verdad, pero de acuerdo a esta parábola, el infierno durará para siempre para los inconversos. Jesús no dijo que llorarían y rechinarían los dientes porque están a punto de ser arrojados allá, y que entonces serían pulverizados. Dijo que serían echados al horno de fuego, y dentro de ese horno habrá llanto y rechinar de dientes.

En ese momento, los que no confiaron en Cristo en esta vida comprenderán que Dios les está diciendo: «Se acabó». Cuando llegue el tiempo del examen y luego la separación de que Jesús habló, serán separados de sus seres queridos, sus padres, toda persona que fue especial para ellos. El infierno será un lugar solitario. Nadie debe decir ni en juego: «Ah, bien, ¡tendré abundante compañía!» Será como si usted fuera el único que estuviera allí. Habrá un consciente sentimiento de rechazo.

A veces lamentamos las cosas que hacemos aquí en esta vida. Conozco a un hombre que hace treinta años tuvo la oportunidad de comprar un terreno por cinco mil dólares, que hoy vale un millón. Lloro y rechino sus dientes por eso. Pero hay una decisión incluso más grande en la vida que usted lamentará y esta es la única que realmente importa.

Esta es la única que usted, si se equivoca, se dará cuenta de que ha cometido un error terrible. Estará eternamente perdido.

Rolfe Barnard, evangelista de Carolina del Norte, solía decir: «Damas y caballeros, el fuego del infierno y la sangre de Jesús van juntas». Hace ciento cincuenta años, cuando las iglesias estaban llenas, siempre se predicaba sobre la sangre de Jesús y los fuegos del infierno. Hoy las iglesias están vacías, y no predicamos mucho sobre la sangre de Jesús ni los fuegos del infierno. Rolfe solía decir: «La sangre satisface la justicia de Dios. Una gota basta. Pero los fuegos del infierno no satisfacen la justicia de Dios. Por eso es que *nunca* se apagan». *Hoy* es el tiempo aceptable; *¡hoy* es el tiempo de echar la red!

Capítulo 8

La parábola del dueño de una casa

Todo maestro de la ley que ha sido instruido acerca del reino de los cielos es como el dueño de una casa, que de lo que tiene guardado saca tesoros nuevos y viejos.

Mateo 13:52

La parábola del dueño de casa se halla en Mateo 13:51-52. Este capítulo 13 de Mateo contiene varias parábolas, y como muchos otros yo había dado por sentado que eran siete en total. Varios comentaristas de la Biblia mencionan esto. A menudo las siete parábolas se comparan o se ponen en contraste con las siete iglesias que se mencionan en los primeros capítulos del libro de Apocalipsis. Pero entremezclada en estos versículos hay una parábola adicional, que es el tema de este capítulo.

Después de que Jesús hubo enseñado las siete parábolas anteriores, les hizo una pregunta a sus oyentes: «¿Han entendido todo esto?», les preguntó Jesús. «Sí», respondieron ellos.

Entonces concluyó Jesús: «Todo maestro de la ley que ha sido instruido acerca del reino de los cielos es como el dueño de una casa, que de lo que tiene guardado saca tesoros nuevos y viejos» (Mateo 13:51-52).

Aquí Jesús presentó una parábola muy breve pero completamente nueva. Estaba aplicando todo lo que les acababa de enseñar. Unos pocos versículos antes, Jesús había citado del Salmo 78, y había dicho: «Hablaré por medio de parábolas; revelaré cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo» (Mateo 13:35).

Mateo confirmó que Jesús dijo «todas estas cosas» (Mateo 13:34) en parábolas a la multitud. De hecho, no les dijo nada

sin usar parábolas. En esta ocasión usó otra parábola que ampliaba todo lo que acababa de decir.

¿Qué puede enseñarnos esta parábola? Varias cosas. Primero, nos enseña que lo que hemos entendido en cuanto al Reino de Dios debemos enseñarlo a otros. Jesús acababa de enseñar a sus discípulos usando siete parábolas diferentes. En esta ocasión estaba verificando que hubieran entendido todo lo que les había enseñado, y les estaba animando a que enseñaran a otros lo que habían aprendido. Lo que entendemos debemos comunicarlo a otros.

En segundo lugar, esta parábola enseña que hay niveles de comprensión en cuanto al Reino de Dios. Cuando los discípulos de Jesús respondieron que entendían lo que les había enseñado, el Señor debe haberlos mirado y pensado: *¿De veras?* No emitió juicio sobre el nivel de profundidad de entendimiento que tenían. Simplemente les dijo: «Está bien, si entienden, esta es su responsabilidad».

Cuando los discípulos respondieron «sí, entendemos», no estaban tratando de ser petulantes ni arrogantes. Eran sinceros, y sin duda entendían más que las multitudes que seguían a Jesús. Sin duda entendían más de lo que habían entendido anteriormente. A veces cuando entendemos más de lo que entendíamos antes, pensamos que lo hemos entendido todo. Si algo llega a ser más claro para nosotros, el peligro es pensar que ya lo sabemos todo. Los discípulos estaban en un peregrinaje, y todavía tenían muchísimo que aprender. La prueba de que ellos realmente *no* lo entendían se mostrará más tarde en el capítulo 15, cuando Jesús dijo: «¿Son todavía tan torpes?» (Mateo 15:16). Jesús sabía que lo que entendían era en realidad muy limitado, pero debido a que entendían un poco, les dijo: «Por consiguiente, puesto que lo entienden, su responsabilidad es *enseñarlo*».

La tercera cosa que aprendemos en esta parábola es que Jesús implícitamente elevó la posición de sus discípulos. Los llamó «maestros de la ley». Los maestros de la ley, o escribas,

como se les conocía en el antiguo Israel, se hallaban entre los hombres más estudiados de su tiempo. Por inferencia, Jesús en realidad estaba concediendo este estatus a sus discípulos. ¿Cómo podía hacerlo? Ellos eran ignorantes y sin educación. Eran pescadores, y sin embargo iél los incluyó como «maestros de la ley"! La respuesta es que aunque tal vez ellos no eran eruditos ni habían estudiado la ley y el Antiguo Testamento como los demás escribas de su día, en realidad se hallaban a kilómetros por delante de ellos en términos de su comprensión espiritual. Eso es lo que Jesús está señalando. Jesús sabía que les había dado a ellos más enseñanzas en apenas unas pocas semanas que lo que los escribas habían adquirido en toda una vida del estudio. Usted tal vez sepa ya este versículo interesante de Hechos: «Los gobernantes, al ver la osadía con que hablaban Pedro y Juan, y al darse cuenta de que *eran gente sin estudios ni preparación*, quedaron asombrados y reconocieron que *habían estado con Jesús*» (Hechos 4:13, cursivas añadidas).

Ellos tuvieron el mejor Maestro de todos.

Piense en cualquier nuevo creyente que usted conoce. Hay algunos nuevos creyentes que, en un período breve, parecen captar una cantidad sorprendente y rápidamente maduran más que otros que han estado en la iglesia mucho tiempo y todavía parece que no lo captan. Es asombroso. Jesús estaba diciéndole a sus discípulos: «Ustedes son ahora los maestros de la ley».

Cuarto, Jesús, al decir lo que dijo en esta parábola, dejó la puerta bien abierta para que los escribas, que eran propiamente los maestros de la ley de su día, captaran su enseñanza. Hizo una declaración abierta para incluir «*todo* maestro de la ley que ha sido instruido acerca del reino de los cielos» (Mateo 13:52, cursivas añadidas).

¿Cuántos maestros de la ley iban a escuchar su instrucción sobre el Reino de los Cielos? No muchos. Trataban a Jesús con desdén. Pero Jesús estaba diciendo que podría haber un

escriba que diría: «Pienso que podría escucharte y aprender algo». Jesús dijo que todo maestro de la ley que hubiera sido instruido acerca del Reino de los Cielos era como el dueño de una casa que sacaba de su bodega tesoros nuevos y viejos. Si un maestro de estos viniera y dijera: «Necesito ayuda. Quiero que me enseñes unas cuantas cosas», él tendría mucho, mucho más que enseñarle que todo lo que esa persona había aprendido de la ley en todos sus años de estudio. Eso es exactamente lo que le pasó a Saulo de Tarso.

Saulo era un hombre que era maestro de la ley y había sido inspirado por el Espíritu Santo. Pablo puso al mundo de cabeza. Su vida demuestra que uno ni se imagina cómo Dios puede usarlo si uno tiene gran conocimiento de la Biblia y también es receptivo al Espíritu. Jesús dejó la puerta bien abierta para que cualquiera que sea así capte su enseñanza y luego la pase a otros.

Esta parábola es una elaboración de las propias palabras de Jesús de Mateo 5:17, en donde declaró que no había venido para destruir la ley y los profetas, sino para completarlos. Martyn Lloyd-Jones dijo que esta era la afirmación más asombrosa que Jesús jamás hizo: «¡He venido para darle cumplimiento a la ley!»

Así que lo que ahora tenemos que enseñar es la ley, cumplida por Jesús. Por eso este dijo: «Todo maestro de la ley que ha sido instruido acerca del reino de los cielos es como el dueño de una casa, que de lo que tiene guardado saca *tesoros nuevos y viejos*» (Mateo 13:52, cursivas añadidas).

En esta afirmación Jesús mostró como, en el cumplimiento de la ley, la enseñanza «vieja» y su enseñanza «nueva» están en perfecta armonía. En este versículo la palabra *viejos* se refiere a la ley del Antiguo Testamento, y la palabra *nuevos* se refiere a la enseñanza de Jesús del nuevo pacto. Jesús llamó a esta combinación dinámica de lo viejo y lo nuevo «tesoros». Ya había usado antes la palabra: el Reino de los Cielos es como un *tesoro* escondido en un campo, como el mercader

que busca buenas perlas, como la semilla de mostaza. Ahora estaba diciendo que entender la armonía entre el antiguo pacto y el nuevo pacto es el tesoro del reino.

¿Por qué es importante esta parábola?

Pienso que esta es una de las más grandiosas parábolas que Jesús dijo. Aunque puede parecer insignificante a primera vista, tiene implicaciones de muy largo alcance. Es importante porque describe la necesidad tanto de la Palabra como del Espíritu. La Palabra y el Espíritu, la combinación dinámica de la ley y la gracia; la Palabra escrita y el poder de Dios. También destaca varias otras importantes verdades.

Tenemos mucho que aprender

Esta parábola nos muestra que tenemos mucho que aprender. Nosotros también podemos contestar que sí a la pregunta de Jesús, tal como los discípulos. Pero la verdad es que aunque tenemos una comprensión limitada, todavía tenemos muchísimo que aprender. Es como pelar las capas de una cebolla. No podemos ver todo de inmediato porque mucho está escondido debajo de la superficie. Hay todavía mucho que necesitamos captar.

La importancia de la enseñanza

Jesús recalca la importancia de recibir enseñanza. La enseñanza es importante porque nos da una base desde la cual el Espíritu Santo puede obrar. ¿Recuerda las palabras de Jesús? Dijo que cuando el Espíritu viniera, «les *enseñará* todas las cosas y les hará recordar todo lo que les he dicho» (Juan 14:26, cursivas añadidas).

Jesús enseñó a sus discípulos tanto y de tanta calidad que ellos deben haber pensado: *No sé cuánto podremos recordar de todo esto*. Es como cuando uno oye una gran enseñanza y piensa: *Ah, en realidad espero poder recordar esto*. Jesús estaba diciendo: «*No se preocupen, porque cuando venga el Espíritu, él les recordará lo que han aprendido*».

Cuando uno tiene un sólido cimiento de enseñanza, Dios puede usarlo cuando se mueve por intermedio de uno y por su Espíritu. El Espíritu puede tomar lo que uno aprendió y usarlo para surtir un gran efecto. Cuando el Espíritu viene en gran poder, ¿sabe usted quiénes serán los instrumentos que soberanamente usará? Serán los que dedicaron tiempo a aprender. Si usted no ha aprendido nada, no hay nada que recordarle. Si usted tiene la cabeza vacía cuando cae al piso debido a que alguien ora por usted, tendrá la cabeza vacía cuando se levante. El Espíritu no crea conocimiento en su cabeza, sino que actúa recordándole lo que usted ya ha aprendido.

La importancia de ser receptivo

Aprendemos en esta parábola que los que conocen bien su Biblia deben permanecer receptivos a más conocimiento y comprensión. ¿Qué piensa usted que es «más»? Jesús lo llama el Reino de los Cielos. Jesús estaba diciendo: «Ustedes han aprendido lo viejo; ahora sean receptivos a lo nuevo». Los escribas del día no eran receptivos. Jesús dijo a sus discípulos y a nosotros: «No se preocupen; ustedes son los nuevos escribas». Él va a empezar con usted. Si usted es receptivo, mire lo que puede hacer. No se vea tentado a pensar que ya lo tiene todo, como los escribas pensaban. Ellos rechazaron a Jesús aunque precisamente debajo de sus narices el mismo Jesús estaba enseñando que necesitaban ser receptivos a más. Como ve, hay más, y en esta parábola Jesús dijo que es el Reino de los Cielos. Era todo lo que la ley profetizaba, pero ellos no se daban cuenta.

Verdadero tesoro

Jesús quiere que estimemos el valor real de este tesoro. La frase «el dueño de la casa» denota una persona rica. Cuando tenemos la combinación de lo viejo y lo nuevo somos *ricos*. Sabemos la Biblia pero comprendemos que necesitamos también al Espíritu; esto es un verdadero tesoro.

Llamados a enseñar a otros

Todo discípulo es llamado a ser maestro de otros y transmitirles el conocimiento del tesoro del Reino de Dios. Jesús dijo esto implícitamente, pero permítame decirlo en este momento: Usted es llamado a ser maestro. Como el finado Karl Barth decía, todo creyente es llamado a ser un teólogo. El libro de Hebreos nos dice: «En realidad, a estas alturas ya deberían ser *maestros*, y sin embargo necesitan que alguien vuelva a enseñarles las verdades más elementales de la Palabra de Dios» (Hebreos 5:12, cursivas añadidas).

La Biblia nos advierte en cuanto a la posibilidad de tener los oídos tan embotados que ya no oigamos a Dios hablar. Don Carson se refería a los discípulos de Jesús como «discípulos escribas». Eran discípulos que habían llegado a ser maestros de la ley, y en esto eran epítome de la iglesia cristiana que surgiría.

Lo viejo es imperfecto sin lo nuevo

Aunque Jesús no usó directamente la palabra *pacto* en este texto, es claro que se refería al Antiguo Pacto y al Nuevo Pacto. La palabra *pacto* se usaba cuando Dios hacía un acuerdo basado en una condición. En la Biblia nos referimos a estos acuerdos como el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Algunos sugieren que deberíamos haberlos llamado el Antiguo y el Nuevo Pacto. Jesús enseñó que el Antiguo y el Nuevo Pacto eran suplementarios por naturaleza. La palabra *suplemento* quiere decir algo que se añade como algo adicional o que suple una deficiencia. De esta parábola aprendemos que el Antiguo Pacto es imperfecto sin el Nuevo Pacto; y de igual manera, el nuevo tiene poco sentido sin el antiguo. El antiguo y el nuevo se suplementan uno al otro.

Es interesante notar el orden que Jesús dio en esta parábola: «el reino de los cielos es como el dueño de una casa, que de lo que tiene guardado saca tesoros *nuevos y viejos*» (Mateo 13:52, cursivas añadidas). Empieza con lo nuevo. El griego literalmente dice: «cosas nuevas y cosas viejas», en ese orden.

Aunque son suplementarios, siempre debemos empezar con lo nuevo. Cuando Pablo marchó a Corinto, ¿dijo: «Me propuse que cuando llegara a Corinto iba a enseñarles acerca del pacto mosaico»? ¿Dijo Pablo: «Hice voto antes de venir de que no iba a saber nada entre ustedes excepto los Diez Mandamientos»? ¿Dijo: «Antes de que puedan ser salvos tienen que recibir el biberón de la ley?» No; Pablo dijo: «Me propuse más bien, estando entre ustedes, no saber de cosa alguna, excepto de Jesucristo, y de éste crucificado» (1 Corintios 2:2).

Empezó con lo nuevo. Se llama «nuevo» porque había una larga historia que precedía a lo que Dios hizo en Cristo. Este

era un pacto suplementario.

Lo viejo sin lo nuevo

La segunda cosa que aprendemos de este pasaje es el agudo contraste de lo viejo sin lo nuevo. Todos los maestros judíos miraban al pasado. Podían concebir solo sentarse a los pies de Moisés. Para ellos la ley se cumplía en sí misma; estaban ciegos a lo que el Nuevo Testamento decía que debía ser lo más obvio, es decir, que la ley siempre apuntaba más allá de sí misma a algo mucho más grande. Esta es la cuestión de fondo en la epístola a los Hebreos. La ley es solo una sombra de las cosas buenas que habían de venir. «Por eso [la ley] nunca puede, mediante los mismos sacrificios que se ofrecen sin cesar año tras año, hacer perfectos a los que adoran» (Hebreos 10:1).

Jesús estaba diciendo que la ley en sí misma implícitamente mostraba que era incompleta. Apuntaba más allá de sí misma. Lo mismo es cierto hoy cuando tenemos la Palabra sin el Espíritu. Los que aprenden más y más de la Palabra, pero no tienen el Espíritu, hallarán que aunque su conocimiento aumenta, sus vidas no cambian. Eso es muy triste. Niños de treinta años en Cristo que tienen abundante conocimiento mental, pero sus vidas no cambian. No piense que la Palabra sola es suficiente. La Palabra sin el Espíritu hará a la gente perfectamente ortodoxa y perfectamente inútiles.

Combinación simultánea

Los maestros de la ley conocían el Antiguo Testamento; conocían la ley por dentro y por fuera. Eran como las personas de hoy que saben su doctrina y pueden oler cualquier herejía a kilómetros de distancia. Si un ministro comete apenas una pequeña equivocación, sacan su lápiz y lo anotan, y piensan que es un gran hallazgo. Para ellos es la «perla de gran valor» cuando hallan algo que está mal. De esa manera pueden decir: «Qué bien; qué bueno que oí esto. Ya estaba pensando que a lo mejor tendría que obedecer esta enseñanza, pero ahora no tengo que hacerlo ¡debido a *esto!*»

Lo que Dios realmente desea de nosotros es una *combinación simultánea* en la que recibimos la Palabra de Dios y el Espíritu con igual pasión. Dios desea que nosotros nos entusiasmemos tanto con la Palabra como con el Espíritu; quiere que lleguemos al punto en donde nos sea imposible decir cuál es más importante para nosotros. Este era el objetivo de Jesús para sus seguidores. Jesús también sabía que los maestros de la ley necesitaban un nuevo propósito, una nueva aspiración. Necesitaban ser instruidos en cuanto al Reino de los Cielos. Era raro el escriba que se permitía ser instruido en el Reino de los Cielos. Es rara la persona hoy que realmente se permite ser vulnerable al Espíritu. Muy rara.

Los escribas de los días de Jesús necesitaban una nueva apertura debido a que su pensamiento era tan cerrado. Estaban encadenados a la ley. Jesús representaba una posibilidad a los que se abrían. Dijo que serían ricos como el dueño de una casa que va a su bodega y saca tesoros nuevos y viejos. Una nueva apertura es igual a nueva propiedad: serían como el dueño de una casa llena de riquezas.

Esto es lo que sucede cuando la verdad se vuelve propia. Al apóstol Pablo se le critica por usar a menudo la frase: «Este es mi evangelio». ¿Es arrogante que Pablo diga esto refiriéndose

a *su* evangelio? Eso es lo que sucede cuando la verdad se vuelve preciosa para uno; se vuelve de uno. Jesús dijo: «Es de ustedes». La combinación simultánea de la ley y el reino, el Antiguo Testamento en el Nuevo Testamento, la Palabra y el Espíritu es lo que yo llamaría una *conexión sublime*.

Una conexión sublime

Como hemos visto lo viejo y lo nuevo encajan el uno en el otro. Cuando el Espíritu Santo a su tiempo vino sobre estos «discípulos escribas», ellos vieron el propósito y coherencia de la combinación simultánea. Todo encaja perfectamente. Mientras más tiene uno del Espíritu, más la Biblia se vuelve preciosa para uno, y uno ve que todo se conecta. Es asombroso. No hay nada que lo convenza a uno de la infalibilidad de la Biblia como la combinación de la Palabra y el Espíritu. Los que tienen solo el Espíritu a menudo no creen en la infalibilidad de la Biblia. Pero los que tienen solo la Palabra no se dan cuenta de lo que hay para que ellos exploren. Jesús dijo que es como tener una bodega llena de tesoro.

Combustión espontánea

Un conocimiento de la Palabra combinado con la perspectiva del Espíritu producirá una *combustión espontánea* en su vida. Esta es la revelación de la verdad. Cuando usted se abre a la obra del Espíritu Santo en su vida, usted verá cosas en la Palabra que jamás había visto. Es un refinamiento de la verdad. Pablo le encargó a Timoteo: «Esfuézate por presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse y que interpreta rectamente la palabra de verdad» (2 Timoteo 2:15).

Interpretar la palabra de verdad quiere decir hacer un *redescubrimiento* de la verdad. Como Mateo escribió: «Hablaré por medio de parábolas; revelaré cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo» (Mateo 13:35).

Jesús estaba diciendo que aunque ellos tenían la ley del Antiguo Pacto, había mucho más para descubrir. Esta nueva revelación también les daría una comprensión más plena del Antiguo Pacto. Lo entenderían en una luz completamente nueva. El punto de Jesús era que tenía que ser revelado por el Espíritu. La combinación simultánea de la Palabra y el Espíritu, lo viejo y lo nuevo, produciría una combustión espontánea.

Continuidad sorprendente

Lo nuevo se conecta a lo antiguo. El tesoro fresco viene del depósito que Dios ya nos ha dado, es decir, su Palabra. Sea lo que sea lo que se descubra de nuevo, mostrará continuidad, conexión y coherencia con lo que hubo antes. Siempre será nuevo, y siempre será fresco, pero nunca estará desconectado de lo antiguo.

Lo que Martín Lutero descubrió en el siglo XVI parecía una nueva verdad, excepto que no era nueva. Describió Romanos 3, 4 y 5, y se esforzó por convencer a la gente de todo lo que la Biblia enseñaba en estos pasajes tal como le había sido revelado. El mundo nunca más volvió a ser el mismo. Hay todavía mucho más para descubrir. ¿Sabía usted que el predicador bautista John Robinson les habló a los peregrinos en Plymouth en 1620, cuando se preparaban para desembarcar del Mayflower, con estas palabras: «El Señor todavía tiene más luz y verdad que hará brotar de su Palabra»?

Todavía sigue siendo cierto hoy.

Capítulo 9

La parábola de los odres

Ni echa nadie vino nuevo en odres viejos.

Lucas 5:37

Al final de Lucas 5, Jesús, en respuesta a una observación que le hicieron respecto a sus discípulos, dijo tres cortas parábolas una tras otra; todas ilustrando un punto similar. Jesús había estado enseñando a la gente junto al lago de Genesaret ese día, y más tarde, después de llamar al cobrador de impuestos Levi para que le siguiera como uno de sus discípulos, estaba descansando en su casa en un banquete que este había dado en su honor. La Biblia dice que «había allí un grupo numeroso de recaudadores de impuestos y otras personas que estaban comiendo con ellos. Pero los fariseos y los maestros de la ley que eran de la misma secta les reclamaban a los discípulos de Jesús» (Lucas 5:29-30).

La naturaleza de la queja era que los discípulos de Jesús parecían estar divirtiéndose demasiado, comiendo y bebiendo en una fiesta. Los fariseos compararon el comportamiento de los discípulos con el de los discípulos de Juan el Bautista, diciendo: «Los discípulos de Juan ayunan y oran con frecuencia, lo mismo que los discípulos de los fariseos, pero los tuyos se la pasan comiendo y bebiendo» (Lucas 5:33).

La primera de las tres parábolas en respuesta a este comentario tuvo lugar cuando Jesús preguntó: «¿Acaso pueden obligar a los invitados del novio a que ayunen mientras él está con ellos?» (Lucas 5:34).

La segunda parábola habla de parchar con tela nueva un

vestido viejo (Lucas 5:36), y la tercera habla de echar vino nuevo en odres viejos (Lucas 5:37-39). Estas tres parábolas también se mencionan en Mateo 9:14-17 y Marcos 2:18-22, pero hay una pequeña variación en el Evangelio de Lucas en el cual Jesús hizo un comentario final: «Y nadie que haya bebido vino añejo quiere el nuevo, porque dice: El añejo es mejor» (Lucas 5:39).

Así que, ¿por qué dijo Jesús estas parábolas en ese momento, y cómo encaja la una con la otra? En esencia Jesús quería explicar que el Reino era algo *nuevo y diferente*: diferente de todo lo que había venido antes.

Sin duda la gente había dicho lo mismo en cuanto al ministerio de Juan el Bautista. ¡Había algo radical, algo nuevo y diferente! Toda persona de Judea había ido al río Jordán a oír a Juan el Bautista; su ministerio estremeció a Israel en ese tiempo. Pero justo pisándole los talones al ministerio de Juan el Bautista llegó el ministerio de Jesús, y muy rápidamente el ministerio de Juan el Bautista se convirtió en «vino viejo». Así de rápido es como las cosas pueden cambiar. Cuando lo nuevo llega, a menudo los que estuvieron en medio de lo que Dios estaba haciendo ayer atacarán lo que Dios está haciendo hoy. Los que estaban en el centro de lo que sucedía ayer por lo general quieren que las cosas se queden tal como eran. Al principio habían tenido que salir de su zona de complacencia para ser parte de lo que Dios estaba haciendo, pero ya se habían acostumbrado al punto en que estaban y querían quedarse allí, aunque Dios seguía avanzando. Esto es lo que sucedía en los días de Jesús, y él usó estas parábolas para describirlo.

El ministerio de Juan el Bautista era radical, pero el ministerio de Jesús era incluso más, y la gente no estaba preparada para ello. Jesús estaba diciendo: «No piensen que pueden pegar lo nuevo que yo les traigo encima de lo viejo que ya tienen». Este es el significado de la parábola de los vestidos. También es el significado de la parábola de los

odres. Ambas recalcan lo mismo.

En este capítulo quiero examinar tres cosas: la *razón* de ser de estas parábolas, el *acertijo* de estas parábolas y la *pertinencia* de estas parábolas.

La razón de ser de estas parábolas

Los discípulos de Juan el Bautista solían ayunar y orar. Sin duda era una *nueva* forma de vida para ellos. Pero la gente notó que los seguidores de Jesús no estaban ayunando y decidieron preguntarle a Jesús al respecto (Lucas 5:33). Orar y ayunar eran deberes de consagración altamente respetados en ese día. Según Lucas 18:12, los fariseos ayunaban por lo menos dos veces por semana. El hecho de que los discípulos de Juan el Bautista también ayunaban regularmente puede haberles dado un grado de respetabilidad, por lo menos a ojos de los fariseos que se creían tan justos.

Era bien conocido que había una conexión entre Jesús y Juan el Bautista. Jesús había pedido a Juan el Bautista que lo bautizara. La actitud de Juan fue que si sus seguidores eran realmente obedientes, seguirían a Jesús. El problema era que había muchos discípulos que querían quedarse con Juan. Es asombroso cómo una persona puede seguir a un líder fuerte y de todo lo que ese líder dice hacer caso solo a lo que quiere, sin que importe todo lo que ese líder diga. ¿Sabía usted que Juan el Bautista siguió teniendo discípulos años y años más tarde? Fue evidente cuando Pablo llegó a Éfeso que el ministerio de Juan el Bautista seguía vivo. Pero ese no era el deseo de Juan.

Según Mateo, los seguidores de Juan fueron los que hicieron la pregunta: «¿Por qué nosotros oramos y ayunamos y tus discípulos no?» Esta era la diferencia entre los discípulos de Jesús y los de Juan. Jesús dijo estas parábolas para responder a esa pregunta.

El acertijo de estas parábolas

Me refiero a esta sección como el *acertijo* de estas parábolas porque estas palabras de Jesús requieren alguna explicación. El primer acertijo parabólico que presentó revela el propósito del ayuno. Jesús dijo: «¿Acaso pueden obligar a los invitados del novio a que ayunen mientras él está con ellos? Llegará el día en que se les quitará el novio; en aquellos días sí ayunarán» (Lucas 5:34).

Así que Jesús estaba diciendo que la gente ayunaría cuando ya no lo tuvieran a él allí y estuvieran diciendo: «Señor, ¿dónde estás?» Con esto en mente, Jesús estaba diciendo: «Sería ridículo que mis discípulos ayunen ahora, porque me tienen entre ellos. ... Más tarde, cuando ya yo no esté aquí y ellos desesperadamente necesiten mi presencia, entonces ayunarán».

Así que en respuesta al alegato de que los discípulos de Jesús debían ayunar, él puso la queja de cabeza. «Un momento», dijo Jesús, «¿por qué es que *ustedes* ayunan?» El punto de su acertijo es que la gente no ayuna cuando tiene lo que quiere; ayunan cuando Dios ha estado escondiendo su rostro; ayunan cuando no están seguros de que están agradando a Dios y necesitan saberlo; ayunan para captar la atención de Dios; ayunan para ver su rostro. La razón fundamental del ayuno es tratar de lograr lo que uno no tiene, con la esperanza que Dios se lo dé.

Jesús se llama a sí mismo el Esposo. Esta es la primera vez en el Evangelio de Lucas que Jesús usa el lenguaje de Sion. La esposa de Cristo es la Iglesia, y Jesús es el Esposo. Fue la primera vez que se llamó a sí mismo así, y también es posiblemente la primera vez que implícitamente señaló el hecho de que un día los dejaría. Les dijo que vendría el tiempo cuando el Esposo les sería quitado, y entonces ayunarían.

En Hechos 3, cuando Pedro y Juan se dirigían a su hora acostumbrada de la oración, encontraron a un lisiado, y se dieron cuenta de que Dios iba a sanarlo. Pedro se detuvo y tomó al cojo de la mano. ¿Qué tal si Juan hubiera dicho en ese momento: «Pedro, ¡espera! En pocos momentos tenemos que ir al templo»? ¿No hubiera sido necio? Tenemos que ser sensibles a lo que Dios está haciendo cada momento, y responder como corresponde.

Un viernes por la noche, Arthur Blessitt habló a los jóvenes de nuestra iglesia. Cuando terminó, salimos del templo para realizar evangelización de puerta en puerta. En el camino, Arthur vio a tres jóvenes en la vereda. A menudo me he preguntado qué habría pasado si esos tres jóvenes no hubieran estado allí. Arthur se dirigió resueltamente a ellos y empezó a hablarles de Jesús. Después de unos pocos minutos, dos de ellos parecían interesarse, pero yo dije: «Arturo, tenemos que seguir y empezar nuestra ruta de la evangelización puerta por puerta». Me respondió: «Un momento, doctor Kendall», y continuó conduciendo a los dos jóvenes al Señor. Yo debería haberme impresionado, pero todo el tiempo estuve pensando: *¡Tenemos que seguir!* Al ratodos los jóvenes se fueron con Arturo. El tercero no, pero se quedó allí. Luego Arthur sacó algo de literatura para darles, que explicaba lo que acababa de suceder: eres una nueva persona, tu vida ha cambiado, tus amigos han cambiado, debes empezar a leer la Biblia y cosas por el estilo. Mientras tanto, yo miraba mi reloj.

Cuando finalmente volvimos a caminar, ¿lo creería usted? Arthur se detuvo de nuevo y empezó a hablar con otra persona, y minutos más tarde estaba orando con ellos también! Percibiendo mi impaciencia, Arthur finalmente me dijo: «No sé a qué parte de esta calle quieres ir, pero no necesitas dejar los escalones de tu iglesia». En ese momento, el nuevo vino estaba siendo echado en lo que rápidamente se había convertido un nuevo odre, y mi vida jamás ha sido la

misma de nuevo! Justo debajo de mis narices había estado algo inmediato que Dios quería hacer. La lección que aprendí fue que cuando Dios está haciendo algo, debo obedecerlo allí mismo y al punto.

Un sábado por la mañana, Arthur se reunió con cuarenta hombres para orar por un despertamiento en Phoenix, Arizona. El primero oró, y luego el siguiente, y luego el siguiente, y así sucesivamente. Arthur era el séptimo en la fila, y cuando le llegó su turno, también oró por la ciudad. Cuenta Arturo: «Entonces observé por la ventana que había un restaurante al otro lado de la calle. Me levanté, salí de la reunión, fui al restaurante, entré y pregunté: “¿Hay alguien aquí que quiera ser salvo?”»

La mesera, detrás del mostrador, dijo:

—Yo.

Se dirigió a ella, le habló del evangelio y la llevó al Señor. Cuando terminó le dijo:

—Hay una iglesia al frente. ¿Asiste usted a ella?

—No—respondió ella.

—¿Alguna vez habla con alguno de sus miembros?

—Sí; vienen aquí con frecuencia para almorzar después del culto de la mañana los domingos.

—¿Algunos de ellos alguna vez le ha hablado de Jesús?

—No.

—¿Alguno de ellos alguna vez le ha invitado a la iglesia?

—No.

¿Cuántos años lleva trabajando aquí?

—Muchos años.

Arthur regresó a la reunión de oración donde ya la persona número quince estaba orando. Les dijo: «Dejen de orar. Dios ya ha contestado su oración». Entonces les dijo lo que tenían que hacer.

¡A veces es más fácil solo orar por un avivamiento! Pero cuando se trata de realmente hacer algo, muchos creyentes dirán: «Ay, no; ideo no!»

En el segundo acertijo, Jesús dio el cuadro de alguien que pone un parche en un vestido roto. Señaló la necesidad de remendar un vestido viejo y dañado con un pedazo de tela nueva. En el relato de Mateo, Jesús dijo que eso arruinaría el vestido viejo (Mateo 9:16). Según el relato de Lucas, dijo que arruinaría tanto el nuevo como el viejo (Lucas 5:36). Al lavarlo, el nuevo parche se encogería y rompería las puntadas. El pedazo de tela nueva rompería y arruinaría el vestido viejo.

Los discípulos de Juan habían empezado la disciplina de orar y ayunar debido a su asociación con él. Habían seguido ese patrón después de dejar inicialmente sus zonas de comodidad y estaban, sin duda alguna, ahora acostumbrados a eso. Probablemente lo disfrutaban, y querían que otros los imitaran; especialmente los discípulos de Jesús, con quienes tenían una conexión natural. Pero Jesús llamó a estos deberes religiosos un «vestido viejo». Les dijo: «No pueden combinar lo viejo con lo nuevo. Simplemente no resulta. Arruinaran ambos».

En el tercer acertijo, Jesús usó la imagen de los odres. Indicó que no era práctico echar nuevo vino en un odre viejo. ¿Por qué? La gente generalmente usaba pieles de animales para guardar vino, puesto que en ese tiempo no había botellas como ahora. Había que usar un odre nuevo para guardar vino recién hecho porque el vino cambiaba de carácter y se expandía al fermentarse. El odre tenía que ser flexible y capaz de expandirse con el vino.

El vino viejo, por supuesto, ya fermentado no experimentaba ningún otro cambio químico. El proceso estaba completo y el contenido alcohólico estable. Diez, o incluso cien, años más tarde, seguiría teniendo la misma constitución. Pero si se ponía vino nuevo en odres viejos, el resultado sería desastroso. El vino al fermentarse haría explotar los odres. Los odres quedarían destruidos, lo mismo que el vino.

Jesús estaba diciendo que no se puede tener las dos cosas. No piensen que pueden poner mi vino nuevo en sus odres viejos. Por odres viejos quería decir las viejas estructuras, tradiciones y zonas de comodidad. El vino nuevo era la obra nueva del Espíritu que estaba en ellos. Las dos cosas no se mezclan.

La pertinencia de estas parábolas

Dios obra en un odre nuevo

De la misma manera que Jesús sabía que el nuevo vino puede realizar su potencial solamente en odres nuevos, nosotros debemos recibir con beneplácito las cosas nuevas que Dios quiere hacer en nuestra vida. De nuevo, esto exige una mayor receptividad al Espíritu.

Transformados de gloria en gloria

Jesús no estaba simplemente diciendo una parábola, sino que también estaba fijando un patrón para la conducta futura, la clase de conducta que se requiere de todos nosotros en una medida cada vez mayor. Como Pablo dijo en 2 Corintios 3:18, estamos siendo transformados de gloria en gloria por el Espíritu del Señor. Siempre estamos cruzando de lo viejo a lo nuevo, de lo natural a lo sobrenatural. Pero para que esto suceda, debemos cooperar continuamente con el Espíritu Santo conforme él procura transformar nuestros odres viejos de modo que se pueda poner allí vino nuevo. Incluso después de habernos cambiado en gloria, todavía debemos querer ser cambiados en más gloria, y así continuar. Esto es lo que quiere decir ser renovados.

Hay algunas personas salvas que irán al cielo cuando mueran, pero que solo han tenido un pequeño vislumbre de lo que quiere decir ser transformados en gloria y eso les fue suficiente. Son como los seguidores de Juan el Bautista que, cuando Juan el Bautista les dijo: «Él debe crecer y yo debo menguar», dijeron: «No, nosotros queremos quedarnos contigo, Juan».

La fe cristiana no ha sido diseñada para crear una clase nueva, superior, de zona de complacencia en la cual podemos permanecer sin cambio. Ha sido diseñada para crear nuevos corazones que están siendo continuamente renovados, como el vino nuevo que continúa en proceso pero que todavía no está plenamente añejo. La Biblia llama a este proceso *santificación*. Nunca estaremos sin pecado ni seremos perfectos en esta vida, pero estamos siendo cambiados. Estamos siendo hechos más semejantes a Jesús, pero todavía no somos totalmente como él.

Si no queremos andar en la luz, nuestra relación personal con Dios no anda bien, y así, cuando viene el vino nuevo,

diremos: «Ay, no me gusta esto. Quiero lo viejo». Como usted sabe, hay dos clases de creyentes: los que se quedan en su zona de complacencia y los que están dispuestos a seguir avanzando saliendo de sus zonas de comodidad. Este último tipo es el que está en proceso de santificación.

Necesitamos estructuras

Toda generación de creyentes necesita nuevas estructuras a fin de continuar la obra de Dios. Permítanme decirles un principio de La Gran Reforma del siglo XVI: la iglesia se reformó pero siempre está reformándose. A los creyentes reformados de hoy a menudo no les gusta la segunda parte de esa oración. Ya son reformados, muchas gracias, fin de la historia. Pero el principio de La Gran Reforma fue que la iglesia fue reformada pero todavía está reformándose: siempre aprendiendo, siempre desarrollándose, siempre respondiendo a la revelación fresca de Dios. Por eso es que Jonatán Edwards enseñaba que la tarea de toda generación es descubrir en qué dirección está moviéndose el Soberano Redentor y avanzar en esa dirección.

Resistimos al vino nuevo

Jesús hizo una sagaz observación en cuanto a la naturaleza humana: «Y nadie que haya bebido vino añejo quiere el nuevo, porque dice: “El añejo es mejor”». (Lucas 5:39). Así somos los seres humanos. Algo tiene que sucedernos que cambie nuestro paladar. Comprendo que los que son conocedores del vino (que yo no lo soy) desarrollan un cierto paladar. Se acostumbran al sabor y aroma de cierta calidad de vino, y cuando se les presenta un vino reciente, o nuevo, no lo quieren. Lo mismo sucede en la iglesia cuando a los creyentes «viejos» se les presenta un vino nuevo, tal vez un nuevo estilo de adoración o nuevos cantos. Cuando Isaac Watts compuso: «La cruz excelsa al contemplar», dijeron: «No queremos eso». La iglesia en esa época tuvo muchos problemas para aceptar himnos que no citaban directamente pasajes bíblicos, así como muchos en el siglo XXI han tenido alguna vez que ajustarse a un cántico que nunca antes habían oído. Hay quienes no quieren un nuevo estilo de adoración, hay quienes no quieren ninguna manera nueva de predicar, de enseñar o de testificar; no quieren nada diferente. Ellos dicen: «¡Lo añejo es mejor!»

Jesús, no obstante, no estaba enseñando que debemos descartar por completo lo viejo. El dijo: «No piensen que he venido a anular la ley o los profetas; no he venido a anularlos sino a darles cumplimiento» (Mateo 5:17). En otras palabras, estaba diciendo: «No piensen que lo viejo no tiene valor». Como Pablo dijo: «Entonces, ¿qué se gana con ser judío...? Mucho, desde cualquier punto de vista. En primer lugar, a los judíos se les confiaron las palabras mismas de Dios» (Romanos 3:1-2).

Así que este pasaje no está diciendo que lo viejo no tiene valor. Tampoco está diciendo que debemos descartar todas nuestras tradiciones. (Pablo escribió en 2 Tesalonicenses 3:6

que no se apartaran de «las enseñanzas recibidas de nosotros»). Pero Jesús estaba diciendo: «Cuando se trata del Reino de los Cielos, el cambio está aquí y va a quedarse». El cambio será la forma en que Dios obra hasta que lleguemos al cielo, porque tanto nosotros como la iglesia todavía no somos perfectos.

Para resumir la pertinencia de esta parábola:

- *Nuevo vino exige nuevos odres.* El Espíritu Santo es el nuevo vino, nosotros somos los odres, y debemos cambiar para ajustarnos a él.
- *Nuevo vino pide nuevas estructuras.* En lugar de hacerlo todo de la misma manera después de años y años, debemos ser receptivos a nuevos modelos de adoración, alabanza y oración, y siempre debemos tener una expectativa de que Dios está haciendo algo nuevo.
- *Avanzar con Dios significa una salida continua de nuestras zonas de complacencia.* Como necesitamos nuevos odres para recibir el vino nuevo de Dios siempre refrescante, siempre nos vamos a sentir incómodos por el requisito de, por ejemplo, unir la Palabra y el Espíritu.

El mensaje de esta parábola se aplica a otros tres asuntos:

La venida del Espíritu de Dios

En el día de Pentecostés los que se burlaban decían: «Lo que pasa es que están borrachos» (Hechos 2:13). El vino nuevo no era jugo de uvas. Era vino que todavía estaba fermentándose, pero que se podía probar y beber, y era intoxicante. Durante tres años Jesús estuvo preparando a los discípulos para el nuevo vino del Espíritu de Dios.

El cambio de la estrategia de Dios

Jesús sabía que no siempre iba a estar presente para decirles a los discípulos todos los pequeños detalles que debían saber. Por eso Pablo le dijo a la iglesia de Filipos: «Lleven a cabo su salvación con temor y temblor» (Filipenses 2:12). Jesús estaba diciendo: «Yo no voy a estar aquí para responderles a toda pregunta, pero si escuchan lo que digo, lo entenderán bien. Yo les daré instrucciones desde la diestra de Dios». La clave es escuchar a Dios. Si usted dedica tiempo a esperar en él y escuchar lo que él quiere decirle, no le tomará por sorpresa cuando venga el nuevo vino y Dios empiece a hacer algo nuevo. La estrategia de Dios siempre está cambiando, pero si usted le escucha con atención, aunque tal vez no haya algún precedente exacto para lo que está sucediendo, él siempre le mostrará lo que hay que hacer.

Hay que encomendarse a la soberanía de Dios

La cuestión es que cualquier cosa que el Espíritu Santo quiera que usted haga, hágalo. Si le dice que no lo haga, no lo haga. Siempre debemos respetar la soberanía de Dios. A veces nos dirá que hagamos cierta cosa, y otras veces nos prohibirá que hagamos algo. Él tiene razones para ambas cosas y no siempre quiere divulgarlas. Nunca podremos ir más allá de lo que Dios le dijo a Moisés: «Y verás que tengo clemencia de quien quiero tenerla, y soy compasivo con quien quiero serlo» (Éxodo 33:19).

Hay que preparar odres nuevos

Algunas cosas no se combinan. Uno no ayuna cuando no hay necesidad de hacerlo. Lo que Dios está haciendo hoy puede ser diferente de lo que hizo ayer. Para preparar un nuevo odre usted tiene que salir de su zona de complacencia como Samuel. Dios le dijo: «Deja de lamentarte por Saúl. Yo lo he rechazado. Ponte en camino y quiero que vayas a la casa de Isaí» (vea 1 Samuel 16:1). «Pero, señor, ¡Saúl se enterará y me matará!»

«¡Lo siento! Eso es lo que tienes que hacer».

A veces tenemos que hacer cosas dolorosas. ¡No se puede guardar el pastel y comérselo a la vez! Nadie corta un parche de una tela nueva para coserlo en un vestido viejo. No se puede seguir ala vez a Juan el Bautista y a Jesús. Tenemos que dejar lo que Dios ha estado haciendo previamente y avanzar a lo que está haciendo hoy.

Todos tenemos manera de justificar nuestras propias zonas particulares de complacencia. Pero nuestro deber es ser nuevos odres para la gloria de Dios. ¿Piensa usted realmente que lo viejo es mejor? «Nunca preguntes por qué todo tiempo pasado fue mejor. No es de sabios hacer tales preguntas» (Eclesiastés 7:10).

¿Insiste usted en decir que lo viejo es mejor? Es posible que mi ministerio en la Westminster Chapel se vea solo como la preparación de un nuevo odre. Si es así, valió la pena. No tenga miedo de que otros digan: «¡Vaya, se han emborrachado con vino nuevo!» Puedo decirle que cuando usted prepara un nuevo odre, puede recibir vino nuevo, y puede aguantar las burlas y las críticas cuando lleguen.

Capítulo 10

La parábola del maltrato del reino

Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos ha venido avanzando contra viento y marea, y los que se esfuerzan logran aferrarse a él.

Mateo 11:12

En este capítulo vamos a considerar dos afirmaciones que Jesús hizo en Mateo 11. La primera, que se halla en el versículo 12, es *casi* una parábola. Por cierto usa lenguaje enigmático y simbólico que más parece un acertijo, y en mi opinión, deberíamos tratarlo como una parábola. La segunda afirmación se puede hallar en los versículos 16 al 19. Consideraremos estas afirmaciones y veremos cómo encajan entre sí para dar instrucción sobre el abuso contra el Reino.

Ninguno de estos pasajes es particularmente fácil de interpretar. El primero se traduce de diferentes maneras en la Nueva Versión Internacional y en la Reina-Valera: «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos ha venido avanzando contra viento y marea, y los que se esfuerzan logran aferrarse a él» (Mateo 11:12). Y «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan» (RVR-60).

Estas dos traducciones tienen muy poca semejanza entre sí. La segunda parábola dice lo siguiente:

¿Con qué puedo comparar a esta generación? Se parece a los niños sentados en la plaza que gritan a los demás: «Tocamos la flauta, y ustedes no bailaron; Cantamos por los muertos, y ustedes no lloraron». Porque vino Juan, que no comía ni bebía, y ellos dicen: «Tiene un demonio». Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y

dicen: «Éste es un glotón y un borracho.

Mateo 11:16-19

Estos dos pasajes están estrechamente ligados, como descubriremos conforme avancemos.

Hace unos veintitrés años, cuando todavía usábamos la versión [inglesa] King James, uno de nuestros miembros de la iglesia se acercó a mí y me preguntó qué quería decir Mateo 11:12. Me avergoncé al tener que confesar que no lo sabía, ipero desde entonces he estado pensando al respecto! Hace cinco años me propuse investigar todo punto de vista que jamás se ha presentado respecto a este versículo. Entonces, hace como tres años, sentí que logré la primera apertura en mi comprensión. *Eso es, pensé, ¡tal vez eso es!* Espero no parecer insensible a cualquier punto de vista opuesto, pero me siento cómodo como ahora lo explico: pienso que Jesús estaba diciendo que el Reino de los Cielos ya había llegado y estaba en medio de ellos, y lo que debería haber entusiasmado al antiguo Israel más bien había sido recibido con violencia.

Al principio de este capítulo de Mateo 11, Juan el Bautista está en la cárcel. Estando en la cárcel, Juan empezó a tener algunas dudas en cuanto a Jesús, como se expresa en el versículo 3: «¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?» Habiendo señalado anteriormente que Jesús era el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (vea Juan 1:29), es difícil imaginar que más adelante Juan pudiera haber dicho: «¿Eres tú realmente el que debía venir?»

El antiguo Israel debería haberse entusiasmado cuando vieron llegar a Juan el Bautista. Pero su estilo de vida los confundió, y dijeron: «tiene demonio» (Mateo 11:18). Luego llegó Jesús, y sus discípulos seguían comiendo y bebiendo en lugar de ayunar, y entonces dijeron «ah, aquí tenemos un borracho, glotón y bebedor» (vea Mateo 11:19). Jesús dijo: «¿Saben? Esta generación es como los niños. Juegan sus juegos, y dicen: “Tocamos la flauta pero ustedes no bailan”.

Luego dicen: “Juguemos al funeral. Cantamos un canto fúnebre. Y se supone que ustedes deben llorar, pero ustedes no lloraron. Vamos a recoger los juguetes y nos vamos a casa”».

Todos pensaban que cuando llegara el Reino, Israel se entusiasmaría, pero más bien surgieron toda clase de problemas. Hubo persecución, incluso de parte de los que estaban del lado «correcto». Incluso los que estaban del lado debido practicaban violencia.

Estas dos parábolas van juntas. Primero, porque ambas se refieren al Reino de los Cielos; segundo, porque ambas son observaciones de Jesús en cuanto al Reino de los Cielos; y tercero, porque ambas muestran la reacción de las personas a la llegada del Reino de los Cielos. Jesús dijo que esta reacción al Reino había estado ocurriendo desde que vino Juan el Bautista, y todavía continuaba.

Similitudes y diferencias entre las parábolas

Ambas parábolas muestran cómo las personas reaccionan al Reino de Dios. Lo demuestran con una reacción *no verbal* y una reacción *verbal*. La primera parábola muestra una reacción no verbal: las personas se apoderan del reino por la fuerza; lo empujan. La segunda parábola revela una reacción verbal: lo que las personas dicen en cuanto al Reino.

Segundo, ambas parábolas demuestran la aparición del Reino; indican que el Reino de Dios en realidad ha llegado; algo respecto a lo cual muchos estaban inseguros en ese tiempo. Jesús había empezado su ministerio, y el Reino de los Cielos estaba cerca, pero ahora sabemos que *había llegado*, porque Jesús dijo: «Vayan y cuéntenle a Juan lo que están viendo y oyendo: Los ciegos ven, los cojos andan, los que tienen lepra son sanados, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncian las buenas nuevas» (Mateo 11:4-5).

Uno hubiera pensado que este tipo de suceso habría alegrado a todos. Muestra el avance del Reino y la irrupción que ya había hecho en la vida del antiguo Israel. Pero el tema principal de estas parábolas es el maltrato al Reino. La primera parábola muestra a Jesús haciendo una observación en cuanto a la reacción exagerada de las personas en un nivel no verbal. En la segunda parábola hace una observación de la reacción exagerada de las personas cuando dijeron: «Juan el Bautista tiene un demonio», «Jesús es un borracho», y cosas por el estilo. En la primera parábola, la gente hace violencia contra el Reino por la manera en que reacciona, y en la segunda, maltrata al reino por lo que dice.

¿Por qué son importantes estas parábolas?

Estos versículos nos revelan una sagaz observación de Jesús en cuanto a la gente, lo mismo sus seguidores que sus perseguidores. Aprendemos que no deberíamos sentirnos halagados por los seguidores leales que van demasiado

A

menudo los seguidores de un hombre fuerte tratan de superarlo que

Jesús enseñó que no debemos desalentarnos por estas dos clases de persecución: verbal y no verbal. Reveló cómo las personas a menudo justifican cualquier posición que toman sobre un asunto. Dijeron que Juan el Bautista tenía un demonio porque era estricto en su vida. Dijeron que tenía un demonio porque sus discípulos siempre estaban ayunando. Pero cuando vieron a Jesús y sus discípulos comiendo y bebiendo, la gente dijo: «Éste es un glotón y un borracho» (Mateo 11:19). La gente busca la manera de justificar lo que insisten que es verdad.

Finalmente, esta parábola es importante porque muestra que con el correr de los siglos la gente no ha cambiado! La gente sigue siendo la misma: atrincherada en sus opiniones y aferrándose a cualquier excusa para justificarse. Si viniera un despertamiento espiritual ampliamente extendido, la gente seguiría siendo la misma. Clavarían las espuelas y hallarían algo que anda mal con lo que está sucediendo y después hallarían una manera de justificar sus opiniones.

El reino sufre violencia

Permítame tomar un minuto para echar otro vistazo a este dicho enigmático, y explicar por qué prefiero la interpretación «violentos» de la versión Reina-Valera. Todo erudito bíblico que he encontrado reconoce abiertamente que Mateo 11:12 es uno de los versículos más difíciles del Nuevo Testamento. Esto se debe a que la traducción depende de cómo uno mire a una palabra griega en particular; *biossítie*, y si está en voz media o pasiva. Si se expresa en voz media, se puede traducir «contra viento y marea», y la NVI lo tiene como es debido. Pero si se expresa en voz pasiva y se traduce «el reino de los cielos sufre violencia», la Reina-Valera lo tiene como es debido. No importa como traduzca, el significado no es claro como el cristal!

Si se acepta la NVI como la traducción más acertada, Jesús estaba diciendo que lo que estaba teniendo lugar era algo bueno. Los mejores del pueblo de Dios serían los *violentos*, que se apoderaran del Reino. Este versículo lo usan ciertas personas para motivar a sus seguidores a subirse las mangas y arrimar el hombro. Puedo equivocarme, pero sospecho que casi todo intérprete carismático de la Biblia tomará este versículo para referirse a algo que *debemos* hacer. Dirán que Jesús no estaba simplemente hablando de que el Reino de los Cielos avanza con fuerza, sino que estaba diciendo que su pueblo necesita avanzar *de una manera esforzada*. El resultado es que las personas dirán: «Tenemos que hacer que las cosas sucedan. Somos demasiado pasivos. El mundo está yéndose al infierno, así que tenemos que dedicarnos a trabajar, subirnos las mangas y esforzarnos por penetrar en el territorio de Satanás». Personalmente, me gusta esa actitud. Puedo entenderla, pero no necesito que ese versículo me motive de esa manera. Pienso que tal interpretación hace que uno se pierda algo que es muy precioso.

La traducción de este versículo en la Reina-Valera da un énfasis muy diferente. Si se acepta esta traducción como acertada, Jesús estaba diciendo que lo que había estado sucediendo *no* era bueno, que el Reino estaba bajo ataque. La gente de ese tiempo estaba siendo echada en la cárcel. Juan el Bautista estaba en la cárcel, y el Reino de los Cielos sufría violencia. En esta interpretación la frase se refiere a la manera en que la gente *maltrata* al Reino, no solamente mediante un ataque real sino por el celo exagerado de los que están del lado «correcto».

Pocos versículos del Nuevo Testamento han causado tanta controversia como este. Permítame explicar por qué creo que la traducción de la Reina-Valera es correcta, y que lo que estaba sucediendo no era bueno.

La noción de fuerza

La manera en que la NVI traduce esto da una noción de fuerza que es contraria al énfasis bíblico. Si se toma la noción de que el Reino de los Cielos está avanzando a la fuerza, uno se pone de lado de la teología de los que creen que la iglesia debe participar, por ejemplo, en la política. Algunos cristianos usan este versículo para justificar el avance forzoso del Reino en esa esfera de la sociedad. Este versículo puede haber apelado incluso a las Cruzadas. A Ricardo Corazón de León se le dio ese nombre porque aducía representar al León de la tribu de Judá. Salió a matar a los musulmanes, y su victoria tuvo lugar en realidad justo al norte de Capernaum, el mismo lugar en donde Jesús había estado y dicho: «Bienaventurados los pacificadores, bienaventurados los mansos» (Mateo 5:9,5). El resultado ha sido una inacabable hostilidad del islam contra la fe cristiana; nunca han olvidado las Cruzadas. ¿Debemos verdaderamente creer que es así como debe avanzar la fe cristiana? «“No será por la fuerza ni por ningún poder, sino por mi Espíritu”, dice el SEÑOR Todopoderoso» (Zacarías 4:6).

La traducción de la NVI expresa un concepto de fuerza que es contrario a todo lo que Jesús enseñó. Esa es la primera razón por la que pienso que Jesús no estaba diciendo que este concepto de la fuerza era bueno.

Hombres violentos

La segunda razón es que la frase griega que se traduce «los que se esfuerzan logran aferrarse a él» es una frase que casi en todo otro lugar de la Biblia significa «violento» en un sentido negativo. La NVI escogió la expresión «los que se esfuerzan», pero la Reina-Valera traduce «violentos». Si se rastreara el uso de esta palabra griega en la literatura helénica, casi todas las veces indica algo que es enérgico y también violento, y de una manera negativa. Sería extraño que Jesús hubiera usado esa palabra para describir lo que quería que sus seguidores hicieran. Opino que debemos leer esto de esta manera: el Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan. Y eso ciertamente no puede ser bueno.

En Apocalipsis 5 el apóstol Juan escribió:

También vi a un ángel poderoso que proclamaba a gran voz: «¿Quién es digno de romper los sellos y de abrir el rollo?» ... Uno de los ancianos me dijo: «Deja de llorar, que ya el León de la tribu de Judá ... « Entonces vi, en medio de los cuatro seres vivientes y del trono y los ancianos, a un Cordero que estaba de pie y parecía haber sido sacrificado.

Apocalipsis 5:2, 5-6.

Este es el que murió en una cruz por nuestros pecados. Como Pablo dijo, Jesús fue crucificado en «debilidad» (2 Corintios 13:4). Nótese también que todo el contexto de Mateo 11 trata acerca del Reino, que es maltratado. Juan el Bautista estaba en la cárcel y estaba desalentado (Mateo 11:2).

Jesús se opuso a la fuerza

Jesús se opuso al uso de la fuerza. Lo que Pedro hizo en Mateo 26:51 con seguridad caería en la categoría de «apoderarse del reino por la fuerza», pero Jesús no lo permitiría. ¿Recuerda usted lo que Jesús le dijo al que lo traicionó?

—Amigo—le replicó Jesús—, ¿a qué vienes?

Entonces los hombres se acercaron y prendieron a Jesús. En eso, uno de los que estaban con él extendió la mano, sacó la espada e hirió al siervo del sumo sacerdote, cortándole una oreja.

—Guarda tu espada—le dijo Jesús—, porque los que a hierro matan, a hierro mueren.

Mateo 26:50-52

«La espada» no era la manera de Jesús. El arzobispo William Temple hizo este comentario: «Cuando la iglesia empuña la espada, le corta la oreja a la gente». No es de sorprenderse que los musulmanes no quieran escuchar el evangelio hoy. Les hemos cortado las orejas, y no quieren oír. Tienen su prejuicio; nos odian; y todo debido a que alguien dijo: «Ya verán».

Permítame hacerle una pregunta. Suponga que me acerco a alguien, le pongo una pistola en la cabeza y digo: «¡Te vas a bautizar y a hacerte cristiano!» Y esa persona dice: «¡Está bien, está bien! ¡No dispare!» ¿Piensa usted que esa persona es salva? O, ¿qué si obligo a la gente a repetir la oración del pecador al final del culto el domingo por la noche? ¿Piensa usted que esas personas realmente serían salvas? «La espada» fue el método que Constantino empleó en 315 d.C., y de repente el Imperio Romano quedó «convertido» por decreto. El cristianismo nunca volvió a ser lo mismo.

Jesús dijo una segunda parábola inmediatamente después de la primera para mostrar la manera insensible en que la

gente había reaccionado a Juan ya él mismo. ¿Debemos realmente creer que Jesús estaba diciendo que eso era bueno? ¿Es esta la manera de ser motivado? Cualquier erudito de exégesis con certeza diría que esta es una interpretación extraña.

Maltrato no verbal

Este tipo de «maltrato del reino», o sea la persecución no verbal, viene, en primer lugar, de los enemigos de la fe, pero el Reino también puede ser «maltratado» por sus seguidores. ¿Cómo puede ser eso? En general, lo causan los que reaccionan exageradamente, que piensan que le están haciendo a Dios un favor, pero no se dan cuenta de que sus acciones son contraproductivas. Yo llamaría necios a estos seguidores. Sea lo que sea la sabiduría, ellos parecen no tenerla.

Voy a dar un ejemplo. En 1982, cuando empezamos nuestro ministerio evangelizador en la Westminster Chapel, algunos llevaron «etiquetas de Jesús» y las pegaron en las vidrieras por toda la calle Victoria. Los dueños salieron y dijeron: «¿Qué rayos son esas cosas?» Cuando se dieron cuenta que las etiquetas tenían que ver con nuestro ministerio, no estuvieron contentos, y no quedamos bien ante ellos. Aquellas etiquetas fueron contraproductivas a lo que estábamos tratando de hacer: alcanzar a la gente con el mensaje del evangelio. Más bien, sufrimos violencia. Hubo algunos de nosotros que se excedieron, y el deán de la catedral no se sintió bendecido. Más tarde me escribió una carta pidiéndome una explicación.

Uno tiene personas necias cómo estas, y también lo que yo llamo cabezas huecas, personas superficiales que abochornan a los demás! A menudo mientras mayor sea el sentido del poder de Dios en algún lugar, más de estas personas habrá en medio de la acción! No puedo explicar por qué sucede esto, pero sí sé que les da a otros una excusa para ignorar las cosas buenas que Dios está haciendo. Provee munición para los críticos. La gente dijo: «Aquí está Juan el Bautista y tiene demonio» y luego Jesús vino, haciendo lo opuesto, y también lo criticaron a él. Le da a la gente una excusa más para no

aceptar el mensaje del evangelio.

Los necios, los fanáticos, es decir los de celo exagerado, como Ricardo Corazón de León, han hecho gran daño a la iglesia a través de los siglos. Recuerde: siempre que la iglesia toma la espada, corta orejas. Jesús estaba diciendo que no es así como debemos actuar.

Maltrato verbal

Jesús continuó en el mismo contexto: «¿Con qué puedo comparar a esta generación?» (Mateo 11:16). Entonces pasó a hablar respecto a la reacción exagerada del maltrato verbal: «Se parece a los niños sentados en la plaza que gritan a los demás: “Tocamos la flauta, y ustedes no bailaron”» (Mateo 11:16-17).

La gente había reaccionado exageradamente al ministerio de Juan el Bautista, y luego hicieron lo mismo con Jesús. Automáticamente se convirtieron en opositores, y luego buscaron alguna razón para no tener que aceptar a Jesús. Jesús dijo que esta clase de razonamiento le recordaba a los niños malcriados. Los eruditos bíblicos nos dicen que en esos días los niños jugaban juegos al aire libre, con frecuencia en la plaza pública. A veces jugaban a las bodas. Uno tocaba la flauta, pero otros no bailaban como debían bailar. El flautista se enojaba: «Vamos, ¡tienen que bailar! Voy a tocar de nuevo. ¡Vaya! Ah, no quieren jugar. Está bien, entonces ¿quieren jugar al funeral? ¿Les gustaría jugar a al funeral? Pues bien, si quieren jugar al funeral, ahora tienen que llorar». Era un juego de niños. Jesús les dijo: «Esto es lo que sucede aquí». El maltrato del reino tenía lugar debido a su franqueza, su obstinación y su obsesión.

La gente a la que Jesús se refería era voluble, como los niños, que pasan en un instante de jugar a las bodas al funeral. Mostraba que eran maleducados, malos y poco amables.

¿Somos nosotros así? Un predicador puede venir y hablar en nuestra iglesia, y algunos dirán: «Predica demasiado profundo. Busquemos a alguien que diga unos cuantos cuentos más». Pero otros dicen: «No, es demasiado superficial. Es demasiado simplista para mi gusto». Así que viene otro predicador, pero él es demasiado serio. Cuando

traen a otro que tal vez hace reír a la gente entonces otros dicen: «Ah, usted no debería hacer que la gente se ría. El humor es malo». Cuando la gente criticó a Spurgeon por su humor en el púlpito, Spurgeon respondió: «¡Ah, si supieran cuánto tengo que contenerme!» No se puede complacer a todo el mundo.

Siempre habrá alguien que no está contento. Es imposible complacer a las personas cuyo corazón no está sincronizado con lo que Dios quiere hacer. Por eso necesitamos orar pidiendo la manifestación de la gloria de Dios, junto con una receptividad cada vez mayor a la manera en que él escoge presentarse, para que no nos la perdamos. No debemos ser como los que criticaban a Juan el Bautista o a Jesús. No debemos ser volubles, hoscos, ni infantiles, que reaccionan al Reino y siempre están jugando.

Así son las cosas

¿Cómo podemos aplicar estos versículos de manera que edifiquen nuestra vida? Jesús estaba declarando algo respecto a cómo son las cosas, y de lo que él enseñó pienso que podemos aprender lo siguiente.

El despertar espiritual no resuelve todos los problemas

Podemos tener una noción romántica de un despertar espiritual y decir: «Ah, ¿si viniera un despertar espiritual?» Pero el avivamiento en sí mismo y por sí mismo no resolvería todos nuestros problemas. Lo que pudiera es traer consigo un nuevo conjunto de problemas que nunca antes habíamos tenido.

Lo sobrenatural no resuelve todos los problemas

Supongamos que oramos y recibimos la presencia sanadora de Dios. Supongamos que Dios nos da más poder en la oración y que cualquiera que ora ve gente liberada porque Dios derrama su poder. Esto tampoco resolverá todos los problemas de la iglesia. Jesús dijo: «Vayan y cuéntenle a Juan lo que están viendo y oyendo: Los ciegos ven, los cojos andan, los que tienen lepra son sanados, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncian las buenas nuevas» (Mateo 11:4-5).

Usted a lo mejor dice: «Si eso sucediera donde yo vivo, la ciudad entera creería que hay un Dios». ¡No lo apueste! Ellos hallarán algo para dudar. Ver lo sobrenatural no resuelve todos los problemas en el ministerio.

Siempre habrá problemas dentro de la iglesia

Incluso los que están del lado correcto de un asunto pueden crear problemas. No es solo el mundo el que está buscando la oportunidad para perseguir. Los que actúan neciamente en la iglesia les dan a nuestros críticos toda la munición que necesitan. ¿Por qué es esto pertinente? Porque si los corazones de las personas en realidad no son transformados, van a reaccionar de cierta manera, y no se puede, mediante razonamiento lógico, y ni siquiera poniendo un milagro ante sus ojos, hacerlos que cambien de opinión. Un hombre al que se convence contra su voluntad sigue sosteniendo la misma opinión. Usted puede decir: «Mire, aquí tenemos a una persona que obviamente estaba poseída por un demonio y ahora ya ha sido libertada». Se rascarán la cabeza y dirán: «Pues bien, ¿cómo lo sabe?» Si el corazón de la gente no está como es debido, siempre será de esa manera. Así que el avivamiento a menudo resulta, tristemente, en que se maltrate al reino. Pero simplemente debido a que eso sucede frecuentemente, no deje de orar por el avivamiento; el avivamiento dará mayor gloria a Dios que la persecución, porque las personas están siendo salvadas. Simplemente prepárese para lo negativo tanto como para lo positivo.

Capítulo 11

La parábola de la planta desarraigada

—Toda planta que mi Padre celestial no haya plantado será arrancada de raíz.

Mateo 15:13

Recuerdo de una iglesia en donde un hombre gritaba: «¡Aleluya!» durante el sermón, y el jefe de los ujieres se le acercó y le dijo: «¡Shh!» Pero el hombre continuó gritando a voz en cuello: «¡Amén! ¡Gloria Dios!» Una vez más el ujier le tocó en el hombro y le dijo: «¡Silencio!» El hombre protestó: «¡Es que ya tengo religión!» El ujier le respondió a secas: «Sí, pero no la recibió aquí».

Mateo 15 contiene dos breves parábolas. La primera tiene lugar cuando Jesús respondió a otras quejas de los fariseos respecto a la conducta de sus discípulos. Los fariseos se habían quejado porque los discípulos no se lavaban las manos antes de comer, rompiendo de esta manera «la tradición de los ancianos» (Mateo 15:2).

Después de poner patas arriba sus argumentos y señalar la hipocresía de ellos, Jesús entonces se dirigió a la multitud y dijo: «Lo que contamina a una persona no es lo que entra en la boca sino lo que sale de ella» (Mateo 15:11).

Pedro llevó a Jesús aparte y le dijo: «¿Sabes que los fariseos se escandalizaron al oír eso?» (Mateo 15:12). Así que Jesús contestó con una segunda parábola diciendo: «Toda planta que mi Padre celestial no haya plantado será arrancada de raíz» (Mateo 15:13).

Antes de continuar, vale la pena explorar el contexto de la queja de los fariseos. Estos maestros de la ley se acercaron a

Jesús y le preguntaron: «¿Por qué quebrantan tus discípulos la tradición de los ancianos?» La tradición a que se referían era una tradición oral, pasada de generación a generación, de boca en boca. Por muchos años así era como siempre se había hecho, y así se convirtió casi en ley. En 1545 el Concilio de Trento emitió un edicto para poner a las Escrituras y a la tradición en el mismo nivel. Esto era virtualmente lo que había sucedido en este caso. Se referían a una tradición oral que todavía se observaba generalmente. Mateo 15:2 muestra la seriedad con que los fariseos tomaban esto.

Toda persona de esos días conocía la tradición, y todos la observaban, pero Jesús no les siguió el juego. Jesús dijo que era una tradición estorbosa porque anulaba la Palabra de Dios. En otras palabras, estorbaba a la gente respecto a la Palabra de Dios, y les impedía que encontraran la verdad.

Jesús dedicó tiempo a responder a su pregunta, y la respondió dirigiéndose a la multitud en general. Antes de hacerlo, Jesús tenía unas cuantas cosas que quería decirles a los fariseos. Empezó refiriéndose al quinto mandamiento: «Honra a tu padre y a tu madre», y les mostró cómo pervertían ellos el mandamiento original. Él dijo: «Ustedes saben cómo tomar el dinero que deberían darlo a sus padres, y lo llaman *corbán* (que quiere decir una ofrenda dedicada a Dios), para darla en el templo. Ustedes anulan el quinto mandamiento mediante esta tradición, sin embargo tienen el descaro de preguntarme respecto a esta tradición insignificante de lavarse las manos!» Fue en este punto que Jesús, por primera vez hasta donde sepamos, llamó hipócritas a los fariseos: «¡Hipócritas! Tenía razón Isaías cuando profetizó de ustedes: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me adoran; sus enseñanzas no son más que reglas humanas”» (Mateo 15:7-9).

El hecho de que Jesús entonces les dio la espalda a los fariseos y simplemente se dirigió a la multitud debe haberlos

enfurecido mucho más! Ellos, después de todo, eran los que tenían todas las preguntas. Elías hizo lo mismo cuando reunió a los profetas de Baal, pero decidió hablarle al pueblo en vez de a los profetas (1 Reyes 18.30).

¿Por qué es importante la primera parábola?

El peligro de la tradición

Aprendemos en esta primera parábola sobre el peligro de la tradición. El paso del tiempo nos enseña que no todas las tradiciones son malas, aunque a menudo la palabra *tradición* connota algo que es un anacronismo, una reliquia obsoleta de una era pasada. La palabra *tradición* a veces se usa en un sentido muy positivo en el Nuevo Testamento. Pero el peligro que Jesús estaba destacando aquí es que no debemos dar por sentado que toda enseñanza o tradición que se nos transmite es la pura Palabra de Dios. Simplemente porque «siempre lo hemos hecho así», no hay que dar por sentado que es lo que la Biblia enseña!

Conocimiento mental y conocimiento de corazón

Esta primera parábola también muestra la diferencia entre el conocimiento mental y el conocimiento de corazón. Jesús recordó las palabras de Isaías: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Mateo 15:8).

Así describió Jesús a los fariseos. El conocimiento mental quiere decir tener buena doctrina, doctrina sana, pero el conocimiento de corazón es tener hambre de Dios.

También aprendemos que debemos ver por nuestra propia cuenta lo que la Biblia en realidad dice sin la interferencia del hombre. Lo que entra en la boca del hombre no lo contamina, sino lo que sale de su boca. Esto muestra la doctrina de Jesús sobre el hombre y el pecado. Su doctrina del pecado se basa en lo que sale de la boca. Esta es también la base de Jesús para la convicción de pecado, es decir, que la convicción de pecado viene cuando vemos lo que realmente tiene lugar en nuestro corazón, no cuando rompemos una regla religiosa. Muchos son expertos en ver lo que anda mal con todos los demás, pero cuando se trata de un examen propio y de sentir una convicción real o remordimiento por lo que ellos mismos son por dentro, son ciegos.

La lengua revela el corazón

Esta parábola muestra cómo la lengua revela el corazón. Más adelante en Mateo Jesús dijo: «De la abundancia del corazón habla la boca» (Mateo 12:34).

Lo que sale de la boca del hombre es lo que lo contamina. Paul Cain, padre en el ministerio profético, siempre dice: «Dios ofende la mente para revelar el corazón». Pues bien, Dios también permite que la lengua revele el corazón. Jesús dijo: «Pero yo les digo que en el día del juicio todos tendrán que dar cuenta de toda palabra ociosa que hayan pronunciado» (Mateo 12:36).

Lea ese versículo justo antes de irse a la cama, ¡y vea si puede dormir muy bien! Piense en tener que dar cuenta en el día del juicio de toda palabra descuidada que ha dicho. Jesús luego dijo: «Porque por tus palabras se te absolverá, y por tus palabras se te condenará» (Mateo 12:37).

Dios permite que la lengua revele el corazón.

¿Por qué es importante la segunda parábola?

«Toda planta que mi Padre celestial no haya plantado será arrancada de raíz» (Mateo 15:13). Esta segunda parábola muestra que no todo lo que existe Dios lo puso allí. Uno puede ver a una persona en autoridad y decir: «¿Cómo llegó a ese cargo?» Uno puede ver a personas que tienen un alto perfil en la iglesia y parecen hablar por Dios, pero sus acciones no reflejan la verdad. Aquí Jesús nos hace saber que no todo lo que existe Dios lo puso allí.

Esta parábola también muestra que lo que la gente puede considerar de mucha importancia Dios tal vez lo desdigne. Jesús lo dijo incluso más claramente en Lucas: «Lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación» (Lucas 16:15, *RVR-60*).

También recalca el punto de que si Dios no es el arquitecto y constructor de lo que existe, a la larga se reducirá a nada: «Si el SEÑOR no edifica la casa, en vano se esfuerzan los albañiles» (Salmo 127:1).

La prioridad del corazón

El tema de la primera parábola en Mateo 15:11 es la *prioridad del corazón*, la cuestión de lo que es limpio y lo que no es limpio. La palabra hebrea *kosher* se refiere a los alimentos incluidos en las leyes dietéticas del antiguo Israel, fijadas en Levítico 11 y Deuteronomio 14. Los alimentos kosher eran los que habían declarado «limpios».

Los judíos no solo se preocupaban por lo que entraba en el estómago, sino que también era muy importante para ellos lavarse las manos antes de comer. En esos días no tenían cubiertos. Sin duda usted ha comido pan de pita alguna vez. Así es como ellos comían, recogiendo la comida con un pedazo de pan de pita y comiendo con los dedos. La idea de que debemos lavarnos las manos antes de comer es algo que a todos se nos ha enseñado desde que estábamos en las rodillas de nuestras madres, excepto por un pequeño punto: «los fariseos y los demás judíos no comen nada sin primero cumplir con el *rito* de lavarse las manos» (Marcos 7:3, cursivas añadidas).

Hay buenas razones prácticas para lavarse las manos antes de comer; especialmente si uno ha estado arreglando el auto o trabajando en el jardín. Pero los fariseos y los judíos en general habían perdido de vista el propósito práctico de la higiene, y lo habían convertido en una ceremonia que, a su vez, se había vuelto casi una superstición.

Cuando Jesús dijo: «¡Quieren hablar de lo que es limpio y lo que no es limpio!» ellos sin duda pensaban que se refería a cierto tipo de alimentos; pero Jesús les dijo: «Lo que entra en la boca del hombre no lo contamina. Lo que sale de su boca es lo que realmente lo contamina». Los fariseos se preocupaban por lo que *entraba* en la persona, pero Jesús se preocupaba por lo que *salía*.

Jesús no se tomó la molestia de explicar más sus palabras.

Fue algo más bien extraordinario lo que dijo, y sin duda dejó perplejos a muchos de los fariseos. Algunos, sin embargo, deben haber entendido la inferencia de Jesús porque los discípulos le dijeron: «¿Sabes que los fariseos se escandalizaron al oír eso?» (Mateo 15:12).

La referencia de Jesús a la boca fue deliberada y esencial para su punto. No estaba hablando de regurgitar: estaba martillando que una persona es afectada por lo que *dice*. Lo que una persona dice revela lo que realmente es. Este tema se halla en toda la Biblia con numerosas advertencias respecto a vigilar las palabras que salen de la boca. Tome el libro de Job. Allí tenemos a un hombre que de pies a cabeza era justo. Cuando Dios logró llegar a él, él dijo: «¡Me tapo la boca con la mano!» (Job 40:4).

Reconociendo este principio y la importancia de la pureza del habla, David escribió: «Sean, pues, aceptables ante ti mis palabras y mis pensamientos, oh SEÑOR, roca mía y redentor mío» (Salmo 19:14).

Santiago explicó que es la lengua lo que hace la diferencia en la dirección de nuestra vida: «De una misma boca salen bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así» (Santiago 3:10).

Habiendo presentado el asunto de lo que es limpio y lo que no es limpio, y luego provisto la ilustración, que no es lo que entra sino lo que sale de nuestra boca lo que es importante, Jesús finalmente dio la interpretación. Lo hizo así porque sus propios discípulos le preguntaron cuál era el significado de la parábola (vea Mateo 15:15).

Lo natural y lo espiritual

Lo que Jesús presentó en su interpretación fue una analogía, una comparación entre lo natural y lo espiritual. Los fariseos estaba pensando solo en un nivel natural: lo que entra en el cuerpo, lo que va al estómago. Pero Jesús estaba pensando en un nivel espiritual en cuanto a lo que sale de la boca, que indica el estado del bienestar espiritual de una persona. Las dos cosas tienen propósitos distintos. El «estómago» se refiere solo a lo físico. Jesús lo dijo de esta manera: «¿No se dan cuenta de que todo lo que entra en la boca va al estómago y después se echa en la letrina?» (Mateo 15:17).

El griego dice literalmente «se echa en la letrina». Jesús estaba dando una analogía muy literal entre el estómago y el corazón. El corazón se refiere al asiento de la personalidad, el asiento de los afectos. Resulta que lo que él quería decir por «boca» no era la regurgitación de lo que uno había comido, sino lo que uno dice, que sale del corazón.

Detrás de todo esto, entonces, hay una presuposición: que el corazón es esencialmente malo. Anteriormente, en el Sermón del Monte Jesús había dicho lo siguiente: «Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas» (Mateo 7:11).

La doctrina del pecado según Jesús

«Nada hay tan engañoso como el corazón. No tiene remedio» (Jeremías 17:9).

Considérese también las palabras del apóstol Pablo: «No hay un solo justo, ni siquiera uno; no hay nadie que entienda, nadie que busque a Dios. Todos se han descarriado, a una se han corrompido. No hay nadie que haga lo bueno; ino hay uno solo!» (Romanos 3:10-12).

¿Le sorprende esto? La Biblia enseña una cosa cierta respecto a la humanidad. El salmista David decía: «Se apartaron los impíos desde la matriz; se descarriaron hablando mentira desde que nacieron» (Salmo 58.3, *RVR-60*).

Uno no tiene que enseñarle a un niño a mentir. Nosotros podemos recordar cuando nuestros niños tenían un año o algo así, y decían que no aunque sabían que la respuesta debía ser que sí. Salimos del vientre de nuestra madre diciendo mentiras. Mentir es lo más fácil del mundo. Uno no tiene que ostentar un título de Oxford para aprender a decir una mentira. David dijo: «En pecado me concibió mi madre» (Salmo 51:5, *RVR-60*).

La cuestión es que todos somos pecadores. ¿Cree usted que el hombre es básicamente bueno y amable? Hallará que debido a la gracia común de Dios para todos los hombres, todos tenemos un lado bueno. Piense en alguien como un padrino de la mafia, por ejemplo. Es posible que quiera a sus nietos profundamente, y sin embargo ha hecho toda clase de maldad y cosas perversas. Si usted lo ve abrazando a un nieto, sin saber las otras cosas, pensará: *parece ser tan bueno*. Usted hallará personas como esas inclusive dando dinero a la iglesia de cuando en cuando. En nuestra sociedad Dios nos ha dado policías, bomberos, médicos y enfermeras; y todos son parte de la gracia común de Dios para la humanidad. Hay algunos que se levantan para hacer cosas por los pobres, y

uno trata de decir que esto muestra que el hombre es básicamente bueno. Pero Jesús está diciendo: «Voy a decirles lo que no es limpio». La limpieza y la contaminación salen del corazón de la persona. Pablo continuó en Romanos 3:

Su garganta es un sepulcro abierto; con su lengua profieren engaños. ¡Veneno de víbora hay en sus labios! Llena está su boca de maldiciones y de amargura. «Veloces son sus pies para ir a derramar sangre; dejan ruina y miseria en sus caminos, y no conocen la senda de la paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos.

Romanos 3:13-18.

Jesús estaba dando una lección de lo que es realmente el hombre. Santiago lo dice de esta manera: «También la lengua es un fuego, un mundo de maldad. Siendo uno de nuestros órganos, contamina todo el cuerpo y, encendida por el infierno, prende a su vez fuego a todo el curso de la vida» (Santiago 3:6).

Piense en la frase: «Se desató el infierno». Eso es lo que sucede a veces debido a la lengua. Si usted se halla en algún problema hoy, lo más probable es que se deba a su lengua. David de nuevo exhortaba: «SEÑOR, ponme en la boca un centinela; un guardia a la puerta de mis labios» (Salmo 141:3).

Por eso Jesús dijo que lo que sale de la boca es lo que contamina al hombre. Pero luego avanzó más: «Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, la inmoralidad sexual, los robos, los falsos testimonios y las calumnias» (Mateo 15:19).

¿Cómo salen del corazón todas estas cosas? Por la boca. Permítanme darles un ejemplo. La tentación sexual a menudo surge cuando la persona *dice* algo. Así es como se gana la atención de una persona. La lengua es un fuego que se puede usar para decir algo que enciende a la otra persona: «Que nadie, al ser tentado, diga: “Es Dios quien me tienta” ... Todo lo contrario, cada uno es tentado cuando sus propios malos

deseos lo arrastran y seducen» (Santiago 1:13-14).

Uno es tentado cuando es atraído por sus propios deseos lujuriosos y debido a esa lujuria uno empieza a hablar. Es lo que se dice lo que lo enciende. La salida es la lengua, y, dice Santiago: «Nadie puede domar la lengua. Es un mal irrefrenable, lleno de veneno mortal» (Santiago 3:8).

Así que Jesús presentó su caso. Le llevó largo tiempo responder a la pregunta de ellos. Comer sin lavarse no contamina al hombre.

Es asombroso como las personas que quieren ser religiosos se aferran a sus diminutas ceremonias, a sus ritos religiosos, a fin de lograr sentirse santos. ¿Se contenta usted con algunas tradiciones que le dan un sentimiento «religioso»? ¿Se siente bien cuándo va a la iglesia? ¿Ha llegado a verse como usted es realmente por dentro, o simplemente ha salido sintiéndose bien respecto a sí mismo? ¿Se ha visto frente a frente con lo que usted realmente es? ¿Qué está haciendo al respecto?

Usted tal vez diga: «Vamos, nadie es perfecto». Por cierto que puede tomar esa actitud, o puede decir: «Dios: ayúdame. Lo siento. Ayúdame a cambiar por dentro». Algunos, cuando se les muestra que son pecadores, se ponen a la defensiva. Dicen: «¿Cómo se atreve a hablarme así?» Otros dicen: «Dios, perdóname».

El arrepentimiento es un cambio de parecer tanto como un cambio de corazón. Si uno pensaba de cierta manera, ahora piensa en una manera diferente. Gracias a Dios que Jesús murió en la cruz por todos nuestros pecados. Todos hemos pecado y estamos lejos de la gloria de Dios, pero la sangre de Jesús nos limpia de todo pecado. Dios nos da una vida de arrepentimiento; no llegamos a ser perfectos, y sin embargo somos perfeccionados poco a poco. Podemos decir como decía John Newton: «No soy todo lo que debería ser, y no soy todo lo que espero ser; no soy todo lo que seré, pero gracias a Dios no soy todo lo que era antes». Poco a poco podemos ver que Dios va perfeccionándonos mediante la convicción de

pecado.

El mayor reproche

Ahora examinemos la conexión entre las dos parábolas. Jesús pasó a decir: «Toda planta que mi Padre celestial no haya plantado será arrancada de raíz. Déjenlos; son guías ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en un hoyo» (Mateo 15:13-15).

Cuando Jesús habló de «toda planta» estaba refiriéndose a los escribas y fariseos, es decir a los maestros de la ley que eran antagónicos. Fue la respuesta de Jesús a los discípulos que se preocuparon. Usted a lo mejor se sorprenda al oír que ellos se preocuparon. Los discípulos dijeron: «Pensamos que deberías saber que ofendiste a los fariseos». Se preocupaban porque con toda probabilidad respetaban a los fariseos. Los fariseos eran miembros altamente respetados de la sociedad, y los discípulos, a estas alturas, en realidad no habían avanzado mucho más en su andar con Jesús que cuando Pedro vio a Jesús transfigurarse. Pedro había querido poner a Jesús a la misma altura que Moisés y Elías, y había pensado que estaba elevando a Jesús ofreciéndole construir un tabernáculo para ellos. Los discípulos todavía no veían exactamente quién era Jesús. A estas alturas de su desarrollo todavía respetaban a los fariseos y, claro, los fariseos eran religiosos importantes. Es lo mismo con nosotros respecto a ciertos ministros del evangelio. La naturaleza humana parece que siempre mira a otros con gran respeto y no se da cuenta de que en realidad no merecen tal admiración. Debido a que los discípulos tenían tanto respeto por los fariseos, se asustaron un poco cuando Jesús los ofendió, y querían estar seguros de saber exactamente lo que Jesús había dicho que había ofendido a aquellos maestros de la ley.

Jesús tuvo que hacer algo más bien delicado. Donald Carson lo dice de esta manera: «Nuestro Señor debe ahora desilusionar a sus discípulos más bien ingenuos respecto a la

confiabilidad de estos fariseos y maestros de la ley como guías espirituales». Yo también tengo que enfrentar este problema de cuando en cuando. Elevo una oración de pacto de que bendeciré la vida de las personas y que no hablaré mal de nadie, pero después oigo un comentario negativo que hace, digamos, un obispo en particular o algún ministro altamente respetado. Las personas que siempre han gozado de tal respeto por los ministros vienen y dicen: «¿Qué piensa de esto?» Pues bien, no quiero decir nada que vaya a hacer quedar mal a alguien, pero al mismo tiempo debo advertir en contra de cualquier falsa enseñanza. Esta es una línea muy fina que Jesús también tuvo que recorrer. Esta es la razón porque su respuesta fue una parábola: «Toda planta que mi Padre celestial no haya plantado...» Fue el mayor reproche que Jesús había expresado hasta este punto respecto a los fariseos. De un solo plumazo básicamente dijo: «Dios no los puso allí. Mi Padre no ha plantado a estos fariseos; por consiguiente ellos serán arrancados de raíz».

En Israel había muchas referencias a la idea de ser plantado (Salmo 1:3; Isaías 60:21). Esta fue una parábola que describía la manera que Israel tendía a verse a sí misma: como una planta de Dios. Pero Jesús dijo: «Tengo que decirles que los fariseos no son plantas de Dios». De hecho, Juan el Bautista había dicho algo parecido (vea Mateo 3:9). Jesús dijo en Mateo 8: «Pero a los súbditos del reino se les echará afuera, a la oscuridad, donde habrá llanto y rechinar de dientes» (Mateo 8.12).

Jesús hizo dos declaraciones respecto a los fariseos:

► 1. Déjenlos

No dijo cómo llegaron a ese punto; simplemente dijo que no fueron plantados por su Padre. Luego se refirió a su efecto: «Déjenlos; son guías ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en un hoyo» (Mateo 15:14).

Así que dijo: «Simplemente déjenlos. Ni se unan a ellos ni

los castiguen. Dios hará con ellos lo necesario». «Mía es la venganza; yo pagaré» (Deuteronomio 32:35). Es solo cuestión de tiempo, dijo Jesús, antes que su necedad salga a la luz.

► 2. *No llegarán a nada*

Cuando Jesús dijo: «Toda planta que mi Padre celestial no haya plantado será arrancada de raíz» (Mateo 15:13), estaba dando una cierta paradoja. Algunos han preguntado: «Si no podemos hacer que surja un avivamiento, ¿podemos impedirlo?» Me temo que sí. A decir verdad, esta es la paradoja: si Dios no está en lo que queremos hacer, nada va a suceder. Pero si él *está* en lo que nosotros tal vez no queremos hacer, tenemos la capacidad de impedirlo.

Me viene a la mente un movimiento del Espíritu Santo en nuestra iglesia que fue muy hermoso. Puedo decir ahora que si no hubiéramos estado motivados para salir de nuestra zona de complacencia, no hubiéramos recibido esta bendición. Es cierto que si Dios no está en lo que hacemos, nunca lograremos que suceda. Así que si usted teme que lo que ha estado sucediendo en su iglesia hace poco no es de Dios, no se preocupe. A la larga se disipará. Pero si él *está* en lo que está sucediendo, con sus acciones usted puede estorbar mucho su progreso. Es un pensamiento que asusta. Nuestras tradiciones pueden anular la Palabra de Dios, que es lo mismo que apagar el Espíritu. Podemos adorar a Dios con nuestra mente y ser sanos en nuestra doctrina y sin embargo tener corazones fríos. La única manera de salir de ese estado es que Dios nos de hambre. Ore que Dios haga eso en su vida de una manera cada vez mayor.

Capítulo 12

La parábola de los dos deudores

Ahora bien, ¿cuál de los dos lo amará más?

Lucas 7:42

La parábola de los dos deudores se refiere a un prestamista al cual dos hombres le debían un dinero que no podían pagar, y sin embargo los perdonó a ambos (Lucas 7:36-50). Jesús relató esta parábola y de inmediato preguntó: «Ahora bien, ¿cuál de los dos lo amará más?» (Lucas 7:42). Pienso que tengo razón al decir que todos nosotros necesitamos aprender a tener mucha más hambre de la que tenemos ya: hambre de más de Dios, más de su presencia, más de su gracia. Todos necesitamos tener más hambre de que la naturaleza de Dios se manifieste en nosotros, que nos preocupemos más por la suerte de los demás. Mi ministerio es, en esencia, un esfuerzo por despertar el hambre en la gente, que es lo que Jesús estaba tratando de enseñar en esta parábola en particular.

Cuando era niño, a veces mis padres me dejaban quedarme en casa de mi abuela. Ella siempre me trataba con mucho cariño, como lo suelen hacer la mayoría de los abuelos. Un fin de semana estaba en su casa y tenía pavor de ir a la escuela al día siguiente porque iba a haber un examen bien difícil para el que no estaba preparado. Cuando me desperté le dije:

—Abuela, estoy enfermo.

—Ah, ya veo—ella dijo—. Eso quiere decir que no podrás ir a la escuela hoy.

—Creo que no—respondí. Allí fue cuando cometí el error:

—¿Qué va a haber para el desayuno?—pregunté.

La abuela de inmediato dijo

—Te voy a preparar el desayuno mientras te alistas para ir a la escuela.

—No. Estoy enfermo.

—Pues bien—dijo ella—, si tienes buen apetito, eso quiere decir que no tienes nada.

He aprendido a través de los años que ese principio es también cierto espiritualmente. Si la persona tiene buen apetito, nada anda mal en ella! Por razones que no puedo explicar, Dios siempre ha dado hambre de él. No puedo atribuirme ningún crédito por eso, ni tampoco lo entiendo. Tal vez fueron las oraciones de mi madre, mi padre, mi abuela o mi iglesia. Quisiera poder hacer que otros tengan hambre. El deseo de mi corazón es conducir a los demás a un estado en el que no se preocupen lo que otros piensen debido a que están consagrados completamente a Dios. Eso ha llegado a ser mi misión en la vida.

La ocasión de la parábola

Una invitación

Esta parábola empieza con una invitación. Jesús aceptó la invitación de un fariseo llamado Simón. Obviamente no era un fariseo hostil hacia Jesús de la misma manera que otros lo eran, pero era un fariseo. Tal vez se mantenía al margen cuando se trataba de juzgar el ministerio de Jesús. Es bien conocido que Jesús andaba en compañía de pecadores. Es tal vez menos conocido que también andaba en compañía de fariseos. Hallo esto muy interesante. Hay buena razón para aceptar una invitación con tal de alcanzar a las personas con quienes uno no siempre concuerda. Como creyentes debemos mezclarnos un poco con la gente, tener amigos y conocidos no creyentes. A Jesús le extendieron una invitación, y él la aceptó.

Una intrusión

Entrometerse quiere decir entrar sin que lo inviten a uno. Vemos que esto tiene lugar en Lucas 7:33, cuando una mujer se metió en una reunión social sin ser invitada. Jesús y Simón no estaban reunidos en secreto, así que la palabra se regó, y esta mujer sabía que necesitaba conocer a Jesús. El pasaje la describe como una mujer que había llevado una vida de pecado. Muchos dicen que era prostituta, lo que bien puede ser verdad. Tan pronto como llegó, se echó a llorar a los pies de Jesús. Algunos dirían que esto fue una manifestación del Espíritu. La gente muestra su amor por el Señor de diferentes maneras. Cuando el Espíritu llega, algunos lloran, otros gimen, otros se caen al piso, algunos tiemblan, algunos ponen manos arriba, algunos se quedan quietos y sienten una profunda paz interna. Esta mujer empezó a llorar, y sus lágrimas cayeron sobre los pies de Jesús, y empezó a limpiar sus lágrimas con su cabello.

Una imaginación

«Al ver esto, el fariseo que lo había invitado dijo para sí: “Si este hombre fuera profeta, sabría quién es la que lo está tocando, y qué clase de mujer es: una pecadora”» (Lucas 7:39).

Simón empezó a imaginarse y a especular. Esto muestra que no estaba muy seguro en cuanto a Jesús. Era, en mi opinión, uno que veía los toros desde la barrera y esperaba que no tuviera que bajarse de la cerca para ponerse al lado de Jesús. Este incidente «casual» se había convertido en una prueba: ¿Cómo reaccionaría Jesús? ¿Se daría cuenta de qué clase de mujer era? Simón debe haber pensado: *Ah, ¡ya me libré! Este Jesús no sabe lo que yo sé de esta mujer. Si realmente fuera profeta, isabría quién es ella! Pero puesto que no sabe quién es ella, no tengo por qué seguirlo.*

¿Verdad que es asombroso cómo podemos evadir algún asunto si hallamos cómo? Algo tal vez nos llama un poco la atención, nos provoca e incluso nos atrapa, y entonces empezamos a pensar: *Ay, no; me parece que voy a tener que hacer esto si sigo al Señor. Pero, un momento, tal vez hay una manera de escaparme.* Algunos de los miembros de mi iglesia buscan excusas para no asistir a los cultos el domingo por la noche porque no les gusta el estilo del culto. Una señora solía evitar las reuniones vespertinas porque la gente levantaba las manos cuando adoraba al Señor, y ella no quería hacer eso. Incluso vino a verme con un versículo bíblico, diciendo: «He hallado un pasaje bíblico que muestra que no tengo que hacerlo (alzar las manos)». Me dijo: «La Biblia dice que uno lo hace solo cuando ora, no cuando canta». ¡Como si a Dios no le gustara que uno lo hiciera cuando canta! ¿Piensa usted que Dios está en el cielo diciendo: «¡Ya basta! ¡No lo hagan! ¡Están cantando! ¡Debían estar orando en vez de hacer eso!»?

El punto es que hay algunos que están buscando cualquier

cosa para escabullirse. Si podemos hallar algo que alimente nuestra autocompasión, lo hallaremos. Si podemos hallar algo que nos permita sentirnos un poco más justos en nosotros mismos, lo hallaremos. Si podemos hallar alguna razón para no salir de nuestra zona de complacencia, la hallaremos. Y el fariseo la halló: «Si este hombre supiera quién es ella, entonces yo creería que es profeta. Obviamente, él no sabe».

La ironía

La ironía es esta. Jesús reveló que no solo lo sabía todo en cuanto a la mujer y su pasado, isino que incluso sabía lo que el fariseo estaba pensando! Va a mostrar que él conocía a la mujer y también a Simón. Tampoco Jesús iba a dejar que Simón se escapara, por lo que le presentó esta parábola a fin de ponerlo a pensar. Después de relatar la parábola, Jesús le preguntó a Simón cuál de los dos hombres del relato amaría más al prestamista: el hombre cuya deuda de quinientos denarios fue cancelada, o el otro cuya deuda de cincuenta denarios fue cancelada. Simón empezaba a captar el cuadro: «Jesús sabe quién es esta mujer, iy también sabe lo que yo estoy pensando!»

—Supongo que aquel a quien más le perdonó—contestó Simón [procurando esconder la desilusión en su voz] (Lucas 7:43).

—Tienes toda la razón—le dijo Jesús.

¿Por qué es importante esta parábola?

Lo que Jesús quería señalar era que algunos muestran más amor a Dios que otros, y por lo general hay algún motivo. Algunos tienen más hambre de Dios que otros; tal vez porque tienen gran necesidad, o por toda otra variedad de razones. La devoción de la gente a Cristo es afectada por su trasfondo, especialmente su niñez. Mi padre me cuenta que cuando mi madre estaba encinta conmigo, estábamos en una iglesia en Indianápolis, escuchando a un predicador llamado C. B. Cox. El espíritu del hombre y el sermón que predicaba conmovieron tanto a mi padre que puso la mano sobre la barriga de mi madre y oró: «Señor, haz que mi hijo (ino sé cómo supo que yo iba ser niño!) sea un predicador como ese hombre». ¡Así que empecé con cierta ventaja! Pero otros tienen devoción a Cristo porque en lugar de tener ventaja al empezar, caen en pecado y arruinan su vida terriblemente. Tal vez incluso han vendido y maltratado sus cuerpos como la mujer que fue a Jesús, y luego fueron bendecidos, se convirtieron y fueron liberados. Muchos de estos nunca dejan atrás este milagro, y están agradecidos a Dios toda su vida. Fue así con Saulo de Tarso. Nunca olvidaba que había recibido la salvación, y era especialmente significativo para él porque sabía lo que había sido en el pasado.

Esta parábola también muestra que Jesús no se siente mal por la manera en que la gente le muestra su amor. El comportamiento de la mujer no era muy sofisticado, si me lo preguntan, al permitir que sus lágrimas cayeran sobre los pies de Jesús. Algunos que conozco dirían: «¡Déjame en paz!» Especialmente cuando ella empezó a limpiarle los pies con el cabello. Pero Jesús no se sintió mal por eso. Él nunca rechaza al que clama a él.

¿Recuerdan al ciego Bartimeo que gritó: «¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!» (Marcos 10:47)? La multitud le

dijo que se callara, pero Jesús se acercó y le sanó. Jesús no se siente mal por la manera en que le adoramos cuando ve nuestro corazón. Quiera Dios que nosotros no nos sintamos mal por la manera en que otros le adoran. Puede ser que tienen más hambre que nosotros, o más razones que nosotros de estar agradecidos a Dios.

En esta parábola podemos ver que los más necesitados a menudo son los que se ganan la atención de Jesús. Se ha dicho que los que tienen las más grandes manifestaciones del Espíritu en su vida tal vez sean los más necesitados. Tal vez hay algo de verdad en eso. Tal vez no sea necesariamente cierto en todos los casos, pero podría serlo a veces; lo que es una razón mayor por la que debemos tener cuidado en nuestros comentarios en cuanto a las manifestaciones espirituales. Como Jesús dijo: «Imposible es que no vengán tropiezos; mas ¡ay de aquel por quien vienen! Mejor le fuera que se le atase al cuello una piedra de molino y se le arrojase al mar, que hacer tropezar a uno de estos pequeñitos» (Lucas 17:1-2, *RVR-60*).

Tenga cuidado, amigo mío, en cuanto a cómo reacciona a alguien que está bajo el poder del Espíritu. A lo mejor esa otra persona no reacciona como usted lo haría. Pero a lo mejor usted está apagando el Espíritu, y ese es uno de los más graves peligros en la vida. No obstante, la gente con hambre no se ofende fácilmente.

El objeto de la parábola

¿Por qué dijo Jesús esta parábola? Pues bien, la dijo parcialmente para hacerle saber a Simón que él sabía el pasado de la mujer, pero también para hacerle saber a Simón que él conocía a Simón! Después de decir la parábola Jesús planteó una pregunta: A ambos hombres se les canceló su deuda, ¿cuál de ellos amaría más al hombre? Esa es la cuestión. Jesús canceló nuestra deuda. ¿Cuál de nosotros le amará más?

Grados de culpabilidad

Me convertí cuando tenía seis años y medio, un Domingo de Resurrección por la mañana. No puedo decir por qué lo hice, pero fui a ver a papá y mamá y con lágrimas les dije: «Quiero ser cristiano». Pues bien, papá tuvo suficiente aplomo para decir: «No tenemos que esperar hasta llegar al templo. Arrodillémonos aquí mismo». Así que nos arrodillarnos al lado de la cama de mis padres, y yo empecé a sollozar. Pensaba en los pecados que había cometido, principalmente respondiéndoles de mal modo a mis padres, siendo díscolo, y respondón. Me sentí convicto de esos pecados como si fueran los peores del mundo. Después me sentí perdonado. Tenía seis años y medio, y era el 5 de abril de 1942. Lo recuerdo muy bien.

Hay algunos que como yo vienen a la fe a temprana edad, pero hay otros que no vienen a Cristo sino mucho más tarde en la vida. Recuerdo haber hablado con un hombre que se convirtió bajo mi ministerio en la Lauderdale Manors Baptist Church. Se llamaba George. Pasó al frente una noche con lágrimas corriéndole por las mejillas. Le pregunté:

—¿Qué sucede?

—Nada, estoy feliz—me contestó.

—Me alegro—dije—, ¡pero usted estaba llorando!»

—¡Lo sé! Me estaba preguntando: ¿por qué tardé tanto?» Tenía cincuenta años.

Pensé: *¡Vaya, sí que es viejo!*

Pero le aseguré:

—Jorge, ¡algunos *nunca* lo hacen!

La gente se puede convertir a cualquier edad—joven o viejo; algunos pecan más que otros, algunos pecan más tiempo que otros, y algunos pecados son peores que otros—la ley dice esto claramente. Hay categorías de pecado y varios castigos para ellos. Pero si el Espíritu Santo lo toca, usted

debe poder decir: «Grande como cualquiera; peor que muchos». Así es cómo deberíamos vernos nosotros mismos.

En la ley antigua había lo que llamaban pecados de debilidad e ignorancia. Los cubría la expiación que hacía el sacerdote en el Día de la Expiación. Pero ese sacrificio no cubría algunos pecados. Se les llamaba pecados de presunción. A los que cometían estos pecados los sacaban del campamento. El pecado que se considera en esta parábola cae en esta segunda categoría. Como ven, esta mujer era una pecadora de «primera clase»! En otras palabras, si la ley se hubiera estado aplicando en ese tiempo (por cierto, no se estaba aplicando), ella hubiera estado fuera del campamento. Así que la parábola revela que hay grados de culpabilidad.

Demostraciones de gracia

El denario era una moneda equivalente al salario de un día. «Uno le debía quinientas monedas de plata, y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagarle, les perdonó la deuda a los dos» (Lucas 7:41-42). Me pregunto cómo se sentiría el que debía solo cincuenta. Aquellos cincuenta denarios probablemente le parecía mucho hasta que supo que otro debía quinientos. Tal vez pensó: *Ah, mírenlo. Yo podría haberme escapado con mucho más.* O tómese a la persona que no ha pecado tanto, pero que conoce a otro que ha sido un gran pecador, y cuyos pecados han sido perdonados. El primero puede pensar: *Él se divirtió de lo lindo, y yo no.* Ese es a menudo el sentimiento cuando surge una situación así.

Todo lo que sabemos en realidad es que de un solo plumazo Dios nos perdonó a todos. Sea cual haya sido la deuda, quedó pagada. Cualquiera que haya sido el pecado, quedó perdonado. Podríamos concluir, partiendo de esta parábola, que Jesús estaba contrastando los pecados de la mujer con el de Simón. Hay un leve indicio de que el pecado de la mujer era equivalente a quinientos denarios, y que el pecado de Simón equivalía a cincuenta. Tal vez nos sorprenda hallar que Jesús inclusive le extendía esperanza a Simón.

Aquí hay otra ironía de la parábola. Simón era el que debía haber amado más. Era muy afortunado en verdad por haber sido perdonado, puesto que Dios aborrece a los que se creen justos. Jesús dijo: «No he venido a llamar a justos sino a pecadores» (Mateo 9:13).

Profundidad de gratitud

«Como no tenían con qué pagarle, les perdonó la deuda a los dos. Ahora bien, ¿cuál de los dos lo amará más?» (Lucas 7:42).

Nuestra gratitud siempre estará en proporción directa a nuestra consciencia de pecado. Sea que hayamos cometido un pecado sexual serio o un pecadito de «ignorancia», debemos darnos cuenta de lo que significa para Dios perdonar eso. Esto tiene que ver con nuestra capacidad para recordar lo que Jesús ha hecho por nosotros. ¿Recuerda usted al leproso que Jesús limpió y que más tarde volvió para darle las gracias? Jesús de inmediato preguntó: «¿Dónde están los otros nueve?» (Lucas 17:17). ¿Qué quiso hacer ese leproso? Quería darle gracias a Jesús. La capacidad para recordar no tiene que ver necesariamente con tener buena memoria, sino con sentirse abrumado por la gratitud y el hambre de Dios.

Jesús obviamente usó los quinientos denarios en esta parábola para acomodarse al consenso común respecto a la moralidad de esos días. Siempre ha sido así, ¿verdad? La gente de inmediato piensa que los pecados sexuales son automáticamente los peores. Pero Jesús tenía menos problema con el pecado de la mujer que con el de Simón. El asunto más grave que tenía que enfrentar era el de la justicia propia.

Si entiendo bien al Dios de la Biblia, él tiene mayor compasión de los que tienen debilidades físicas, como las tentaciones sexuales. Tiene mayor compasión por estos, pero mucho menos por los que se creen justos. Es verdad, nos guste o no. Jesús detesta a los que se creen justos más de lo que detesta la inmoralidad sexual. (El problema con la inmoralidad sexual es que mancha el nombre de Dios; eso es lo que lo hace tan malo; siempre es escandaloso.) El fariseo necesitaba ver que Dios estaba teniendo una compasión

grande hacia él al dejar que se le incluyera en la parábola. Como Pablo dijo, «no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte» (1 Corintios 1:26-27, *RVR-60*).

Esto quiere decir que cualquier aristócrata en la iglesia debería sentirse singularmente bendecido porque son la excepción. Así que, en este caso, la mujer y el fariseo tenían razón para estar agradecidos.

Observaciones de Jesús

Jesús hizo algunas observaciones en esta parábola. Se volvió a la mujer y le dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Cuando entré en tu casa, no me diste agua para los pies» (Lucas 7:44).

¿No les parece interesante? ¿Sabían que proveer agua para lavarse los pies era una cortesía común en el antiguo Medio Oriente? Era lo primero que cualquier anfitrión cortés hubiera provisto. Pero el fariseo no lo hizo.

Luego Jesús dijo: «Tú no me besaste, pero ella, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies» (Lucas 7:45). Jesús se refería al beso en la mejilla que se acostumbraba, como lo hacemos hoy; era mejilla con mejilla, y se suponía que uno debía hacerlo cuando se alegraba al ver a una persona. Simón ni siquiera hizo eso. Y Jesús siguió: «Tú no me ungiste la cabeza con aceite, pero ella me ungió los pies con perfume» (Lucas 7:46).

¿Quién amaba más a Jesús? ¿El fariseo o la mujer? ¿Quién le amaba más? ¿Quién tenía más hambre? ¿Quién estaba más dispuesto a mover cielo y tierra para mostrar gratitud? La mujer.

Noten el contraste con el fariseo; él no ofreció agua para los pies de Jesús, «pero ella [una pecadora] me ha bañado los pies en lágrimas y me los ha secado con sus cabellos» (Lucas 7:44).

El fariseo tenía miedo de mostrarle demasiada cortesía a Jesús. El fariseo no lo besó; la mujer besó los pies de Jesús. El fariseo no le echó aceite; la mujer tomó un perfume costoso y lo derramó sobre sus pies. La cuestión es que Jesús aceptó estas evidencias de afecto y devoción. No se abochornó; no se sintió ofendido. No le dijo a Simón: «Qué pena. Hay algunos que lo hacen». Ah, no. Pero respaldó a la mujer hasta las últimas consecuencias.

¿Cuál fue la conclusión del asunto? «Por esto te digo: si ella

ha amado mucho, es que sus muchos pecados le han sido perdonados. Pero a quien poco se le perdona, poco ama» (Lucas 7:47).

El amor de la mujer por Cristo era proporcional a su gratitud, proporcional a su hambre; ella quería estar lo más cerca de Jesús que pudiera y contar con el máximo de su atención. Los que se salvan por un pelo, tal vez no tengan ningún «pasado» y no se sienten igual de agradecidos, ni con igual hambre, como otros.

Convicción

Cuando uno se siente convicto de pecado, eso llega a ser lo más grande; como cuando yo tenía seis años y medio, que pensaba que mi pecado era el peor en el mundo. Tuve otra «epifanía» en 1963, cuando descubrí por primera vez el himno de John Newton: «En el mal ya no me deleité, ni me aterraba la vergüenza ni el temor, hasta que un nuevo objeto se presentó a mi vista y detuvo mi carrera desenfrenada». John Newton se refería a su vida desenfrenada antes de convertirse a Cristo. Cuando leí esto, vi mi justicia propia. Me sentí avergonzado de mi rapidez en señalar con el dedo y de mis intentos por enderezar a los demás; pude ver esto como perversidad, como cualquier otro pecado que uno pueda imaginar. El punto es que si el Espíritu Santo viene a nosotros, empezaremos a vernos como el individuo al que se le perdona quinientos denarios de un solo plumazo. Nos sentimos convictos.

¿Cuánta hambre tiene usted?

Para ser justo y completamente balanceado debo mencionar otros dos tipos de motivación que ilustran cuánta hambre tenemos. Uno es el deseo de ver a Dios obrar. ¿Cuánto quiere usted verlo obrar? Si usted toma el punto de vista: «Pues bien, si él obra, me parece bien, pero que él lo haga; él es soberano», eso es complacencia. La otra motivación es un fuerte deseo de los mejores dones del Espíritu. Hay quienes piensan que la verdadera prueba de la espiritualidad es tener «amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio» (Gálatas 5:22). Eso es el *fruto* del Espíritu. Necesitamos buscar los *dones*. Pero si tenemos los dones del Espíritu con una expresión de autosatisfacción en la cara y creemos que eso es lo que importa, nuestro orgullo va a molestar a Dios. ¿Anhela usted ardientemente los mejores dones? ¿Cuánto los desea? ¿Cuán hambriento está?

Concluyo este capítulo con una pregunta que todos debemos considerar muy cuidadosamente. Supongamos que Dios obra en proporción a nuestra hambre y a nuestra gratitud. Supongamos que eso es la base de cómo determina él obrar en una iglesia. Supongamos que él va de iglesia en iglesia preguntando: «¿Cuánta hambre tienen? ¿Cuán agradecidos están?» Supóngase que llegue a *su* iglesia, y mire a la congregación y pregunte: «¿Cuánta hambre tienen?» ¿Cuál sería la respuesta? Supongamos que mira a cada individuo. Supongamos que lo mira a *usted*. Él quiere saber cuánta hambre tiene usted. Si ese fuera el requisito, la condición para que genuinamente Dios se involucre en su vida, ¿cuál sería el resultado?

Capítulo 13

La parábola de las señales y la levadura

Ustedes saben discernir el aspecto del cielo, pero no las señales de los tiempos.

Mateo 16:3

—Tengan cuidado—les advirtió Jesús—; eviten la levadura de los fariseos y de los saduceos.

Mateo 16:6

Mateo 16:1-12 contiene dos parábolas, una tras otra. La primera (que se halla en Mateo 16:1-4) se dirige a los que están fuera de la familia de Dios, y fue dada en respuesta a los fariseos y saduceos que estaba probando a Jesús.

«Ustedes saben discernir el aspecto del cielo, pero no las señales de los tiempos», dijo Jesús (Mateo 16:3). Luego respondió a su demanda de una señal con estas palabras: «Esta generación malvada y adúltera busca una señal milagrosa, pero no se le dará más señal que la de Jonás» (Mateo 16:4).

Cualquiera puede aprender a interpretar el tiempo dijo Jesús, pero ustedes son eruditos, hombres aprehendidos, y todavía no pueden distinguir lo que realmente es importante.

La segunda parábola viene de inmediato, y se dirige privadamente a los que estaban dentro de la familia: los propios discípulos de Jesús. Fue una referencia a los que estaban probando a Jesús. «Tengan cuidado—les advirtió Jesús—; eviten la levadura de los fariseos y de los saduceos» (Mateo 16:6).

Jesús estaba todavía hablando en lenguaje de parábolas,

pero sus discípulos erróneamente tomaron de modo literal lo que dijo. Estaban pensando en un nivel natural y dieron por sentado que estaba hablando del pan literal y físico. Pero Jesús estaba usando una analogía, así que los reprendió. Les dijo: «¡Ya les he mostrado lo que podemos hacer si hay problemas con el pan!» «¿No recuerdan los cinco panes para los cinco mil, y el número de canastas que recogieron? ¿Cómo es que no entienden que no hablaba yo del pan?» (Mateo 16:9-11).

Después de esto, sin embargo, no dijo lo que realmente quería decir; simplemente les advirtió una vez más en cuanto a la levadura. En esta ocasión, debido a que Jesús no interpretó la parábola sino que dejó que ellos se la figuraran por sí mismos, ellos con el tiempo descubrieron por cuenta propia el significado. Se dieron cuenta de que él estaba siendo incisivo en sus críticas, y siendo el gran Maestro que era, no continuó dándoles de comer con cucharita. Simplemente dijo: «Ustedes figúrenselo», y lo hicieron.

Cómo se conectan las dos parábolas

Unidos contra Jesús

Estas dos parábolas muestran como las personas que se oponen ferozmente entre sí pueden unirse si tienen un enemigo común. En Inglaterra los fanáticos de dos equipos locales de fútbol pueden ser enemigos jurados, sin embargo cuando se trata de respaldar al equipo nacional contra el equipo de otro país, de repente se unen! En un tiempo fueron enemigos, pero de repente estrechan filas. Así es la naturaleza humana. Una vez que uno halla un enemigo común, las personas a las que anteriormente usted se oponía de pronto llegan a ser sus amigos.

Siempre que el Señor Jesús entra en escena tiene su manera de unir y dividir. Ha sucedido en toda la historia del cristianismo que siempre que el Espíritu desciende en poder, la gente se une y se divide. Cuando tiene lugar un nuevo movimiento del Espíritu de Dios, a menudo los que anteriormente no tenían nada que hacer con otra persona de repente hallan un terreno común para unirse contra el movimiento de Dios. Otros se unen sorprendentemente por el mismo movimiento del Espíritu, y hallan una nueva profundidad de comunión entre sí. Para los que aman lo que Dios está haciendo, la comunión es dulce y maravillosa. Pero también puede dividir a los que eran anteriormente amigos íntimos. Es asombroso cómo los individuos pueden ser amigos íntimos en un nivel natural, pero cuando viene el Espíritu dejan de ser buenos amigos. Jesús dijo:

No crean que he venido a traer paz a la tierra. No vine a traer paz sino espada. Porque he venido a poner en conflicto al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, a la nuera contra su suegra; los enemigos de cada cual serán los de su propia familia.

De modo similar los fariseos y saduceos se detestaban unos a otros. Los fariseos eran separatistas, recalcaban la ley. Les encantaba que los vieran y eran más numerosos que los saduceos. Fanfarroneaban por todos lados y se les identificaba fácilmente por sus vestimentas, y querían que todo se hiciera de cierta manera. Eran ritualistas y les encantaba la ley. Les encantaba el orden y querían que las cosas se hicieran como siempre se habían hecho. Los saduceos, por otro lado, eran racionalistas, y eran una minoría. Negaban lo sobrenatural. No creían ni en ángeles, ni en la resurrección de los muertos, y consideraban a los profetas del Antiguo Testamento como de segunda clase; solo aceptaban a Moisés. Sin embargo, estas dos facciones hostiles de repente hallaron un terreno común cuando se trató de oponerse a Jesús. De repente estuvieron unidos contra él.

Este fenómeno sucede de nuevo en Lucas 23:12, cuando Herodes y Pilato se hicieron amigos. Antes de ese momento habían sido enemigos. Es asombroso cómo un enemigo común une a los que anteriormente se oponían entre sí.

Es increíble que la gente le pidiera a Jesús una señal. No importaba que hubiera alimentado milagrosamente a cinco mil con unos pocos panes y pescados, y que después alimentara a otros cuatro mil. Todo el mundo sabía de estos milagros, y con todo le pidieron una señal; ¡esta vez una señal del cielo! Estaban pensando en lo que Elías había hecho (vea 1 Reyes 18.36-38), y querían que Jesús hiciera caer rayos o truenos del cielo.

Ceguera espiritual

Esto muestra que la ceguera espiritual puede impedir que una persona vea lo obvio. Dios puede estar obrando poderosamente, y sin embargo algunos no lo ven; siguen queriendo evidencia de que lo que está teniendo lugar es de Dios. El problema es que los que necesitan señales como estas cuando Dios está obrando precisamente ante sus narices por lo general son insaciables en su necesidad de «prueba».

Uno de los relatos más melancólicos que surgió durante el avivamiento en Gales, fue el de una pareja británica que vivía en India, y que oyó que el despertamiento espiritual había tenido lugar en Gales y decidieron ir a verlo. Salieron de India y desembarcaron en Southampton, fueron a Londres y vieron a viejos amigos que les preguntaron:

—¿Qué hacen en Inglaterra?»

—Ah—dijeron—, vamos a Gales.

—¿Por qué quieren ir a Gales?—les preguntaron los amigos.

—Porque hemos oído que en Gales ha tenido lugar un despertamiento espiritual.

Aquellos amigos eran gente que la pareja conocía y respetaba, pero la respuesta que dieron fue:

—No es más que emocionalismo galés. Nada más. Simplemente emocionalismo galés.

La pareja creyó a sus amigos. Volvieron por barco a Southampton y regresaron a India; ¡y nunca vieron lo que Dios estaba haciendo!

Estas parábolas muestran que una persona puede ver lo que es obvio a un nivel natural, y sin embargo estar ciega espiritualmente. Los fariseos y saduceos podían interpretar la apariencia del cielo pero no las señales de los tiempos. El que podamos ver a un nivel natural no quiere decir que tenemos visión a nivel espiritual. Algunos pueden ser muy brillantes:

historiadores o filósofos, arquitectos o expertos en idiomas, y debido a que tienen tan alto intelecto dan por sentado que automáticamente pueden entender la Biblia también. Pero luego leen la Biblia y no le hallan ningún sentido.

Los que son muy inteligentes por naturaleza pueden perderse lo más importante de la vida. No se ven a sí mismos como pecadores. Como dice la Biblia: «El dios de este mundo ha cegado la mente de estos incrédulos, para que no vean la luz del glorioso evangelio de Cristo, el cual es la imagen de Dios» (2 Corintios 4:4). Pero nunca lo ven de esa manera porque solo pueden pensar en un nivel natural. Si no aceptan lo que hay que creer, no conseguirán lo que aducen querer. Jesús dijo: «Esta generación malvada y adúltera busca una señal milagrosa, pero no se le dará más señal que la de Jonás» (Mateo 16:4). O, como Jesús dijo en el libro de Lucas: «Si no les hacen caso a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán aunque alguien se levante de entre los muertos» (Lucas 16:31).

Incluso los que están muy cerca de Jesús pueden ponerse a pensar en un nivel natural y necesitar que se les enseñe. Los que estaban más cerca de Jesús fueron los que entendieron mal la advertencia que Jesús dio en Mateo 16:6, porque estaban pensando en un nivel natural. Jesús estaba pensando en un nivel espiritual, así que los discípulos necesitaron que les enseñara de nuevo. Es un recordatorio de que todavía estamos aprendiendo. Todavía podemos perdernos lo obvio.

Hace años prediqué sobre Filipenses y dediqué cuatro semanas a un solo versículo. Después volví a predicar sobre lo mismo. Hace poco capté un entendimiento renovado del versículo. El asunto es que todavía estamos aprendiendo. Por lo general Dios no mete en nuestras cabezas concepto como se echa una moneda en un traganíqueles. Más bien nos exige que pensemos, y que pensemos mucho; quiere que lo descubramos por cuenta propia en lugar de tener que dárnoslo con cucharita.

Los que están fuera de la familia

Lo primero que vemos en la parábola para los que están fuera de la familia (Mateo 16:1-4), es que ellos pusieron a prueba a Jesús. Las palabras griegas que se usan en esta frase también pueden significar «lo tentaron». Ellos lo *tentaron* pidiéndole que les mostrara una señal del cielo. Pensaban que los otros milagros que Jesús realizó tenían alguna explicación natural, y querían una señal «del cielo». A pesar de las diferencias entre saduceos y fariseos, ambos grupos querían ver que Jesús cayera. El hecho de que querían librarse de él muestra lo endurecidos que estaban a todo lo que Dios estaba haciendo. Dios estaba obrando poderosamente, y ellos no podían verlo. No podían encontrarle sentido.

Un buen ejemplo de esto tiene lugar en Juan 6, en donde le hacen a Jesús una pregunta que no tiene sentido. Le preguntaron: «¿Y qué señal harás para que la veamos y te creamos?» (Juan 6:30).

Poco antes habían querido hacer rey a Jesús porque él había dado de comer a cinco mil con dos pescados y cinco panes (Juan 6:15). Pero mientras más lo pensaban, más se decían: «Este milagro no es suficiente». Se endurecieron en cuanto a lo que Dios estaba haciendo.

Gene Phillips, pastor de mi padre, me contó una vez que estuvo en un culto en donde hubo la más grande demostración del Espíritu Santo que jamás había visto. Pero el pastor de la iglesia se burlaba; simplemente no lo entendía. El pastor le susurró a Gene: «¿Quieres pasar al púlpito ahora y hablar o te gustaría un poquito más de “zangoloteo”?» El hermano Phillips dijo: «El corazón se me fue a los talones; fue como una flecha que me atravesó de lado a lado. Allí estaba la gloria de Dios en la gente, y todo lo que el pastor pudo decir era: “¿Quieres un poquito más de «zangoloteo»?” No lo veía como una demostración del Espíritu».

Es un momento triste cuando Dios se asoma y todo lo que vemos es un «zangoloteo», un «emocionalismo galés» o algo equivalente.

Una ilustración sencilla

¿Qué táctica empleó Jesús al lidiar con esta actitud? Esta vez no les hizo ninguna pregunta teológica profunda. A veces Dios trataba con los fariseos haciéndoles preguntas realmente serias, pero esta vez no lo hizo. Simplemente usó una ilustración sencilla (Mateo 16:2-3). ¿Por qué lo hizo?

Cuestión de prioridades

La primera razón es que lo «espiritual» era para ellos la última de las prioridades. Se interesaban mucho más en lo temporal que en lo eterno. Jesús usó el clima como una ilustración. El tiempo es temporal; si no le gusta, espere unas pocas horas y cambiará. Jesús estaba diciéndoles que algo poderoso estaba sucediendo ante sus ojos, pero no era como el tiempo. El Hijo del hombre estaba en la escena. Todo lo que los profetas del Antiguo Testamento habían profetizado, empezando con Moisés, se estaba cumpliendo ante sus ojos. Les dijo: «¡Asombroso! Ustedes, eruditos, pueden predecir el tiempo un poco, pero no pueden interpretar las señales de los tiempos» (vea Mateo 16:3). El asunto que para ellos era la última de las prioridades era lo más importante. Ellos necesitaban abrir sus ojos espirituales y ver lo que estaba teniendo lugar, es decir, el cumplimiento de las Escrituras ante sus ojos. No podían verlo porque lo espiritual era la última de sus prioridades.

Falta de discernimiento

Tal vez otra razón por la que Jesús no les hizo una pregunta teológica profunda era la limitada perspectiva de ellos. Querían una señal del cielo, sin embargo, y eso era lo que ya tenían. Dios había venido a la tierra; el Verbo se había hecho carne, y lo tenían ante sus ojos. Por eso Jonatán Edwards nos enseñó que la tarea de toda generación es descubrir en qué dirección se está moviendo el Soberano Redentor y luego avanzar en esa dirección, porque uno puede perdersela.

Nunca olvidaré cuando conocí al guardián de la iglesia Holy Trinity Brompton de Londres. Había oído lo que estaba teniendo lugar en esa iglesia (gente que caía al suelo riéndose) y yo había dicho desde el púlpito que eso no era de Dios. Algunas semanas más tarde el guardián quiso verme porque quería asegurarse por sí mismo de si era o no era de Dios. Fui con toda clase de munición para advertirle contra lo que estaba sucediendo, pero mientras hablaba me di cuenta de que yo estaba equivocado. Pensé en los que se habían opuesto a Jonatán Edwards; tenían sus razones. Pensé en los que se habían opuesto al despertamiento galés; también, tenían sus razones. En cuanto a mí, simplemente pensaba: *No quiero estar del lado equivocado*. Justo antes de que todo esto estallara en Holy Trinity, habíamos empezado un pacto de oración en mi iglesia. Convinimos en qué queríamos la manifestación de la gloria de Dios junto con una receptividad cada vez creciente a la manera en que él escogiera mostrarse. Eso quería decir estar dispuestos a decir que estábamos equivocados. ¡De repente me di cuenta de que yo había estado equivocado! No fue nada divertido subir al púlpito frente a toda la congregación y tener que confesar que estaba equivocado, pero quería corregirlo de inmediato, porque lo peor en la tierra es que Dios esté obrando y que nosotros simplemente lo llamemos un «zangoloteo».

En esta parábola Jesús estaba obrando, pero ellos seguían diciendo: «Queremos ver una señal del cielo». Así que la cuestión era su perspectiva, pero su perspectiva estaba coloreada por su prejuicio.

Prejuicio

Cuando tenemos prejuicios y no queremos creer en algo, generalmente podemos hallar una buena razón para no creerlo. Conozco a un hombre que se opuso a la Evangelización Explosiva en Fort Lauderdale hace muchos años, y le encantaba descubrir todo lo negativo que pudiera encontrar. Se gozaba al decir: «Ya podemos olvidarnos de Evangelismo Explosivo. ¿Sabían que Jim Kennedy es amilenialista?» Eso quiere decir que uno no sabe si habrá un milenio o no, o que piensa que el milenio de que habla la Biblia es simplemente figurativo o simbólico. La mayoría de los evangélicos de los Estados Unidos son premilenialistas, como ese hombre. Tuve que decirle: «¿Sabes? Pienso que a lo mejor yo también soy amilenialista. Así que, ¿en dónde me deja eso?» El punto es que buscamos cualquier detalle que nos permita no tener que creer la verdad. Tanto los fariseos como los saduceos se sentían tan incómodos con Jesús que pudieron unirse contra él. «Tenemos que hacerle una prueba», convinieron, pero por supuesto, ya tenían prejuicio contra él.

Una generación malvada y adúltera

Después de esta ilustración Jesús dijo: «Esta generación malvada y adúltera busca una señal milagrosa» (Mateo 16:4). Era adúltera porque había sido infiel al pacto de Dios. Jesús luego dijo: «Si le creyeran a Moisés, me creerían a mí, porque de mí escribió él» (Juan 5:46).

Los fariseos creían en Moisés. Incluso los saduceos, aunque no les gustaban mucho Isaías o Jeremías, defendían a Moisés. Por eso Jesús usó esta frase. La puso en un ángulo ligeramente diferente en Juan 8: «Si fueran hijos de Abraham, harían lo mismo que él hizo. Ustedes, en cambio, quieren matarme, ¡a mí, que les he expuesto la verdad que he recibido de parte de Dios! Abraham jamás haría tal cosa» (Juan 8.39-40).

El punto es que había razón para llamarla generación perversa y adúltera porque fueron infieles al pacto de Dios.

Siempre en busca de señales milagrosas

Así se conoce a una generación perversa y adúltera. Aunque todo lo tenían frente a sus ojos, todavía querían más. Todavía no estaban convencidos, y buscaban señales milagrosas. Calvino lo dice de esta manera:

No los llama generación adúltera simplemente porque buscaban una señal, porque Dios a veces le permitió esto a su propio pueblo. Gedeón necesitó una señal, y por eso Jesús no rechazó categóricamente la necesidad de un vellón o confirmación, pero les dijo eso porque se habían propuesto provocar a Dios. No estaban aceptando nada de lo que tenía lugar, y eran insaciables. Así que ellos no habían creído en las señales puesto que no se sometían al testimonio de las Escrituras.

En realidad jamás hubieran aceptado una señal de Jesús. Jesús jamás los iba a dejar complacidos. Ellos se sentían demasiado amenazados para aceptarlo a él.

El decreto

Jesús dijo: «Esta generación malvada y adúltera busca una señal milagrosa, pero no se le dará más señal que la de Jonás» (Mateo 16:4).

Esto es muy interesante. El Evangelio de Marcos no dice nada en cuanto a esta señal de Jonás. Marcos simplemente escribió que no habría señal alguna y que Jesús los dejó. Mateo escribió que no habría señal como no fuera la señal de Jonás. ¿Se contradice la Biblia? Me acerco a la Biblia con la convicción de que el Espíritu Santo la escribió. Dios no nos engañaría en su Palabra, y la Biblia no se contradice. Algunos que sostienen filosofía liberal tal vez dirían: «¡Maravilloso! Ahora ya no tenemos que creer lo que dice la Biblia. Ya vemos que se contradice a sí misma». Hay quienes trabajan el tiempo que sea para demostrar que la Biblia se contradice porque de esa manera no tienen que creer lo que dice.

Así que, si la Biblia no se contradice, ¿cuál es la señal del profeta Jonás? Hay dos elementos en la señal.

Arrepentimiento o resurrección

Jonás le pidió a una generación que se arrepintiera. Ellos se arrepintieron y se convirtieron, y Dios los perdonó. Así que se podría decir que si uno está buscando una señal, sería la de que se arrepintieran. Se arrepintieron a la predicación de Jonás, pero este no les había dado ninguna señal.

Hay otra manera de mirarlo, y es que la única señal que ellos recibirían sería la Resurrección. Más adelante Jesús dijo: «Porque así como tres días y tres noches estuvo Jonás en el vientre de un gran pez, también tres días y tres noches estará el Hijo del hombre en las entrañas de la tierra» (Mateo 12:40). Así que algunos dicen que la señal era la resurrección de Jesús.

Sin embargo, cuando Jesús resucitó no se les apareció a los saduceos y fariseos, ni a Herodes (se incluye a Herodes porque él también había esperado ver una señal). No; Jesús se apareció solo a los creyentes que ya estaban en su «familia». Esto es algo que había que creer de corazón y cambiaría vidas. Por eso Jesús dijo: «No se les dará señal».

Los que están en la familia

Ahora Jesús dirige su atención a los que están más cerca de él. Habiendo denunciado a fariseos y saduceos, tenía algunas advertencias para sus discípulos.

Eviten la levadura

Jesús no dijo: «Tenga cuidado de las *enseñanzas* de los saduceos y fariseos», porque a decir verdad él hubiera estado de acuerdo con mucho de lo que ellos enseñaban. A menudo los que se oponen a lo que Dios está haciendo no necesariamente tienen doctrina equivocada. Jesús hubiera convenido con los saduceos y no con los fariseos respecto a ciertas reglas de conducta que ellos habían derivado de la interpretación de las Escrituras. Pero hubiera convenido con los fariseos y no con los saduceos cuando se trataba de sus opiniones en cuanto a lo sobrenatural, su creencia en los ángeles y la resurrección de los muertos. Jesús tenía terreno común con ambos grupos.

En lugar de discrepar con su doctrina Jesús dijo a sus discípulos: «Tengan cuidado; eviten la *levadura* de los fariseos y de los saduceos» (Mateo 16:6, cursivas añadidas).

Anteriormente Jesús ya se había referido a la levadura en buen sentido (Mateo 13:33), pero esta vez estaba usando la levadura como metáfora, como parábola, en un sentido negativo. En Lucas 12:1 llamó «hipocresía» a la levadura de los fariseos. En la ley antigua a menudo se hacía referencia a la levadura de una manera negativa: «Cuando me ofrezcas un animal, no mezcles con levadura su sangre» (Éxodo 34:25). Y: «Ninguna ofrenda de cereal que ustedes presenten al SEÑOR se hará de masa fermentada» (Levítico 2:11).

El apóstol Pablo también se refirió a la levadura de una manera negativa:

Hacen mal en jactarse. ¿No se dan cuenta de que un poco de levadura hace fermentar toda la masa? Desháganse de la vieja levadura para que sean masa nueva, panes sin levadura, como lo son en realidad. Porque Cristo, nuestro Cordero pascual, ya ha sido sacrificado. Así que celebremos nuestra Pascua no con la vieja levadura, que es la malicia y la perversidad, sino con pan sin levadura, que es la sinceridad y la verdad.

En otro lugar Jesús se refirió a la levadura de los fariseos y a Herodes. La Biblia se refiere a la disposición de Herodes de creer solo si se producían señales que obligaran a la fe (Lucas 23:8). En otras palabras, rehusaba creer a menos que viera una señal que le obligara a creer. A esto llama «levadura de Herodes».

El método de enseñanza de Jesús

Es muy interesante aprender de los métodos de enseñanza de Jesús. Si uno es maestro y quiere que la gente capte lo que uno enseña, entonces bien puede aprender de Jesús. El usó varias técnicas para comunicar su mensaje.

Reprendió

A veces cuando Jesús nos interroga de una manera que nos reprende, podemos pensar: *Pues bien ¿qué otra cosa pudiéramos haber pensado?* Tal vez sentimos como que el manotazo es injusto. Así que, ¿qué si los discípulos pensaban que Jesús estabamolesto porque ellos no habían traído pan? Pero Jesús dijo: «Ustedes tienen tan poca fe». He pensado mucho respecto a esa reprensión. Los ángeles, cuando se les aparecieron a los discípulos después de que Jesús ascendió al cielo, les preguntaron: «¿Por qué están mirando al cielo?» Los discípulos bien pudieran haber respondido: «¿Y adónde más podríamos estar mirando si no adonde le hemos visto ascender al cielo?» El asunto es que a menudo hay una mejor manera de ver las cosas. A veces pensamos: *¿Por qué me reprocha el Señor por esto?* La respuesta invariablemente es, primero, porque lo necesitamos y, segundo, debido a nuestra incredulidad. Todos los días le pido a Dios que no me permita ser hallado en incredulidad. No quiero que se me halle en incredulidad.

Así que Jesús reprendió a sus discípulos (Mateo 16:8). Les dijo que ellos deberían saber mejor. A menudo querían que Jesús los alimentara con cuchara y les dijera todo detalle, cuando él quería que ellos aprendieran a pensar por sí mismos. Si no tenemos cuidado, nos volveremos dependientes de las palabras que otros dicen y nunca aprenderemos a pensar por nosotros mismos. No es bueno el maestro que dice a sus estudiantes: «Crean lo que digo, y eso basta». Eso no es buena enseñanza.

En los cayos de la Florida hay pelícanos que siempre revolotean alrededor de los barcos pesqueros. Antes de que hubiera barcos pesqueros los pelícanos tenían que salir a buscar su propia comida, pero en ciertas partes de los cayos ni siquiera tienen que salir a buscar comida porque los barcos

pesqueros les echan los desechos. En consecuencia nunca tienen que trabajar para conseguir su comida. Podemos convertirnos en eso. A menudo queremos que Jesús nos diga todo detalle. Jesús está diciendo: «No; no es así».

¿Notó usted alguna vez que cuando Jesús habló con los dos hombres en el camino a Emaús en realidad los reprendió? «¡Qué torpes son ustedes, y qué tardos de corazón para creer» (Lucas 24:25). Esa es la manera en que el Señor a menudo capta nuestra atención: nos reprende.

Nos recuerda

«¿Todavía no entienden? ¿No recuerdan los cinco panes para los cinco mil, y el número de canastas que recogieron? ¿Ni los siete panes para los cuatro mil, y el número de cestas que recogieron?» (Mateo 16:9-10).

Hacernos recordar lo que sabemos claramente es una gran manera de enseñar. Cuando un buen maestro nos hace recordar lo que ya sabemos, podemos tener una muy buena idea de lo que es muy importante.

Revela

«¿Cómo es que no entienden que no hablaba yo del pan sino de tener cuidado de la levadura de fariseos y saduceos?» (Mateo 16:11).

Jesús reveló un poco. No se los dijo todo, pero les dijo suficiente para ponerlos a pensar. Entonces ellos querrían saber de qué estaba hablando. Les dijo: «Figúrenselo ustedes. No estoy hablando de pan».

Recuerdo algo que en mi juventud muchas veces oí del Dr. Samuel Young, que era superintendente general de la Iglesia del Nazareno. No lo entendía entonces, pero me llamó tanto la atención que lo anoté y he pensado muchas veces en eso desde entonces. Él dijo: «A veces Dios da indicios en vez de direcciones». En otras palabras, nosotros queremos que se nos explique todo detalle con gran detalle, pero él simplemente nos da un indicio y nos dice: «Figúrenselo». Aquí Jesús dijo solo *lo que no quería decir* a fin de que sus discípulos empezaran a pensar con cabeza propia. En lugar de explicarles el significado preciso, les dio un pensamiento inicial para que lo interpretaran.

Hace varios años me vino la idea de que Dios quería que empezara a levantarme a las cinco todos los días para orar. Mi héroe en esos días era Juan Wesley, y había leído que él solía levantarse muy de madrugada para orar, así que empecé a seguir su ejemplo. Noté que cuando me levantaba a las cinco en punto, a las cinco y quince ya me había vuelto a quedar dormido, ¡y dormía de rodillas hasta las ocho! Oraba: *Señor, si tú estás en esto, despiértame a las cinco. Si me despiertas, me levantaré.* Pues bien, me fui a la cama y me olvidé del asunto. Me fui a la cama, dormí, y de repente me hallé completamente despierto. Miré el reloj, y por supuesto, eran las cinco de la mañana. Me levanté y ore durante las dos horas siguientes, y fue maravilloso. A la noche siguiente oré:

Señor: hazlo de nuevo. ¡Al día siguiente dormí hasta las ocho!
Lo hizo solo una vez. Me dio un indicio de lo que él quería
que yo hiciera.

Repite

«Cuidado de la levadura de los fariseos y saduceos» (Mateo 16:11).

Jesús dijo lo mismo en Mateo 16:6. La repetición muestra que Dios idijo en serio lo que dijo la primera vez! Jesús a menudo martillaba sus comentarios con la expresión *de cierto* o *en verdad*. Estaba diciendo: «Cuidado. ¡Lo que voy a decirles es doblemente importante!» En esta parábola la irrupción llegó en el versículo 12, en donde Mateo escribió que los discípulos finalmente entendieron: «Entonces comprendieron que no les decía que se cuidaran de la levadura del pan sino de la enseñanza de los fariseos y de los saduceos» (Mateo 16:12).

Cuando una persona viene a pedirme que lo bautice, le digo: «¿Está usted seguro de que si muere hoy día irá al cielo?» Por lo general me dicen que sí. Luego les pregunto: «Pues bien, si usted compareciera ante Dios (y comparecerá), y él le preguntara (y tal vez se lo pregunte), “¿por qué tengo que permitirte que entres al cielo?” ¿Qué diría usted?»

Alguien vino a verme no hace mucho, queriendo que lo bautizara, y respondió de esta manera a mis preguntas: «En realidad he empezado a vivir por el Señor y he dado vuelta a una nueva hoja, y nada es como era». Le dije: «Pues bien, ahora, mire, no hay nada que yo quiera más que bautizarlo, pero usted no me está diciendo lo que yo quiero oír». Me preguntó: «¿Qué es lo que quiere oír?» Le dije: «Si se lo dijera, usted lo diría, y eso no basta. No voy a decírselo». Se ofendió un poco, y no se bautizó, pero luego vino a verme y me dijo: «¡Ya lo entendí! Es porque Jesús murió por mí». Le dije: «¿No es mejor haberlo descubierto por cuenta propia?» Estuvo de acuerdo. Así es como Jesús enseñaba.

La levadura

Miremos más de cerca a la levadura de los fariseos. Ellos preferían ignorar las señales obvias que los rodeaban y continuar pidiendo una más. Hay tres cosas que los fariseos y los saduceos tenían en común.

Hipocresía

Jesús dijo que la levadura de los fariseos era la hipocresía (Lucas 12:1). Estaban jugando.

Dureza

Rehusaron aceptar la enseñanza de Jesús. Una de las peores cosas del mundo que puede sucederle al creyente es endurecerse.

Hablé con un predicador hace como cuatro años que en un tiempo creía en todos los dones del Espíritu y siempre estaba a la vanguardia. Algo sucedió, no sé qué, pero él retrocedió y ahora se ha vuelto contrario a todo lo que tiene que ver con el Espíritu. En ese tiempo de nuestra vida, mi esposa fue sanada milagrosamente, y se dieron palabras de conocimiento que fueron exactamente precisas. Pensé: *Pobre hombre. Algo ha pasado y se ha amargado.* Le pedí que no se endureciera. Puede suceder. Cuando uno se endurece, uno puede tener una sonrisa en la cara, y todavía cantar himnos, y todavía gustar de buena predicación, pero nada le penetra.

Estaban siendo dañinos

Por eso Jesús les advirtió que estuvieran alerta contra la levadura; es algo que puede introducirse en el cuerpo y esparcirse por todas partes. La enseñanza de los fariseos y escribas era estéril y muerta. También era sutil. En otras palabras, pedir una señal pudiera haber parecido razonable. El problema era que la persona que la pide nunca recibirá suficiente. Su enseñanza también era siniestra. Si uno los escuchaba por suficiente tiempo, se perdía por completo lo que Dios había dicho y hecho.

El efecto de la levadura

Predicción de lo conocido

¿Cuál era el efecto de la levadura de los fariseos? Yo lo llamé *predicción de lo conocido*. En otras palabras, se preocupaban solo por lo que se podía explicar a nivel natural. Jesús observó: «Al atardecer, ustedes dicen que hará buen tiempo. Ah, ¿de veras? ¿De dónde sacan eso? ¡Brillante!» Jesús estaba burlándose de ellos con lo que parecía ser elogio. La gente que se opone al Espíritu Santo no puede pensar espiritualmente. El efecto de la levadura es mantener a la gente pensando a nivel natural.

Promoción del temor

Los fariseos y saduceos promovían el temor. Se las arreglaban para hacer declaraciones que hacían que otros sintieran temor. Pero «Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de poder, de amor y de dominio propio» (2 Timoteo 1:7).

Los fariseos y saduceos deben haber vivido con la esclavitud del temor de quebrantar la ley, y ¡querían que los demás también lo temieran!

Búsqueda de faltas

Siempre andaban criticando y buscando algo que andaba mal. La gente así tiene miedo de que si alientan a otros, esos otros avanzarán más que ellos. Dicen lo que sea con tal de detener a otros mediante críticas. El resultado es que impiden que otros vean lo que Dios está haciendo. Llevan a la gente a tal incredulidad que ya no esperan ver que suceda algo, ¡y sin embargo Dios quiere hacer cosas grandes!

«Ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ninguna mente humana ha concebido lo que Dios ha preparado para quienes lo aman» (1 Corintios 2:9). Hemos estado viendo muy poco, apenas una gotita, de lo que Dios desea hacer entre nosotros. Dios nos da un ápice para ver cómo reaccionamos. Veremos cosas extraordinarias.

Hace poco en la Internet encontré algo que Tony Campolo dijo:

Cuando se trata de ser dirigido por el Espíritu, uno siempre puede hallar mucha diversión. Hace varios años me invitaron a hablar en una universidad pentecostal pequeña ubicada cerca del Eastern College [donde él enseña]. Antes del culto en la capilla, varios de los miembros de la facultad me llevaron a un salón lateral para orar conmigo. Estos hombres oraron largamente, y mientras más largo oraban más se apoyaban sobre mi cabeza. Seguían y seguían orando, y se apoyaban más y más pesadamente. Uno de ellos insistía en decir en voz baja: «¿Sientes el Espíritu? ¿Sientes el Espíritu?» Para decirles la verdad sentía algo exactamente en la base del cuello, pero no estaba seguro de que era el Espíritu. Uno de los miembros de la facultad oraba largamente respecto a un hombre en particular llamado Charles Stultzvoes. Oro y oro por este sujeto que estaba a punto de abandonar a su esposa y tres hijos. Todavía puedo oírle clamar: «Señor, Señor, no permitas que este hombre deje a su esposa y a sus hijos; Tú sabes de quien estoy hablando, Señor. Sabes de quien estoy hablando: Charles Stultzvoes, que vive calle abajo como a kilómetro y medio a la derecha en una casa rodante color plateado».

Pensé para mis adentro, con cierta exasperación: «Dios sabe adónde vive; ¿qué

piensas que estás haciendo? ¿Qué está haciendo Dios? ¿Sentado allá arriba en el cielo y diciendo: “Oye viejo, ¿podrías repetirme de nuevo su dirección?” Después de la predicación en la capilla, me subí a mi auto y me dirigí a casa. Estaba entrando en la autopista de Pensilvania cuando vi a un joven parado al lado de la carretera pidiendo un aventón. Lo recogí. Al volver a tomar la autopista, me presenté. Le dije: “Hola, me llamo Tony, Tony Campolo; ¿cómo se llama?” Me dijo: “Me llamo Charles Stultzvoes”. No dije media palabra. Conduje por la autopista y salí en la siguiente salida, di media vuelta y me dirigí de regreso. Cuando él me miró y dijo: «Oiga señor, ¿adónde me está llevando?», le dije: «Estoy llevándolo a su casa». Él me dijo: «¿Por qué?» Le dije: «Porque usted acaba de dejar a su esposa y tres hijos, ¿verdad?» Me dijo: «¡Exacto, exacto!»

Seguí por la autopista y después salí a una carretera secundaria derecho hasta su casa rodante color plateado. Cuando me estacioné al frente se quedó mirándome asombrado y dijo: «¿Cómo sabía que vivo aquí?» Le dije: «Dios me lo dijo. Entre en esa casa rodante, porque quiero hablarle a usted y quiero hablar con su esposa».

Entró corriendo a la casa rodante y se adelantó. No sé lo que le dijo a su esposa, pero cuando entré, ella tenía los ojos abiertos a más no poder. Les pedí que se sentarían y les dije: «Voy a hablarles y ustedes van a escuchar». Vaya, isí que me escucharon! En la siguiente hora conduje a ambos a una relación personal con Jesús. Hoy ese fulano es un predicador pentecostal en una ciudad del sur.¹

Cuando el Espíritu dirige, toda clase de sorpresas nos esperan. Y vienen cuando estamos dispuestos a aceptar lo que Dios nos da. A veces tenemos que aceptar su reprensión, su manotazo. Pero el Señor quiere que pensemos con nuestra propia cabeza y que confiemos en él. Cuando lo hacemos, entonces hay un cambio radical, y vale la pena esperarlo.

Capítulo 14

La parábola del primero entre iguales

Sobre esta piedra edificaré mi iglesia.

Mateo 16:18

En Mateo 16:18-19 hay algunas palabras de Jesús que quisiera examinar. Como hemos visto, no todas las ilustraciones de Jesús fueron parábolas obvias, pero había cosas significativas que él quería decir y que son parábolas por naturaleza. En este pasaje hay una metáfora y una especie de parábola en el versículo 18, y un dicho enigmático en el versículo 19.

El preámbulo que Jesús le dio a estos versículos fue una pregunta a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?» (Mateo 16:13).

¿Por qué Jesús hizo una pregunta así? Estoy seguro por lo menos de una cosa: no la hizo porque estaba tratando de descubrir lo que la gente pensaba de él. Recuerden que siempre que Dios nos hace una pregunta no está buscando información! Él hace preguntas para ponernos a pensar en nuestra situación de modo que se nos pueda revelar una verdad. Jesús no estaba tratando de apuntalar su autoestima sonsacando un elogio de segunda mano o algún otro tipo de afirmación. No estaba tratando de desarrollar objetividad en cuanto a sí mismo enterándose de lo que la gente decía. (Aunque algunos a menudo tratan de esta manera de descubrir lo que otros piensan de ellos. Si dos o tres dicen más o menos lo mismo en cuanto a uno, lo que dicen está probablemente muy cerca de la verdad.) De hecho, como

veremos, Jesús en realidad estaba preparando el camino para que un discípulo en particular surgiera como el dirigente, como el primero entre iguales, y resultó que fue Simón Pedro.

¿Por qué es importante esta parábola?

Primero, esta parábola muestra cómo Jesús puede suscitar una conversación para lograr un propósito en particular. Segundo, demuestra un punto interesante que algunos eruditos han debatido, y se trata de que Jesús en verdad se refiere a sí mismo como el «Hijo del hombre». Algunos eruditos bíblicos aducen que Jesús solo se refirió al «Hijo del hombre» en tercera persona como si él mismo estuviera buscando al Hijo del hombre. Esto es lo que enseñaban en Alemania Rudolf Bultmann y algunos de sus seguidores. Aquí vemos que esta teoría no tiene sentido porque en Mateo 16:13, cuando Jesús hizo la pregunta, obviamente se estaba refiriendo a sí mismo como el Hijo del Hombre. Tercero, estos versículos son importantes porque muestran que el Señor no está interesado en lo que las masas desinteresadas decían en cuanto a él, sino sólo en lo que sus seguidores opinaban en cuanto a él. Le interesaba solo lo que sus seguidores comprometidos pensaban. Así que introdujo esta sección diciendo: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?» Pero después preguntó: «Y *ustedes*, ¿quién dicen que soy yo?» (Mateo 16:15, cursivas añadidas).

El *ustedes* aquí está en segunda persona plural. No estaba mirando solo a Pedro, sino hablándoles a los doce. Pedro fue el único que habló y dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mateo 16:16).

Jesús respondió diciendo:

—Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás—le dijo Jesús—, porque eso no te lo reveló ningún mortal, sino mi Padre que está en el cielo. Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del reino de la muerte no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo.

Debemos ir al fondo del significado de estas palabras de Jesús. Por ejemplo, ¿es Pedro la «piedra» o es Cristo la roca y la iglesia se edifica sobre Cristo mismo? ¿Es la confesión de Pedro la piedra? El poder de «atar en la tierra», ¿le fue dado solo a Pedro? ¿Cómo se relaciona esto con nosotros hoy?

La confesión de Pedro

Una confesión voluntaria

En primer lugar la confesión de Pedro fue un testimonio. Pedro voluntariamente dio su testimonio. Todos los doce discípulos tuvieron la misma oportunidad. Mateo pudiera haber hablado, o Tomás, Juan o Jacobo; pero solo Pedro habló. Esto muestra que Dios recompensa a los que hablan cuando el Señor pide algo. Sin embargo, veremos más tarde que Pedro no podía jactarse de esto. Lo mismo es cierto respecto a los que desarrollan hambre por Dios. Los que pasan al frente serán los que Dios bendice, y sin embargo no podemos gloriarnos de esa hambre.

Tal vez ustedes sepan la historia de D. L. Moody que, como ministro joven estaba sentado en la plataforma cuando oyó a otro predicador decir: «El mundo todavía tiene que ver lo que Dios puede hacer con un hombre total y completamente rendido a él». D. L. Moody dijo: «Me propongo ser ese hombre». Así que es asunto de decir: «¡Ese soy yo!»

Una confesión teológica

El trasfondo de Pedro no era teológico. Estoy seguro que todos los pescadores tenían el *potencial* de ser teólogos, pero Pedro no lo era. No obstante, cuando oyó la pregunta, le dio a Jesús una respuesta cargada de teología! «Tú eres el Cristo. Tú eres el Mesías. Tú eres el Ungido de Dios». Esto demuestra que uno no tiene que entenderlo todo cuando empieza como creyente. Dios puede hacernos a todos tener una mente teológica cuando el Espíritu nos revela cosas.

Una confesión trinitaria

El que se refiriera al Hijo del hombre como «el Hijo del Dios viviente» demuestra que Simón Pedro se acercaba a una verdad de lo más profunda, cimiento del pensamiento cristiano: la Trinidad. En la Biblia nunca se usa la palabra *Trinidad*, pero hay evidencia abrumadora que respalda la doctrina de un Dios trino. El momento en que uno dice: «Jesús es el Hijo del Dios viviente», lo está afirmando. Los que niegan la Trinidad niegan la deidad de Jesús. Ese es el meollo del asunto. Tómese el islam, por ejemplo. Los musulmanes dicen que los cristianos creen en tres dioses, y no en uno. La única pregunta que hay que hacerle a un musulmán es: «¿Confesaría usted que Jesús es el Hijo de Dios?» No lo hará. Una vez que uno confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, automáticamente uno es trinitario.

Una confesión veraz

¿Por qué veraz? Porque Jesús *es* el Hijo de Dios. Lo que dijo Pedro no *convirtió* de repente a Jesús en el Hijo de Dios. Pedro estaba diciendo lo que ya era verdad. Fue el testimonio de Pedro, sí, pero también era objetivamente palabra de Dios. Leemos al fin de 1 Juan: «Y estamos con el Verdadero, con su Hijo Jesucristo. Éste es el Dios verdadero y la vida eterna» (1 Juan 5:20).

Así que el principio del entendimiento cristiano fue cuando Pedro hizo esta confesión. Es lo que el musulmán no puede decir y seguir siendo musulmán; es lo que el Testigo de Jehová no puede decir y seguir siendo Testigo de Jehová.

Una confesión de momento decisivo

Nada volvería a ser lo mismo después de que Pedro pronunció estas palabras. Jesús lo afirmó cuando dijo: «Dios te reveló esto, Simón, y ahora todos los doce verán que éste es el caso. Nada volverá a ser lo mismo» (vea Mateo 16:17). De un solo golpe Pedro había reconocido a Jesús como el Mesías, Aquel al que los judíos habían esperado, del que Moisés habló y el que los profetas habían profetizado. Nada volvería a ser lo mismo. No solo eso; ¡él es el Hijo del Dios Todopoderoso, el Hijo del Dios viviente!

Pedro, selección de Dios

Primero entre iguales

Lo que se desprende de este relato es que Dios había escogido a Pedro. Había varias opiniones en respuesta a la pregunta de Jesús: «¿Quién dice la gente que soy yo?» Le respondieron: «Unos dicen que es Juan el Bautista, otros que Elías, y otros que Jeremías o uno de los profetas» (Mateo 16:13-14).

Debo recordarles que Jesús usó la segunda persona plural en la siguiente pregunta: «Y *ustedes*, ¿quién dicen que soy yo?» (Mateo 16:15, cursivas añadidas).

Presumiblemente cualquiera de los otros podía haber sido «escogido», pero fue Pedro el escogido. ¿Por qué Pedro? ¿Fue su personalidad? ¿Fue su temperamento? ¿Fue su inteligencia? ¿Fue su educación? «Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, *porque eso no te lo reveló ningún mortal, sino mi Padre que está en el cielo*» (Mateo 16:17, cursivas añadidas).

Esto no fue algo que Pedro había pensado por cuenta propia. Nadie se lo había susurrado al oído de antemano. Se lo reveló el Padre celestial. Dios estaba detrás de todo. Esto no quiere decir que Pedro fue el único de los doce que Dios eligió, porque todos los discípulos fueron escogidos, con excepción de Judas Iscariote. (Sabemos que Judas Iscariote no fue incluido debido a los comentarios de Jesús en Juan 17:12.) Todos los once, entonces, fueron escogidos, pero Pedro fue el primero entre iguales.

Nos guste o no, siempre habrá un elegido dentro de los elegidos. Es casi cierto que había alrededor de quinientas personas presentes cuando Jesús dijo «Ahora voy a enviarles lo que ha prometido mi Padre; pero ustedes quédense en la ciudad hasta que sean revestidos del poder de lo alto» (Lucas 24:49).

Se apareció a más de quinientas personas después de haber

resucitado de los muertos (1 Corintios 15:6), sin embargo solo ciento veinte estuvieron presentes cuando el Espíritu Santo descendió (Hechos 1:15). Los que dan un paso al frente y se ofrecen como voluntarios, como Pedro lo hizo, son los elegidos dentro de los elegidos. Jesús le dijo a Pedro: «Eres dichoso». La palabra *dichoso* quiere decir «feliz», y la palabra *feliz* viene de una palabra griega que significa «con suerte». Es triste que el mundo se haya robado una palabra perfectamente buena como esta, y ahora tenemos miedo de usar la frase «qué suerte tienes». ¡Pero Jesús se la dijo a Pedro! Pedro iba a tener una responsabilidad que superaría a la de los otros discípulos.

Una selección sorprendente

Hasta donde sepamos, Pedro no tenía preparación para su nueva capacidad. Me entusiasma ver cómo un nuevo convertido puede, en corto período de tiempo, aprender tanto. Algunos crecen mucho más rápido que otros, algunos absorben las cosas más rápidamente que otros, y otros muestran más devoción a Cristo que otros. Algunos tienen más hambre que otros. Sin embargo, aquí Dios, que conoce el fin desde el principio, escoge un hombre que en un momento crucial negaría a Cristo. *Esta fue una mala selección*, podríamos vernos tentados a pensar. Pero en realidad pienso que Dios hizo esto para animarnos a todos. Todos hemos defraudado al Señor, y sin embargo él sigue con nosotros. Me alegro de que Dios escogiera a Pedro. Escogió a Pedro porque puede escogernos a nosotros. Incluso cuando Jesús dijo: «¡Te aseguro que antes de que cante el gallo, me negarás tres veces!» (Juan 13:38), con todo consoló: «No se angustien. Confíen en Dios, y confíen también en mí» (Juan 14:1). Así que Dios se queda con su selección.

Una selección estratégica

Todo lo que estaba sucediendo era parte de una estrategia divina. Cuando Dios lo escoge a usted, usted hará cosas que jamás pensó posibles. Mire el lenguaje de los libros de 1 y 2 Pedro. ¡Pedro era pescador! ¿Quién hubiera pensado jamás que él podría escribir así? Aquí tenemos a un hombre que predicó el sermón inaugural de la iglesia en el Día de Pentecostés con tanto poder, irrefutable sabiduría, lógica y conocimiento de las Escrituras que miles aceptaron a Cristo. ¡Dios también puede hacer eso con usted!

Una selección soberana

Hay una sola explicación para esto: el Espíritu Santo. Dios Padre hizo la selección. Lo primero que Jesús dijo fue que Pedro era bienaventurado porque Dios le había revelado su identidad. Pedro no podía ir a los otros once aduciendo que era sagaz ni que tenía un conocimiento especial. Jesús dejó bien clara la situación, y Pedro no podía jactarse de nada. Fue Dios quien escogió a Pedro, como Jesús lo confirmó: «Mi Padre me ha entregado todas las cosas. Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y *aquel a quien el Hijo quiera revelarlo*» (Mateo 11:27, cursivas añadidas).

Fue una decisión soberana en la que participó toda la Trinidad. El Padre había hecho la selección, Jesús hizo la selección y, según Juan 6:63, el Espíritu Santo también hizo la selección.

Lo que estamos viendo, entonces, es que la pregunta original de Jesús fue un «arreglo» soberano para revelar lo próximo que Dios iba a hacer. Siempre que Dios viene y nos hace una pregunta, no es que esté buscando información ni que no sepa lo que está pasando. Es que quiere llevarnos al punto en que veamos su gloria.

El llamamiento de Pedro

«Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque eso no te lo reveló ningún mortal, sino mi Padre que está en el cielo. Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del reino de la muerte no prevalecerán contra ella» (Mateo 16:17-18).

Un juego de palabras

Lo primero que vemos en este versículo es que Jesús usó un juego de palabras. No fue la ocasión en que le puso el nombre a Pedro; eso ya había sucedido. Jesús le había puesto «Pedro» a Simón en Mateo 4:18 y 10:2. Probablemente la primera vez que se registra es en Juan: «Tú eres Simón, hijo de Juan. Serás llamado Cefas (es decir, Pedro)» (Juan 1:42).

La palabra aramea que se usa aquí es *cefas*, que significa «roca gigantesca». La palabra griega *petrós* también significa piedra. Jesús usa un juego de palabras, que uno no puede entender a menos que entienda el idioma original. Le dijo: «Tú eres un *petrós*, y sobre esta *petra* edificaré mi iglesia». *Petrós* era el nombre de Pedro, y *petra* significa roca: «Tú eres la roca, y sobre esta roca (i.e., Pedro) edificaré mi iglesia». Muchos de nosotros como protestantes reaccionamos exageradamente a la manera extrema en que el catolicismo romano ha engalanado esto. Tenemos miedo de decir que tal vez Jesús de veras quiso referirse al mismo Pedro, que Pedro era la roca sobre la que Cristo edificaría su iglesia. Decimos que la roca debe ser Cristo, o que la roca es la «verdad revelada». Decimos que Jesús llamó a Pedro «bienaventurado» porque Dios le reveló la verdad. Nos ponemos a la defensiva, y buscamos una manera de escapar.

Tal vez le animará saber que de no ser por las reacciones protestantes contra los extremos de la interpretación católica romana, es dudoso que muchos hubieran pensado que la roca se refería a algo o alguien que no fuera Pedro. Este texto no está diciendo nada en cuanto a los sucesores de Pedro. Por cierto que no dice nada en cuanto a su infalibilidad porque nadie pensaba que era infalible. En Hechos 11 la iglesia entera exigió cuentas a Pedro al decirle: «Será mejor que nos digas lo que quieres decir». También en Gálatas Pablo dijo: «Pues bien, cuando Pedro fue a Antioquía, le eché en cara su

comportamiento condenable» (Gálatas 2:11).

Aquí no hay nada en cuanto a infalibilidad ni autoridad exclusiva. Todo lo que Jesús estaba haciendo era mostrar que Pedro, como el primero que hizo esta confesión formal, sería usado grandemente en la iglesia primitiva. Él dominó la primera parte del libro de Hechos. Predicó el sermón inaugural. Fue el primero entre iguales.

Recuerde que nuestra fe se edifica sobre el fundamento de los apóstoles (plural) y profetas con Jesucristo mismo como la piedra angular.

Una promesa

«Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del reino de la muerte no prevalecerán contra ella» (Mateo 16:18).

Aquí Jesús reveló lo que iba a suceder. Dios empezó con Pedro en el Día de Pentecostés, y empezamos a ver cómo él iba a usar a un hombre que anteriormente había negado a Cristo. Pedro empezó a predicar con gran poder. Iglesia aquí no es un anacronismo sino una referencia al pueblo de Dios reunido. La palabra griega *ecclesia*, «los llamados», no se refiere a un edificio sino al pueblo de Dios.

Jesús también predijo aquí lo que *no* sucedería. La palabra *Hades* significa muerte. La palabra *puertas* se refiere a la fuerza de Satanás. Así que la iglesia no será derrotada por los ejércitos de las tinieblas. En una palabra, la iglesia no puede morir. ¡Jamás crea, ni por un minuto, que la iglesia puede morir! Dios mismo nunca se ha dejado sin testigo, y es asombroso ver su sentido del humor a veces. Voltaire dijo que llegaría el día en que la Biblia sería una especie extinta y que nadie jamás podría hallar un ejemplar. Sin embargo en el día de la muerte de Voltaire, el Museo Británico pagó dos millones de libras para obtener un manuscrito que había sido descubierto en el monte Sinaí. En ese mismo día, los escritos de Voltaire se vendían a veinte centavos. A Dios le encanta hacer cosas así. Siempre tiene la última palabra. Incluso cuando la iglesia parece quedar detrás de una nube y Satanás parece estar triunfando, ¡no lo crea! Dios ve el fin desde el principio; los elegidos serán salvos, y la iglesia florecerá. La iglesia va a florecer de nuevo en la sociedad occidental. Sucederá.

«Las puertas del reino de la muerte no prevalecerán contra ella» fue una promesa. Sin duda, cuando Pedro negó al Señor algún descreído diría: «Ah, ¿dónde está la promesa ahora?»

En su punto más bajo pudiera parecer que la perspectiva era de desesperanza, pero en un abrir y cerrar de ojos Dios transformó totalmente a Pedro, y puede hacerlo de nuevo hoy.

Un principio

«Las puertas del reino de la muerte no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo» (Mateo 16:18-19).

Ahora bien, la iglesia y el Reino no son lo mismo, pero tampoco están desconectados, y ciertamente no se oponen el uno al otro. La palabra *iglesia* se refiere al pueblo de Dios. La palabra *Reino* se refiere al poder del Espíritu, al gobierno del Espíritu. Cristo gobierna en su Reino por medio del Espíritu Santo. Si *no* entristecemos al Espíritu Santo en nosotros, el reino florece. Según el grado en que lo entristezcamos, el reino disminuye.

Este versículo dice que lo que es atado en la tierra también será atado en el cielo. La persona con las llaves, por consiguiente, tiene el poder de excluir o permitir entrada. ¿Le fue dado esto exclusivamente a Pedro? La respuesta es que no, porque Jesús lo dijo de nuevo en Mateo 18:18, después de haber resucitado de los muertos. Esta vez dijo a todos los discípulos: «A quienes les perdonen sus pecados, les serán perdonados; a quienes no se los perdonen, no les serán perdonados» (Juan 20:23).

La implicación es que esa autoridad la recibimos todos. No hay base aquí para la absolución sacerdotal. No estamos diciendo que el sacerdote tiene poder para perdonar pecados simplemente porque es sacerdote.

Permítanme demostrarles cómo deben poner en práctica esta autoridad todos los que dicen ser discípulos de Jesús:

➤ *Hay que predicar en el Espíritu*

Esto es proclamar el evangelio. Logramos «atar y desatar» al proclamar el evangelio que se nos ha dado. No estamos obligando al cielo a que cumpla; nuestra tarea es ser fieles a

las palabras de Jesús. Podemos asegurar a una persona o retener esa seguridad dependiendo de si la persona se ajusta al evangelio. Cuando nosotros, como ministros en el Espíritu, pronunciamos con autoridad que una persona reúne los requisitos para ser bautizada, estamos poniendo en práctica lo que Jesús dijo. A algunos les decimos: «Lo sentimos, pero no podemos bautizarlo». De igual manera, hay lugar para decirle a la persona: «Usted es salva». ¿Por qué? Dios nos ha dado la autoridad de decirlo cuando la persona reúne las condiciones del evangelio.

► *Hay que profetizar en el Espíritu*

Un profeta que está en el Espíritu puede libertar a una persona en una forma en que la persona jamás podría haber sido puesta en libertad. Dios no está limitado por lo que la persona dice, pero si lo que se dice está bajo la unción, Dios puede escoger libertar a alguien mediante una palabra profética.

Nunca olvidaré, mientras viva, cuando Paul Cain estuvo en el púlpito de la Westminster Chapel, mirando desde la plataforma y llamando a una señora de la congregación. Él no tenía ni idea de quién era ella, pero bajo la unción la llamó por nombre y le entregó un mensaje. Dice él que en ese mensaje en particular Dios le mostraba a ella algo, y ella tenía miedo de que no fuera como Dios se lo decía. Unas semanas antes su esposo había muerto, pero alguien lo había llevado al Señor en el hospital poco antes de su muerte. Esta señora había empezado a dudarle, porque su esposo había estado bajo el efecto de las medicinas en ese momento, y ella temía que debido a eso la conversión no hubiera sido genuina. Ella estaba muy desalentada y le había rogado al Señor poder ver a su esposo, Sam, en el cielo. Vio una Biblia en la mesa, la abrió, y dijo: «Señor, dame algo». Sus ojos se posaron en las palabras: «Samuel con el Señor» lo que la alegró mucho. Pero más tarde razonó que era una Biblia

infantil, y no propiamente una Biblia, y se desalentó de nuevo. Nadie lo supo sino hasta que Paul la llamó por nombre, le dio el mensaje y le dijo: «Fue allí que Dios le mostró algo y usted ha tenido miedo de que no fuera Dios; pero lo fue». Ya jamás lo dudará. Lo que fue desatado en la tierra fue desatado en el cielo debido a que se profetizó en el Espíritu.

► *Hay que orar en el Espíritu*

Esto tiene lugar cuando uno ora conscientemente en la voluntad de Dios. «Esta es la confianza que tenemos al acercarnos a Dios: que si pedimos conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que Dios oye todas nuestras oraciones, podemos estar seguros de que ya tenemos lo que le hemos pedido» (1 Juan 5:14-15).

Esto es orar en el Espíritu Santo: cuando uno sabe que está orando en la voluntad de Dios. Muestra la fuerza de la oración. Muestra la necesidad de estar en el Espíritu cuando uno ora, porque nos guste o no, Dios va a responder solamente lo que es su voluntad. Es nuestro deber buscar su voluntad y orar en su voluntad. La oración no le tuerce a Dios el brazo, pero sí se está en el Espíritu, revela lo que Dios ya ha decidido que es lo mejor para nosotros; lo que uno ata en la tierra será atado en el cielo, y lo que uno desata en la tierra será desatado en el cielo.

Quiero andar más cerca de Dios. Quiero un toque más grande de él en mi vida. Pedro fue el primero al que se le dio esta promesa y autoridad, pero no fue el último. ¡Todos tenemos una oportunidad de ponernos en la fila! Como D. L. Moody dijo: ¡Yo voy a ser esa persona! Esta es una palabra que se hace extensiva a todos, sea que usted sea pescador, cobrador de impuestos, abogado, enfermera, conductor de taxi, diácono o ministro. Pero esta palabra se da solo con la condición de que confesemos lo que Pedro confesó: que nos inclinemos a la soberanía de Dios, que mantengamos en alto

este evangelio sin cambiarlo ni añadirle y que oremos en el Espíritu.

Capítulo 15

La parábola de una religión como de niños

A menos que ustedes cambien y se vuelvan como niños.

Mateo 18:3

Jesús dijo en Mateo 18:3-4: «Les aseguro que a menos que ustedes cambien y se vuelvan como niños, no entrarán en el reino de los cielos. Por tanto, el que se humilla como este niño será el más grande en el reino de los cielos».

Jesús dijo estas palabras en respuesta a la pregunta de sus discípulos: «¿Quién es el más importante en el reino de los cielos?» (Mateo 18:1).

Los discípulos también habían discutido sobre esto en Marcos 9:33—ocasión en que habían debatido el asunto en el camino y Jesús más adelante los exhortó al respecto—y de nuevo en Lucas 9:46-48. En el relato de Mateo parece que los discípulos lo preguntaron de sopetón, lo que hizo que Jesús llamara a un niño pequeño para ilustrar su respuesta.

La cuestión de «quién es el más grande» parece haber sido tan importante para los discípulos como para pensar en eso en los momentos más inapropiados. Sabemos, por ejemplo, que cuando Jesús reveló que iba a ser traicionado, que lo matarían y luego resucitaría, los discípulos se llenaron de aflicción. Sin embargo su aflicción no les duró mucho, porque a poco iya estaban formulando de nuevo esta pregunta! Algo incluso más asombroso ocurre en Lucas 22, cuando se reunieron en lo que iba a ser la última cena. Jesús estaba hablando de que lo traicionarían y enseñando a los discípulos a recordarle mediante la cena de comunión. Fue un momento

asombroso, sombrío, y sin embargo «tuvieron además un altercado sobre cuál de ellos sería el más importante» (Lucas 22:24).

¡Imagínese pensar en eso en ese momento!

Aquellos doce hombres que habían sido escogidos para ser los famosos discípulos debían haberse sentido increíblemente agradecidos simplemente por contarse entre «los doce». Pero no les bastó; querían más. En Mateo 20 incluso la madre de los hijos de Zebedeo se acercó a Jesús y le pidió este favor: «Ordena que en tu reino uno de estos dos hijos míos se siente a tu derecha y el otro a tu izquierda» (Mateo 20:21).

Más adelante, en el evangelio de Marcos, el texto implica que probablemente los mismos dos hijos le pidieron a su madre que hiciera tal petición (Marcos 10:35), porque se nos dice: «Cuando lo oyeron los otros diez, se indignaron contra los dos hermanos» (Mateo 20:24). ¡No en balde!

¿No es asombroso cómo el orgullo interviene y decimos: «Si pudiera llegar a tal nivel me contentaría»? Tal vez hubo un tiempo cuando usted dijo: «Si pudiera vivir en tal lugar, conseguir tal trabajo, sería feliz y no pediría nada más...» Entonces lo logra y luego quiere más. La persona que gana su primer millón quiere un segundo millón. Los que no merecen nada y llegan a estar en un mejor lugar piensan: *Esto es maravilloso*, pero siguen queriendo más. Así que el estar entre los doce no les bastó a aquellos discípulos. Querían ser los más grandes entre los doce.

¡Escuchen! «Nada hay tan engañoso como el corazón. No tiene remedio. ¿Quién puede comprenderlo?» (Jeremías 17:9).

El corazón humano es un misterio, pero Dios lo conoce demasiado bien. Así que Jesús probablemente no se sorprendió cuando los discípulos le preguntaron: «¿Quién es el más importante en el reino de los cielos?»

Jesús respondió a este tipo de preguntas de dos maneras diferentes. En ambas respuestas usó metáforas, si no

parábolas. Por ejemplo, en Mateo 20 respondió de esta manera: «Como ustedes saben, los gobernantes de las naciones oprimen a los súbditos, y los altos oficiales abusan de su autoridad. Pero entre ustedes no debe ser así. Al contrario, el que quiera hacerse grande entre ustedes deberá ser su servidor, y el que quiera ser el primero deberá ser esclavo de los demás» (versículos 25-27).

Segundo, Jesús usa la parábola de una religión como de niños:

Él llamó a un niño y lo puso en medio de ellos. Entonces dijo:

—Les aseguro que a menos que ustedes cambien y se vuelvan como niños, no entrarán en el reino de los cielos. Por tanto, el que se humilla como este niño será el más grande en el reino de los cielos.

Mateo 18.2-4.

Partiendo del texto griego es imposible saber exactamente cuántos años tenía el «niño», pero evidentemente era muy pequeño, tal vez de edad de jardín de infantes o tal vez menor. Es importante notar aquí que Jesús no estaba implicando que los niños no tienen pecado. El Salmo 58:3 dice que salimos del vientre de nuestra madre diciendo mentiras; es decir, nacemos en pecado. A un niño no hay que enseñarle a mentir, y los padres saben que los niños pueden ser horribles entre sí y decir cosas horribles. Hablé con alguien recientemente que había sido lastimado para toda su vida, no por lo que uno de sus padres le hubiera dicho, sino por lo que otro niño le dijo en el patio de juegos muchos años antes. Así que Jesús no estaba diciendo que los niños están sin pecado; sino más bien estaba diciendo que hay algo en un niño que necesitamos emular en nuestra vida de adultos.

¿Por qué es importante esta parábola?

Un factor importante en esta parábola es que, tal vez sorprendentemente, muestra el lugar de los niños en la enseñanza de Jesús. En Mateo 19:13 se nos dice que llevaban a los niños a Jesús para que pusiera sus manos sobre ellos y orara por ellos, pero los discípulos regañaron a los que los traían. Jesús, sin embargo, descartó la decisión de ellos y dijo: «Dejen que los niños vengan a mí, y no se lo impidan, porque el reino de los cielos es de quienes son como ellos» (Mateo 19:14).

En Mateo 21:15, el Domingo de Ramos, se nos dice que cuando los sacerdotes y los maestros de la ley vieron las cosas maravillosas que Jesús hizo y los niños gritando en el área del templo «Hosanna al Hijo de David», se indignaron. Uno puede imaginarse a algunos de los adultos presenciando esto y diciéndose entre sí: «¿Cómo pueden estos niños saber lo que están diciendo? ¡Repréndelos! ¡Haz que callen!» Pero Jesús veía las cosas en forma diferente. «“¿Oyes lo que éstos están diciendo?”, protestaron. “Claro que sí”, respondió Jesús; “¿no han leído nunca: *En los labios de los pequeños y de los niños de pecho has puesto la perfecta alabanza?*”» (Mateo 21:16, cursivas añadidas).

Esta parábola muestra como los seguidores de Jesús, entonces y ahora, tienden a subestimar a los niños. Los discípulos lo hicieron. No captaron la importancia de alcanzar a los niños, y dieron por sentado que Jesús estaba demasiado atareado para molestarse por ellos. Jesús, sin embargo, descartó de inmediato la actitud de los discípulos, lo que nos hace saber que Dios ve a los niños de forma muy diferente a la que muchos de nosotros los vemos. Es un regaño a los que subestiman el lugar de los niños en el Reino de Dios.

El viejo refrán inglés que dice: «los niños deben ser vistos

pero no oídos», no es bíblico. El psicólogo cristiano Clyde Narramore muchas veces ha mostrado que lo peor que uno puede hacer con un niño es hacer que se sienta sin importancia. Más bien debemos traer a los niños al frente y dejarles que hablen. Dignifique sus preguntas, y ellos crecerán con una imagen propia más positiva.

Una de las cosas que atesoro es recordar cuando vivía en Ashland, Kentucky. Papá solía dejar que me sentara en la sala o a la mesa junto a los predicadores y evangelistas que nos visitaban, y que les hiciera preguntas. Eso me formó. No estaría aquí hoy si no fuera por eso. Me convertí cuando tenía seis años y medio. Jonatán Edwards se convirtió cuando tenía cuatro años. Nunca subestime lo que Dios puede hacer con los niños. A menudo he pensado, y todavía pienso, que cuando viene un avivamiento, los niños, incluso los más pequeños, están justo en el centro de todo. Pero uno puede esperar que la gente se indigne cuando esto sucede.

La principal razón, no obstante, por la que esta parábola es importante es que nos da una idea de lo que es la verdadera grandeza. En este pasaje se dan dos conceptos de grandeza. La manera en que los discípulos veían la grandeza, como poder y prestigio, y la manera en que Jesús veía la grandeza. Jesús dijo que cuando un adulto puede humillarse y hacerse como niño, esa es verdadera grandeza.

La petición de grandeza

«¿Quién es el más importante en el reino de los cielos?» Por los relatos paralelos de este pasaje en otros evangelios sabemos lo que los discípulos querían decir realmente por «grandeza» cuando le hicieron esta pregunta a Jesús. Estaban pensando en gozar de altos honores y ser admirados por todos sus conocidos. Estaban dando por sentado que las características de la grandeza eran prestigio y poder, y por consiguiente esperaban que sus iguales los estimaran grandemente por eso. No estaban pensando en servicio, ni en poner sus necesidades de último.

No sé si usted alguna vez ha asistido a alguna reunión de ex alumnos de una clase. Cada cinco años recibo invitaciones para volver a Ashlan para la reunión de la clase de 1953, por lo general en el verano, cuando no puedo asistir. Siempre les mando mis disculpas. Una de las razones por las que la gente quiere volver a visitar de nuevo el pasado es fanfarronear, especialmente ante los que le dieron tantos problemas hace muchos años! Cuando yo asistía a la escuela y a la universidad, todo el mundo quería ser el más grande; querían que los recordaran por algún logro sobresaliente. Los discípulos de Jesús no eran diferentes.

Ahora, la pregunta es esta: ¿fue impropia la pregunta de los discípulos? ¿Fue una petición vana? ¿Quién *era* el más importante en el Reino de los Cielos? Jesús no los reprochó por querer ser grandes. A decir verdad, Dios usa la ambición. Martín Lutero solía decir: «Dios usa el sexo para empujar al hombre al matrimonio, la ambición para empujarlo al servicio y el temor para empujarlo a la fe». Dale Carnegie, autor del éxito de librería *Cómo ganar amigos e influir en las personas*, decía que el deseo más fuerte del ser humano es el deseo de sentirse importante.

Eso es lo que era la cuestión de fondo de la petición: los

discípulos querían estar en la cumbre! Pedro ya había sido declarado primero entre iguales, pero Jacobo y Juan querían también tener parte del pastel; querían que uno de ellos estuviera a la diestra de Jesús y el otro a su izquierda en el cielo (Marcos 10:35). Esto nos deja saber que el autor del cuarto evangelio tenía también gran ambición y orgullo. Leyendo entre líneas en las epístolas del Nuevo Testamento podemos ver que el apóstol Pablo tenía también un ego más bien gigantesco, pero Dios así y todo puede usar a personas así.

Hace muchos años leí un versículo en Eclesiastés que hizo un gran impacto en mí: «Vi además que tanto el afán como el éxito en la vida despiertan envidias» (Eclesiastés 4:4). La Biblia nos hace saber que la principal razón por la que la gente quiere sobresalir es para que otros lo noten y digan: «Ah, vaya, iesto es realmente asombroso!» Por eso lo hacemos.

Usted puede decir: «Pues bien, yo no soy así». Tal vez la Biblia se equivoque en su caso, pero para el resto de nosotros así son las cosas. Todo nuestro esfuerzo y todo nuestro logro brotan de la envidia del hombre. «Algunos nacen en la grandeza, algunos alcanzan la grandeza, a otros la grandeza se les tira encima», dijo Shakespeare. Pero la grandeza que Jesús tenía en mente es diferente. La definición que tiene en mente es ser grande en los ojos de Dios.

En Daniel 10 leemos estas palabras: «Tú eres muy apreciado» (Daniel 10:11). Daniel gozaba de favor en los ojos de Dios porque tomó una decisión. Decidió no hacer lo que era popular, lo que sus iguales lo presionaban para que hiciera, y para buscar grandeza a los ojos de Dios humillándose en obediencia.

Usted también tiene que tomar una decisión. ¿Quiere que otros piensen que usted es grande, o está dispuesto a ser grande solo a los ojos de Dios? Juan 5:44 dice: «¿Cómo va a ser posible que ustedes crean, si unos a otros se rinden gloria

pero no buscan la gloria que viene del Dios único?»

Requisitos para la grandeza

Jesús sabía exactamente lo que estaba detrás de la petición de grandeza de parte de sus discípulos, pero así y todo no los reprochó. Más bien aprovechó la oportunidad para enseñarles los requisitos para alcanzar grandeza. Hay tres principios contenidos en la enseñanza de Jesús.

Cambiar

La *Biblia de las Américas* dice: «En verdad os digo que si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo 18:3, cursivas añadidas).

La palabra *conversión* se usa en la Biblia en más de una manera. Algunos se meten en una camisa de fuerza teológica y piensan que la conversión solo puede significar la primera experiencia cuando uno llega a Dios. Pero la conversión es algo continuo. Por eso estamos siendo transformados de gloria en gloria por el Espíritu del Señor (vea 2 Corintios 3:18). La Nueva Versión Internacional lo dice de esta manera: «A menos que ustedes cambien...» Aunque eran discípulos, todavía necesitaban cambiar. ¿Y usted? ¿O es usted de los que dicen: «Recibí en la conversión todo lo que necesitaba»? Miro a algunos y pienso: *¡Que Dios tenga misericordia de nosotros si lo recibimos todo en la conversión! ¿Es esto todo lo que podemos esperar?*

Por experiencia personal, y por la Biblia puedo decirle que en la conversión usted no recibió la plenitud de todo lo que Dios tiene para usted. Lo que sí recibió fue el potencial de recibir toda esa plenitud. Pablo empezó su carta a los corintios diciendo: «Ustedes se han llenado de toda riqueza» (1 Corintios 1:5), y sin embargo terminó el capítulo 12 diciendo: «Ambicionen los mejores dones» (1 Corintios 12:31). Empezó su carta a los Efesios diciendo: «Ustedes ya lo tienen todo» (vea Efesios 1:3), pero después al fin escribió: «Sean llenados del Espíritu», hay más (vea Efesios 5:18). Todos los creyentes viven en esta paradoja de haber recibido el pleno potencial de todas las cosas buenas en Cristo, y sin embargo tienen que cambiar y ser transformados día a día.

Hacer ajustes

Noten cómo continuó Jesús. Dijo que debemos *llegar a ser* como niños. Eso quiere decir que debemos hacer ciertos ajustes. El viejo refrán en inglés, «No se puede enseñar nuevos trucos a un perro viejo», puede ser cierto de tantas personas que se empecinan en su manera de ser. Lo saben todo, lo han leído todo y dicen: «No he cambiado en treinta años, gracias a Dios». ¡Eso debe hacer sonrojarse a los ángeles! En vez de aceptar el status quo, necesitamos amoldarnos. El factor que determinará su disposición a hacer ajustes conforme envejece será su motivación. Se reduce a esto: ¿Cuánto de Dios realmente quiere usted?

Jesús dijo: «Les aseguro que a menos que ustedes cambien ... no entrarán en el reino de los cielos» (Mateo 18.3).

¿Por qué dijo eso? Pienso que lo dijo porque estaba seguro de que sería un acicate para ellos. Estaba seguro de que estaban queriendo desesperadamente la realidad de Dios Padre y harían lo que fuera necesario para conseguirlo. ¿Tiene usted suficiente hambre como para tener un nivel tan alto de motivación? ¿Se tragaría su orgullo, saldría de su zona de complacencia y dejaría de estar motivado por un espíritu de temor?

Sabemos que los discípulos ya habían nacido de nuevo, y sin embargo aquí Jesús dice que a menos que cambien no entrarán en el Reino de los Cielos. ¿Qué quiso decir con eso? Quiso decir lo mismo que Bernabé y Pablo quisieron decir cuando dijeron: «Es necesario pasar por muchas dificultades para entrar en el reino de Dios» (Hechos 14:22). Pablo reconoció que aunque vivía por el poder del Espíritu y estaba siendo usado poderosamente para el avance del Reino de Dios, necesitaba continuamente ser transformado. Todavía necesitaba cambiar. Nos están cambiando para que habitemos en un ámbito donde no se entristece al Espíritu,

para adquirir intimidad con el Padre.

Condescender

«Por tanto, el que se humilla como este niño será el más grande en el reino de los cielos» (Mateo 18:4).

Condescender quiere decir «rebajarse uno»; es decir, humillarse uno. Hay dos maneras de llegar a una medida de humildad. Una es que nos humillen, y la otra es humillarse uno mismo. ¿Alguna vez le ha pedido a Dios que le dé más humildad? ¡Esa es una petición seria! ¿Qué si Dios dijera: «Ja, ¿lo dice en serio? ¡Veamos!»

Hace muchos años, en 1956, oí un sermón sobre Filipenses 2:5 predicado por el Dr. Hugh Benner, superintendente general de la Iglesia del Nazareno. Trataba sobre tener la mente de Cristo. El pasaje dice:

Quien, siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Por el contrario, se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos. Y al manifestarse como hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!

Filipenses 2:6-8.

Martilló el punto de que Jesús se sometió a sí mismo a la peor de las vergüenzas por honrar y glorificar a Dios. El sermón me conmovió tanto que caí de rodillas y oré: *Dios, estoy dispuesto a sufrir la peor vergüenza*. Lo dije de corazón. Los ángeles deben haberse mirado entre sí y dicho: «¿Qué irá a hacer el Padre con eso?» Como ven, cuando uno eleva una oración como esa, si no recibe respuesta en las siguientes dos horas o en los próximos dos días, uno se olvida. Pero tres o cuatro años más tarde me enteré de que mis compañeros estaban pastoreando iglesias hermosas; uno había llegado a ser un evangelista nacional. Cuando la gente preguntaba: «¿Dónde está R. T. estos días?», podía imaginarme la respuesta: «Ah, ¿no ha oído nada de R. T.? Está yendo de

puerta en puerta y hablando con extraños». Yo estaba vendiendo aspiradoras de puerta en puerta mientras los demás estaban predicando y disfrutando de la aclamación de los hombres. La gente se acercaba a mi padre y le preguntaba: «¿Cómo está R. T.?', y él respondía: «Bueno, oren por R. T.» Era horrible.

Ser humillado puede ser el siguiente paso hacia delante, pero es mejor humillarse uno mismo. Uno tiene que volverse vulnerable. Uno resiste la tentación de decir algo para verse mejor. Jesús fue crucificado en debilidad. El que puso los planetas en el espacio estaba oyendo a los hombres decir: «Salvó a otros pero no puede salvarse a sí mismo» (vea Mateo 27:42). Lo oyó todo, pero no trató de justificarse; permitió que lo crucificaran en debilidad.

Cómo se ve la grandeza

Sin pretensiones

¿Por qué seleccionó Jesús a un niño para ilustrar su punto sobre la grandeza? Porque hay ciertas características de ser como niño que quería que aprendiéramos. Primero, los niños no son pretenciosos; no han aprendido a tomarse a sí mismos demasiado en serio. No ser pretencioso es una cualidad extremadamente rara en la raza humana, pero los niños la tienen por naturaleza. No saben cómo ser de otra manera. No tienen que aprender a mentir, no tienen que aprender a perder los estribos, pero sí tienen que aprender a ser pretenciosos. La mayoría de los niños, cuando crecen y llegan a la adolescencia, desarrollan arrogancia. Aprenden eso bien sea de sus padres o de sus iguales. Aprenden a fanfarronear en cuanto a quién conocen, cuánto saben, lo «chévere» que son, y cosas por el estilo. Tal vez sienten la necesidad de crear una mística en cuanto a su personalidad por el deseo de despertar la envidia de los demás. Todo se reduce a presunción.

Pete Cantrell decía que la mayor libertad es no tener nada que probar. Un niño no tiene nada que probar. Tal vez lo más asombroso en cuanto a Jesús es que no era pretencioso; no había en él ni rastro de arrogancia; nunca trató de impresionar a nadie. Me asombra cuando leo el capítulo 4 de Juan. Jesús fue a un pozo en Samaria. Allí encontró una samaritana y le dijo: «¿Podrías darme un poco de agua para beber?» (Juan 4:7). Él era el Hijo de Dios, y era judío; pero no lo dijo. No tenía ninguna presunción, y la mujer quedó asombrada. Jesús está buscando que seamos sin pretensiones; que seamos como niños en nuestra estimación de nosotros mismos y en nuestros tratos con los demás.

Sin sofisticación

Un niño no tiene sofisticación, y es ingenuo y sin complicaciones. Ser sofisticado es ser astuto y sabio según el mundo. Uno adquiere esos rasgos por aprendizaje y experiencia. La palabra griega *sofia*, de la cual obtenemos la palabra «sofisticado», significa «sabiduría que se nos ordena tener». Pero el peligro de tener sabiduría es el orgullo. Por eso la Biblia dice: «No sean sabios en su propia opinión». El apóstol Pablo lo dice de esta manera en 1 Corintios: «Hermanos, no sean niños en su modo de pensar. Sean niños en cuanto a la malicia, pero adultos en su modo de pensar» (1 Corintios 14:20).

Los niños todavía no han aprendido a pensar lo peor de otros. Son crédulos e ingenuos. ¿Por qué tiene usted que decirle a sus hijos: «No recibas caramelos de un extraño»? Porque si no, los recibirán; ellos escuchan y aceptan sin vacilar. Eso es lo que busca Jesús, que siempre confiemos en nuestro Padre celestial. Quiere que no haya en nosotros pretensiones, sofisticación ni prejuicios.

Un niño no ha aprendido distinción de clases, brechas culturales o sociales ni prejuicio racial. El niño que crece jugando con personas de otra raza o color no sabe que eso es un «problema» sino cuando algún adulto le dice: «No debes hablar con él o ella». Aprendemos estos prejuicios, pero para el niño no hay prejuicio social o cultural. Acepta a toda persona tal como es.

El niño no es ambicioso. En gran medida no lo afectan ni los elogios ni la lisonja. No se le van a la cabeza. La ambición tiene que aprenderse de una manera u otra. Cuando la aprendemos es cuando la rivalidad y los celos aparecen. Esto va ligado a la ambición, y puede ser la razón por la que queremos controlar nuestras circunstancias. El niño no ha aprendido esos tropiezos.

El niño no se cohibe. Un niño puede llorar abiertamente enfrente de otros. No se preocupa de lo que otros piensen. Por eso cuando el avivamiento llega y el Espíritu de Dios desciende, la gente está consciente solo de Dios, y no se preocupan de lo que otros piensen de ellos.

Un niño obviamente es muy egocéntrico, pero Jesús quería decir en este pasaje que el adulto debe llegar a ser *como* niño de nuevo: completamente confiado y sin suspicacia. Debemos aprender a esperar todo de Dios y nada de nosotros mismos.

La razón de la grandeza

Noten que es a la grandeza en el Reino de los Cielos a lo que Jesús se refiere (Mateo 18.4); y no grandeza en la iglesia. Hay una diferencia entre el Reino de los Cielos y la iglesia. Repito: no están desconectadas, pero no son lo mismo. Usted puede estar en la iglesia y ser diácono y ser «grande», pero en el Reino de los Cielos tal vez no sea nada. O puede estar en el Reino de los Cielos y ser «grande», y no hacer nada en la iglesia que haga que otros piensen que usted es grande. Lo mismo reza para el ministro. Puedo ser grande en términos de mi currículum pero ser el menor en el Reino de los Cielos.

La esencia de lo que Jesús procuraba era mostrarnos que siempre debemos permitir que Dios tenga el control. Si nos humillamos y permitimos que Dios haga su voluntad en nosotros, él puede hacer toda la promoción y hacernos «grandes». A José se le podía confiar el cargo de primer ministro de Egipto porque había perdonado totalmente a sus hermanos que lo traicionaron. Había llegado al fondo del montón y se había rendido a Dios. Una vez que se hubo humillado verdaderamente, Dios pudo usarlo. No hay nada más triste que ver a hombres pequeños peleándose por el poder; gente pequeña muriéndose por el reconocimiento. Pero a usted se le podrá confiar poder y prestigio si es como un niño ante Dios.

El Dr. Martyn Lloyd-Jones solía decir que lo peor que le puede suceder a un hombre es triunfar antes de estar listo. Una persona verdaderamente grande es la que no permite que el éxito y la admiración se le suban a la cabeza. Wilson Churchill decía que el precio de la grandeza es responsabilidad. Pero cuando la gente pequeña llega al poder, les encanta demasiado. Se solazan en el poder y se olvidan de las necesidades de otros.

Lo que Jesús procura es que lleguemos a un punto en que

estemos dispuestos a desaprender mucho de lo que ha llegado a ser parte de nosotros y a despojarnos de cualquier carga que vaya contra el Espíritu. Quiere que lleguemos un punto en donde nuestra única ambición sea ser grande en el Reino de los Cielos según los términos de Dios, para que, como a Daniel, el Padre nos estime grandemente.

Capítulo 16

La parábola del siervo inmisericorde

El reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos.

Mateo 18:23

De todas las parábolas que Jesús dijo esta es la que examina más hondo el alma. En Mateo 18:21-25 Jesús relató la historia de un criado al que su amo le perdonó una deuda incalculable debido a que el criado no tenía manera de pagar. A este mismo hombre otro criado le debía una suma de dinero, muy pequeña en comparación, y que tampoco podía pagarla. Uno habría esperado que un hombre al que sorprendentemente se le había perdonado una deuda tan gigantesca estuviera tan agradecido que extendiera la bendición y perdonara de la misma manera al que le debía. Pero este no fue el caso. Se nos dice que el hombre al que se le había perdonado la gran deuda agarró al hombre que le debía y empezó a estrangularlo exigiéndole que le pagara. Luego hizo que echaran en la cárcel al hombre hasta que le pagara todo lo que le debía.

Sin embargo este no es el fin de la historia. La noticia de la increíble ingratitud de este siervo llegó al rey que con tanta generosidad lo había perdonado. El rey dijo enojado: «¡Siervo malvado! Te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también haberte compadecido de tu compañero, así como yo me compadecí de ti?» (Mateo 18:32-34).

Nos guste o no, la cuestión de fondo de esta parábola es como sigue: «Así también mi Padre celestial los tratará a

ustedes, a menos que cada uno perdone de corazón a su hermano» (Mateo 18:35).

En primer lugar, tenemos que aclarar lo que esta parábola *no* enseña, porque algunos la han interpretado mal. Jesús no está enseñando que perderemos nuestra salvación si no perdonamos. Si hubiera querido decir eso, todos habríamos perdido la salvación hace mucho tiempo. Sabemos que no perdemos la salvación por nuestra falta de perdón porque la Biblia dice claramente somos salvos *solo por gracia*, no por obras. Esta parábola tampoco muestra que *conservamos* nuestra salvación al perdonar. ¿Por qué? Porque, de nuevo, esto sugeriría que la salvación se consigue de alguna manera por nuestras obras (vea Efesios 2:8-9; Romanos 11:6).

Aunque este es el caso, puedo decirles que no hay mayor «obra» que perdonar totalmente a otros. Lo más cerca que uno puede llegar a realizar una obra que es pura a los ojos de Dios es cuando uno total e incondicionalmente perdona a otros. Jesús mismo lo confirmó:

Bendigan a quienes los maldicen, oren por quienes los maltratan ... ¿Qué mérito tienen ustedes al amar a quienes los aman? Aun los pecadores lo hacen así. ¿Y qué mérito tienen ustedes al hacer bien a quienes les hacen bien? ... amen a sus enemigos, háganles bien y denles prestado sin esperar nada a cambio. Así tendrán una gran recompensa y serán hijos del Altísimo, porque él es bondadoso con los ingratos y malvados.

Lucas 6:28,32,35.

Si uno hace esto, dijo Jesús, entonces la recompensa será grande. La gente con frecuencia me pregunta: ¿Cómo sabe uno que puede esperar una recompensa en el cielo? Este es uno de los pocos lugares en la Biblia en donde uno puede examinar los hechos por uno mismo. Si se observan las condiciones que se ponen en este versículo, uno puede con certeza esperar recibir una recompensa.

Pienso que mientras más grande sea la ofensa que uno tiene que perdonar, más grande será la unción en su vida

aquí en la tierra, y a la larga, más grande la recompensa que recibirá en el cielo. Al momento usted tal vez no aprecie la necesidad de perdonar y sus implicaciones eternas. Tal vez alguien lo ha lastimado y la herida está fresca. Tal vez usted tuvo que perdonar una infidelidad o algo que alguien les hizo a sus hijos. Tal vez tuvo que perdonar a un padre por algo inimaginable que le hizo. Tal vez a usted lo pisotearon, le mintieron, perdió su trabajo o no le dieron lo que le prometieron. Esas cosas duelen. Cuando uno está en medio de todo eso, no puede apreciar que el perdón es una bendición disfrazada. Pero así como no podemos superar al Señor cuando se trata de finanzas (y no se puede, de paso), no se puede superar al Señor cuando uno perdona. Él lo nota. Él sabe lo que hacemos, y cuando perdonamos incondicionalmente nos bendecirá de maneras que ni siquiera podemos imaginar.

A la par de la promesa de una gran recompensa para los que perdonan, también hay una severa advertencia para los que no perdonan. Esto no quiere decir que perdemos nuestra salvación, ni que no tendremos una segunda oportunidad de perdonar, pero la parábola sí provee un modelo claro en cuanto a cómo debemos comportarnos. Revela mucho en cuanto a la naturaleza de Dios y cómo se siente él cuando no perdonamos.

Somos perdonados

En primer lugar, Jesús uso esta parábola para subrayarnos el hecho de que se nos ha perdonado una deuda incalculable. En esta parábola dijo que al rey «se le presentó uno que le debía miles y miles de monedas de oro» (Mateo 18:24). Diez mil talentos era una gigantesca suma de dinero en ese tiempo. Después leemos: «Como él no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él, a su esposa y a sus hijos, y todo lo que tenía, para así saldar la deuda» (Mateo 18:25).

Pues bien, así es como ellos hacían las cosas en tiempos antiguos. Puesto que claramente la deuda nunca sería pagada, aquella gente tampoco jamás podía rehacer su vida. El siervo iba a perder a su esposa, sus hijos y todas sus posesiones. Puesto que había llegado al mismo fondo, el siervo tomó el único curso de acción que le quedaba. Cayó de rodillas y le imploró misericordia a su señor.

En este punto el rey se compadeció del criado y en efecto tuvo misericordia. Jesús estaba mostrando que Dios es rico en misericordia. Es tan misericordioso que incluso está preparado para perdonar una deuda de proporciones incalculables. No sabremos sino cuando lleguemos al cielo lo terrible que es el pecado y lo ofensivo que es para Dios. Cada vez que nos miramos a nosotros mismos, como cuando se pelan las capas de una cebolla, vemos más que no está bien, y lo confesamos al Padre, y le pedimos que nos perdone. Pero cuando lleguemos al cielo empezaremos a entender lo vasta que era realmente nuestra deuda. Dios sabe lo que él ha hecho en cada uno de nosotros. Él sabe exactamente lo que tuvo que perdonarnos a cada uno. Es una deuda inmensurable, y sin embargo simplemente la saldó.

Debemos ser misericordiosos

Jesús enseñó claramente que, así como Dios es rico en misericordia hacia nosotros, tenemos que mostrar misericordia a otros (vea Lucas 6:36). Nuestra tendencia humana es pensar que no tenemos mucha necesidad de perdón, pero que lo que los otros nos han hecho es horrible. La Biblia pone esto en perspectiva. Sea lo que sea que «ellos» nos hayan hecho a usted o a mí, no es nada comparado con lo que nosotros le hemos hecho a Dios. Por consiguiente, Dios espera que mostremos misericordia tal como él nos ha mostrado misericordia. Es inconcebible e injusto que exijamos que otros nos «paguen» cuando Dios nos ha perdonado la deuda. Así que cuando usted, habiendo sido perdonado, va a otra persona y empieza a señalarla con el dedo, ¡olvídelo! Aunque el amor no guarda rencor (vea 1 Corintios 13:5), usted guarda el historial y siempre recuerda la ofensa, cuando Dios lo ha dejado a usted libre de la deuda. A él no le gusta cuando nos comportamos de esa manera.

Dios detesta la ingratitud

El siervo inmisericorde era un hombre mal agradecido. No apreció lo que el rey había hecho por él; si no, se hubiera portado diferente hacia su consiervo. Dios sabe todo lo que hemos hecho, y todas las cosas están desnudas ante él. Debido a que nosotros, también, sabemos todo lo que hemos hecho en nuestra desobediencia hacia Dios y cómo hemos lastimado a otros, deberíamos sentirnos increíblemente agradecidos de que Dios está preparado para declarar borrón y cuenta nueva. ¿Estaría usted dispuesto a que todo lo que tiene que ver con usted se proyecte en una pantalla para que todos lo vean? ¿Está usted tan orgulloso de su vida que pudiera decir: «No me importa que se sepa»? La verdad es que queremos que jamás se sepa la verdad total en cuanto a nuestros hechos malos, si podemos evitarlo. ¡Jamás! Sin embargo, Dios conoce tanto nuestros pecados declarados como los secretos, y está preparado para perdonarlos. Esto debería producir en nosotros un corazón muy agradecido.

La ingratitud olvida, en tanto que la gratitud se acuerda de decir gracias. En la Cena del Señor, Jesús dijo: «Hagan esto en memoria de mí» (Lucas 22:19). Así que deberíamos hacer una pausa para agradecer cuando tenemos en nuestras manos la copa y vemos el fruto de la vid que simboliza su sangre preciosa. Dios dice mediante esa copa: «Estás bien; mi sangre te ha abierto el camino». Escoja recordar; escoja ser agradecido.

El siervo perdonado escogió olvidar. «Al salir, aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros que le debía cien monedas de plata. Lo agarró por el cuello y comenzó a estrangularlo. “¡Págame lo que me debes!”, le exigió» (Mateo 18:28).

Dios nos exige cuentas

Dios nos llamará a cuentas cuando no perdonamos. No cancela nuestra salvación, pero, nos exige cuentas. Pudiera escribir un testimonio personal respecto a esto, pero no voy a hacerlo, porque tendría que decirles demasiado en cuanto a mí mismo ique no quiero que se sepa! Muchos dicen que soy franco y transparente, ipero no! Lo que sí puedo decirles, sin embargo, es que he aprendido lo que Jesús quería decir cuando dijo: «No juzguen a nadie, para que nadie los juzgue a ustedes. Porque tal como juzguen se les juzgará, y con la medida que midan a otros, se les medirá a ustedes» (Mateo 7:1-2).

Si ustedes juzgan a otro, no quiere decir que van a perder su salvación, pero sí quiere decir que «con la medida que midan a otros, se les medirá a ustedes»; Dios nos tratará de la misma manera en que tratamos a otros. La lista en cuanto a cómo Dios podría tratarnos cuando no perdonamos es interminable. Podría ser más, y a menudo lo es, que perder nuestra unción. Podría ser más, y a menudo lo es, que la pérdida de nuestra comunión con él. Dios tiene una manera de enviar una señal clara a los que por gracia han sido perdonados y luego empiezan a señalar con el dedo a otros. Dios dice: «¡No puedo creer que estés haciendo eso!» Si Dios no lidia con nuestra falta de perdón aquí en la tierra, ciertamente lo hará en el tribunal de Cristo. «Si a ustedes se les deja sin la disciplina ... son bastardos y no hijos legítimos» (Hebreos 12:8).

El Señor castiga a los que ama. Si no nos castiga, no somos hijos verdaderos. Si no somos hijos de Dios, no hemos recibido la salvación, y Dios simplemente nos envía al infierno. Pero si somos salvos, nos juzgará en el tribunal de Cristo.

Perdón repetido

Esta parábola no se refiere solo al perdón, sino al perdón *repetido*. A menudo es necesario perdonar a la misma persona por múltiples ofensas. Experimentar verdaderamente el Reino de los Cielos en la tierra quiere decir que debemos vivir en un ámbito en que no agraviamos al Espíritu Santo. Para no agraviar al Espíritu, debemos tener una conciencia limpia en lo que tiene que ver con el perdón. La manera principal en que agraviamos al Espíritu Santo es no perdonar por completo lo que otros nos han hecho. Cultivamos un espíritu amargado si seguimos enojados y molestos. Decimos: «¡Cómo se atreven a hacerme eso, y salirse con la suya!». Pero Dios dice: «¡Espera un momento! ¿No te sales tú mismo con la tuya muchas veces?»

Aunque podemos «perdonar» a otros por sus ofensas, a veces guardamos rencor. Decimos: «Ya no puedo confiar en ellos como antes confiaba». A decir verdad, nos aferramos a un fragmento de la falta de perdón, y esto tampoco agrada a Dios. El punto de la parábola es: Tenemos que seguir perdonando, y perdonando por completo.

La gente seguirá haciendo cosas malas. La gente es gente. Lastimamos a otros a cada rato y ni siquiera nos damos cuenta de que lo hemos hecho. No es el caso de que yo lo perdone a usted por ayer; sino que tengo que estar preparado para hacerlo hoy... y mañana. El perdón es una decisión. Tomamos la decisión de perdonar o no perdonar. Dios tomó la decisión de perdonar, y nos llevará toda la eternidad comprender a cabalidad en nuestra mente lo que significó para él enviar a su Hijo al mundo para que muriera en una cruz. Nunca lo entenderemos. Solo podemos decir: «Ayúdame a entenderlo, ayúdame a comprenderlo». Dios tomó la decisión de perdonar, y nosotros que hemos sido perdonados tomamos la decisión de perdonar... o de castigar; perdonar,

que es lo que agrada a Dios y asegura que no se agravia al Espíritu, o castigar, que despierta la ira de Dios.

La ocasión de la parábola

La parábola brotó de una pregunta que Pedro le hizo a Jesús:

—Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano que peca contra mí?
¿Hasta siete veces?

—No te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta y siete veces—le contestó Jesús.

(Mateo 18.21-22).

Pedro entendió que *debía* perdonar. Había estado con Jesús lo suficiente para saber que esto era básico en la enseñanza de Jesús. Pero en tiempos antiguos, entre los rabinos había un consenso de que se podía perdonar a un hermano por un pecado repetido hasta tres veces, pero no cuatro. Literalmente, si una persona cometía el mismo pecado contra uno una cuarta vez, no había que perdonarlo. Ese era el consenso. Pedro tal vez pensaba que se iba a ganar la admiración de Jesús al sugerir magnánimamente que se debía perdonar a una persona hasta siete veces. Pero Jesús le respondió a Pedro diciéndole: «No te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta y siete veces».

Es difícil saber si el griego está diciendo «setenta y siete» o «setenta veces siete», lo que sería cuatrocientos noventa. En realidad no hay gran diferencia si lo uno o lo otro es correcto. El punto de Jesús era que el perdón no se debe medir de esa manera. Cuando dijo: «setenta veces siete», quiso decir: «No hay límite».

«El verdadero perdón», Jesús estaba diciendo, «es incondicional, por grande que sea la ofensa».

A veces lo que uno tiene que perdonar es grande. Nadie negaría eso. Lo que la gente hace puede ser tan horrible que pensamos que tenemos justificación para *no* perdonar. Nos ponemos en una relación tipo «amigotes» con Dios cuando

pensamos que le oímos decir: «La mayoría de la gente perdonaría eso, pero tú y yo sabemos que lo que te sucedió es tan horrendo que voy a disculparte en este caso. Está bien que te quedes amargado». Y nosotros decimos: «Gracias, Señor; aprecio eso. Sabía que me ibas a decir eso».

El perdón es ilimitado, es universal, y se aplica a todo lo que nos ha ofendido personalmente. Eso puede cambiar su vida. Pedro pensó que estaba diciendo algo realmente grande. No estaba preparado para lo que Jesús le respondió.

La manera de perdonar

Examinemos la manera de perdonar según lo ilustra esta parábola. El perdón es varias cosas:

Un deseo

«El reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos» (Mateo 18.23).

La parábola empieza con un deseo: el rey quería ajustar cuentas. Tomó una decisión. ¿No es bueno que Dios quiera arreglar cuentas con nosotros? En el momento en que Adán y Eva pecaron en el huerto del Edén, Dios podía haber dejado de intervenir y dejar que toda la raza humana naciera en pecado, muriera y fuera al infierno. Pero él quería tener relaciones con nosotros, y escogió hacerlo. Fue su deseo.

Una deuda

«Se le presentó uno que le debía miles y miles de monedas de oro» (Mateo 18:24).

Don Carson dice: «Jesús tal vez estaba usando una hipérbole (una exageración) para dejar en claro cuánto habían sido perdonados los herederos del Reino». Sea como sea, la verdad es que nuestra deuda es astronómica. Uno de los grandes efectos de encontrarnos con la gloria de Dios es que de súbito uno ve los pecados de uno tal como son. Yo estoy de acuerdo con la risa, la alegría, los saltos y las caídas al piso, pero si al final del día uno no ve el pecado propio, algo no anda bien. La gloria de Dios a la larga le hará ver su pecado.

Una demanda

«Como él no tenía con qué pagar, el señor mandó que ... vendieran ... todo lo que tenía, para así saldar la deuda» (Mateo 18:25).

En esos días se podía hacer eso. Lo que el rey exigió fue lo que la ley permitía. Si una persona no podía pagar, perdía todo derecho en la vida. Dios le dio a Moisés la ley en el monte Sinaí, pero nadie jamás ha sido capaz de guardarla por completo. Jesús anunció que él la cumpliría, y lo hizo. La ley demanda que se nos castigue, pero Jesús cumplió las demandas de la ley, y pagó por nuestras faltas.

Un indulto

Un indulto es la autoridad o autorización de perdonar. Empieza con una súplica de misericordia. «El siervo se postró delante de él. “Tenga paciencia conmigo”, le rogó, “y se lo pagaré todo”» (Mateo 18:26).

Así actuamos. Le suplicamos a Dios misericordia. Decimos: «Dios, sé misericordioso conmigo que soy pecador». Pero la misericordia puede que la extienda o que la retenga, y en cualquier caso se hará justicia. Así que el rey tenía que escoger ser misericordioso o no. No tenía que ser misericordioso. Recuerden que Dios le dijo una vez a Moisés: «Tengo clemencia de quien quiero tenerla, y soy compasivo con quien quiero serlo» (Éxodo 33:19).

Eso no ha cambiado. Que nunca lo olvidemos. El individuo más santo y más consagrado, sea quien sea, cuando llega al trono de la gracia lo único que puede hacer es pedir misericordia. Eso quiere decir que ninguno de nosotros tiene ningún derecho a regatear. Nadie puede entrar a la carrera a la presencia de Dios, chasquear los dedos y esperar que Dios brinque; tiene que pedir misericordia.

La continuidad de la misericordia

«El señor se compadeció de su siervo, le perdonó la deuda y lo dejó en libertad» (Mateo 18:27).

En la cruz, Jesús dijo: «Todo se ha cumplido». Esta frase es traducción de la expresión griega *tetelestai*, que era una expresión coloquial en el mercado antiguo y que quería decir «pagado totalmente». La sangre saldó la deuda. El perdón implica *continuidad* de la misericordia. Eso quiere decir que una vez que uno la recibe, tiene que pasarla. ¿Puede usted imaginarse cómo sería el mundo si toda persona que ha sido perdonada de inmediato empezara a perdonar a otros, de modo que todos los que han recibido la salvación perdonaran a todos los que les han agraviado alguna vez? Esto es lo que Jesús quiere. Él espera que lo pasemos. Hemos sido perdonados; tenemos el deber de perdonar.

Las posibilidades del perdón

Esta parábola muestra las posibilidades de perdón, y son interminables. Todos tenemos algo que contar. Mientras más grande sea lo que uno tiene que perdonar, mayor es la oportunidad de recompensa en el cielo. Habrá grados de recompensa. Usted podría, en este momento, estar a punto de «echarlo todo a perder» porque piensa: *Esto es demasiado. No puedo perdonarlo, y no voy a hacerlo*. Pero ¡escuche! Tómelo con ambas manos, y cáncélelo. Ore que nunca los atrapen. «Pero esto no puede quedarse así», dice usted, «no puedo hacer eso». Está bien; entonces su recompensa no será grande.

Los principios del perdón

Perdonar quiere decir que uno deja libre a la persona. Eso quiere decir que uno no le dirá a nadie lo que hizo. Quiere decir no dejarlo con miedo. En otras palabras, no lo hace sentirse culpable. Si usted se propone hacer que se sienta culpable, no los ha perdonado. Cuando Dios nos perdona, no nos da un espíritu de temor, sino el Espíritu de *Abba*, Padre; podemos simplemente subirnos en sus piernas y amarlo y dejar que nos ame. Él quiere que nos sintamos bien. Él no dice: «Ah, de paso, ya sabes todo lo que te perdonado».

Cuando uno ha perdonado totalmente a alguien, también le da la oportunidad de que se perdone a sí mismo si es posible. En otras palabras, no hace nada para contribuir a que se sienta culpable; no lo señala con el dedo. Le permite que salve su dignidad. ¿Sabe usted lo que quiere decir que Dios le permite que salve su dignidad? Yo sí. Él no le ha dicho a nadie las cosas que yo he hecho. Él me permite que salve mi dignidad. No merezco haber sido ministro por todos estos años, pero Dios me ha dejado que salve mi dignidad. Él es bueno. ¿Le ha permitido a usted que salve su dignidad? Así es Dios. ¿Sabía usted que nos protege de nuestros más hondos secretos? Todos tenemos esqueletos en el armario. Siempre es tentador sacar a relucir el esqueleto de otro y decirle al mundo: «Pues bien, ivoy a decirles lo que sé de él!» Dios no hace eso.

La mayoría de las veces, los que nos han lastimado ni siquiera tienen idea de que los hemos perdonado, porque todo eso tiene lugar en nuestro corazón. Después oramos por ellos. Cuando oramos por ellos, no simplemente decimos: *Señor: los entrego en tus manos*. Tampoco ora pidiendo: *Señor: encárgate de ellos*. No se pone a esperar que el teléfono suene con noticias de que fulano de tal ha sufrido un accidente y quedará paralizado por toda la vida, y dice: «Ah, alabado sea

el Señor; Dios lo hizo por mí».

¿Qué si Dios decidiera encargarse de *usted*? Pienso que una de las razones principales por las que la gente pierde su salud es que está amargada. Hay una conexión estrecha entre la salud y el perdón. La amargura puede ser lo que bloquea su curación. Eso no quiere decir que todos los que necesitan salud están amargados. No estoy diciendo eso, pero en muchos casos esa es la situación.

El propósito del perdón

El propósito de perdón es doble. Primero, mostrar gracia porque Dios nos ha mostrado gracia. Segundo, mostrar gratitud, porque recordamos lo que Dios ha hecho por nosotros. La próxima vez que una persona lo ofenda, en lugar de hacerla sentir culpable, simplemente recuerde que Dios no ha hecho eso con usted. La próxima vez que empiece a decir: «Voy a decirle a todo el mundo lo que sé de ti», recuerde que Dios no le dice a otros lo que él sabe de usted. La próxima vez que quiera hacerlos que se retuerzan y avergüencen, recuerde que Dios le ha permitido a *usted* salvar su dignidad.

Todos hemos fallado en esto del perdón total. A lo mejor usted no se ha dado cuenta de eso, pero esta parábola nos describe a todos y cada uno de nosotros. Pero podemos cambiar. Usted puede decir: «¡Lo que he hecho!. He estado tan amargado y enfadado. No he sido muy perdonador, y he dicho cosas terribles». Lo que tiene que decir es: «Señor, gracias por esta parábola. Lamento todo lo que he dicho y hecho. Señor, tú le dijiste a Pedro que debía perdonar setenta y siete veces, y por eso, Señor, ¿me podrías perdonar de nuevo? Perdón».

Hágalo hoy.

Capítulo 17

La parábola del buen samaritano

Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones.

Lucas 10:30

La parábola del buen samaritano es una de las más conocidas y populares de la Biblia. Aparece en Lucas, pero no en los demás Evangelios Sinópticos. El Evangelio de Lucas parece mostrar un interés particular en el oprimido y maltratado. Pudiera ser que por esta razón Lucas tuvo un interés en particular al incluirla. Esta parábola destaca el interés que Jesús tenía en atender al abandonado. Quería ir al rescate de las personas que la mayoría de la gente despreciaba. El improbable héroe de esta historia es un samaritano. Los samaritanos ciertamente eran impopulares, pero la mayoría de los judíos los odiaban.

Imagínese por un momento a una persona que particularmente no le cae bien. Sea sincero en reconocer que hay una o dos personas de esas. Pudiera ser alguien cuya orientación sexual realmente lo molesta a usted. Pudiera ser una persona cuya manera de hacer las cosas siempre lo frota a contrapelo. Pudiera ser alguien que le ha hecho daño a usted o a sus hijos. Pudiera ser alguien cuya teología está un poco fuera de línea. Sea quien sea, simplemente es alguien que a usted no le cae bien. Generalmente hablando, si usted estuviera en algún problema probablemente sería la última persona de quien quisiera recibir ayuda, ¿no es cierto?

La hostilidad entre judíos y samaritanos se remontaba a más de ochocientos años. A veces esto sucede entre naciones.

Los franceses y los ingleses nunca se han llevado bien, y ha habido mucha hostilidad entre ellos. Los de India y de Pakistán siempre han estado enemistados. De manera similar, los judíos y los samaritanos no se llevaban bien.

En 2 Reyes 17:24-41 leemos la historia de Oseas, el último rey de Israel. Oseas fue la «gota que derramó el vaso» en su infidelidad a Dios. Los asirios pudieron apoderarse de Samaria porque los israelitas habían pecado contra el Señor. Entonces leemos: «Para reemplazar a los israelitas en los poblados de Samaria, el rey de Asiria trajo gente de Babilonia, [y de otras naciones]. Éstos tomaron posesión de Samaria y habitaron en sus poblados» (2 Reyes 17:24).

Samaria estaba al norte de Jerusalén y al sur de Galilea. No es difícil ver por qué los judíos detestaban a los samaritanos. Los samaritanos habían surgido parcialmente de las diez tribus de Israel y parcialmente de los descendientes de los pueblos que Asiria estableció en Palestina. Se habían casado entre ellos, y por eso los judíos los consideraban medio extranjeros y medio paganos, aunque la realidad era que los samaritanos probablemente eran más judíos que cualquiera de los demás. Naturalmente, hubo enfrentamientos entre samaritanos y judíos con el correr de los años. Lucas preparó el camino, en cierto sentido, para esta parábola porque anotó que Jesús y sus discípulos atravesaron un pueblo samaritano en donde la gente no les recibió bien (Lucas 9:51-56). Jacobo y Juan preguntaron: «Señor, ¿quieres que hagamos caer fuego del cielo para que los destruya?» (Lucas 9:54). Pero Jesús les reprendió, y siguieron su camino a otra población. ¿Recuerden también cómo se sorprendieron los discípulos en Juan 4 cuando hallaron a Jesús hablando con una mujer samaritana? Ciertamente el escenario estaba preparado para la parábola del buen samaritano.

Dos preguntas

Jesús dijo esta parábola en respuesta a dos preguntas de un maestro de la ley: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?» (Lucas 10:25).

En respuesta a esta primera pregunta, Jesús básicamente dijo: «Tú deberías saberlo; tú eres el experto» (Lucas 10:26). Allí estaba un maestro de la ley, no un procurador ni un abogado que tenía que ver con la ley mosaica, sino uno que conocía la ley religiosa y la ley moral. Este hombre no estaba buscando información; estaba tratando de poner a prueba a Jesús. En respuesta a la pregunta de Jesús, citó dos pasajes del Antiguo Testamento: «Ama al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Deuteronomio 6:5). Y, «Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Levítico 19:18).

Jesús, como siempre, respaldó la ley y dijo en respuesta: «Bien contestado. ... Haz eso y vivirás» (Lucas 10:28).

Tal vez al hombre no le gustó la idea de que le volteara la pregunta y se concentrara en él. Parece ser así, porque se retorció y buscó un subterfugio: «¿Y quién es mi prójimo?» (Lucas 10:29).

Estoy seguro que no le gustó saber quién era su prójimo. Muchas veces la gente hace preguntas, pero en realidad no quieren saber la respuesta. La gente a menudo hace una pregunta cuando, en verdad, todo lo que quieren es martillar un punto. La gente le hacía esto a Jesús a menudo. A pesar de eso, sin embargo, Jesús aprovechó la oportunidad para enseñar algunos principios importantes en cuanto a la santidad, y respondió con la parábola del buen samaritano. Al continuar examinando la enseñanza de Jesús, tenga presente que esta parábola fue una respuesta a la pregunta que hizo el hombre: «¿Y quién es mi prójimo?»

El sacerdote y el levita

Jesús habló de un judío del pueblo que viajaba de Jerusalén a Jericó. Era un viaje de unos treinta kilómetros, con una subida muy empinada entre Jericó y Jerusalén, que se hallaba como a seiscientos setenta metros sobre el nivel del mar. Era un viaje peligroso entonces, y ni ahora es un viaje fácil, incluso con buena carretera. Uno todavía puede ver beduinos por toda la región, y ciertamente uno no quiere viajar solo. Es una parte peligrosa de Israel, y el relato de Jesús era plausible.

Cuando leemos Lucas 10:30-35, vemos cómo incluso los clérigos de la región evadían a un compatriota en aprietos. El hombre había caído en manos de ladrones y estaba en aprietos. Le habían robado el dinero, lo habían golpeado y lo habían dejado por muerto. No mucho después de eso otros pasaron por allí: primero un sacerdote y después un levita. Los sacerdotes eran los encargados de la adoración y los sacrificios en el templo, y se contaban entre las personas de mayor prestigio de ese tiempo; eran los que defendían la ley. Los levitas ayudaban a los sacerdotes en todas las tareas del templo, incluyendo la provisión de música y el mantenimiento de la seguridad de los edificios, así que ellos también tenían buen conocimiento de los requisitos de la ley de Dios. Los dos vieron lo que había sucedido, pero actuaron como si no lo hubieran visto. A pesar de reconocer la necesidad del judío, tanto el sacerdote como el levita se hicieron a un lado y siguieron de largo.

A veces uno halla hoy personas como estas en el ministerio. Están más interesados en la liturgia que en las personas, más interesados en «el ministerio» mismo que en ayudar en realidad a las personas. Les encanta el prestigio, pero no quieren ensuciarse las manos. Muchos que aspiran a entrar en el ministerio hoy ven un poco el encanto y tal vez

el prestigio en el perfil público, pero no se dan cuenta de que para ser ministro uno tiene que ser una persona genuina.

Recuerdo que una vez vino a verme un hombre diciendo que se había sentido llamado a predicar. De inmediato lo dudé, pero le pregunté por qué pensaba eso. Me dijo: «Yo me conozco». Le dije: «Pues bien, vaya como parte de uno de nuestros equipos de evangelización, porque ese es un buen lugar para probar su llamamiento. Veamos si puede hablarle del evangelio a la gente». «Ah», me dijo, «puedo predicarle a miles, pero no a uno o dos». Le respondí: «Pues bien, Jesús dijo que el que es fiel en lo poco, es fiel en lo mucho» (Mateo 25:21). El hombre nunca volvió.

El clérigo en la parábola de Jesús no quería tener nada que ver con el hombre que estaba en aprietos reales y herido. Después pasó un samaritano por allí e hizo lo que el levita y el sacerdote no quisieron hacer.

¿Por qué es importante esta parábola?

¿Qué podemos aprender de la enseñanza de Jesús en esta parábola? Primero, Jesús mostró cómo personas sorprendentes pueden salir de la nada para hacer lo que el pueblo de Dios debería estar haciendo. Personas que pensamos que son malas en realidad pueden ser muy, pero muy buenas. Personas que pensamos que son muy buenas pueden ser malas, muy malas. El «chico malo» debería haber sido el samaritano, porque era el que los judíos odiaban en aquel tiempo. Aquí tenemos a un personaje que probablemente se había alejado del Dios de Israel y se había casado con alguna asiria. Pero resultó ser el «chico bueno». Los chicos buenos deberían haber sido el levita y el sacerdote, pero no fueron tan buenos. ¿No es típica de Jesús esta parábola? Es un relato típicamente cabeza abajo que revela la hipocresía del día.

Segundo, la parábola trata del orgullo y el prejuicio. La gente tenía un prejuicio contra los samaritanos. Esto se refiere al prejuicio social, prejuicio racial, prejuicio sexual, prejuicio cultural y prejuicio teológico, todo lo cual todavía es pertinente hoy. Y ¿del orgullo? La gente no quiere darle la gloria a alguien que no es de su partido. No queremos que alguien sea un buen ejemplo si primero no es héroe en nuestra mente. Va contra nuestra manera de pensar. Todos tenemos nuestros héroes, y queremos que les vaya mejor cada vez. Hay incluso los que no aceptan ayuda a menos que venga de alguien a quien respetan. Es como decir: «Si alguna vez voy a ser salvo, quiero que sea Billy Graham el que ore por mí, ¡y no cualquier evangelista callejero!»

Sin embargo, debemos estar dispuestos a recibir y a aprender de toda persona. Me asombra cuando leo Romanos 1:14-15, en donde Pablo escribe que era deudor a «sabios y a no sabios», que se sentía obligado a ellos, ligado a ellos. Con

el correr de los años, he tenido que reconocer que podía aprender de personas que tal vez no hubiera invitado a predicar en la Westminster Chapel.

Hace algunos años estábamos de vacaciones en los cayos de la Florida cuando llegó el huracán Andrew. Por tres días estuvimos sin electricidad, así que todo lo que podíamos hacer era conversar. Yo no podía pescar; no podíamos hacer nada. Mi amigo y yo simplemente nos la pasábamos sentados y leyendo juntos. Mi amigo me leyó de un libro en particular y yo dije: «Eso es bueno; léelo de nuevo». Lo leyó de nuevo, y después le pregunté: «¿Quién dijo eso?» Cuando me dijo de quién era la cita, yo pensé: *¡No puedo creer que él pudiera decir algo tan bueno!* Me di cuenta entonces que mi corazón había estado equivocado. Yo no había querido aprender nada de esa persona en particular, porque en algún momento había hablado en contra mía, y yo lo supe. A decir verdad, me fastidió incluso el que mi amigo estuviera leyendo un libro escrito por él; aunque mi amigo no sabía que el autor me había ofendido. Mientras yo no sabía quién era el autor, pensé que era un buen comentario. Pero cuando supe quién era, de repente ya no me gustó. Esta actitud estaba mal.

¿Está usted dispuesto a aceptar «ayuda» de toda persona? Este judío estaba medio muerto y ni siquiera podía hablar. Si hubiera tenido otra alternativa a lo mejor hubiera dicho: «*Tú no me vas a ayudar. Prefiero morirme antes de que me ayudes*». ¿Es usted así?

Tercero, la parábola nos muestra que nuestros «prójimos» tal vez no sean las personas que uno esperaría que fueran. Mientras yo crecía en Ashlan, Kentucky, pensaba que mi «prójimo» era el que vivía en la casa de al lado, o tal vez al frente. Cuando uno piensa en un barrio, piensa en un grupo de casas cercanas a la de uno. Pero, como ven, la mayoría de los barrios están formados de personas de la misma clase, y uno puede ajustarse a ellas, especialmente cuando se trata de amar al prójimo como a uno mismo. Pero esta parábola

amplía ese concepto; amplía el alcance y definición de la palabra *prójimo*. Jesús definió a nuestro prójimo como alguien de quien nosotros hubiéramos esperado que jamás calificara para el título porque, tal vez, esa persona pudiera contribuir para ayudarnos.

Esta parábola es importante también porque su interpretación tiene una ambigüedad intencional; y eso quiere decir que Jesús a propósito le dio un significado doble. Habiendo relatado la historia, Jesús le dijo a este maestro de la ley, a este experto que en realidad no quería la respuesta: «¿Cuál de estos tres [el sacerdote, el levita o el samaritano] piensas que demostró ser el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?» “El que se compadeció de él”, contestó el experto en la ley”. “Anda entonces y haz tú lo mismo”, concluyó Jesús» (Lucas 10:36-37).

Esta declaración ha fascinado a los eruditos bíblicos porque es difícil decir exactamente a quién estaba diciendo Jesús que debíamos imitar. El «prójimo» era el samaritano. Nótese que el maestro de la ley ni siquiera pudo reunir agallas para decir la palabra *samaritano*! Más bien dijo: «El que se compadeció de él». Esto muestra la profundidad de su hostilidad. La ambigüedad intencional es que Jesús quiere, primero que nada, que seamos *como* el samaritano en nuestras acciones, pero también quiere que *amemos* al samaritano. Debemos aprender de él, y debemos amarle. Jesús nos dice que el «samaritano» es nuestro prójimo, y debemos amar al prójimo.

Una interpretación antigua

Veamos más de cerca la interpretación de esta parábola. A lo mejor a ustedes les parece algo divertida la manera en que en la iglesia primitiva la interpretó. Una manera de entender la Biblia es a través de *alegorías*. En la iglesia primitiva, empezando con Orígenes (ca. 185-254 d.C.) hasta Agustín (354-430 d.C.), la mayoría de la interpretación bíblica era mediante alegorías. La siguiente es la manera en que interpretaban la parábola del buen samaritano.

Primero, razonaron que el hombre de la parábola que cayó entre ladrones era Adán, porque Adán cayó. Cayó en el huerto del Edén, como este hombre cayó entre ladrones. Jerusalén, debido a su altura, representaba el cielo. Jericó era el mundo; el hombre «descendió» a Jericó. Los ladrones son los poderes de las tinieblas. El sacerdote representaba la ley, y los levitas a los profetas. El buen samaritano era Jesús. El vino, debido a que leemos que el samaritano trató las heridas del hombre echándoles aceite y vino en Lucas 10:34, se refería a la sangre de Cristo, y el aceite al Espíritu Santo. El samaritano llevó al hombre al mesón, que representaba a la iglesia. El samaritano le dijo al mesonero: «Cuídemelo ... y lo que gaste usted de más, se lo pagaré cuando yo vuelva» (Lucas 10:35), lo que se refería a la Segunda Venida de Cristo.

Esto pudiera parecernos bien extraño para nosotros ahora, pero así es como predicaba en la iglesia primitiva. Más tarde, cuando surgió La Reforma con Lutero y Calvino, no solo ellos pusieron el mundo de cabeza mediante su enseñanza de la justificación por la fe sola, sino que hicieron que la predicación de la palabra fuera central en la Iglesia, y así todo el estilo de predicación cambió. Rechazaron la interpretación alegórica de la Biblia y dijeron: «Hay otra manera: aplíquela». Soy de la tradición de Calvino, la

tradición reformada, de interpretar esta parábola. Y pienso que esta es la manera correcta de interpretarla.

Bondad práctica

La parábola tiene que ver principalmente con nosotros, no con Jesús. Cuando Jesús dijo «Anda entonces y haz tú lo mismo», estaba diciéndonos esas palabras a todos nosotros. ¿Cómo debemos interpretar esto? En primer lugar tiene que ver con el *amor* y no con la *ley*. Los que viven por la ley, como el sacerdote y el levita, pueden ser muy fríos. Hay excepciones a esto por supuesto. No estoy diciendo categóricamente que así son todos los que se aferran a la ley. Pero a menudo este es el caso. Aman los dos mil versículos de legislación, y quieren aplicarlos de alguna manera. A veces los más legalistas no tienen corazón. A menudo uno encuentra que los que se aferran a la ley tienen matrimonios deshechos.

Dejemos la ley a un lado por un momento y pensemos en los que pueden ser muy receptivos al Espíritu Santo. Ellos también pueden ponerse muy rígidos si otros no son receptivos al Espíritu. Lo que yo quiero saber es esto: ¿Ayudarían ellos a una persona que se ha quedado en la carretera con una llanta desinflada? ¿Le darían a esa persona un aventón en su automóvil? ¿Acudirían ellos al rescate de alguien? Alguna vez estos creyentes tienen su mente tan metida en lo espiritual que no sirven para nada en la tierra.

Conocí a una señora hace años que tenía el hábito de señalar con el dedo a otros y destacar sus deficiencias. Alguien le sugirió una vez que, puesto que ella siempre pasaba precisamente frente a la puerta de cierta persona al dirigirse a la iglesia, podía llevar a la iglesia a esa persona. Se enfureció ante la idea de tener que detenerse y llevar a alguien en su automóvil, con lo que mostró una increíble falta de gracia. En esta parábola Jesús dio una lección de bondad práctica que muchos necesitamos oír. Jesús tenía una manera directa de presentar su mensaje que nos hace

sentirnos muy incómodos con nosotros mismos. Habló que todo es una cuestión de *amor*, no de *ley*. Es cuestión de correr riesgos. El amor corre riesgos.

¿Qué tal del samaritano? ¿Qué fue lo que hizo? Para empezar, aceptó la molestia, en tanto que el levita y el sacerdote la evadieron, y siguieron de largo por el otro lado. El samaritano fue donde estaba el hombre. Escuchen el testimonio de Pablo en 1 Timoteo: «Que el Señor le conceda misericordia a la familia de Onesíforo, porque muchas veces me dio ánimo y no se avergonzó de mis cadenas. Al contrario, cuando estuvo en Roma *me buscó sin descanso hasta encontrarme*» (2 Timoteo 1:16-17, cursivas añadidas).

Algunos hacemos intentos a medias de emular un interés santo como este. Si hubiéramos estado en su lugar, a lo mejor hubiéramos dicho: «Perdone, Pablo. Traté de encontrarte, pero no pude hallarte». Pero Onesíforo buscó sin descanso hasta que halló a Pablo.

El samaritano aceptó la molestia y mostró compasión. Fue donde estaba el judío y vio qué podía hacer para ayudarlo (Lucas 10:33). Escuchen esto y aprendan lo que significa: «Lo que pido de ustedes es amor y no sacrificios» (Oseas 6:6; Mateo 9:13; Mateo 12:7).

El hecho de que Jesús citó a Oseas dos veces en el Evangelio de Mateo quiere decir que esto es más que un comentario al paso. Él dijo: «Si ustedes supieran lo que significa: “Lo que pido de ustedes es misericordia y no sacrificios”, no condenarían a los que no son culpables» (Mateo 12:7).

Esto es lo que vemos en esta parábola: un hombre que mostró misericordia. Mostró compasión, y le costó algo. Se apeó, puso al hombre sobre su propio burro, le llevó al mesón y lo cuidó. Le costó dinero además de tiempo y molestia. Sacó dos monedas de plata y se las dio al mesonero para que el hombre pudiera quedarse allí por varios días y recuperarse. Algunos eruditos dicen que probablemente eso

fue suficiente para veinticuatro días. ¿Qué en cuanto al sacerdote y al levita—respetados miembros de la iglesia—, a los que se tenían como santos? Fueron muy cautos y calculadores. Así como ellos, nuestro razonamiento hoy a menudo es: «No sabemos cómo va a gastar el dinero, así que no se lo demos».

Insistimos en ser cuidadosos, y a veces decimos, como el maestro de la ley: «¿Quién es mi prójimo?» Jesús nos da la respuesta, y nos hace sentir muy incómodos. El sacerdote y el levita estaban buscando una excusa para no intervenir. Buscamos cualquier cosa que nos disculpe y pensamos: *Gracias, Señor. No tengo que hacerlo*. Buscamos maneras de evadir la responsabilidad. Actuamos como si no viéramos las necesidades, y con todo seguimos yendo a la iglesia, cantamos los himnos, nos encanta el sermón, salimos, vamos a comer, nos vamos a casa y nos sentimos muy bien.

Es fácil orar y no actuar. Teníamos a un encantador hermano galés que solía venir a nuestras reuniones de oración hace años, y todas las semanas decía: «Señor, envía a tus elegidos». ¡Qué bien! Que los envíe, ¡pero no olvidemos salir a buscarlos! Cuando Jesús dijo: «Anda y haz tú lo mismo», quiso decir que quiere que aprendamos del samaritano y hagamos lo que él hizo. Tal vez, así como el judío hubiera odiado al samaritano, usted también a veces puede ser selectivo debido al prejuicio. Tal vez usted no quiere ayudar, o no quiere que lo ayude, una persona que tiene un color de piel diferente. Tal vez usted se ofendería si alguien que es abiertamente homosexual acude a ayudarlo cuando está en aprietos. Pero Jesús dijo: «Estén dispuestos». Sin que importe el color de la piel, la posición social ni la orientación sexual, a menudo somos llamados a dar ayuda o a recibir ayuda de las personas con quienes menos quisiéramos identificarnos. Tal vez Dios quiere que nos humillemos nosotros mismos, y afirmemos, y amemos a los marginados de la sociedad. Eso me suena a Jesús.

Humildad y gratitud

La parábola no trata solamente de servicio, sino también de humildad. El servicio quiere decir dar tiempo, energía y dinero. Humildad, en este sentido, tiene que ver con gracia, con recibir ayuda de alguien con quien uno normalmente no se asociaría. Antes usted no hubiera querido que esa persona le ayudara, pero ahora está dispuesto a aceptar ayuda de dondequiera que venga. También es cuestión de gratitud. Como Pablo dijo: «Estoy en deuda con todos ... instruidos o ignorantes» (Romanos 1:14).

La gratitud es clave para la doctrina bíblica de la santificación. La mejor manera de entender la santificación es a través de la gratitud. La santificación es vida santa, y el proceso por el cual llegamos a ser más santos es la gratitud. Su santificación no le ayuda a llegar al cielo, en caso de que esté preguntándose, pero la santificación dice: «Gracias, Señor, por salvar mi alma». Así que aquí, en su gratitud, puede aprender del buen samaritano. Usted quiere ser como el que dice: «Dios: mira lo que hiciste por mí; ¡gracias!» Usted va a amar a la persona que quiere ayudarle.

Jesús, el Buen Samaritano

Así que la «bondad» es el tema principal de esta parábola. Por eso nos referimos al *buen samaritano*. ¿Recuerdan cómo Pedro lo dice en Hechos cuando estaba hablando en la casa de Cornelio? Dijo que Jesús «anduvo *haciendo el bien*» (Hechos 10:38, cursivas añadidas). Usando el método alegórico antiguo, Jesús es el *epítome* del Buen Samaritano.

El reto para todos nosotros es aceptar a los que Jesús quiere que ayudemos o a los que Jesús quiere que nos ayuden. ¿Es usted tan orgulloso que diría: «Puedo valirme por mí mismo»? Dios envió a Jesús a morir en una cruz para hacer lo que usted mismo no podía hacer. Nunca diga: «Puedo valérmelas yo solo, muchas gracias». Usted fue salvo al aceptar a aquel que hizo por usted lo que usted no podía hacer por usted mismo. Aprenda del buen samaritano y ámelo, porque Jesús deja en claro que él fue el verdadero prójimo; y esto nos mantiene humildes.

Capítulo 18

La parábola del rico insensato

El terreno de un hombre rico le produjo una buena cosecha.

Lucas 12:16

La parábola del rico insensato se halla en Lucas 12:13-21. Leemos allí que la precipitó una persona de la multitud que le pidió a Jesús que le ayudara a resolver un conflicto financiero con su hermano. ¡Le pidió a Jesús que hiciera que su hermano compartiera su herencia con él! Fue una petición nada común. Jesús declinó intervenir en el asunto, diciendo: «¿Quién me nombró a mí juez o árbitro entre ustedes?» Después de este comentario, se volvió a la multitud con una advertencia: «¡Tengan cuidado! Absténganse de toda avaricia; la vida de una persona no depende de la abundancia de sus bienes» (Lucas 12:15).

Jesús entonces procedió a decir esta parábola. La historia cuenta de un rico que tuvo una cosecha tan buena que sus graneros se le quedaron chicos. Entonces pensó: *Voy a derribar esos viejos graneros y construir nuevos y más grandes. Almacenaré allí todo mi grano y tendré suficiente para vivir por años. Ya puedo llevar una vida holgada, comer, beber y alegrarme.* Sin embargo, las cosas no serían así. Jesús dijo que Dios reprendió al hombre diciéndole: «“¡Necio! Esta misma noche te van a reclamar la vida. ¿Y quién se quedará con lo que has acumulado?” Así le sucede al que acumula riquezas para sí mismo, en vez de ser rico delante de Dios» (Lucas 12:21).

¿Por qué es importante esta parábola?

Lo primero que debemos notar en este pasaje bíblico tuvo lugar antes de que Jesús dijera la parábola. Fíjese en el hombre de la multitud que buscó la ayuda de Jesús. Allí tenemos a un hombre que quería usar el poder de Jesús para salirse con la suya. Muestra cómo la gente a veces quiere usar a Dios sin tener ningún interés en Dios mismo. Es decir, no tienen interés en el Reino, el honor y la gloria de Dios. Usan a Dios porque quieren sacarle algo: algún consejo tal vez o algún tipo de ayuda. Eso es todo lo que quería el hombre en este episodio. Quería que Jesús le dijera a su hermano lo que debía hacer. Esto vino directamente después de que Jesús había dicho: «Cuando los hagan comparecer ante las sinagogas, los gobernantes y las autoridades, no se preocupen de cómo van a defenderse o de qué van a decir, porque en ese momento el Espíritu Santo les enseñará lo que deben responder» (Lucas 12:11-12).

¡Qué barbaridad! Imagínese a alguien entonces diciendo: «Maestro, dile a mi hermano que comparta la herencia conmigo» (Lucas 12:13).

¡El hombre no había escuchado nada! Todo lo que tenía en su mente era: *Voy a pedirle consejo a este hombre*. Yo sé lo que es predicar de todo corazón, y que cuando uno piensa que ha predicado un mensaje poderoso, alguien llega a la iglesia y su primera pregunta es: «No sé si aceptar este trabajo o el de más allá, así que voy a hacer lo que usted me diga». ¡No ha escuchado ni una sola palabra de lo que he predicado! A veces tengo que decir: «Yo soy su pastor, no su abogado».

Además de ilustrar cómo la gente a veces quiere sacarle algo a Dios, esta parábola responde a la pregunta: «¿En qué consiste la vida?» La respuesta, en caso de que usted se pregunte, es que esta vida es una preparación para la vida venidera. Debemos invertir todo minuto de cada día

pensando en la vida venidera, porque no podemos llevarnos nada cuando muramos. «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo he de partir» (Job 1:21). O como Pablo le dijo a Timoteo: «Porque nada trajimos a este mundo, y nada podemos llevarnos» (1 Timoteo 6:7).

Esta parábola también muestra el peligro de la bendición financiera. A menudo cuando recibimos una bendición material tendemos a querer todavía más. Jesús pintó a tal hombre aquí. Recibió la bendición de una cosecha gigantesca e inmediatamente pensó: «Ya sé lo que voy a hacer: derribaré mis graneros y construiré otros más grandes, donde pueda almacenar todo mi grano y mis bienes» (Lucas 12:18). Este es el peligro de la bendición financiera.

También aprendemos aquí sobre el peligro de la presunción, porque este rico insensato se dijo: «Y diré: Alma mía, ya tienes bastantes cosas buenas guardadas para muchos años. Descansa, come, bebe y goza de la vida» (Lucas 12:19). La presunción era pensar que le quedaba tiempo de sobra.

Jesús también estaba enseñando la importancia de ser rico delante de Dios: «Así le sucede al que acumula riquezas para sí mismo, en vez de ser rico delante de Dios» (Lucas 12:21).

¿Ha cruzado por su mente que necesita ser rico para con Dios? Hay mucha incertidumbre en cuanto a la vida y a la muerte. Ninguno de nosotros sabe cuánto tiempo le queda. Un día moriremos, y después de la muerte habrá un juicio. Por eso es que esta vida es preparación para la vida venidera. La cuestión es: ¿Dónde estará usted de aquí a cien años? ¿Se alegrará de lo que hizo usted cien años antes?

Finalmente, esta parábola es importante porque nos da la descripción de un necio, y podemos aprender de este modelo; podemos aprender cómo no pensar ni comportarnos a fin de evitar ser necios.

División Familiar

Hay varias cosas que quiero que aprendamos de esta parábola. El primer asunto que surge es el de la división en la familia. Lucas 12:13 muestra que había un conflicto familiar entre dos hermanos. Casi todos sabemos lo que es verse envuelto en una pelea familiar. Muchas, sino la mayoría, de las peleas familiares tienen que ver con dinero.

Hace muchos años, mientras viajábamos de Florida de regreso a Ashland, Kentucky, mi propia familia (mi abuela, tíos, tíos y mi papá) tuvo el pleito familiar más grande que jamás he oído en mi vida. Tenía que ver con la herencia. No podía creerlo. Es asombroso cómo la gente piensa que no está apegada al dinero hasta que descubre que alguien puede estar a punto de morir. ¡Entonces se preguntan qué habrá en el testamento!

Graham Lacey solía contar de un rico que murió. Su albacea llamó a todos a la oficina del abogado, y se leyó el testamento. «Primero, a mi hermano Juan le doy todas mis acciones y bonos. A mi hermana María le doy todas mis propiedades. A mi otra hermana, Elena, le doy todo el dinero efectivo de todos los bancos. Y a mi hermano Haroldo, que siempre dijo que no lo mencionaría en mi testamento: “¡Hola, Haroldo!”»

Una petición

El incidente que ocasionó esta parábola empezó con una petición: «Maestro, dile a mi hermano que comparta la herencia conmigo» (Lucas 12:13).

Aquí tenemos una persona que está manipulando a Jesús sin ningún interés en lo que realmente importa. ¿Le sorprendió la respuesta de Jesús? «Hombre, ¿quién me nombró a mí juez o árbitro entre ustedes?» (Lucas 12:14).

¿Por qué no quiso Jesús responder a la pregunta del hombre? Los judíos pensaban que el Reino del Mesías era un reino terrenal, y Jesús quería de todos modos no promover este error. Si hubiera intervenido en la disputa habría abierto el camino para mucho más. La palabra se hubiera regado: «Ah, si quieres buen consejo legal, aquí tenemos a nuestro Mesías terrenal. Él te dará sabiduría». Jesús no quería eso.

Un regaño

Es verdad que si reconocemos a Dios en todos nuestros caminos, él enderezará nuestras sendas (Proverbios 3:6). Todos sabemos lo que es pedirle a Dios sabiduría en los detalles de nuestra vida, y el Señor se alegra en darnos esa sabiduría; con una condición: que él ya sea el primero. «Más bien, busquen primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas» (Mateo 6:33).

Los que se dejan atrapar solo por las «cosas» no califican para traer a Dios a sus vidas en cuanto a los detalles. Necesitamos sabiduría para saber lo que Dios quiere que hagamos en la vida. He conocido a personas que han orado y ayunado en cuanto a la lotería, pidiéndole a Dios que les indique los números correctos. Conozco a una persona a quien alguien le dio una «palabra de conocimiento» de que iba a ganar. Todavía está esperando. Percibiendo esta actitud, Jesús dio una reprensión: «¡Tengan cuidado!», advirtió a la gente. “Absténganse de toda avaricia; la vida de una persona no depende de la abundancia de sus bienes”» (Lucas 12:15).

La parábola muestra la sutileza del amor al dinero. Como el apóstol Pablo dijo, «el amor al dinero es la raíz de toda clase de males. Por codiciarlo, algunos se han desviado de la fe y se han causado muchísimos sinsabores» (1 Timoteo 6:10).

Tengan cuidado de no estar afligidos por causa del dinero. El amor al dinero es muy sutil.

Riquezas delante de Dios

Jesús dio esta parábola para mostrar lo que será de cualquiera que hace tesoros para sí mismo y no es rico delante de Dios (Lucas 12:21). El apóstol Pablo nos dice cómo ser rico delante de Dios: «A los ricos de este mundo, mándales que no sean arrogantes ni pongan su esperanza en las riquezas, que son tan inseguras, sino en Dios, que nos provee de todo en abundancia para que lo disfrutemos» (1 Timoteo 6:17).

Así es como uno es rico delante de Dios:

- No sea arrogante
- No confíe en el dinero
- Disfrute de la vida sin ser egoísta
- Sea rico en buenas obras
- Sea generoso

«De este modo atesorarán para sí un seguro caudal para el futuro y obtendrán la vida verdadera» (1 Timoteo 6:19).

Favor divino

«El terreno de un hombre rico le produjo una buena cosecha» (Lucas 12:16).

Este hombre fue el beneficiario de la gracia común. Esta es una frase que usamos a menudo, tal vez sin saber lo que significa. Gracia común es lo que Dios hace por usted incluso si usted no es cristiano. Su mente, su inteligencia, su trabajo, las buenas cosas de la vida, el hecho de que tenemos un cuerpo de bomberos, servicio de policía, hospitales y cosas por el estilo, son provisión de Dios en el ámbito de la gracia común. Esto es favor divino. Si hay bendición financiera, Dios la ha dado. Eso no quiere decir que usted es digno de ella, aunque haya trabajado duro. Otros han trabajado con igual tesón como usted pero no necesariamente tienen lo que usted tiene. Usted tal vez diga: «Ah, se debe a que yo soy más listo». Pero hay otras personas que son tan listas como usted, y no tienen lo que usted tiene. «Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbreras celestes, y que no cambia como los astros ni se mueve como las sombras» (Santiago 1:17).

Dios no está en contra de que la gente tenga dinero. A algunas personas se les puede confiar el dinero. Si usted es creyente y se le puede confiar la riqueza, usted es extraordinario. A la mayoría de nosotros no se les puede confiar mucho, porque aunque decimos que podemos ser buenos mayordomos, Dios nos conoce mejor de lo que nos conocemos nosotros mismos. ¿Le ha bendecido Dios? ¿Es usted rico para con Dios? Bien pudiera ser que usted tiene las dos cosas. La prueba que Dios le ha bendecido en este sentido puede ser un buen ingreso, buena salud y felicidad general. La prueba de que usted es rico delante de Dios se halla en los puntos que Pablo mencionó en 1 Timoteo 6:17. Yo pudiera añadir un par de cosas.

Dar el diezmo

¿Da usted el diezmo? A mi juicio, el diezmo es el esquema más equitativo del mundo. El rico paga lo mismo por un kilo de carne molida que el pobre. El rico paga el mismo precio por su periódico que el pobre. Pero el diezmo es un porcentaje: el diez por ciento. Cuando usted llegue al cielo a lo mejor lamentará mucho la forma en que usó su dinero, pero nunca lamentará nada que le haya dado a Dios.

Me pusieron mi nombre por un hombre llamado R. T. Williams. Él tenía un amigo que era un hombre de negocios, y había acumulado un millón de dólares. El hombre había dado cien mil dólares a la iglesia, y tenía recibos para mostrarlo. Esto era en la década del 1920, icuando un millón de dólares era un montón de dinero! Con el tiempo, sin embargo, el hombre se fue a la bancarrota; lo perdió todo. Los miembros de su familia le decían: «¿No quisieras ahora no haber dado nada a la iglesia?» «¡Ah, no, se equivocan!», dijo él. «Eso es lo único que me queda». Eso es ser rico delante de Dios.

La prioridad de su tiempo

¿Cuánto tiempo pasa usted con Dios? ¿Cuánto ora? ¿Cuánto lee la Biblia? Si no conoce la Biblia, es porque no la lee. Usted debería leer por lo menos un capítulo al día. Si lee cuatro capítulos al día, leerá toda la Biblia en un año. Pase tiempo con Dios, y pase tiempo con su familia. Nunca recuperará ese tiempo. Cuando usted llegue al cielo, la prueba de que es rico delante de Dios es que usted ha tenido sus prioridades en orden en la tierra.

Un enfoque distorsionado

El rico pensaba para sus adentros:

«¿Qué voy a hacer? No tengo dónde almacenar mi cosecha». Por fin dijo: «Ya sé lo que voy a hacer: derribaré mis graneros y construiré otros más grandes, donde pueda almacenar todo mi grano y mis bienes. Y diré: Alma mía, ya tienes bastantes cosas buenas guardadas para muchos años. Descansa, come, bebe y goza de la vida».

Lucas 12:17-19

El hombre tenía un enfoque completamente distorsionado. Podía haber acudido a Dios y dicho: «Señor, tú me has bendecido enormemente. ¿Qué debo hacer con esta cosecha abundante? ¿Qué debo hacer con todo este grano extra?» Pero el hombre no miró a Dios. Su enfoque era por entero egocéntrico.

Sus pensamientos

Noten lo que dice el versículo, en la versión Reina-Valera: «Y él pensaba *dentro de sí*, diciendo: «¿Qué *haré...*?» (cursivas añadidas). Leemos en Proverbios que «cual es su pensamiento en su corazón, tal es él» (Proverbios 23:7, *RVR-60*). Y el salmista lo confirma: «El malvado levanta insolente la nariz, y no da lugar a Dios en sus pensamientos» (Salmo 10:4), «El SEÑOR conoce los pensamientos humanos, y sabe que son absurdos» (Salmo 94:11).

El hombre miraba solo sus propios deseos. No le agradeció a Dios por haberlo bendecido con una cosecha abundante, para empezar, y no pensó para nada en Dios después.

Sus tácticas

El hombre hizo planes para derribar sus graneros y construir más grandes en los cuales almacenar todo el grano adicional y sus bienes (Lucas 12:18). Pero escuchen esto: «El corazón humano genera muchos proyectos, pero al final prevalecen los designios del SEÑOR» (Proverbios 19:21). «De nada sirven ante el SEÑOR la sabiduría, la inteligencia y el consejo» (Proverbios 21:30).

Dios le dijo: «¡Necio! Esta misma noche te van a reclamar la vida. ¿Y quién se quedará con lo que has acumulado?» (Lucas 12:20).

La persona que dice: «Tengo muchas cosas; almacenaré todos mis bienes», tiene solo un tesoro: su tesoro terrenal. Jesús dijo: «Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (Mateo 6:21).

La tragedia

Su enfoque estaba completamente distorsionado. Pensaba que tenía «bastantes cosas buenas guardadas para muchos años» (Lucas 12:19).

Pensó que su expectativa de vida era «muchos años». Tal vez así es como usted se siente. Escuche lo que dice Santiago:

Ahora escuchen esto, ustedes que dicen: «Hoy o mañana iremos a tal o cual ciudad, pasaremos allí un año, haremos negocios y ganaremos dinero». ¡Y eso que ni siquiera saben qué sucederá mañana! ¿Qué es su vida? Ustedes son como la niebla, que aparece por un momento y luego se desvanece. Más bien, debieran decir: «Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello». Pero ahora se jactan en sus fanfarronerías. Toda esta jactancia es mala.

Santiago 4:13-16

Tal vez usted da por sentado que tiene muchos años por delante. Tal vez piensa: *Soy joven*. Recuerdo un incidente que sucedió cuando era muchacho. Yo trabajaba repartiendo periódicos. Un día al final de mi ruta llegue a casa, y mi madre salió corriendo a recibirme. «¿Oíste de Patsy?» me preguntó. Respondí: «No». Ella me dijo: «Ay, es terrible; acaban de matarla». Patsy era una muchacha de dieciséis años. El día anterior durante el culto en la iglesia, el predicador visitante había dicho: «No puedo despedir el culto esta mañana porque pienso que hay aquí alguien a quien Dios está llamando. Pienso que esta es la última llamada que esa persona recibirá». Era algo muy peligroso para decirlo, pero él era un hombre de ochenta y ocho años y había acumulado una gran cantidad de sabiduría santa. Cuando dijo estas palabras Patsy se había mofado abiertamente. Mi madre la había observado durante el culto y dijo: «La vi mascando goma de mascar y riéndose. Al fin salió del edificio, echa una furia». Era el culto de la mañana, y no volvió para el culto vespertino. Al día siguiente mientras ella

estaba caminando, un auto se subió a la acera y la mató; así como así. Nunca lo olvidaré. A los que piensan que tienen mucho tiempo Dios les dice: «¡Necio! ¿De qué sirve ganar el mundo entero si se pierde la vida? ¿O qué se puede dar a cambio de la vida?» (Mateo 16:26).

La tragedia que Jesús relató en su parábola fue que Dios dijo: «Esta misma *noche*» (Lucas 12:20, cursivas añadidas). En todos sus pensamientos y regulaciones respecto a «muchos años», el hombre se había olvidado que hay «Un tiempo para nacer, y un tiempo para morir» (Eclesiastés 3:2).

Además, Dios dijo: «¿Y quién se quedará con lo que has acumulado?» (Lucas 12:20).

Consideren también lo siguiente:

Aborrecí también el haberme afanado tanto en esta vida, pues el fruto de tanto afán tendría que dejárselo a mi sucesor, y ¿quién sabe si éste sería sabio o necio? Sin embargo, se adueñaría de lo que con tantos afanes y sabiduría logré hacer en esta vida.

Eclesiastés 2:18-19:

Desnudos vinimos a este mundo, y desnudo saldremos (Job 1:21). ¿De qué nos aprovecha si ganamos todo el mundo y perdemos el alma (Mateo 16:26)? ¿Qué es lo que realmente le importa al final del día?

La prerrogativa de Dios

Es privilegio de Dios llamar necio a alguien. Solo él tiene esa prerrogativa. Ustedes recordarán que en el Sermón del Monte Jesús advirtió al pueblo que no llamaran necio a nadie: «Pero cualquiera que lo maldiga quedará sujeto al juicio del infierno» (Mateo 5:22).

Dios, sin embargo, puede hacer esto porque él lo sabe todo. Nosotros podemos llamar necio a alguien, pero nunca lo sabremos todo. Por lo general decimos: «Eres un tonto», porque estamos enfadados, o hemos perdido los estribos, o queremos que la otra persona se sienta vejada. Cuando Dios usa esta frase en la parábola de Jesús, está hablando de una persona que debía haber sabido lo que hacía. Estaba diciendo: «No tienes tus prioridades en orden». Eso es prerrogativa de Dios, tanto como es su prerrogativa dar vida y quitarla.

Nos guste o no, Dios sabe cuánto vamos a vivir. Podemos trotar, comer alimentos saludables y tomar vitaminas, pero al fin del día nuestros días están contados. Dios lo sabe; y es su prerrogativa saberlo. Jonathan Edwards resolvió vivir todos los días como si ese día fuera el día de la Segunda Venida de Jesús; nosotros también debemos vivir de esa manera.

La provisión de Dios

El rico necio pensaba que las provisiones de Dios eran propiedad suya. No lo eran. Dios da a quien quiere. Noten cómo lo dijo el hombre: «Derribaré *mis* graneros ... donde pueda almacenar todo *mi* grano y *mis* bienes» (Lucas 12:18, cursivas añadidas).

Los recursos que tenemos en realidad le pertenecen a Dios. Por eso anteriormente ya recalqué la importancia de dar el diezmo. Dios, en su gracia, solo reclama una décima de todo lo que nos permite tener. Si usted usa el otro noventa por ciento de la manera que sabe que le agrada a Dios, está acumulando tesoros en el cielo y enriqueciéndose delante de Dios.

El necio

Lucas 12:18-20 da una clara descripción del necio. Hay cuatro puntos principales en este pasaje en cuanto al necio.

Se olvidó del Dador

Primero, al pensar en el don, el hombre de esta parábola se olvidó del Dador. Pensó para sus adentros qué iba a hacer, y se olvidó de Dios. El problema no estaba en que tenía cosas, sino en que las cosas lo tenían a él. Debemos constantemente estar reevaluando nuestras prioridades respecto a nuestras posesiones. Nuestras prioridades a menudo se pueden ver reflejadas en nuestra vida en la iglesia. Por ejemplo. ¿Por qué veinte por ciento de la gente hace ochenta por ciento del trabajo? ¿Está usted en ese veinte por ciento o no? ¿Le molesta esto? ¿Cuánto tiempo le da usted a Dios? Evalúe sus prioridades.

Se olvidó del Ayudador

El necio se olvidó de que él no había logrado por cuenta propia todo lo que tenía. Es terrible cuando la gente se olvida de los que realmente los han ayudado.

Se olvidó de su propia alma

Mientras pensaba en su cuerpo, se olvidó de su alma: «Y diré: Alma mía, ya tienes bastantes cosas buenas guardadas para muchos años. Descansa, come, bebe y goza de la vida». Pero Dios le dijo: «¡Necio! Esta misma noche te van a reclamar la vida. ¿Y quién se quedará con lo que has acumulado?» (Lucas 12:19-20).

El necio había hecho provisión solo para sus necesidades físicas. Un estómago satisfecho no necesariamente es un espíritu satisfecho. Como dijo San Agustín: «Tú nos has hecho para ti, y nuestras almas no descansan sino cuando descansan en ti». Un hombre le dijo a un amigo: «Oí que Jorge murió. ¿Cuánto dejó?» Su amigo le replicó: «¡Todo!»

Se olvidó de la vida futura

Finalmente, mientras pensaba en esta vida, el necio se olvidó de la venidera. La famosa respuesta de Juan Wesley a sus críticos que se reían de los primeros metodistas fue: «Nuestra gente muere bien». ¿Sabe usted con certeza, si tuviera que comparecer delante de Dios hoy, que usted iría al cielo? Si estuviera delante de Dios—y lo estará—Dios le dijera—y le dirá—: «¿Por qué debo dejar que entres en mi cielo?», ¿qué diría usted? ¿Cuáles son sus prioridades? ¿Adónde se dirige su vida?

Un pronóstico demostrable

Esta parábola termina con una profecía. Jesús dijo: «Así le sucede al que acumula riquezas para sí mismo, en vez de ser rico delante de Dios» (Lucas 12:21).

Jesús estaba diciendo que así será con todo el que piensa solo en sí mismo y se olvida del Dador; con todo el que piensa solo en sí mismo y se olvida de otros, con el que piensa en su cuerpo y se olvida de su alma, con el que piensa en esta vida y se olvida de la próxima. No piense que usted no podría ser ese rico necio. «Nada hay tan engañoso como el corazón. No tiene remedio. ¿Quién puede comprenderlo?» (Jeremías 17:9).

Pensamos que no estamos apegados a las cosas temporales, hasta que viene el apretón; entonces nos damos cuenta del agarre que tienen en nosotros. Así les sucede a todos.

¿Necesita usted oír esta palabra? ¿Se siente atrapado ahora mismo que está leyendo? ¿Piensa usted: *No necesito que nadie me hable de esa manera?* Tal vez Dios le está haciendo un favor. ¿Cómo se sentiría si Dios le dijera: «Necio, te llegó el turno»? No más advertencias, sino simplemente: «Te llegó el turno».

Si Dios ha logrado llamarle la atención, agradézcaselo. Pudiera ser que más adelante usted va a desear hacer retroceder el reloj hasta este momento. Dios no nos da una advertencia para hacernos sentir mal por nuestros fallos. Todos tenemos algo que lamentar. Lo que cuenta es lo que hacemos de ahora en adelante. Dios no le da una advertencia así para que se sienta mal. Más bien le dice que hay una mejor manera de vivir; y es saber que usted es rico delante de Dios.

Capítulo 19

La parábola de «la espera»

Manténganse listos, con la ropa bien ajustada y la luz encendida.

Lucas 12:35

Así mismo deben ustedes estar preparados, porque el Hijo del hombre vendrá cuando menos lo esperen.

Lucas 12:40

Lucas 12:35-48 contiene dos parábolas. Los eruditos a menudo se refieren a ellas como «las parábolas de la espera» porque en varios respectos hablan de asuntos relativos a esperar al Señor. Nos instan a permanecer alertas porque Jesús puede volver en cualquier momento. Ese es el principal énfasis de las parábolas aquí, aunque pienso que hay cinco aplicaciones posibles.

La Segunda Venida

El significado primordial de estas parábolas casi con certeza es la Segunda Venida de Jesús. En Mateo 24 vemos casi una repetición exacta de la primera parábola que se nos da aquí en Lucas 12, y en Mateo 24:45-51 hay una superposición de la segunda parábola que se relata en Lucas 12:39-48. Las parábolas de Mateo 24 claramente confirman el contexto de la Segunda Venida de Jesús.

Cómo esperar que el Señor aparezca

Sin embargo, si uno lee los relatos de la enseñanza de Jesús en Lucas, sin saber nada de las parábolas que menciona el Evangelio de Mateo, uno no necesariamente lo aplicaría a la Segunda Venida. Por consiguiente es posible que Jesús no estuviera refiriéndose específicamente a su Segunda Venida cuando dijo las parábolas de Lucas 12. Pudiera haber estado hablando de aquellos momentos en nuestra vida cuando estamos esperando que el Señor «aparezca». Esto encaja perfectamente con la oración de pacto que preparamos en la Westminster Chapel hace algunos años, que decía que debemos orar por «la manifestación de la gloria de Dios entre nosotros, junto con una siempre creciente receptividad a la manera en que él escoja manifestarse». A veces en la vida estamos orando que el Señor intervenga en alguna situación. Oramos y esperamos. Jesús estaba enseñando en esta parábola que mientras esperamos no debemos estar ociosos, sino que debemos estar vestidos y listos para el servicio, y mantener nuestras lámparas encendidas (Lucas 12:35).

Entre los tiempos

Se pudiera interpretar también que esta parábola habla de «el tiempo entre los tiempos». ¿Qué quiso decir Jesús? Se refería a los tiempos de la presencia de Dios. Hay ciertos tiempos cuando, por razones que no sabemos, Dios oculta su rostro. En ciertos momentos de la vida, aunque uno puede haber conocido la presencia y poder de Dios de maneras maravillosas, uno se halla en un valle sin ninguna explicación, esperando que él llegue y muestre su presencia. Cuando Dios esconde su rostro, por lo general no nos da una advertencia. A veces el nuevo creyente descubre esto antes de que se le haya dicho algo al respecto. Nadie esconde esa información a propósito. Cuando una persona se convierte, no se le puede decir todo a la vez. Pero va a llegar un momento en que la persona de repente sienta como que se ha quedado completamente sola y se pregunte qué sucede. Dios parece no estar cerca.

El Señor le dijo una vez a Ezequías que lo pusiera a prueba, para ver lo que estaba en su corazón (vea 2 Crónicas 32:31). ¿Se halla usted en un período en el que Dios está ocultando su rostro? ¿Está usted esperando que Dios responda su oración? Si es así, usted se halla entre tiempos. Así que ¿qué debe hacer? Jesús dijo: «Manténganse listos, con la ropa bien ajustada y la luz encendida» (Lucas 12:35).

Y, haga lo que haga, no se dé por vencido. *¡No se debe dar por vencido!*

La evaluación del Señor

Hay una cuarta manera en que se puede entender esta parábola. Dios tiene su manera de usar los períodos «de espera» para evaluar el estado de nuestro corazón. A veces recibimos la evaluación del Señor después de que nos ha comisionado algún trabajo. La evaluación final de nuestra vida y obras tendrá lugar en el tribunal de Cristo. Todos debemos comparecer ante él y dar cuenta de las cosas que hicimos en esta vida, sean buenas o sean malas (vea 2 Corintios 5:10). En ese tiempo no habrá discusión; y todos lo veremos suceder. Esa es la manera definitiva en que esto tendrá lugar, pero mientras estamos aquí en la tierra, Dios tiene también su manera de hacer esto. Puede ser al final de una prueba; una prueba que uno piensa que jamás se acabará, y entonces se termina y uno recibe un veredicto del Señor en cuanto a si lo hizo bien. ¿Retuvo usted su dignidad, o murmuró, se quejó y rezongó durante todo el proceso? Si usted se quejó o murmuró, no estará en mejor posición al final.

Cuando pienso en los años y años en que yo no sabía nada de enseñar cómo dignificar una prueba, ¡es aterrador! Cómo pude haber crecido en lugar de simplemente quejarme. Pero existe la manera de aprender a dignificar una prueba, para que cuando esta termine, uno haya aprendido algo. Entonces el Señor viene y dice: «Bien, bien hecho», y es un sentimiento maravilloso. Esto puede ocurrir a final de una era, sea larga o breve; Dios interviene y le hace saber a uno en términos inequívocos cómo le fue a uno. Si usted no lo ha experimentado, tal vez se deba a que usted no lo hizo muy bien y no recibe conscientemente de Dios una libreta de calificaciones. Dios quiere que usted sepa esta posibilidad, e incluso antes del tribunal de Cristo usted puede oír a Dios decir: «Sí, lo has hecho bien». ¡Nada se podría comparar a

eso!

Ataque satánico

Esta parábola también se puede interpretar como relativa a un ataque satánico. Mientras vivimos nuestra vida normal de todos los días, a veces viene un ataque «repentino», e inesperado. Algo sucede muy rápido y lo toma a uno por sorpresa, tal como Jesús indicó cuando dijo: «Así mismo deben ustedes estar preparados, porque el Hijo del hombre vendrá cuando menos lo esperen» (Lucas 12:40).

Aunque usted no lo crea, detrás de muchos de los llamados ataques «satánicos» está un Dios soberano que instigó el asunto. «“¿Te has puesto a pensar en mi siervo Job?”, volvió a preguntarle el SEÑOR» (Job 1:8). Job pasó por un largo período de hostigamiento para el cual el diablo era la única explicación. Pero Dios le había dado permiso a Satanás para que atacara a Job. En un ataque satánico, tanto como en cuanto a la Segunda Venida, a menudo uno no tiene advertencia. Simplemente viene, y uno se queda temblando y pensando: *¿Qué está sucediendo?* Job no sabía en ese momento que el diablo lo estaba atacando, y sin embargo Dios lo instigó todo.

¿Sabía usted que Dios siempre ha usado al diablo para hacer sus obras sucias? Sin embargo, se nos dice que como león rugiente el diablo anda rondando, y uno nunca sabe cuándo va a atacar (1 Pedro 5:8). Incluso puede presentarse como ángel de luz (2 Corintios 11:14).

¿Por qué es importante la primera parábola?

La primera parábola (que se halla en Lucas 12:35-40) muestra que necesitamos estar listos y alertas tanto cuando el diablo ataca como cuando Dios se asoma. Si usted está listo y vigilante, recibirá la bendición de Dios. «Dichosos los siervos a quienes su señor encuentre pendientes de su llegada. Créanme que se ajustará la ropa, hará que los siervos se sienten a la mesa, y él mismo se pondrá a servirles» (Lucas 12:37).

¡Qué cuadro más increíble! Muestra lo receptivos que debemos ser a la manera en que Dios escoja mostrarse. La receptividad y alistamiento que tengamos determinará si se nos halla vigilando y cuál será nuestra reacción cuando él venga. Usted tal vez diga: «Cuando venga un gran avivamiento, lo sabré. Entonces estaré listo». Se equivoca. Si usted no lo ve y muestra desdén por la tenue llovizna que cae en el camino, cuando el gran avivamiento auténtico llegue, se lo perderá por completo. O tal vez lo vea, pero no lo disfrutará. Será como las cinco vírgenes insensatas que dijeron: «Dennos un poco de su aceite» (Mateo 25:8), y será demasiado tarde. No diga: «En el próximo movimiento del Espíritu, voy a seguirlo». El que es fiel en lo poco será fiel en lo mucho (vea Mateo 25:21).

La recompensa de esperar y estar listo, así como las consecuencias de no estarlo, se demuestran en este pasaje (Lucas 12:35-40). Zacarías no estaba listo cuando su oración fue contestada (Lucas 1:18). Lo sorprendente es que uno puede pedirle a Dios que haga algo y después olvidarse del asunto, y entonces cuando Dios responde, uno no está listo. Si usted le hubiera dicho a Zacarías que su esposa Elizabeth iba a tener un hijo, y que él no se entusiasmaría cuando sucediera, sin duda él hubiera discrepado completamente.

Pero como Zacarías no estaba listo, se puso a discutir con el ángel! ¿Pueden imaginarse algo más necio que discutir con Gabriel? Pero Zacarías dijo: «No, algo anda mal aquí; mi esposa es demasiado vieja». ¡No entendió nada! Como quedó mudo, no pudo disfrutar del cumplimiento de la profecía. Si usted está listo, el Señor mismo lo bendecirá, y usted se reclinará a la mesa mientras él les sirve. Pero si no está listo, las consecuencias serán horribles.

Una orden de estar listos

«Manténganse listos, con la ropa bien ajustada y la luz encendida» (Lucas 12:35).

Esta es una orden de trabajar. Lejos de no hacer nada mientras esperamos a Dios, debemos estar ocupados. Estar listos para el servicio quiere decir estar preparados para que se nos use en cualquier momento. Usted nunca sabe cuándo se necesitará su don en particular. No se enfurruñe y diga: «No me necesitan», porque de repente Dios puede decir: «Te necesito ahora». Usted se sorprenderá: «¿Quién, yo? No estoy listo».

En cierta ocasión el faraón de Egipto tuvo un sueño que nadie podía interpretar. José estaba listo. Tal vez nadie necesite todavía su talento, pero cuando llegue el llamado a su puerta, ¿estará usted vestido y listo para el servicio? A lo mejor Dios lo llama inesperadamente y le dice: «Te necesito, y te necesito ahora». Mantenga su lámpara encendida.

Sea cual sea el contexto en que se coloque esta parábola, siempre se refiere a la unción. El aceite en esos días se usaba primordialmente como combustible, y no para cocinar. Se refiere al aceite del Espíritu, indicativo de luz y calor. Debemos mantener la unción a un nivel óptimo. Mantenga su relación con el Espíritu al máximo, incluso cuando Dios esté escondiendo su rostro y usted piense: *¿de qué sirve tratar de dignificar esta prueba?* Mantenga su unción a nivel óptimo para que cuando oiga el llamado, esté listo. Esta parábola es una orden de trabajar. Esperar a Dios quiere decir muchas cosas excepto vagancia o inactividad. Cuando Dios dice: «Espera», quiere que trabajemos mientras tanto.

Una orden de vigilar

«Dichosos los siervos a quienes su señor encuentre pendientes de su llegada» (Lucas 12:37).

Este pasaje nos dice que debemos estar despiertos. El esclavo que se menciona en el Salmo 123:1-2 se quedó tras bastidores, pero siempre a la vista de su amo. Solamente miraba una cosa: las manos de su amo, porque no quería perderse ninguna seña. Si el amo levantaba un dedo, el esclavo estaba al instante a su lado. Eso es lo que Jesús nos instruye en esta parábola.

En los tiempos de Jesús, las bodas se celebraban por la noche; y por eso necesitaban tener lámparas encendidas. La novia esperaba que el novio fuera a su casa. Entonces tenían la ceremonia con sus rituales, seguida de las festividades. Las bodas significaban largos desfiles por las calles, a veces durante horas. Jesús está hablando aquí de alguien que había sido invitado a una de esas bodas, y no se sabía cuándo el novio llegaría a la casa. Tal vez se demoraría mucho, pero cuando llegara, quería que sus siervos estuvieran bien despiertos. No quería tener que llamar a la puerta y esperar en la oscuridad. Como ven, el peligro era que los sirvientes se durmieran después de varias horas. No diga que se despertará cuando Dios aparezca. No se despertará; se quedará dormido y se lo perderá todo.

Una orden de esperar

Espera con propósito

Esperar a Dios, entonces, es una espera con propósito, una espera preparada, incluso una espera «agresiva»; una espera con expectación anhelante porque en cualquier momento el Señor puede aparecer. «Pórtense como siervos que esperan a que regrese su señor de un banquete de bodas, para abrirle la puerta tan pronto como él llegue y toque» (Lucas 12:36).

Esperar en Dios no es espera sin objetivo. Uno espera porque Dios puede aparecer de repente, porque así es como él hace las cosas. Si Dios llega, usted se alegrará de haber esperado.

Espera en una buena posición

Los siervos debían colocarse junto a la puerta. Si estaban en el otro extremo de la casa cuando su patrón tocaba, no lo iban a oír. Si estaban a algunos metros de distancia, a lo mejor lo oían, pero para cuando llegaran para abrir el señor les diría: «Debían haber estado listos». Una buena posición era estar junto a la puerta. Así fue como Eliseo esperó cuándo sabía que Elías iba a ser llevado al cielo. Elías bromeó con Eliseo y le dijo: «Voy a Bet-el, tú espera aquí». «Ah, no, yo voy contigo», dijo Eliseo, «no voy a perderte de vista» (vea 2 Reyes 2:1). Quería una doble unción. Colóquese para que tan pronto le oiga tocar a la puerta, pueda abrir la puerta de par en par.

Dichosos

«Dichosos los siervos a quienes su señor encuentre pendientes de su llegada. Créanme que se ajustará la ropa, hará que los siervos se sienten a la mesa, y él mismo se pondrá a servirles» (Lucas 12:37).

Este es un versículo extraordinario; casi no hay otro versículo como este en el Nuevo Testamento. Es interesante que Jesús repita. «Sí, *dichosos aquellos siervos ... aunque llegue a la medianoche o de madrugada*» (Lucas 12:38, cursivas añadidas).

¿Cuán dichosos serán? Pues bien, si Dios dijo que serán «dichosos», serán dichosos. Todo obra para bien (Romanos 8.28). Aquí dice que será muy bueno para los siervos que su amo los halle vigilantes cuando llegue. Lo dice dos veces, así que definitivamente valdrá la pena esperar.

¿Por qué son dichosos?

Una recompensa rica

Dios no es injusto como para olvidarse de las obras y del amor que, para su gloria, ustedes han mostrado sirviendo a los santos, como lo siguen haciendo. Deseamos, sin embargo, que cada uno de ustedes siga mostrando ese mismo empeño hasta la realización final y completa de su esperanza. No sean perezosos; más bien, imiten a quienes por su fe y paciencia heredan las promesas.

Hebreos 6:10-12

Más adelante el escritor de Hebreos dice: «Así que no pierdan la confianza, porque esta será grandemente recompensada» (Hebreos 10:35).

Una inversión de papeles

Cuando el patrón vuelve y se agrada de hallar a sus siervos esperando fielmente, los recompensa de una manera muy extraordinaria. Jesús dijo que el amo se vestirá para servirles y servirá a sus siervos. El paralelo más cercano que tenemos a esto se halla en Juan 13:5, cuando Jesús lavó los pies a sus discípulos, secándolos con una toalla que se había ceñido. En esa ocasión Simón se puso nervioso por lo que Jesús estaba haciendo y muy incómodo con la inversión de papeles. Sin embargo, esto es lo que Dios quiere hacer. Uno no puede dar más que el Señor, uno no puede ganarle en elogios al Señor, usted no puede hacer más que el Señor, y cuando usted está listo él le servirá. Esto quiere decir restauración y descanso. Tal vez usted quiere saber cómo será entrar en el descanso de Dios. Es así: vístase y alístese, y no trate de figurárselo con la cabeza. No trate de figurárselo teológicamente. Un día simplemente usted entrará en un descanso, y su alma quedará inundada con la gloria; habrá calor, gozo y paz, y usted dirá: «¡Jamás me imaginé que esto fuera posible!»

Jesús da una advertencia

Miren de nuevo el versículo 38. Hay dos advertencias en este versículo.

Primero, a lo mejor uno tiene que esperar largo tiempo. En el relato de la tormenta que Jesús calmó, no fue sino hasta la cuarta vigilia de la noche (alrededor de las cuatro de la madrugada) que apareció Jesús (Mateo 14:25). Lucas dijo que quizá fue a la segunda o tercera vigilia de la noche; así que bien puede haber sido la medianoche o tal vez las dos de la madrugada. En segundo lugar, se nos recuerda el hecho de que simplemente no sabemos cuándo él vendrá. «Así mismo deben ustedes estar preparados, porque el Hijo del hombre vendrá cuando menos lo esperen» (Lucas 12:40).

Pero también hay una parábola dentro de la parábola. Jesús dijo: «Pero entiendan esto: Si un dueño de casa supiera a qué hora va a llegar el ladrón, estaría pendiente para no dejarlo forzar la entrada» (Lucas 12:39).

Si le dijéramos a la gente que estuvieran presentes a cierta hora en particular para tener una reunión de oración porque la gloria del Señor iría a descender, todo el mundo estaría allí. Pero si les digo: «Vengan a orar varias horas; Dios tal vez venga o tal vez no», no muchos vendrían. Jesús habló de la llegada del ladrón. A esto es lo que Pablo se refería cuando dijo: «el día del Señor llegará como ladrón en la noche» (1 Tesalonicenses 5:2).

¿Por qué es importante la segunda parábola?

Después de la primera parábola Pedro preguntó: «Señor, ¿cuentas esta parábola para nosotros, o para todos?» (Lucas 12:41).

Jesús respondió a su pregunta con una segunda parábola. Esta parábola se refiere principalmente a los creyentes en cargo de responsabilidad. Sin embargo, se refiere no solo a estar despiertos y listos sino también a ser hallados obedientes cuando llegue el señor (Lucas 12:43). El énfasis en esta parábola recae sobre las horrendas consecuencias de *no* estar listo. En la primera parábola el patrón estuvo lejos por unas pocas *horas*, pero en la segunda el patrón estuvo ausente por *muchos días*. Esta parábola demuestra la posibilidad de que pase un largo tiempo antes de que el Señor vuelva de repente y evalúe el trabajo que estamos haciendo. Pero como tantas de las parábolas de Jesús, esta también tiene una ambigüedad intencional—un doble significado a propósito—en que se puede aplicar igualmente a los perdidos.

Esta segunda parábola muestra la responsabilidad de liderazgo. A todos nosotros se nos ha dado algo para hacer para Dios. Debemos tomar en serio esa responsabilidad y entender las horrendas consecuencias que tendrán lugar si cuando el Señor venga halla que nos hemos comportado irresponsablemente (Lucas 12:46). Tenemos el potencial de no cumplir con la responsabilidad que se nos ha dado.

Como la parábola del rico insensato del capítulo previo, esta parábola nos recuerda que es peligroso dar por sentado que nos queda tiempo de sobra. La llegada del amo será completamente inesperada. Se nos pedirá cuentas de acuerdo a nuestra unción y dones: «A todo el que se le ha dado mucho, se le exigirá mucho; y al que se le ha confiado mucho, se le pedirá aun más» (Lucas 12:48).

Si usted ha sido dotado grandemente, será grandemente responsable. Jesús también dijo: «El siervo que conoce la voluntad de su señor, y no se prepara para cumplirla, recibirá muchos golpes» (Lucas 12:47).

Esta parábola es una de las raras ocasiones en que se nos da una base teológica para varios niveles de castigo. Hay quienes piensan que si uno es salvo es salvo, y que si está perdido está perdido. No hay recompensas para los salvos ni grados de castigo para los perdidos. Sin embargo, los salvos tendrán niveles de recompensa, pero puede haber también niveles de castigo. El gran William Perkins, puritano del siglo diecisiete, reconoció que esta parábola muestra que habrá grados de castigo en el infierno, porque Jesús dijo: «En cambio, el que no la conoce y hace algo que merezca castigo, recibirá pocos golpes» (Lucas 12:48).

Hay los que nunca han oído el evangelio. Pero a los que han oído el evangelio (y por consiguiente se les ha dado mucho), se les demandará mucho. Estamos hablando de niveles de recompensa y niveles de castigo.

Responsabilidad

Cuando Pedro preguntó a quién estaba dirigida la parábola, Jesús respondió: «¿Dónde se halla un mayordomo fiel y prudente a quien su señor deja encargado de los siervos para repartirles la comida a su debido tiempo?» (Lucas 12:42).

Aquí hay algo interesante en el griego original. Al *mayordomo* más adelante se le llama *siervo*. La palabra que se traduce siervo aquí es *doulos*, que significa «esclavo». En tiempos antiguos un esclavo, *doulos*, no tenía derechos propios. Esto es lo que somos como creyentes. El apóstol Pablo se autotitulaba esclavo de Jesucristo. Así que el mayordomo a que se refiere aquí es también un esclavo. Es como el líder de la iglesia o pastor en el texto que sigue:

Cuiden como pastores el rebaño de Dios que está a su cargo, no por obligación ni por ambición de dinero, sino con afán de servir, como Dios quiere. No sean tiranos con los que están a su cuidado, sino sean ejemplos para el rebaño. Así, cuando aparezca el Pastor supremo, ustedes recibirán la inmarcesible corona de gloria.

1 Pedro 5:2-4

Esta es la promesa que recibirá alguien como yo si agrada al Señor por la manera en que predica, pastorea o vive. Yo puedo ser el pastor, pero también soy primero un esclavo. Estamos en esto juntos. Esto brota de nuevo en el siguiente pasaje: «Que todos nos consideren *servidores* de Cristo, encargados de administrar los misterios de Dios» (1 Corintios 4:1, cursivas añadidas).

Winston Churchill dijo que el precio de la grandeza es la responsabilidad. ¿De quiénes somos responsables como siervos? El uno del otro. Para algunos de nosotros es una responsabilidad mayor que para otros. El trabajo de Pedro

era alimentar el rebaño. El mío es ser un buen pastor. Yo seré juzgado por la manera en que me preparo, lo que digo y el espíritu en que lo digo. Incluso si puedo engañar a la gente, no puedo engañar a Dios. Ninguno se escapará; todos somos esclavos, y todos somos esclavos y guardas de nuestro hermano o hermana.

En el antiguo Oriente los esclavos eran mayordomos de los bienes de su patrón, el dueño. El mayordomo no solamente estaba a cargo de la propiedad, sino que también estaba encargado de la administración de la casa. De eso es de lo que Jesús está hablando aquí, sin embargo él también era un esclavo o mayordomo en esta parábola.

Requisitos

«A todo el que se le ha dado mucho, se le exigirá mucho»
(Lucas 12:48).

Talentos

Usted tiene cierto nivel de inteligencia, una capacidad intelectual, que viene de Dios. Si piensa que su cociente de inteligencia aumentó cuando se convirtió en creyente, se equivoca. Usted es lo que es porque Dios lo hizo de esa manera. Si el organista de su iglesia no es creyente, de todas maneras podría tocar el órgano. Como creyente, él tal vez diga que el Señor le ayudó, pero él tiene un talento natural que Dios le ha dado. Es bueno cultivar los talentos que tenemos y ofrecérselos al Señor en servicio.

Capacitación

Algunos nacen privilegiados y tienen una muy buena educación. Hay sistema de clases en todo país. Nos guste o no, así es el mundo en que vivimos. Es un mundo perverso. Pero si a usted se le ha dado mucho, mucho se le demandará.

Yo vengo de las montañas de Kentucky, y por muchos años nuestro refrán (en tiempos cuando había solo 48 estados) era «Gracias a Dios por Arkansas)». Kentucky ocupaba el lugar 47 en niveles de educación, ¡y Arkansas estaba en el lugar 48! Entonces me fui a vivir a Inglaterra. ¡Y qué complejo de inferioridad! Trabajaba junto a personas en Oxford que se habían graduado en el primer lugar en su clase. No pueden imaginarse lo abrumador que era esto. Pero por la gracia de Dios lo superé, pero con gran preparación viene responsabilidad.

Pasemos a un nivel espiritual. El hecho de que se nos haya dado mucho en este contexto se refiere a la cantidad de «luz» o revelación que hemos recibido. Jesús dijo que el siervo que sabe la voluntad de su amo y no actúa de acuerdo a ella será castigado (Lucas 12:47). Dios sabe cuánta enseñanza hemos tenido. Algunos hemos recibido demasiada enseñanza; se nos ha dado una gran cantidad de luz. Dios sabe si nosotros andamos en esa luz o no. Él sabe si su vida ha sido renovada debido a que usted anda en la luz, si usted recibió de buen grado al Espíritu Santo, y si la Palabra y el Espíritu han ejercido en usted un impacto igual. Él sabe si usted es uno de los que tienen limitaciones intelectuales. Usted quiere oír la enseñanza, pero esta no hace impacto en su vida. La vida podrá no ser justa, pero Dios siempre es justo. Él sabe cuánto sabemos. Usted no puede ser demasiado ignorante en cuanto a cómo será juzgado cuando se da cuenta de cuánto sabe en realidad, y lo bueno que Dios ha sido con usted. Dios toma en cuenta nuestras limitaciones así como nuestros puntos fuertes

y nuestras debilidades.

«Ninguna cosa creada escapa a la vista de Dios. Todo está al descubierto, expuesto a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas» (Hebreos 4:13). Dios ve cómo funciona nuestra mente. Él también sabe cuánto racionalizamos. Podemos llevar una máscara, pero en el tribunal de Cristo las máscaras caerán. Dios dirá: «Yo sé lo que estás pensando».

¿Qué supone que Dios pide de usted? Dado su trasfondo, su conocimiento y su inteligencia, y dada la luz que Dios ha derramado en su camino, ¿cuánto supone usted que Dios pide de *usted*?

Preparación

«Dichoso el siervo cuyo señor [el dueño], al regresar, lo encuentra cumpliendo con su deber» (Lucas 12:43). ¿De qué está hablando Jesús en este versículo?

Está hablando del administrador, del criado al que se le había dado la responsabilidad. En la primera parábola el siervo solo tenía que estar despierto. Pero la preparación en esta parábola se refiere a que se halle al criado «en el trabajo», trabajando, para cuando su patrón vuelva. Estará a cargo de manejar los asuntos domésticos de la casa mientras su patrón esté lejos. Toda la propiedad estará en manos de este *doulos*, este criado administrador al que se le ha dado un perfil más alto y una responsabilidad más allá.

Jesús plantea una pregunta. Supóngase que el patrón esté lejos un tiempo *muy* largo y el mayordomo se vuelve descuidado. Supóngase que empiece a maltratar a sus compañeros criados que están bajo su cuidado. ¿Qué si se emborracha y los trata sin ningún respeto (Lucas 12:45)? Jesús dijo que esto era algo muy peligroso. ¿Sabe que eso fue exactamente lo que sucedió cuando Moisés subió al monte Sinaí? Moisés se demoró tanto tiempo para bajar de la montaña que el pueblo se reunió con Aarón: «Tienes que hacernos dioses que marchen al frente de nosotros, porque a ese Moisés que nos sacó de Egipto, ¡no sabemos qué pudo haberle pasado!» (Éxodo 32:1).

A menudo Dios opera de esa manera. A veces nos parece que se ha ido en un largo viaje. Nos ha dicho lo que tenemos que hacer, y nos dice: «Manos a la obra. Ya volveré». A veces parece que se ha ido un tiempo terriblemente largo, y no sabemos qué le ha pasado. En la parábola de Jesús el mayordomo perverso e infiel usó la ausencia prolongada de su patrón como excusa para maltratar a sus colegas (Lucas 12:45). Sin embargo, «el señor de ese siervo volverá el día en

que el siervo menos lo espera y a la hora menos pensada. Entonces lo castigará severamente y le impondrá la condena que reciben los incrédulos» (Lucas 12:46).

¡Cómo se atreve un mayordomo y siervo a abusar de su responsabilidad de esa manera! A veces sucede. Tómese el ministerio por ejemplo. El ministro puede dejar que su autoridad se le vaya a la cabeza, o empezar a tomarse a sí mismo demasiado en serio. Tal vez abusa de su responsabilidad por la manera en que habla a los que están a su cuidado, e intimida y asusta a otros. A Dios no le gusta este tipo de conducta. Tal vez usted piense que es bueno que los que trabajan para usted le tengan miedo, para así mantener su atención y mantenerlos en ascuas. ¿Es esta la manera en que logra respeto? No es la manera de Jesús. Esta es algo que se aplica a todos nosotros en varios grados.

Para mí, el estar listo quiere decir ser fiel en lo que se me ha confiado. Si no soy fiel a Dios, no soy fiel a los que están en mi iglesia. Tengo que vivir la clase de vida delante de Dios que será una bendición para otros. Esto quiere decir ser fiel a la Palabra de Dios. Según Pedro, también quiere decir que no debo ser codicioso. Es fácil que el ministro se concentre en una manera de avanzar financieramente. Lo he visto suceder con el correr de los años, y he visto ministros que pierden su unción debido a esto. Yo me he propuesto delante de Dios a nunca permitir que el dinero tenga nada que ver con mi toma de decisiones. «Porque el amor al dinero es la raíz de toda clase de males» (1 Timoteo 6:10).

Estar preparado consiste en estar bien despierto para que a la hora en que el Señor venga nos halle atendiendo los asuntos de su casa con lealtad, fidelidad y dignidad. ¿Cómo aplicamos esto? Jesús puede volver en cualquier momento. Dios podría manifestar su gloria en cualquier instante y de tal manera que todos sabríamos que estamos recibiendo una evaluación de parte del Señor. Dios tiene sus propios medios para juzgar el valor de nuestra mayor-domía. Él puede

hacerlo en cualquier momento. La manera en que lo hará dejará para nosotros bien claro lo que piensa. ¿Cómo se sentiría usted si eso sucediera hoy mismo?

Recompensa

Jesús pasa a hablar de las recompensas de ser un mayordomo fiel. «Les aseguro que lo pondrá a cargo de todos sus bienes» (Lucas 12:44).

Jesús está hablando del mayordomo que es fiel y sabio. Si soy fiel y sabio y estoy haciendo lo que Dios quiere que haga, recibiré una promoción. Esto quiere decir que Dios va a hacer algo por mí. Recibiré una responsabilidad mayor. Tal vez no sea algo que se puede ver desde afuera, pero tal vez me dé una unción mayor y un sentido mayor de su presencia. De acuerdo a esta segunda parábola, cuando el Señor se asome y estemos listos, recibiremos una promoción. Se nos dará más poder y tal vez, en algunos casos, más prestigio. Cuando el dueño de la casa vuelve y halla que el mayordomo está haciendo un buen trabajo, pone a ese administrador a cargo de todas sus posesiones. Dios hará eso con nosotros. Recibiremos una promoción espiritual en la tierra. Se nos dará poder y una unción aumentada, y luego, en el tribunal de Cristo, recibiremos lo que Pablo llama el premio (Filipenses 2:14).

Retribución

En la parte más solemne de esta parábola, Jesús se refirió a la retribución que caerá sobre el administrador irresponsable: «El señor de ese siervo volverá el día en que el siervo menos lo espere y a la hora menos pensada. Entonces lo castigará severamente y le impondrá la condena que reciben los incrédulos» (Lucas 12:46).

La llegada inesperada

¿Se quedaría usted aturdido si llegara el avivamiento? Algunos nos entusiasmaríamos, y otros nos aturdiríamos. Después de la sorpresa, ellos se sentirán avergonzados. El patrón del criado vendrá en el día que menos lo espera, y pondrá a algunos junto con los que no creen.

El libro de Santiago dice: «¿No saben que la amistad con el mundo es enemistad con Dios?» (Santiago 4:4). Si usted se vuelve amigo del mundo (es decir, si usted actúa como una persona que no se ha convertido), obligará a Dios a que lo trate como enemigo, y él le asignará un lugar con los que no creen. Allí habrá aturdimiento, vergüenza y sufrimiento. En Mateo, Jesús dijo: «Lo castigará severamente y le impondrá la condena que reciben los hipócritas. Y habrá llanto y rechinar de dientes» (Mateo 24:51).

¿Cómo es que esto se puede referir tanto al perdido como al salvado? Usted, como salvo, se dará cuenta de lo que pudo haber sido suyo. Hace poco le comenté a un hombre lo que Dios podría hacer con su gran talento—él ha recibido mucho—pero no quiso escuchar. Un día recibirá la sorpresa de su vida cuando oiga que Dios le pide cuentas. Allí será el lloro y el crujir de dientes porque el castigo se aplica de acuerdo al grado de luz recibida (Lucas 12:47-48).

Los perdidos tienen grados de luz. Algunos nunca han oído el evangelio. En Norteamérica o Gran Bretaña uno puede entrar en casi cualquier librería y comprar una Biblia. Pero en muchos países jamás han oído de la Biblia. El Señor, el juez justo, tomará eso en cuenta. En cuanto a los salvos, los que sabemos cómo son las cosas y se nos ha enseñado, no será un espectáculo bonito. Oro que todos nosotros enfoquemos la tarea de estar listos, preparados para cualquier cosa, preparados para que Dios haga algo inesperado en nuestro medio. La llegada inesperada puede

ser la Segunda Venida de Jesús. ¡Qué sea pronto!

Capítulo 20

La parábola de la higuera sin fruto

Un hombre tenía una higuera plantada en su viñedo, pero cuando fue a buscar fruto en ella, no encontró nada.

Lucas 13:6

Las higueras eran muy prominentes en el antiguo Israel, y todavía lo son. Se hace referencia a ellas en toda la Biblia, tanto en los Evangelios como en el Antiguo Testamento. Las buenas higueras por lo general producen fruto después de tres años, a veces diez meses del año. En este capítulo veremos la parábola de la higuera sin fruto, que se halla en Lucas 13:1-9, teniendo en mente dos pasajes adicionales: Mateo 24:32-35 y Mateo 21:18-22.

En Mateo 24, Jesús les dijo a sus discípulos: «Aprendan de la higuera esta lección: Tan pronto como se ponen tiernas sus ramas y brotan sus hojas, ustedes saben que el verano está cerca».

En Mateo 21, la higuera fue el enfoque de atención cuando Jesús simbólicamente la maldijo, diciendo: «¡Nunca más vuelvas a dar fruto! ... Y al instante se secó la higuera» (Mateo 21:19). Esta última afirmación de Jesús significó el hecho de que el juicio de Israel ya había empezado. Como vamos a ver, la higuera era una metáfora del pueblo de Israel.

En Lucas 13:1-9, Jesús relató una breve parábola después de haber advertido a la gente que debería aprovechar la oportunidad para arrepentirse, antes de que algo les sucediera que hiciera que fuera demasiado tarde. Contó de

un hombre que tenía un viñedo y había plantado allí una higuera. Por tres años vino a inspeccionarla, esperando hallar un fruto, pero no halló nada. A la larga se molestó y ordenó que el hombre que cuidaba su viñedo la cortara. El administrador del viñedo, sin embargo, apeló y pidió que dejara el árbol por un año más.

Uno podría dar por sentado que el árbol tenía ya seis años, porque no se esperaba que una higuera produjera fruto a menos que ya tuviera tres años. El dueño quería que la arrancara y la destruyera, pero el criado intervino con la petición de que dejara al árbol un tiempo más.

¿Por qué es importante esta parábola?

Primero, podemos ver en esta parábola la increíble paciencia de Dios. Dios es como el dueño de la viña que se molestó con la higuera. Dios estaba molesto con Israel. Había advertido a Israel muchas veces enviándoles profeta tras profeta, pero estaban a punto de ser destruidos. Por eso Jesús dio esta parábola en cuanto a un «dueño» que buscaba fruto; el dueño era a fin de cuentas el único al que se podía persuadir para que pospusiera su juicio. Muestra la paciencia de Dios.

Segundo, esta parábola destaca el inminente juicio divino. El propósito de una higuera es dar fruto, y el propósito de Israel era mostrar obediencia a Dios. El propósito de la iglesia hoy es dar fruto. El propósito de la vida del creyente como individuo es también dar fruto. Habiéndose presentado a sí mismo como «la vid verdadera» y su Padre como el «Labrador», Jesús también dijo: «Toda rama que en mí no da fruto, la corta» (Juan 15:2).

Jesús continuó subrayando el hecho de que «El que no permanece en mí es desechado y se seca, como las ramas que se recogen, se arrojan al fuego y se queman» (Juan 15:6).

Este es el juicio divino. Esta parábola también muestra que Dios puede cambiar en cuanto a su voluntad si así lo desea. El criado en la parábola de la higuera intervino y le preguntó a su patrón si podía hacer una sugerencia: «Señor, déjela todavía por un año más, para que yo pueda cavar a su alrededor y echarle abono. Así tal vez en adelante dé fruto; si no, córtela» (Lucas 13:8-9).

Jesús dio esta parábola para mostrar que se puede persuadir a Dios a que cambie de parecer. Hay dos verdades aquí que son paralelas y que parecen contradecirse. Hay versículos bíblicos que dicen: «Dios no se aplacará, no cambiará de parecer; siempre es el mismo» (vea Números 23:9; 1 Samuel 15:29; Salmo 110:4). Pero también hay casos

en los cuales Dios cede. Tómese el caso del rey de Nínive. Cuando el rey oyó que Dios iba a destruir su ciudad, convocó a un ayuno nacional a fin de suplicarle a Dios:

¡Quién sabe! Tal vez Dios cambie de parecer, y aplaque el ardor de su ira, y no perezcamos. Al ver Dios lo que hicieron, es decir, que se habían convertido de su mal camino, cambió de parecer y no llevó a cabo la destrucción que les había anunciado.

Jonás 3:9-10

Hay otro ejemplo interesante de esto en 1 Reyes 21. Se nos dice que no hubo otro hombre como Acab que se vendió para hacer el mal a ojos del Señor; sin embargo, cuando Elías amonestó a Acab, el rey se vistió de silicio, ayunó y se humilló (1 Reyes 21:25-27). Entonces la Palabra del Señor vino de nuevo a Elías: «¿Has notado cómo Acab se ha humillado ante mí? Por cuanto se ha humillado, no enviaré esta desgracia mientras él viva, sino que la enviaré a su familia durante el reinado de su hijo» (1 Reyes 21:29). ¡Extraordinario! ¡A pesar de lo malvado que era Acab!

Bien pudiera ser que usted se halle en una situación en la que piensa: *Se acabó. No hay nada que hacer y hay que esperar lo peor.* Escuche, si Acab pudo ir a Dios de rodillas, eso muestra hasta dónde llega Dios en su compasión. Por eso, en este pasaje, Jesús animó a toda persona, sea quien fuera, a arrepentirse y a buscar a Dios. Jesús dijo: «Todos ustedes perecerán, a menos que se arrepientan» (Lucas 13:3).

Sabemos que el arrepentimiento, como la fe, es don de Dios (Romanos 2:4; Hechos 11:18). Y es un gran don. Si Dios le da arrepentimiento, agradézcaselo. El peor escenario posible es cuando ya no le oye hablar y nadie puede llegar a usted.

Esta parábola establece el hecho de que Dios tiene el derecho de ver vida espiritual y fruto en nuestra vida, porque cuando no hay fruto, Dios derribará el árbol. Jesús le dijo a la iglesia: «Ustedes son la sal de la tierra» (Mateo 5:13). Más

adelante dijo: «Hagan brillar su luz delante de todos, para que ellos puedan ver las buenas obras de ustedes y alaben al Padre que está en el cielo» (Mateo 5:16).

Dios tiene derecho de ver vida espiritual y fruto en nosotros. Sin embargo, la paciencia de Dios tiene un límite, porque él dijo: «Y dijo Jehová: No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne» (Génesis 6:3, *RVR-60*). A Moisés le fue dicho que aunque Dios mantiene su amor por millares, «no deja sin castigo al culpable» (Éxodo 34:7).

Llega el momento cuando Dios dice: «Basta ya». ¿Necesita usted oír esta Palabra? He tratado a través de los años de permitir que las Escrituras hablen y digan lo que tienen que decir. Yo no llevo a la Biblia un problema y digo: *Señor: dame algo que sea relevante*. Siempre trató de empezar con el pasaje bíblico, sea el que sea, creyendo que el Señor tendrá presente a los que él quiere que lo oigan. Así que, por favor, sea receptivo a lo que el Señor quiere decirle mediante este capítulo.

Finalmente, esta parábola es importante porque enseña que el arrepentimiento es la única manera de escapar del juicio divino. Si Acab, el más perverso de los reyes en la memoria de cualquiera, pudo humillarse, entonces Dios ciertamente actúa con toda gracia. Por consiguiente, cuando usted siente que necesita arrepentirse de algo, hágalo, actúe en concordancia, y agradézcale al Señor por su fidelidad hacia usted.

El contexto de la parábola

Veamos un poco más de cerca el contexto en el que Jesús dio este mensaje. Primero veamos algunas de las falsas presuposiciones que Jesús consideró y después algunas presuposiciones de hecho que Jesús dio por sentado.

Presuposiciones falsas

Se nos dice que algunos fueron a Jesús y le contaron de unos galileos cuya sangre Pilato había mezclado con sus sacrificios (Lucas 13:1). Por la respuesta de Jesús es obvio que estas personas daban por sentado que los galileos en cuestión eran personas muy malvadas, y por consiguiente habían recibido un horrible castigo. Jesús, que sabía lo que estaban pensando y por qué sacaron el asunto a colación, les dijo: «¿Piensan ustedes que esos galileos, por haber sufrido así, eran más pecadores que todos los demás?» (Lucas 13:2).

La primera presuposición falsa es que los accidentes les ocurren solo a los malos y que son una señal de castigo divino. Esa fue la presuposición que dio base a este relato. Sin embargo, en algún momento previo Poncio Pilato había enviado soldados romanos al templo, lo cual era un sacrilegio. Lo hizo cuando algunos galileos estaban ofreciendo sus sacrificios; los había hecho matar, y su sangre se había mezclado con el sacrificio. La presuposición era que esos galileos debían haber sido viles pecadores porque de lo contrario eso no les habría sucedido. Jesús trajo a colación la historia de otros dieciocho que habían muerto cuando la torre de Siloé les cayó encima (obviamente un incidente reciente en Jerusalén). «¿O piensan que aquellos dieciocho que fueron aplastados por la torre de Siloé eran más culpables que todos los demás habitantes de Jerusalén? ¡Les digo que no! De la misma manera, todos ustedes perecerán, a menos que se arrepientan» (Lucas 13:4-5).

La segunda presuposición falsa, por implicación, es que algunos no necesitan arrepentirse porque son personas honorables, decentes y buenas, que viven vidas destacadas, que no le hacen daño a nadie, que pagan sus cuentas y son buena gente. Puesto que las malas cosas no les suceden a personas como esas, se piensa que tales personas no necesitan

arrepentirse.

Presunciones fácticas

Hay algunas presunciones fácticas que Jesús hizo cuando les hablaba a los presentes. La primera es que a los buenos les suceden cosas malas, y buenas cosas les suceden a los malos. Jesús estaba diciendo algo que concuerda con las palabras del libro de Eclesiastés: «Todo esto he visto durante mi absurda vida: hombres justos a quienes su justicia los destruye, y hombres malvados a quienes su maldad les alarga la vida» (Eclesiastés 7:15).

El escritor también dijo: «En la tierra suceden cosas absurdas, pues hay hombres justos a quienes les va como si fueran malvados, y hay malvados a quienes les va como si fueran justos. ¡Y yo digo que también esto es absurdo!» (Eclesiastés 8:14). Y: «Me fijé que en esta vida la carrera no la ganan los más veloces, ni ganan la batalla los más valientes; que tampoco los sabios tienen qué comer, ni los inteligentes abundan en dinero, ni los instruidos gozan de simpatía, sino que a todos les llegan buenos y malos tiempos» (Eclesiastés 9:11).

La segunda presunción fáctica que Jesús hizo fue que todos necesitan arrepentirse. Fue bien franco al decirlo ante un grupo de personas que obviamente se consideraban «buenas», bendecidas y sin necesidad de arrepentirse. Jesús les dijo: «Si no se arrepienten ustedes perecerán por igual». Estaba diciendo eso incluso a los que aparentemente eran los más justos. Ninguno de nosotros puede decir que no tiene necesidad de arrepentirse. Si lo decimos, estamos demostrando que estamos ciegos, que no tenemos objetividad en cuanto a nosotros mismos, y que Dios nos impide vernos tal como somos. Si usted dice: «No he hecho nada malo», eso quiere decir que Dios ni siquiera le está concediendo el privilegio del arrepentimiento. Incluso el más justo necesita arrepentirse, e incluso los que han sufrido grandemente

necesitan arrepentirse. No mire a una persona minusválida, o que no puede ver, o que no puede oír, o que está recluida en la cama, y cosas por el estilo, y diga: «Irás al cielo porque has sufrido mucho». ¡Lo lamento!

«Todos ustedes perecerán, a menos que se arrepientan» (Lucas 13:3). Jesús les dice eso a todos. Dios ordena a todos en todas partes que se arrepientan.

La tercera presunción fáctica es la referencia al castigo eterno en los versículos 3 y 5. Jesús lo dijo dos veces. *Perecer* es una Palabra que se usa intercambiabilmente con *castigo eterno* en todo el Nuevo Testamento. Los que estaban haciéndole la pregunta a Jesús querían hablar con él de estos asuntos filosóficos. Estaban buscando respuestas de por qué algunos sufren. Casi ciertamente no querían entablar con Jesús una conversación que pudiera sacar a la luz sus propios pecados. Pero Jesús se abre paso a través de toda esta especulación filosófica y teológica ociosa y va al meollo de la materia: «Todos ustedes perecerán, a menos que se arrepientan». Habló al corazón. Jesús les predicó como un hombre que moriría a hombres que morirían. La gente a menudo me pregunta: «R. T., ¿por qué recalca tanto esto del castigo eterno? Eso es un asunto secundario». Siempre respondo: «Pero, un momento. ¿Qué si es verdad? ¿Qué si hay un infierno? Si hay un infierno, no es un asunto secundario, ¿verdad que no?»

Personajes de la parábola

¿Qué significan las diferentes personas de esta parábola? La mayoría de los eruditos concuerdan en lo siguiente.

El dueño de la viña es Dios Padre. La viña, o la higuera, es la nación de Israel. El siervo que dijo: «Espera un año más», es la intercesión del Mesías de Dios, el Señor Jesús. El dueño de la viña, Dios Padre, es dueño de todo y tiene un interés especial en su pueblo del pacto. Dios tiene derecho de buscar fruto en ellos, y también tiene el derecho de castigarlos. Si decide: «Por tres años he venido a buscar fruto en esta higuera; y no he hallado nada, así que voy a hacerla cortar» tiene derecho de hacerlo. Bien pudiera haber echado a un lado la sugerencia del criado, pero escogió no hacerlo.

El hombre que cuidó la viña, entonces, es el mediador, el intercesor. Es el que interviene y dice: «Señor, déjala por un año más», y ofrece cavar alrededor de ella y abonarla. Tenga cuidado, entonces, si usted es un descarriado en la cerca; usted no tiene derecho a juzgar, puesto que Dios bien puede estar a punto de decir: «¡Basta!» Usted tal vez haya sido dejado hasta ahora porque el Señor está detrás de bastidores, clamando: «¡Espera, espera, espera!» intercediendo a su favor. Ese es el papel de un mediador: estar en la brecha entre Dios y el hombre. Jesús suplica ante el Padre a nuestro favor.

Mire el relato de Mateo 21 cuando Jesús maldijo a la higuera. Los discípulos se asombraron porque la higuera se secó tan rápido. Por lo general se corta un árbol y las hojas no se secan por varios días. Pero en este caso se secó en cuestión de horas. Jesús estaba enviando una señal de que el castigo ya había empezado a tener lugar. Él ya había entrado a la ciudad en el Domingo de Ramos, y había llorado sobre ella, y ya el castigo había venido sobre la nación de Israel.

El Señor intercede a favor del pueblo de Dios, que no ha

dado fruto. Hay una aplicación cuádruple de esto.

- La primera tiene que ver con la nación de Israel. En esta parábola Jesús estaba dándole a Israel una oportunidad para que se arrepintiera. En una palabra, la venida de Cristo le dio al pueblo de Israel su última oportunidad. Jesús fue a Jerusalén, de allí a Galilea, y luego volvió a Jerusalén, y después volvió a Galilea. Sin embargo todo lo que ellos querían era matarlo. No se daban cuenta de que estaba dándoles una última oportunidad.
- La segunda aplicación es para la iglesia, el nuevo Israel. Dios espera que la iglesia dé fruto. La primera iglesia a la que se dirige una carta en Apocalipsis 2 es la iglesia de Éfeso, el centro de mucha actividad divina. Algo había sucedido, y ellos habían abandonado su primer amor. Jesús dice: «¡Recuerda de dónde has caído! Arrepiéntete y vuelve a practicar las obras que hacías al principio» (Apocalipsis 2:5).

Dios tiene el derecho de decirle eso a la iglesia. Jesús intercede a nuestro favor.

- Esta enseñanza es también pertinente para todo el que todavía no ha sido salvo. A menos que usted se arrepienta, perecerá. No se siente en la cerca. ¿Ha clavado usted su bandera en el mástil? Su espíritu no contendrá con el hombre para siempre (Génesis 6:3).
- La aplicación final es para los creyentes que han desarrollado dureza de oído a nivel espiritual. Esto fue lo que le sucedió a la iglesia a la cual se dirige la carta a los Hebreos. Se habían vuelto duros para oír. El autor dice: «Ustedes no se dan cuenta de que las cosas van a ir de mal en peor hasta que ya no oirán nada, y entonces no habrá arrepentimiento» (vea Hebreos 6:4-6). ¡Escuchen! El arrepentimiento es lo más precioso para el creyente. Cuando el Espíritu Santo identifica algo de lo cual usted necesita arrepentirse, agradézcaselo. Cuando Dios pone su

dedo en algo de su vida, aprovéchelo con ambas manos.

Hace muchos años me sentí morir mil veces cuando Dios me habló. Yo tenía el deseo de ser erudito y teólogo, y hacer mi impacto en el mundo escolástico, pero Dios dijo: «Deja que algún otro haga eso. No estoy pidiéndote que hagas lo que ellos pueden hacer». Más bien me llamó a la Westminster Chapel y a ser un evangelista. Fue un momento horrible. Pensé: *Qué de la reputación de la iglesia, Señor? La Chapel tiene una reputación muy buena. Eso va a cambiar, y no les va a gustar.* Dios dijo: «Déjame eso a mí».

No tenga miedo de lo que otros van a pensar de usted cuando entre en la función a la que Dios lo está llamando. Cuando usted esté delante de Dios, lo que ellos piensen no significará nada.

Advertencias de la parábola

Para la nación de Israel esto era historia en acción. Cuando Jesús se acercó a Jerusalén y vio la ciudad, lloró sobre ella (Lucas 19:41-42). Él dijo: «¡Cómo quisiera que hoy supieras lo que te puede traer paz! Pero eso ahora está oculto a tus ojos» (Lucas 19:42).

El tercer año había llegado para el árbol y hubo intercesión, pero ahora ya se había acabado todo. El árbol se había secado. Jesús lloró. Repetidamente Jesús le había dicho a Israel que Dios iba a ir a otra nación; a los gentiles (vea Hechos 13:46; Hechos 19), pero ellos no escucharon. La advertencia para la iglesia es aferrarse al lema de La Reforma: «La Iglesia reformada pero siempre reformándose». Por eso Dios ha tenido que levantar nuevas denominaciones y movimientos con el correr de los años.

Esta parábola también nos advierte que recordemos que Dios está buscando fruto en nuestra vida. ¿Cuál es el fruto que Dios busca? Tres cosas: *justicia* (vea Filipenses 1:10-11), *reforma* (que quiere decir producir fruto al ser continuamente transformados; vea Mateo 3:38) y *arrepentimiento* (que quiere decir alejarse incluso más de nuestras maneras anteriores de pecado y ser transformados de gloria en gloria; vea 2 Corintios 3:18). Es lo mismo que decir que la iglesia debe ser reformada pero siempre reformándose.

Lucas 13:6-9 muestra que Dios es paciente. Permítanme ponerlo de esta manera. Si usted llega al punto en que ya no puede oír que Dios habla, en que no está siendo renovado con arrepentimiento y ha retrocedido espiritualmente, Dios no le corta de un tajo. Esta parábola muestra que antes de que una persona llegue al estado en que se vuelve inalcanzable, Dios es muy, muy paciente. Usted no caerá fácilmente en una situación como la de Hebreos 6:4-6 en que es imposible ser renovado otra vez para arrepentimiento. Eso

sucede solo después de que el Padre ha sido muy paciente y el Hijo ha intervenido e intercedido, diciendo: «Por favor, déjalo todavía por un año más. Observa lo que hago y si entonces ves arrepentimiento, bien; si no, córtalo.».

Retos de la parábola

Primero, ¿es posible que en el mundo gentil esté a punto de producirse una reversión de lo que sucedió en los días de Jesús? Pablo dijo: «Pero ellas fueron desgajadas por su falta de fe, y tú por la fe te mantienes firme» (Romanos 11:20). Pablo estaba hablando del retoño de olivo, y refiriéndose a Israel. Estaba hablando a gentiles que «se mantienen firmes en la fe». Pablo continuó:

Así que no seas arrogante sino temeroso; porque si Dios no tuvo miramientos con las ramas originales, tampoco los tendrá contigo. Por tanto, considera la bondad y la severidad de Dios: severidad hacia los que cayeron y bondad hacia ti. Pero si no te mantienes en su bondad, tú también serás desgajado. Y si ellos dejan de ser incrédulos, serán injertados, porque Dios tiene poder para injertarlos de nuevo.

Romanos 11:20-23

En otras palabras, aunque Dios se volvió a los gentiles, llegará un tiempo (si entiendo Romanos 11 correctamente) cuando Dios volverá a tratar con Israel. Por amor a los patriarcas Dios no ha terminado con Israel. Ahora bien, eso no quiere decir que ningún gentil será salvo durante este tiempo, porque cuando Dios se volvió a los gentiles algunos judíos todavía fueron salvos, aunque muy pocos. Cuando la reversión se produzca de nuevo, habrá un retorno a Dios en masa de parte de Israel. A los que hemos oído mucho del evangelio, Dios nos dirá: «Ya han tenido un tiempo muy largo». Ese es el primer reto.

Segundo, ¿es posible que Dios deseche a la iglesia que conocemos y acuda a un pueblo del que ni siquiera hemos soñado? Recuerden que Samuel fue a la casa de Isaí y la unción fue para la persona que menos se esperaba: el muy joven David. David era insignificante, arrinconado detrás de la puerta, subestimado por su padre y sus hermanos. ¿Podría

alguna vez Dios volver a hacer esto?

Finalmente, el último reto es para los que tal vez hayan oído mucho de esta enseñanza en su vida, y debido a eso, a veces tratan de racionalizar lo que Dios está diciendo o incluso de descartarlo por completo. No debemos endurecernos de oídos espiritualmente; sino que siempre debemos ser receptivos a lo que el Espíritu de Dios está diciéndonos, y escuchar y obedecer. Debemos vivir en un marco mental que permita el arrepentimiento continuo; no llevar cargando nuestra culpa sino ser receptivos a la corrección del Espíritu. Si hacemos esto, entonces nunca viviremos en el temor de quedar sin fruto o de que Dios tenga que cortarnos.

Capítulo 21

La parábola de la viña

«Estos que fueron los últimos en ser contratados trabajaron una sola hora—dijeron—, y usted los ha tratado como a nosotros que hemos soportado el peso del trabajo y el calor del día».

Mateo 20:12

Todas las parábolas de Jesús tenían un elemento de sorpresa, pero el efecto de esta probablemente dejó a la gente más aturdida que cualquier otra parábola que habían oído hasta aquí. La parábola habla de un grupo de obreros que fueron contratados para hacer un trabajo. Algunos trabajaron largas horas, mientras otros vinieron a la hora undécima, y sin embargo a todos se les pagó la misma cantidad. Los obreros que fueron contratados primero pensaron que deberían haber recibido más paga que los que empezaron más tarde, pero no fue así.

En otro lugar Jesús enseñó que el obrero es digno de su salario (vea Lucas 10:7). Sabemos que Dios nota cuando la gente no trata bien a sus empleados: «Oigan cómo clama contra ustedes el salario no pagado a los obreros que les trabajaron sus campos. El clamor de esos trabajadores ha llegado a oídos del Señor Todopoderoso» (Santiago 5:4). Dios sabe cuándo no se nos paga lo que merecemos. Sin embargo aquí tenemos una parábola que parece contradecir esa idea.

En tiempo de Jesús, el día de trabajo bien puede haber sido de doce horas. Los obreros a menudo trabajaban de sol a sol. Sabemos que los obreros de la parábola que empezaron a trabajar al amanecer convinieron en trabajar por un denario,

es decir, la paga regular en ese tiempo. Pero después vinieron otros a la tercera hora (alrededor de las nueve de la mañana), y convinieron en recibir lo que fuera justo; así es como se dice (Mateo 20:4-5). A mediodía llegaron otros. A las tres de la tarde vinieron otros más, y todos ellos convinieron en recibir lo que fuera justo que se les pagara. Luego, a las cinco de la tarde, que debe haber sido la undécima hora si se dejaba de trabajar a las seis de la tarde, el dueño de la viña salió y encontró a otros que todavía estaban a la espera, y les preguntó: «¿Por qué han estado aquí desocupados todo el día?» “Porque nadie nos ha contratado”, contestaron. Él les dijo: “Vayan también ustedes a trabajar en mi viñedo”» (Mateo 20:6-7).

A pesar de empezar a trabajar diferentes horas, cuando se les pagó todos recibieron el mismo salario. Naturalmente, esto nos parece injusto, y hubiera parecido lógico que los que habían trabajado más horas deberían recibir más paga, o por lo menos que los que trabajaron menos debían recibir menos. Los obreros de la parábola se quejaron de la situación pero el dueño del viñedo los reprendió, porque él tenía la última palabra. Les señaló que cada hombre había acordado trabajar por el salario indicado, y que era su derecho como dueño pagarle a cada hombre lo mismo si quería hacerlo. Entonces fue al meollo del asunto: «¿Es que no tengo derecho a hacer lo que quiera con mi dinero? ¿O te da envidia de que yo sea generoso?» Así que los últimos serán primeros, y los primeros, últimos» (Mateo 20:15-16).

Un Dios Soberano

Jesús no dijo esta parábola para enseñarnos economía. Este no es el concepto divino de cómo se debe gobernar una nación. Tampoco la parábola enseña en cuanto a igualdad, aunque todos tenemos igual posición delante de Dios. El tema no es eficiencia; como que si los que llegaron la última hora de alguna manera hicieron más y tenían derecho a una paga relativamente más alta. Lo que esta parábola está enseñando son los principios del Reino de los Cielos (Mateo 20:1). Aquí vemos que los caminos de Dios son diferentes de los nuestros.

«Porque mis pensamientos no son los de ustedes, ni sus caminos son los míos—afirma el SEÑOR—. Mis caminos y mis pensamientos son más altos que los de ustedes; imás altos que los cielos sobre la tierra!» (Isaías 55:8-9).

La parábola trata de la soberanía de Dios. Él tiene el derecho de hacer lo que quiere con sus recursos. De hecho, las recompensas del reino dependen solo de su gracia soberana. La unción viene solo por gracia. Dios le dijo a Moisés muchos años antes: «Y verás que tengo clemencia de quien quiero tenerla, y soy compasivo con quien quiero serlo» (Éxodo 33:19).

¿Por qué es importante esta parábola?

Esta parábola enseña que debemos vivir con nuestra unción y no mirar sobre el hombro, preguntando: «Pues bien, ¿qué de él? ¿Qué de ella?» Todos tenemos una unción. Dios no va a usar de la misma manera a todos los que están en el Cuerpo de Cristo. No debemos mirar a los que tienen un perfil más alto y desear funcionar en su papel. Esto es exactamente lo que le sucedió a Simón Pedro cuando Jesús le dijo cómo iba a morir. A la pregunta de Pedro en cuanto a Juan, el Señor le respondió: «Si quiero que él permanezca vivo hasta que yo vuelva, ¿a ti qué? Tú sígueme no más» (Juan 21:22).

Todos tenemos una herencia en particular, y todos tenemos nuestra unción. Usted tal vez quiera tener la unción de otra persona, o incluso pudiera querer *ser* otra persona. Tal vez usted desee haber vivido en otro día, o haber tenido un trabajo diferente. Esta parábola se refiere a cómo vivir conforme con los dones que Dios le ha dado, y no mirar por sobre el hombro.

Esta parábola también tiene que ver con el evangelio de la gracia. Muestra la pura gracia inaudita de Dios. Todos somos salvos por la gracia de Dios, como Pablo escribió: «Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte» (Efesios 2:8-9).

Esto quiere decir que al más grande pecador, que tal vez haya vivido la vida más perversa, Dios lo puede perdonar y limpiar de sus pecados, de igual forma que al niño que se acerca al Señor sin haber tenido mucha oportunidad de pecar. Dios puede recibir a un Adolfo Hitler o a un Al Capone y convertirlos tan fácilmente como convertir a un niño de seis años. Puede convertir a cualquier persona porque de un solo brochazo la sangre de Cristo limpia todos nuestros pecados. La persona que recibe a Cristo en su lecho de

muerte llega al cielo tan rápido como el que ha servido al Señor fielmente por sesenta años. El escándalo del Nuevo Testamento es que una persona puede vivir una vida justa, moral, recta, altamente respetada y cosas por el estilo, y con todo terminar en el infierno. A veces cuando solía caminar alrededor de la abadía de Westminster en Londres y pensaba en las personas que recibían honores allí, me preguntaba: *¿Dónde están ahora? ¿Qué si están en el infierno?* Sin embargo, la persona más perversa puede recibir al Señor e ir derecho al cielo.

Interpretaciones de la parábola

Hay varias maneras en que se puede aplicar esta parábola. Voy a dar varios ejemplos, pero hay más. Tómese, por ejemplo, la manera en que Dios escoge usar a sus siervos para varias tareas. Usted y yo tal vez hayamos tenido que soportar el calor del día habiendo trabajado en el viñedo de Dios por años y años, luego alguna persona «desconocida» se asoma y Dios la usa para una tarea mucho más prestigiosa que la nuestra! Dios puede hacerlo. Miren por ejemplo a Saulo de Tarso. Imagínese lo dolidos que Pedro, Jacobo y Juan pueden haberse sentido en cuanto a Saulo, que apareció de repente en la escena y sin embargo subió tan rápidamente a un perfil muy alto en la iglesia. Eso pudiera haberles dolido mucho.

Pablo fue el que llegó a la hora undécima. Los discípulos habían trabajado duro; habían seguido a Jesús por tres años, y él les había dado con cucharita su enseñanza. Entonces Pablo, nacido con cuchara de plata en la boca (lo que probablemente hacía las cosas peor), que se había sentado a los pies del famoso maestro Gamaliel, es salvo y Dios lo usa para escribir dos tercios del Nuevo Testamento. Los que pensamos que hemos trabajado duro y hecho todo lo que Dios nos ha dicho que hagamos tenemos que darnos cuenta de que Dios puede levantar a otra persona para la tarea que sea que tenga en mente.

La segunda manera en que se puede aplicar la parábola es a los que han experimentado un avivamiento. Tal vez usted pertenezca a una iglesia que ha orado fielmente por años y años pidiendo que venga un avivamiento, y sin embargo nunca han visto un movimiento de Dios. Luego una iglesia que se ha establecido hace poco en un barrio empieza a orar, y en menos de un mes el Espíritu se les manifiesta en avivamiento. Tal vez usted se entera y piense: *¿Es que no hay justicia en este mundo?* Dios dice: «Mira, tendré compasión del

que tendré misericordia y mostraré gracia al que le mostraré gracia». Él puede hacerlo.

La tercera manera en que se puede aplicar esta parábola es a los que experimentan lo extraordinario. Recuerdo la primera vez que vi a Jennifer Ressa-Larcombe. Ella estaba en una silla de ruedas y había estado en esa condición por años y años. Mi corazón se compadeció de ella, pero ella dio su testimonio de cómo estaba sirviendo al Señor. Mientras tanto toda persona que se pueda imaginar había orado por ella. Toda persona que aducía tener el don de la sanidad la ungió con aceite y le impuso las manos, y luego algunos creyentes carismáticos que se habían convertido apenas un mes antes oraron por ella y ella sanó. Ella está andando hoy. ¡Dios puede hacer eso!

Esta parábola se puede aplicar también a los que participan de repente en lo que Dios decide hacer. Este es un ejemplo. Imagínese que su iglesia ha estado orando por un avivamiento. Un día sucede, y todos se gozan. Una semana o dos más tarde, la multitud empieza a llegar a su iglesia. Ellos participan de lo que está sucediendo, aunque no tuvieron parte en orar para que sucediera. No sudaron en oración junto a usted, pero de todas maneras están recibiendo los beneficios del movimiento de Dios. Cualquiera que haya sido miembro por largo tiempo pudiera estar tentado a pensar: ¿Quiénes son estas personas? No merecen participar de esto; nosotros somos los que hemos esperado por esto. Si el avivamiento en verdad llega a su iglesia, puedo asegurarle que eso sucederá. Nos guste o no, otros participarán del triunfo.

Otra manera en que se puede aplicar esto es a nuestras recompensas en el cielo. Hay los que son creyentes por años que, en el día del fin, serán salvos como por fuego. Esto se debe a que aunque han sido creyentes por años (empezaron a edificar sobre el cimiento correcto), su superestructura no fue erigida con oro ni plata ni piedras preciosas, sino con

madera, heno y hojarasca. Son salvos pero solo por fuego, lo que quiere decir que no tendrán recompensa. También hay los que han estado convertidos por solo un breve período de tiempo pero que recibirán una recompensa en el cielo. Usted puede decir que eso no es justo, pero eso es exactamente lo que dijeron los obreros de la parábola (Mateo 20:11-12). Espero que habrá algunos en el cielo que recibirán una recompensa y que ami modo de pensar no deberían recibir nada. Y habrá personas en el cielo salvadas como por fuego de quienes yo pensé que deberían recibir una recompensa.

Finalmente, *todos* somos como la persona de la hora undécima, de una manera u otra. Tal vez usted siempre ha leído esta parábola y pensado de alguien que llegó a la hora undécima. Quiero que sepa que seguramente alguien lo verá a usted de esa misma manera. Muchos sabemos lo que es segar lo que no hemos sembrado. Si alguna vez usted pensó: *en realidad no me lo merecía*, usted es una persona de la undécima hora también. Nunca lo olvide.

El don de un trabajo

«Así mismo el reino de los cielos se parece a un propietario que salió de madrugada a contratar obreros para su viñedo. Acordó darles la paga de un día de trabajo y los envió a su viñedo» (Mateo 20:1-2).

La capacidad de trabajar y ganar o producir riqueza es en realidad una dádiva de Dios. Dios desea bendecirnos con la capacidad de trabajar. La parábola nos dice que el dueño del viñedo salió a la plaza a la hora tercera y vio a algunos que estaban allí. Los animó para que fueran a trabajar en su viñedo, y lo hicieron. Más tarde salió e hizo lo mismo itres veces más! Es una oferta de gracia. Nadie estaba obligado a aceptar la oferta de trabajo. Fue una oferta indiscriminada a todo el que estaba dispuesto a trabajar por un denario. Así es con el evangelio. Se les ofrece a todos, sin que importe quiénes sean. «Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:16).

La oportunidad de trabajar por dinero es una dádiva de Dios. «Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbreras celestes, y que no cambia como los astros ni se mueve como las sombras» (Santiago 1:17).

Si usted tiene un trabajo, déle gracias a Dios. Sea agradecido por cualquier oportunidad financiera que le ayude a salir adelante, y no se enfade cuando alguien que no trabaja tan duro como usted recibe más paga. Recuerde, «gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento» (1 Timoteo 6:6, *RVR-60*). «Porque el amor al dinero es la raíz de toda clase de males. Por codiciarlo, algunos se han desviado de la fe y se han causado muchísimos sinsabores» (1 Timoteo 6:10).

Bien podría ser que usted haya estado muy contento con su

trabajo hasta que supo que alguien que trabaja en una función similar está ganando más que usted. De repente usted ya no se siente tan contento con su trabajo. Tenga cuidado en cuanto a esa actitud. Sea agradecido de que por lo menos pueda tener un trabajo.

La dádiva de un trabajo se refiere también a tener una ocupación fructífera. A algunos les encanta el trabajo que tienen; otros lo detestan. Si a usted le gusta su trabajo, sea agradecido. Sea agradecido de que tiene una ocupación fructífera. Tal vez no lo vaya a hacer rico, pero si usted disfruta de su trabajo, eso vale mucho. Sea agradecido, porque hay muchos que están desdichados con su suerte.

En la parábola de Jesús los obreros convinieron en cierto salario, y por tanto estaban obligados a respetar el acuerdo. De modo similar, si usted ha acordado recibir cierto salario por el trabajo que hace, usted está obligado a respetar su acuerdo y no quejarse. Sea agradecido y esté contento.

Una vez que hice una lista de las cosas que haría diferente y las cosas que haría igual si volviera a reandar todos los años de mi ministerio. Una cosa que haría diferente es tener el valor desde el primer día de ser yo mismo y aceptar la manera en que Dios me hizo. Usted no puede imaginarse el complejo de inferioridad que tenía en los primeros días como persona de las colinas de Kentucky subiendo al púlpito de la capilla Westminster; casi ni podía aceptarlo. Si pudiera hacer retroceder el reloj, diría: *Dios, tú me hiciste de esta manera, así que pienso que puedo hacer el trabajo*. El punto es que todos necesitamos estar contentos con la manera en que Dios nos trata a nosotros y a otros, y no estar descontentos. Necesitamos aceptar la unción que Dios nos da y ser agradecidos. Esa gratitud tal vez simplemente resulte en una unción aumentada y en una responsabilidad aumentada puesto que a Dios le encanta la gratitud y la recompensa.

Codicia y celos

«Acordó darles la paga de un día de trabajo y los envió a su viñedo» (Mateo 20:2).

Noten que el primer grupo de obreros no se quejó por el trato original. Convinieron en trabajar por un denario, y fueron bendecidos al conseguirlo. No dijeron: «No, yo no voy a trabajar por un miserable denario». Tampoco hay ningún indicio de que los que llegaron más tarde discutieron en cuanto a trabajar por un denario. De buen grado lo aceptaron, y sin embargo lo próximo que uno sabe es que están enojados. «Por eso cuando llegaron los que fueron contratados primero, esperaban que recibirían más» (Mateo 20:10).

Estos obreros estaban acusando al dueño. ¿Pueden imaginarse discutiendo de esa manera con Dios? Imagínese usted mismo recibiendo las grandes noticias de un aumento de sueldo. Digamos que usted recibe un diez por ciento de aumento, y no puede esperar contárselo a alguien porque está muy entusiasmado. Luego otra persona se acerca y le dice: «¡Me dieron un aumento del quince por ciento!» De repente usted ya no se siente tan contento; pero debería estarlo. Codicia y celos fue lo que los obreros del viñedo sintieron. Pero el dueño sobreseyó su queja.

Envidia

Amigo, no estoy cometiendo ninguna injusticia contigo. ¿Acaso no aceptaste trabajar por esa paga? Tómala y vete. Quiero darle al último obrero contratado lo mismo que te di a ti. ¿Es que no tengo derecho a hacer lo que quiera con mi dinero? ¿O te da envidia de que yo sea generoso?

Mateo 20:13-15

La envidia fue la causa del primer asesinato de la historia humana. La envidia le hará que pierda su paz más efectivamente que todo lo demás. Usted puede estar navegando viento en popa, andando en el espíritu, alabando al Señor y sintiéndose bien, cuando oye de algún amigo que ha recibido bendiciones increíbles. De repente usted siente una descarga de celos, y eso le hace que pierda su paz.

Igualdad

«Estos que fueron los últimos en ser contratados trabajaron una sola hora», dijeron, «y usted los ha tratado como a nosotros que hemos soportado el peso del trabajo y el calor del día» (Mateo 20:12).

Estos hombres, los quejosos, pensaron que tenían más derechos que los que habían empezado a las cinco de la tarde. Algunos de nosotros, si no tenemos cuidado, nos sentiremos también de esa manera porque hemos sido muy fieles y hemos trabajado duro. Es fácil desarrollar un espíritu de justicia propia y pensar, aunque sea inconscientemente, que uno tiene más derecho que los demás.

Energía

Mire de nuevo el versículo 12. Voy a parafrasearlo: «Contrataste a estos hombres a la hora undécima, y los has hecho iguales a nosotros que hemos trabajado soportando el calor del día. Nosotros estuvimos aquí sudando la gota gorda al mediodía cuando más quema el sol. Estos hombres llegaron a las cinco de la tarde cuando ya está fresco, y sin embargo ¡reciben la misma paga!» Los que fueron contratados primero en la mañana pensaban que debían recibir más recompensa debido a que habían gastado más energía.

Gracia y justicia

Esta parábola pide gracia y justicia. A los obreros se les dio un trabajo, y eso es gracia. Deben haberse sentido muy afortunados, o de lo contrario no lo hubieran aceptado. Cuando Dios nos da un trabajo nos sentimos bendecidos. Es un gran honor ser escogido y que se nos dé una unción para trabajar en el viñedo de Dios. Pero no se les dio solo un trabajo; también se les dio justicia. «Se presentaron los obreros que habían sido contratados cerca de las cinco de la tarde, y cada uno recibió la paga de un día. ... los que fueron contratados primero, ... cada uno de ellos recibió también la paga de un día» (Mateo 20:9-10).

Ustedes tal vez digan: «¿Cómo es que hay justicia en que a los que llegaron a la hora undécima se les paga la misma cantidad?» Así es como Dios puede ser justo y misericordioso a la vez. Justicia quiere decir que merecemos ser castigados. Misericordia quiere decir que Dios no quiere castigarnos. Pero cuando Jesús murió en la cruz, su sangre satisfizo la justicia divina, y ahora Dios puede salvar a los que vienen a la hora undécima tan rápidamente como a los que han sido convertidos la mayor parte de su vida.

Dictamen

Finalmente, a los obreros se les da un dictamen. El dueño dijo: «Tómala y vete. Quiero darle al último obrero contratado lo mismo que te di a ti. ¿Es que no tengo derecho a hacer lo que quiera con mi dinero? ¿O te da envidia de que yo sea generoso?» (Mateo 20:14-15). Eso es un dictamen. Dios puede hacer lo que quiera con cada uno de nosotros.

¿Quién eres tú para pedirle cuentas a Dios? ¿Acaso le dirá la olla de barro al que la modeló: «¿Por qué me hiciste así»? ¿No tiene derecho el alfarero de hacer del mismo barro unas vasijas para usos especiales y otras para fines ordinarios?

Romanos 9:20-21

Dios dice: «Y verás que tengo clemencia de quien quiero tenerla, y soy compasivo con quien quiero serlo» (Éxodo 33:19). Dios puede hacer lo que quiere con su creación caída, porque su juicio es correcto. Esta parábola habla de la gracia de Dios y como él soberanamente la concede a diferentes personas de diferentes maneras. A fin de cuentas Dios decide. Mi deber y el suyo es aceptar que Dios sea Dios.

Capítulo 22

La parábola del invitado petulante

Al notar cómo los invitados escogían los lugares de honor en la mesa, les contó esta parábola...

Lucas 14:7

Muchas de las parábolas de Jesús contenían un elemento de sorpresa; esta, sin embargo, sugiere su sentido del humor. No puedo imaginarme a Jesús riéndose de alguien de una manera maliciosa, pero le encantaba divertirse a costa de los petulantes. Le garantizo que si usted hubiera estado presente durante el Sermón del Monte cuando Jesús describía a la gente que anunciaba con trompetas cuando iban a dar dinero a fin de que los hombres los honraran (Mateo 6:2), hubiera oído un estruendoso estallido de risa entre la multitud.

Esta parábola se nos da en Lucas 14:7-14. Jesús estaba de visita en casa de uno de los dirigentes de los fariseos. «Era sábado» (Lucas 14:1). Lo primero que notamos es el poder de observación que Jesús reveló. Leemos: «Al notar cómo los invitados escogían los lugares de honor en la mesa, les contó esta parábola» (Lucas 14:7).

¿Hubiera notado usted eso? Jesús lo notó. Jamás se le pasaba nada por alto entonces, y tampoco se le pasa por alto nada hoy. Él sabe cuándo nos duele la manera en que alguien nos habla, o cuándo nosotros le hemos hablado ásperamente a alguien. Él sabe si usted tiene presiones en casa debido a problemas maritales. Él lo nota todo.

Jesús notó que la gente buscaba los lugares de mayor honor a la mesa. La mayoría de los eruditos piensa que Jesús

era el huésped de honor en esta ocasión. Posiblemente este prominente fariseo pudiera haber sido la persona de honor, y Jesús era simplemente un invitado. Sea cual sea el caso, Jesús notó a los que se abalanzaban hacia la cabeza de la mesa. En esos días los asientos se arreglaban en forma de U, con el invitado principal sentado en el centro. Mientras más se alejaba del centro, menor era el lugar de honor. Todos querían sentarse al lado de la persona que estaba en el centro.

El incidente de la parábola

Sería más bien sorprendente que Jesús fuera el invitado de un fariseo prominente, dado que con frecuencia él se divertía a costa de los fariseos o hacía comentarios cáusticos por la manera en que ellos se portaban. También tal vez usted halle sorprendente que él haya aceptado una invitación de un dirigente de los fariseos, cuando se le conoce mejor por asociarse con los pobres y los pecadores. La verdad es que Jesús buscaba personas de todo nivel concebible.

El propósito de la parábola

El propósito de la parábola es enseñarnos cómo recibir honor verdadero y válido aquí en la tierra. ¿Tiene usted hambre de reconocimiento? Las personas hacen cosas extrañas para lograr que los noten. Dios no se opone a que recibamos honor, siempre y cuando se haga a su manera y a su tiempo. Hay un honor que viene solo de Dios (Juan 12:43), y la manera de recibirlo, dijo Jesús, no es precipitarse a la cabeza de la mesa (el lugar de mayor honor) sino buscar el asiento más humilde. Entonces a uno lo invitan a pasar a una posición más alta (Lucas 14:10-11). Así es como Dios lo hace.

La parábola también nos muestra cómo evitar el bochorno innecesario. Todos valoramos nuestra propia estima. A nadie le gusta avergonzarse, y Jesús bondadosamente nos muestra cómo evitarnos nosotros mismos toda humillación innecesaria. Estaba diciendo: «Juega a lo seguro; busca el lugar más humilde y te evitarás la pena». Es una recomendación práctica

El propósito de la parábola también es mostrarnos cómo podemos tener la garantía de una recompensa en el tribunal de Cristo. Permítanme decirles cómo *no* recibir esa recompensa. No se moleste en invitar al Presidente para que cene con usted. Incluso si él aceptara, Jesús dijo: «No lo hagan de esa manera». Yañadió: «Más bien, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los inválidos, a los cojos y a los ciegos. Entonces serás dichoso, pues aunque ellos no tienen con qué recompensarte, serás recompensado en la resurrección de los justos» (Lucas 14:13-14).

¿Por qué es importante esta parábola?

Jesús habló de un tipo de sistema de clases que siempre existirá en la sociedad. Hay algunos a quienes siempre se les considerará más importantes que otros. Es imposible tener una sociedad sin clases. La naturaleza humana siempre será la misma; todos queremos que se nos vea con las personas más importantes. Nos da prestigio. Incluso Jesús, cuando dijo que siempre debemos considerar que alguien más distinguido ha sido invitado a la mesa, estaba reconociendo que siempre habrá niveles de prestigio.

La parábola indica que nadie deja atrás la posibilidad de querer sentirse importante o de querer evitar el bochorno. Jesús estaba siendo práctico. Él entiende la naturaleza humana como ningún otro. Nos guste o no, todos estamos conscientes de lo que otros piensan de nosotros, y el que dice que está totalmente muerto a eso es un mentiroso. Si no me importara lo que otros piensen, no me molestaría en ponerme corbata para subir al púlpito; predicaría en pijamas y pantuflas. Pero me preocupa cómo otros me ven.

También aprendemos que Dios aprueba que se honre abiertamente a una persona por la manera en que sucede en esta parábola. Quiere que tomemos el lugar más humilde, porque cuando se nos llama a subir, tanto Dios como nosotros recibimos el honor. Dios no siente celos cuando se nos da un honor. Él también recibe la gloria. La cuestión es, ¿queremos solo recibir honor de los hombres, o estamos dispuestos a ver lo que Dios puede hacer cuando él es el que orchestra las cosas? Podemos meter mano y cooperar con Dios en esto, y la mejor manera de hacerlo, Jesús dijo, es ocupando el lugar más humilde.

Habían invitado a Arthur Blessitt para que fuera el conferencista principal en una Concentración por Jesús hace años en Washington, D.C. Los organizadores oyeron que

Arthur iba a visitar una iglesia en particular en Virginia que a sus ojos era un poco «dudosa» porque «exageraba» un poco las cosas del Espíritu. Los dirigentes de la concentración le pidieron a Arthur que no asistiera a esa iglesia en particular porque de lo contrario tendrían que cancelar la invitación a hablar en la concentración. Sin embargo, Arthur quería asistir, así que simplemente me dijo: «Si uno empieza a huir, ¿en dónde se detiene?» Decidió de todas maneras visitar la iglesia, dando por sentado que eso quería decir que su invitación a la concentración quedaría anulada. Sin embargo, cuando más tarde fue a la concentración llevando su cruz de madera como siempre lo hacía, el lugar se entusiasmó. Cuando la gente lo vio empezaron a gritar y a aplaudir entusiastamente. Francamente, los organizadores no tuvieron otra alternativa que invitarlo a la plataforma para que hablara como estaba originalmente planeado. Dios puede hacer esto en su soberanía; simplemente cuando uno no está tratando de ganar ningún tipo de reconocimiento, Dios decide honrarlo.

Tenga presente que hay un peligro muy sutil al aplicar esto. Hay quienes dirán: «Ah, que bien. Yo siempre tomo el lugar más bajo; gloria a Dios, siempre soy un siervo humilde», y sin embargo realmente no quieren decir eso. Están tratando de «seguir el juego» en lugar de ser sinceros; lo que están haciendo es en realidad falsa humildad. ¿Ha notado usted alguna vez a una persona que en realidad no tiene un acento elocuente pero trata de parecer que lo tiene? Incluso un campesino de las colinas de Kentucky puede notar eso. Es tan obvio. Jesús no quiere que tengamos falsa humildad. ¡No sea petulantemente humilde! Jesús no busca eso; él quiere que deseemos sinceramente la gloria de Dios.

Una presunción petulante

La presunción petulante de esta parábola es que es importante que se nos vea en un lugar de honor, aunque no lo merezcamos. Es como alguien que conduce un Bentley pero no puede en realidad costearlo. Se goza cuando la gente piensa que *puede* costearlo. Es también como los que se refieren a gente famosa a quienes en realidad no conocen, pero con todo mencionan sus nombres. Personas como esas a menudo son sensibles de que se les descubra. ¿Qué dirían aquellas personas que escogieron los lugares de honor a la mesa, si el dueño se hubiera acercado a ellos y les hubiera dicho: «Mira, perdona, pero tienes que sentarte en ese otro lugar»? Hubiera sido una gran vergüenza, y de repente se hubiera visto lo poco importantes que son.

Dale Carnegie, que escribió el libro *Cómo ganar amigos e influir en las personas* dijo que el deseo más fuerte de las personas es el deseo de sentirse importantes. Nadie niega eso; es más, Jesús lo reconoce. Está en todos nosotros. La gente que describe Jesús aquí, sin embargo, son los que no ven la necesidad de promoverse a sí mismos.

La «presuposición petulante» de esta parábola también se puede aplicar a la salvación, a los que no ven la necesidad del esfuerzo propio y que piensan que pueden alcanzar la salvación por sus buenas obras. También se puede aplicar a los que no ven la necesidad de exaltarse a sí mismos en lo que tiene que ver con la apariencia. Quieren reconocimiento instantáneo, y no se dan cuenta de que el honor es temporal. No piensan que diez minutos más tarde, o diez días más tarde, la gente se olvidará de ellos. Viven simplemente para el momento de «ahora» y para disfrutar un poquito de gloria. Podemos ver esto en la ocasión en que Absalón levantó un monumento para sí mismo (2 Samuel 18:18).

¿Podría haber algo más ridículo? Absalón tenía miedo de

que no lo recordaran. Ahora se le recuerda, ¡pero con lástima! ¿Es de esa manera que quiere usted que lo recuerden? La Biblia dice: «No te jactes de ti mismo; que sean otros los que te alaben» (Proverbios 27:2).

Consejo prudente

Jesús dio un consejo prudente en esta parábola. Me siento tentado a llamarlo consejo pragmático. Es muy práctico y, de paso, un momento muy raro porque Jesús no siempre da consejo explícito y práctico. La gente siempre iba a él y le decía: «¿Qué harías tú en cuanto a esto?» y él no intervenía. Sin embargo, aprovechó esta oportunidad al máximo. Como ya dije arriba, Dios da indicios en lugar de instrucciones, y a menudo eso es cierto, en términos generales. Pero aquí Jesús dio un consejo explícito, diciéndonos lo que debemos hacer y lo que no debemos hacer.

Primero, dijo que no busquemos el lugar de honor. «Cuando alguien te invite a una fiesta de bodas, no te sientes en el lugar de honor, no sea que haya algún invitado más distinguido que tú» (Lucas 14:8).

En el cielo estaremos conscientes de que no merecemos estar allí. Dios nos pone ahí a pesar de esto. La persona que es salva es la que se humilla y reconoce que es pecadora y está lejos de la gloria de Dios. Más bien ora: *Dios, sé misericordioso a mí, que soy pecador*. Se humilla a sí mismo. Tal vez hubo un tiempo cuando esa persona pensó que sus buenas obras le ayudarían, pero ahora ve que ese no es el caso. Así que se postra y súplica misericordia y la sangre de Jesús.

«Todo el que a sí mismo se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Lucas 14:11). Esa es la manera de alcanzar la salvación. Exige humildad. De la misma manera, si usted busca un lugar de honor, inevitablemente habrá una doble humillación. Primero, será avergonzado frente a todos porque se le pedirá que se mueva y se siente en algún otro lugar. Hallará que los pocos asientos que siguen ya están ocupados, así que usted tendrá que ir hasta el último lugar. Tal vez alguien venga y le vea sentado

en el lugar más bajo y le diga: «¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que te vi allá arriba». Así que será humillado dos veces. Jesús dijo que así será (Lucas 14:9).

El develar del honor

Pienso que esta parábola nos da un indicio más, en caso de que lo necesitemos, de que el juicio de Cristo sucederá a ojos vista para que todos lo vean. Usted hallará si Fulano de Tal es real o un farsante. Hallará si yo soy realmente un hombre de Dios o un fraude. No habrá discusión en ese tiempo. Se develarán varios grados del honor, así como varios grados de humillación. Como ve, Jesús dijo: «Serás recompensado en la resurrección de los justos» (Lucas 14:14).

¿Qué sucede en la resurrección de los justos? Todos compareceremos ante el tribunal de Cristo. El apóstol Pablo dijo: «Es necesario que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba lo que le corresponda, según lo bueno o malo que haya hecho mientras vivió en el cuerpo» (2 Corintios 5:10).

En ese momento todo será revelado, y todos sabrán cómo somos realmente usted y yo. Hoy tal vez usted pueda esconderse, y nadie realmente sabe cómo es usted, pero en ese tiempo todo estará a la luz. Esta parábola da un vistazo previo de lo que será el tribunal de Cristo. El honor y la humillación estarán a ojos vista. Se sabrá quiénes fueron salvos como por fuego. Por eso Jesús dijo: «No hay nada escondido que no llegue a descubrirse, ni nada oculto que no llegue a conocerse públicamente» (Lucas 8:17).

Todo lo que no esté cubierto por la sangre de Cristo estará a la luz para que todos lo vean. La verdad de nuestra relación con Dios será clara. Será mejor para todos nosotros que bajemos nuestras voces y procuremos ocupar ese asiento más humilde. Jugar a lo seguro: no murmure ni se queje. Acepte este prudente consejo de Jesús. No trate de hacer una afirmación exagerada; no busque reconocimiento instantáneo ni que la gente le rinda honor.

El anfitrión

Tomar el lugar más bajo quiere decir estar dispuestos a esperar que Dios juzgue. ¿Qué se le prometer si usted espera? Jesús dijo:

Más bien, cuando te inviten, siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te invitó, te diga: «Amigo, pasa más adelante a un lugar mejor». Así recibirás honor en presencia de todos los demás invitados. Todo el que a sí mismo se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

Lucas 14:10-11

Si usted se contiene y no trata de promoverse será honrado delante de todos. Será una manera mucho mejor; será mucho mejor por cierto que la humillación. El anfitrión es un tipo de Dios Padre. La promesa es que Dios le hallará a usted; su anfitrión le hallará. Ese don que usted tiene y que usted teme que nadie reconozca, Dios lo notará y lo usará. Tal vez usted tiene una capacidad que piensa que nadie sabe; Dios sí la sabe. ¿Cómo lo sabrán los demás? Dios tiene su manera.

Tenemos miedo de que no se nos note, pero Dios sabe lo que cada uno de nosotros puede hacer. Él le hallará a usted. Mientras tanto busque el asiento más humilde y no se exalte a sí mismo Dios es el anfitrión de esta parábola, y nada está oculto de él. A él le encanta honrar a los que esperan y no tratan de levantar ni un dedo para exaltarse a sí mismos.

Justicia garantizada

Jesús dijo: «Todo el que a sí mismo se enaltece será humillado» (Lucas 14:11). ¿Ha estado usted exaltándose a sí mismo? ¿Ha estado usted promoviendo su nombre? ¿Ha estado tratando de conseguir que alguien mueva palancas por usted? No lo haga. Si Dios lo ha escogido para una tarea específica, entonces nadie podrá evitar que usted sea promovido a ese cargo. No cometa el error de pensar que usted tiene que promoverse a sí mismo. Si Dios quiere que usted sea exaltado, él lo exaltará. Si se supone que usted debe hacer un trabajo en particular en su iglesia, Dios le hallará. Si Dios quiere que usted esté en un lugar en particular, él le pondrá allí. Lucas 14:11 es un axioma de precaución, una verdad evidente en sí misma. Jesús nos advierte que si uno trata de promoverse a sí mismo, será humillado. Los que edifican su propio imperio, protegen su propio nombre, se adelantan a Dios, pisotean a los menos privilegiados y procuran vindicarse a sí mismos, serán humillados.

Debemos notar que Jesús en realidad no estaba diciendo nada nuevo en esta parábola, porque en Proverbios 25 leemos: «No te des importancia en presencia del rey, ni reclames un lugar entre los magnates; vale más que el rey te diga: “Sube acá”, y no que te humille ante gente importante» (Proverbios 25:6-7).

Noten que Jesús no da ninguna indicación de cuánto tendremos que esperar. Puede ser que la justicia que reciba usted sea aquí en la tierra, pero por cierto tendrá lugar en el tribunal de Cristo, en donde todo saldrá a la luz.

Gozo garantizado

«Y el que se humilla será enaltecido» (Lucas 14:11).

El ser enaltecidos nos dará gran placer. Leemos en Filipenses:

Por eso Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

Filipenses 2:9-11

¿Alguna vez se ha preguntado si a Jesús le gustó eso? Él sí. Estoy convencido de que debe haberle ayudado a soportar su terrible humillación delante de Pilato y Herodes. En todo lo que él sufrió y en la horrible vergüenza de la cruz, él sabía que le esperaba una recompensa, y él dijo: «esperaré». Él no esgrimió su dedo ante Pilato y Herodes; ni siquiera abrió su boca. No hizo nada que contrarrestara el gozo que estaba puesto delante de él. ¿Sabe usted lo que Dios quiere hacer por usted y por mí? Él dice: «La actitud de ustedes debe ser como la de Cristo Jesús» (Filipenses 2:5).

El gozo garantizado viene cuando Dios nos exalta, sea en la tierra o en el juicio, pero debemos primero humillarnos ante Dios. Hay cuatro cosas que quisiera que notemos en cuanto a humillarnos.

Humillación

Primero, es una humillación *voluntaria*. Se hace por decisión propia, por un acto de la voluntad. Segundo, es una humillación *valiente*, porque exige valentía; exige la disposición a quedar mal, a esperar a que llegue el momento en que Dios quiera y a que mientras tanto se nos malentienda. Eso fue exactamente lo que le sucedió a Jesús en la cruz. Si hay necesidad de explicar o defenderse uno mismo y decir: «Ahora, déjenme decirles exactamente lo que está sucediendo aquí», entonces Dios tal vez diga: «Yo te habría vindicado, pero tú acabas de hacerlo por ti mismo». Exige valor. Tercero, es una humillación *valiosa* porque lo pone a uno en buena situación, y al fin vale la pena la espera. Cuarto, es una humillación *victoriosa* porque el resultado está absolutamente garantizado. Es un axioma: el que se humilla será enaltecido.

Aplicación Práctica

Hay una cosa final en esta parábola. Jesús dio una aplicación práctica. Le dijo al anfitrión, al fariseo prominente:

Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos; no sea que ellos, a su vez, te inviten y así seas recompensado. Más bien, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los inválidos, a los cojos y a los ciegos. Entonces serás dichoso, pues aunque ellos no tienen con qué recompensarte, serás recompensado en la resurrección de los justos.

Lucas 14:12-14

Esto fue un serio revolcón para el anfitrión que había invitado a Jesús. ¿Cómo podemos aplicar las palabras de Jesús? Jesús dio un consejo práctico muy directo: «No des una fiesta para todos tus amigos ricos que tienen más que posibilidades para honrarte en pago. Más bien da un banquete para los pobres, los lisiados, los cojos, los ciegos, ... y entonces serás dichoso porque ellos no pueden pagártelo». Usted podrá hacer esto solo cuando no tenga necesidad de demostrar nada. La más grande libertad en la vida es no tener que demostrar nada.

Permítanme darles un ejemplo. Digamos que hemos estado orando porque una persona sea sanada y precipitadamente (y más bien neciamente) declaramos que ya ha sido sanada, antes de estar realmente seguros. Esto es como ir a la cabeza de la mesa. ¿Qué tal si dos días más tarde se sabe que no ha sido sanada? Tome el asiento más humilde; si en efecto ha sido sanada, se sabrá más tarde. El punto es: no exagere. Tome más bien la ruta de la humildad.

Jesús aplicó su propia parábola. Estaba enseñándonos que no tratemos de fomentar nuestra propia reputación procurando que nos vean con los grandes y los buenos. Más

bien debemos ser amigos de los pobres, los que no tienen reputación, y que no pueden aumentar nuestro prestigio. De esa manera Dios le dará una bendición. Usted tal vez reciba la bendición de inmediato; tal vez hallará simplemente que se siente bien. Pero cuando usted escoge como amigo a alguien que no puede pagarle, o decide que lo vean con los que no van a ayudarlo a aumentar su reputación, hay una bendición garantizada; si no aquí, entonces por cierto en la resurrección de los justos.

Jesús estaba diciendo tres cosas. Primero, su recompensa será espiritual y no material. Segundo, su recompensa es eterna y no temporal. Y tercero, su recompensa viene de Dios y no del hombre.

Así que, ¿cuál es nuestra responsabilidad? Bendecir a los que no pueden bendecirnos en pago, ser amigo de los que no pueden ser amigos de nosotros y dar a los que no pueden pagarnos. Dedique tiempo a los que les sobra el tiempo. Jesús estaba diciéndole esto al fariseo que lo invitó; Él no hace acepción de personas. ¿Qué está haciendo usted ahora que será recompensado solamente en el día del juicio?

Capítulo 23

La parábola del gran banquete

Cierto hombre preparó un gran banquete e invitó a muchas personas.

Lucas 14:16

Esta parábola de Lucas 14:15-24 es similar, aunque no la misma parábola del banquete de bodas de Mateo 22 (que veremos en el siguiente capítulo). La parábola del gran banquete siguió directamente a la parábola del invitado petulante. Recordarán que Jesús estaba como invitado a la mesa de un fariseo prominente, posiblemente incluso siendo el invitado de honor. Acababa de enseñar la lección que los que se enaltecían a sí mismos serían humillados y los que se humillaban serían enaltecidos (Lucas 14:11). Jesús también animó a las personas a invitar a su banquete a los desvalidos y vulnerables, a los que no podían devolver el favor. Dijo que los que cuidan a los pobres de esa manera recibirán la recompensa «en la resurrección de los justos» (Lucas 14:14).

Entonces, mientras estaban sentados a la mesa, alguien habló y dijo: «¡Dichoso el que coma en el banquete del reino de Dios!» (Lucas 14:15).

No estamos exactamente seguros de lo que este hombre tenía en mente cuando dijo esto. Tal vez fue simplemente un comentario al paso, o tal vez estaba hablando bajo la inspiración del Espíritu. De cualquier manera, Jesús aprovechó este comentario, lo tomó en serio y dio esta parábola a modo de respuesta.

Jesús relató que un hombre dio un gran banquete e invitó a muchos. Cuando llegó la ocasión para la comida, envió a su

criado para que les dijera a todos los que habían sido invitados que vinieran, porque el banquete estaba listo. Sin embargo, uno tras otro, los invitados dieron excusas para decir por qué ya no podían asistir al banquete. Cuando el criado le informó al dueño, el dueño de la casa se puso furioso, y le ordenó al criado: «Sal de prisa por las plazas y los callejones del pueblo, y trae acá a los pobres, a los inválidos, a los cojos y a los ciegos» (Lucas 14:21).

El criado hizo esto y más tarde tuvo que volver a salir y hacer lo mismo hasta que la casa de su patrón se llenó. El amo juró entonces que ninguno de los que fueron invitados al principio jamás probaría ni un bocado de su banquete.

Jesús dijo que debido a que los que habían sido invitados dieron excusas cojas para no venir al banquete, el anfitrión luego invitó al mismo tipo de personas que había recomendado en la parábola previa: los pobres, los cojos, los tullidos y los ciegos.

¿Cómo podemos interpretar esta parábola? Recuerden el contexto en el cual Jesús estaba hablando. El anfitrión acomodado que invita claramente se refiere a Dios Padre. El siervo que anunció que la fiesta estaba lista se refiere a los que predicán la Palabra de Dios. Los que dieron las disculpas representan primordialmente a los judíos; puesto que a ellos se ofreció el evangelio inicialmente, y los que a la larga vinieron al banquete fueron los gentiles. Finalmente, el juramento en el versículo 24 fue la declaración de Dios a los que rechazaron su oferta.

¿Por qué es importante esta parábola?

El honor de Dios

Esta parábola tiene que ver primordialmente con el honor de Dios. El deseo de Dios es que le honremos al honrar a su Hijo. Las palabras: «para que se llene mi casa» (Lucas 14:23) muestran que las apariencias sí le importan a Dios. No se hubiera visto bien, cuando se ofreció este banquete, que nadie se asomara. Todo el mundo se habría reído del anfitrión y dicho: «¿Oíste lo que pasó?» Nos guste o no, las apariencias sí le importan a Dios.

La ira de Dios

La parábola nos da un destello de la ira de Dios. Simplemente miren a las débiles excusas que según Lucas 14:18-21 los invitados dieron para no venir. Uno dijo que acababa de comprar un campo y quería ir a verlo. Otro acababa de comprar cinco yuntas de bueyes y quería ir a probarlas. Un tercero dijo que no podía venir porque acababa de casarse. Enojado, el anfitrión buscó a los que sí se sentirían agradecidos. Se enojó contra los que habían rechazado la invitación, pero como resultado mostró misericordia a los que normalmente nunca habían recibido una invitación como esta. Ellos escogieron venir porque querían venir, y estaban agradecidos. El juramento que Jesús pronunció al final de la parábola (Lucas 14:24), es una reminiscencia de las palabras de Dios a los israelitas: «Vosotros a la verdad no entraréis en la tierra, por la cual alcé mi mano y juré que os haría habitar en ella; exceptuando a Caleb hijo de Jefone, y a Josué hijo de Nun» (Números 14:30, *RVR-60*).

Después de eso los israelitas se arrepintieron de sus rezongos contra el Señor y dijeron que irían a la tierra que el Señor les había prometido. Pero Moisés les advirtió: «¡Esto no les va a dar resultado! Si suben, los derrotarán sus enemigos, porque el SEÑOR no está entre ustedes» (Números 14:42). Ellos fueron de todas maneras, y sus enemigos los vencieron, porque cuando Dios dice que uno no va a conseguir algo quiere decir que no lo va a conseguir. Lo mismo sucedió aquí cuando Jesús dijo: «Les digo que ninguno de aquellos invitados disfrutará de mi banquete» (Lucas 14:24).

Cumplimiento del Antiguo Testamento

Las palabras de Jesús en los versículos 16 y 17 proveen una asombrosa ilustración de lo que le sucedería a él. En el versículo 16 dijo: «Ciertamente un hombre preparó un gran banquete e invitó a muchas personas» (Lucas 14:16). Este es un cuadro de Dios Padre trayendo a fin la era del Antiguo Testamento en espera del día cuando Jesús vendría. La siguiente frase, «Vengan, porque ya todo está listo» (Lucas 14:17), trae a la mente las palabras que Jesús dijo en la cruz: «Todo se ha cumplido». Las palabras fueron proféticas mostrando que Jesús era el *cumplimiento* del Antiguo Testamento. El mensaje que predicamos hoy es que todo ya está listo. Jesús murió en la cruz y su sangre ha satisfecho la justicia divina. Es una obra terminada.

Nuestras excusas

La enseñanza de Jesús en esta parábola de nuevo contiene observaciones astutas respecto a la naturaleza humana. Jesús implicaba que los «invitados» que cambiaron de parecer en cuanto a asistir al banquete en realidad no dijeron la verdadera razón por la que no iban a asistir. Más bien rebuscaron excusas fabricadas. Es como si no se dieran cuenta de que el anfitrión del banquete podía ver más allá de sus excusas; pero así es. Lo mismo es con nosotros. Cuando Dios llama a las personas a la salvación, tal vez por medio de un predicador o un evangelista, pueden rebuscar cualquier excusa debajo del sol para no responder en ese momento. No se dan cuenta de que no están rechazando la invitación de hombres sino de Dios mismo. Dan las excusas, tal vez incluso una explicación teológica, para ocultar la razón por la que no quieren aceptar la invitación.

La importancia de la evangelización

Esta parábola demuestra el papel vital de la evangelización en el reino de Dios. Cuando se le dijo que todavía había lugar a la mesa, el amo le dijo a su criado: «Ve por los caminos y las veredas, y *oblígalos* a entrar para que se llene mi casa» (Lucas 14:23, cursivas añadidas). La versión Reina-Valera dice: «*fuérzalos* a entrar, para que se llene mi casa» (Lucas 14:23, cursivas añadidas).

Estas palabras nos muestran nuestra comisión y la importancia de la evangelización. Cuando el Señor me llamó a ser un evangelista personal y a empezar un ministerio de alcance en Londres, me sentí morir mil veces. Pensé: *Yo hago mi trabajo. Paso al púlpito todas las semanas, y sigo en la tradición de hacer un culto evangelizador el domingo por la noche. Muy pocos ministros hacen eso semana tras semana. Pero Dios dijo: «¡Sal a las calles!»* Mi orgullo quedó hecho trizas, y yo quedé fuera de mi zona de complacencia; iyo había aspirado a ser teólogo! Pero Dios me quería fuera en los «caminos y las veredas» (Lucas 14:23), y que hiciera lo mejor que pudiera para «obligarlos a entrar». Tuve éxito modesto, pero nunca miré atrás.

El peligro de rechazar el plan de Dios

Jesús nos mostró el peligro de rechazar lo que Dios quiere que hagamos; y el peligro de rechazar el evangelio. El juramento del amo fue que ninguno de los que habían rechazado la invitación probaría el banquete. Para los que han oído el evangelio pero nunca han recibido al Señor ni confesados sus pecados, el tiempo se les está acabando. Usted no puede decir para siempre: «Un día voy a entregarme al Señor, pero no hoy», porque Dios dice: «Mi espíritu no permanecerá en el ser humano para siempre, porque no es más que un simple mortal» (Génesis 6:3).

Esta parábola también se puede interpretar como mostrando el peligro de rechazar al Espíritu Santo. Ser receptivo al movimiento del Espíritu de Dios no es una opción que simplemente podemos tomar o dejar. El peligro es que si no respondemos a la dirección del Espíritu de Dios, Dios levantará personas para que tomen nuestro lugar; personas que realmente le honrarán como él desea. Me parte el corazón ver cuando esto sucede.

La importancia de la gratitud

De nuevo, podemos ver la importancia de la gratitud y el peligro de la ingratitud. Dios está buscando personas agradecidas. Los pobres, los cojos y los ciegos nunca soñaron con entrar en un banquete como este. Los que llenaron el salón sabían que no eran dignos, pero estaban contentos de estar allí. Los que dijeron que vendrían, y después cuando llegó el momento rechazaron la oferta, mostraron ingratitud a Dios. Dios detesta la ingratitud y la presunción. Los que fueron inicialmente invitados fueron exactamente como el fariseo con quien Jesús había ido a cenar.

Los escogidos de Dios se componen de toda clase de personas, incluyendo los que son en verdad ciegos, pobres, lisiados y cojos, pero que nuestro amante Padre celestial los ha compelidos a entrar. Dios está decidido a que su casa se llene; aunque la pueblen personas que se han beneficiado debido a que otros fueron tan tontos que rechazaron su invitación. El evangelio nos llegó a los gentiles solo después de que los judíos rechazaron al Mesías. Ellos tuvieron el evangelio primero. Por eso Jesús contó la parábola delante del fariseo.

El Plan A de Dios

La parábola muestra que lo que parece ser el «plan B» es realmente el «plan A» de Dios. Los judíos rechazaron a Cristo, y Dios se volvió a los gentiles; ese era el plan B. Pero esos gentiles que fueron salvos habían sido escogidos desde antes de la fundación del mundo. Es una paradoja. Resulta que fue el plan A. Pedro describió a Jesús como «una piedra de tropiezo y una roca que hace caer» (1 Pedro 2:8). Dijo que los judíos: «Tropiezan al desobedecer la palabra, para lo cual estaban destinados» (1 Pedro 2:8).

Los elegidos habían sido escogidos desde antes de la fundación del mundo, así que los que rechazaron a Jesús no lo tomaron por sorpresa. Tampoco los que le rechazan hoy toman a Dios por sorpresa. Lo que parece ser el plan B de Dios resulta ser su plan A.

Una invitación privilegiada

Recuerden que Jesús dijo esta parábola en respuesta a una afirmación: «¡Dichoso el que coma en el banquete del reino de Dios!» (Lucas 14:15).

Noten cómo esa persona desconocida se emocionó tanto en la mesa del banquete. Esta persona se dio cuenta de que era todo un privilegio ser invitado al banquete del Señor. Esta palabra *dichoso*, como probablemente ustedes saben, quiere decir: «feliz». Los que están destinados a participar en el banquete de Dios en verdad son dichosos.

Hace poco hallé una traducción incluso mejor para la palabra *dichosos*. Un erudito griego dice que también quiere decir «felicitaciones». Imagínese eso en el contexto de las bienaventuranzas: «felicitaciones» a los pobres en espíritu; «felicitaciones» si sufres persecución. Aquí tenemos «felicitaciones» al que comerá en el banquete en el reino de Dios. Es un privilegio; el invitado desconocido tenía razón.

El propósito de la invitación

El propósito de la invitación era «que se llene mi casa» (Lucas 14:23). ¿Ha decidido usted alguna vez hacer una gran comida o una gran fiesta, y piensa: *¿me pregunto si alguien vendrá?* A menos que usted sea la reina de Inglaterra, o un presidente, o alguien muy famoso, usted tal vez se haya preocupado si la gente va a venir. Me imagino que la reina no se pone a andar de un lado a otro antes de un banquete preguntándose: *¿vendrá alguien?* La gente no tiende a decirle que no a una soberana. Pero cuando gente como usted y como yo, que no somos tan importantes, decidimos organizar un gran acontecimiento, nos preguntamos si alguien vendrá.

Si usted invita a alguien para que asista a un acontecimiento importante y le dice que no, bien podría ser un poco humillante; pero es peor cuando le dicen que sí al principio y después hallan una excusa para no asistir, como sucedió en la parábola. Los números sí le importan a Dios. En toda la Biblia vemos muchos ejemplos en los que Dios anotó cuidadosamente los números. Por ejemplo, Lucas registró que en el día de Pentecostés fueron convertidas tres mil personas (Hechos 2:41). Después escribió en Hechos 4:4 que fueron convertidos otros cinco mil. Finalmente, en Apocalipsis leemos: «Después de esto miré, y apareció una multitud tomada de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas; era tan grande que nadie podía contarla» (Apocalipsis 7:9).

Este es un versículo significativo. Nos muestra que, al fin, habrá una nutrida multitud en el cielo, porque Dios quiere que su casa se llene. No necesitamos preocuparnos en cuanto a que no haya suficientes personas en el cielo para dar honor y gloria al Hijo de Dios. Será un gran banquete y un tiempo de adoración cuando incontables millones alaben al Cordero.

El desdén a la invitación

Me asombra como la gente de la parábola fabricó sus pobres excusas.

Pero todos, sin excepción, comenzaron a disculparse. El primero le dijo: «Acabo de comprar un terreno y tengo que ir a verlo. Te ruego que me disculpes». Otro adujo: «Acabo de comprar cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas. Te ruego que me disculpes». Otro alegó: «Acabo de casarme y por eso no puedo ir».

Lucas 14:18-20

¡Qué descortesía! Obviamente ya habían acordado asistir. Es como la parábola en donde Jesús dijo: «Había un hombre que tenía dos hijos. Se dirigió al primero y le pidió: «Hijo, ve a trabajar hoy en el viñedo. “No quiero”, contestó, pero después se arrepintió y fue» (Mateo 21:28-29). Luego el padre le pidió a su segundo dijo que fuera. «Éste contestó: “Sí, señor”; pero no fue» (Mateo 21:30).

En la parábola del gran banquete, hay algunos que dijeron que sí y después, cuando todo estuvo listo, dijeron: «Lo lamento, pero no puedo ir». Jesús quiere que sepamos que eso no fue solamente descortés, sino grosero. La grosería es el colmo de la impertinencia, y fue un insulto para el anfitrión. La definición de un insulto es hablar o decir algo de manera que lastima los sentimientos o el orgullo de otra persona y despierta su enojo. En algunos casos puede ser que el insulto tuviese la intención de lastimar al hombre. Por eso Jesús dijo: «Les digo que ninguno de aquellos invitados disfrutará de mi banquete» (Lucas 14:24).

Dios aborrece la ingratitud

He tratado de enseñar a través de los años que Dios ama la gratitud y detesta la ingratitud. Pero la gratitud debe ser enseñada. El pueblo de Israel no tenía absolutamente ninguna excusa. Podían leer en las Escrituras cuánto ama Dios la gratitud. Los Salmos están literalmente llenos de exhortaciones a dar gracias. «*Den gracias* al SEÑOR, porque él es bueno; su gran amor perdura para siempre» (Salmo 136:1, cursivas añadidas), «*¡Que den gracias* al SEÑOR por su gran amor, por sus maravillas en favor de los hombres!» (Salmo 107:21, cursivas añadidas).

Israel no era un pueblo agradecido. Dios respondió: «Me di a conocer a los que no preguntaban por mí; dejé que me hallaran los que no me buscaban. A una nación que no invocaba mi nombre, le dije: “¡Aquí estoy!”» (Isaías 65:1).

Este pasaje se refería a los gentiles, que serían llevados al banquete de Dios después de que se rechazó la primera invitación. De nuevo Dios dijo por medio de Isaías: «Todo el día extendí mis manos hacia un pueblo rebelde, que va por mal camino, siguiendo sus propias ideas» (Isaías 65:2).

Dios describió a su pueblo escogido como «rebelde». El profeta miraba al rechazo que los judíos harían de Jesús como Mesías. Fueron «rebeldes» porque estaban atrincherados en sus viejas maneras de pensar y no estaban preparados para recibir nada nuevo. El rechazo a recibir lo que Dios les ofrecía de la manera en que lo daba, sea la salvación o el Espíritu Santo, se resume por la palabra *ingratitud*.

La ironía de la parábola

La ironía en esta parábola es la ira y la misericordia simultánea de Dios. Se enojó contra los que rehusaron su misericordia; los que recibieron primero la invitación. Pero fue misericordioso con los que nunca esperaron recibir una invitación, los que nunca soñaron que serían invitados. «Por tanto, considera la bondad y la severidad de Dios: severidad hacia los que cayeron y bondad hacia ti. Pero si no te mantienes en su bondad, tú también serás desgajado» (Romanos 11:22).

Su misericordia es hacia los gentiles, que en los días de Jesús no tenían ninguna posibilidad porque se les consideraba la escoria de la tierra. En el antiguo Israel todo judío varón oraba tres cosas todos los días: le daba gracias a Dios porque no era mujer, le daba gracias a Dios por no ser un perro, y le daba gracias a Dios porque no era gentil. Pero ahora los gentiles eran dichosos; a los gentiles Dios les dijo: «felicitaciones».

El ímpetu para evangelizar con celo brota de este acto de la misericordia de Dios. Dios nos estimula a la acción y nos dice: « *Oblígalos* a entrar para que se llene mi casa» (Lucas 14:23, cursivas añadidas). Después Dios castiga a los que rechazan su bondadosa invitación: «Les digo que ninguno de aquellos invitados disfrutará de mi banquete» (Lucas 14:24).

Es una importante posdata en el evento que Dios recuerda a los que son agradecidos y a los que no lo son. Cuando Jesús sanó a diez leprosos, Lucas registró que solo uno volvió para darle gracias. «Cayó rostro en tierra a los pies de Jesús y le dio las gracias, no obstante que era samaritano» (Lucas 17:16). El comentario de Jesús fue: «¿Acaso no quedaron limpios los diez? ... ¿Dónde están los otros nueve? ¿No hubo ninguno que regresara a dar gloria a Dios, excepto este extranjero?» (Lucas 17:17-18).

Así que Dios dejó a un lado a Israel. Lo que había sucedido en el antiguo Israel (cuando Dios juró que los israelitas que murmuraban no entrarían en la tierra prometida; vea Números 14:30) se ve en paralelo en Hebreos 6:4 y 6: «Es imposible que renueven su arrepentimiento aquellos que han sido una vez iluminados, ... y después de todo esto se han apartado. Es imposible».

Es tan importante aceptar la invitación de Dios, venir a él con humildad y arrepentimiento, que casi no puedo martillarla lo suficiente. Si Dios me dijera que me va a llevar al cielo antes de que se ponga el sol hoy, pasaría el resto de mi tiempo instando a todos los que encuentre a que busquen su rostro con rodillas dobladas, que sean sinceros en oración y que reciban su invitación, y entonces vivan con corazón agradecido. Tal vez leyendo esto usted se sienta convicto de cualquier ingratitud que haya permitido en su vida y diga: «Gracias, Señor, por darme este llamado a “despertar”. Verdaderamente estoy agradecido por todo lo que has hecho por mí». Amén.

Capítulo 24

La parábola del banquete de bodas

«El reino de los cielos es como un rey que preparó un banquete de bodas para su hijo».

Mateo 22:2

La parábola del banquete de bodas es similar a la parábola del gran banquete que se consideró en el capítulo anterior. Algunas de las aplicaciones que vimos se superponen con esta parábola, pero tiene suficientes diferencias como para merecer un tratamiento separado. Las similitudes se pueden resumir como sigue: en la parábola de Lucas del gran banquete, la principal referencia fue a «cierto hombre». En esta parábola, que se halla en Mateo, la referencia es a un rey. En Lucas la comida fue una gran cena, pero aquí es un banquete de bodas para el hijo del rey. En Lucas, los invitados solo presentaron excusas, pero en esta parábola rehusaron venir e incluso recurrieron a la violencia. En Lucas, a los invitados que rehusaron asistir los dejaron a un lado, pero en Mateo los destruyeron. La *diferencia* más impactante es que el relato de Mateo contiene una descripción de la persona que llega al banquete vestida inapropiadamente y que después recibe castigo.

La parábola nos enseña cinco cosas principales. Primero, habla del hecho de que Dios invitó a los judíos a su banquete mesiánico. Concuerta con las palabras de Pablo en Romanos: «A la verdad, no me avergüenzo del evangelio, pues es poder de Dios para la salvación de todos los que creen: *de los judíos primeramente*, pero también de los gentiles» (Romanos 1:16,

cursivas añadidas).

Segundo, puesto que los judíos rechazaron la invitación, se extendió una segunda (Mateo 22:4). Jesús estaba dando una palabra profética que muestra lo que sucedería después de que el Espíritu viniera en Pentecostés. Los apóstoles fueron los que recibieron esta segunda invitación, pero los judíos solo la rechazaron y empezaron a perseguirlos. El martirio siguió.

Tercero, vemos que la retribución divina fue pasar por alto al antiguo Israel y llamar a sí mismo a los gentiles. Pablo dijo que el Señor endureció los corazones de los judíos: «Dios les dio un espíritu insensible, ojos con los que no pueden ver y oídos con los que no pueden oír, hasta el día de hoy» (Romanos 11:8). A través de los siglos ha sido extremadamente difícil comunicarles a los judíos el evangelio debido al endurecimiento que les vino. Pablo dijo: «Parte de Israel se ha endurecido, y así permanecerá hasta que haya entrado la totalidad de los gentiles» (Romanos 11:25).

La cuarta cosa que vemos es que la invitación de Dios a los gentiles es condicional. Aunque la invitación se extendió primero a los judíos, eso no quería decir que todos ellos iban a aceptarla para asistir al banquete de bodas. Lo mismo es cierto en referencia a los gentiles. Parece que una persona todavía tiene que reunir ciertas condiciones con el fin de poder asistir al banquete. Esto se ilustra por el invitado al que se le halló vestido indebidamente. Jesús estaba diciendo que la invitación se basa en la condición de la fe. La condición era que ellos *creyeran*. La fe se les contó como justicia: «Es poder de Dios para la salvación de todos los que creen» (Romanos 1:16). El que se las arregló para entrar en el salón del banquete era como aquellos que entran en la iglesia sin haberse convertido; no tienen el vestido apropiado. No están cubiertos por la justicia de Cristo.

Y la quinta enseñanza de esta parábola es que los que creen son *escogidos*. Jesús añadió una posdata al fin de ella. Dijo:

«Muchos son los invitados, pero pocos los escogidos» (Mateo 22:14).

¿Por qué es importante esta parábola?

En primer lugar, y el de mayor importancia, esta parábola nos recuerda el plan de Dios. Nos recuerda el hecho de que Él empezó con los judíos, y más tarde, debido a la falta de respuesta de ellos, se volvió a los gentiles. Los que somos gentiles debemos estar agradecidos de que, posteriormente, se nos ha invitado al banquete. Los gentiles llegamos a ser los beneficiarios de la misericordia del pacto después de que Israel le dijo que no a Jesucristo el Mesías.

Esta parábola también reveló el don profético de Jesús. Mediante ella profetizó el rechazo del evangelio de parte de los judíos, y cómo ellos despreciarían a los que les extendieran las invitaciones. La primera invitación fue el propio ministerio de Jesús: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso» (Mateo 11:28).

Jesús les dijo esto a los judíos. La segunda invitación la extendieron los apóstoles que predicaron el evangelio después del día de Pentecostés. La mayoría de los creyentes del Nuevo Testamento le dio a Israel otra oportunidad, pero todavía hubo muchos judíos que la rechazaron. Jesús quería que supiéramos que nada toma a Dios por sorpresa. Al fin de esta parábola, Jesús dijo: «Muchos son llamados, y pocos escogidos» (Mateo 22:14, *RVR-60*).

Pedro describió a Jesús como «una piedra de tropiezo y una roca que hace caer» (1 Pedro 2:8). Así que podemos concluir de esto que los que rechazaron el evangelio estaban destinados a hacerlo así. Jesús estaba diciendo: «No se sorprendan». Cuando se han rechazado ambas invitaciones, Dios busca a otros.

«Así que los siervos salieron a los caminos y reunieron a todos los que pudieron encontrar, buenos y malos, y se llenó de invitados el salón de bodas» (Mateo 22:10). Esto quiere

decir que todos los elegidos de Dios fueron salvos, y ellos vienen de personas buenas y malas. Dios no quiere decir gente moralmente justa y sin necesidad de un Salvador. Jesús simplemente se refería a personas destacadas. «Malo» se refiere a la escoria de la tierra. En otras palabras, no importa qué sea usted: mendigo o millonario, que conduzca un Rolls-Royce o un indigente, Dios quiere que su salón de bodas se llene; por eso los siervos salieron y reunieron a todos y de toda clase. Los elegidos de Dios están formados de toda tribu, linaje, lengua y nación, y también de los malos (Romanos 4:5).

Sin embargo, la parábola martilla el punto importante de que algunos entran a la iglesia sin merecerlo. «Cuando el rey entró a ver a los invitados, notó que allí había un hombre que no estaba vestido con el traje de boda. “Amigo, ¿cómo entraste aquí sin el traje de boda?”, le dijo. El hombre se quedó callado» (Mateo 22:11-12).

Así que no es suficiente ser un invitado o ser gentil. También se requiere que usted tenga la ropa apropiada, es decir, el manto de justicia que le da la sangre de Jesús. Este vestido viene cuando pone su confianza en lo que Jesús hizo por usted en la cruz y dice: «No tengo ninguna esperanza de ir al cielo como no sea la sangre de Jesús. Mi esperanza no se levanta en ninguna otra cosa que en la sangre y justicia de Jesús».

Los que están en la iglesia y no son salvos se hallarán fuera, porque Jesús dijo que el hombre no respondió palabra. Esto es un indicio del Juicio Final. Jesús dijo: «Muchos me dirán en aquel día: “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios e hicimos muchos milagros?” Entonces les diré claramente: “Jamás los conocí. ¡Aléjense de mí, hacedores de maldad!”» (Mateo 7:22-23).

Esta parábola también se refiere al infierno o al castigo eterno. «Entonces el rey dijo a los sirvientes: “Átenlo de pies

y manos, y échenlo afuera, a la oscuridad, donde habrá llanto y rechinar de dientes”» (Mateo 22:13).

Cuando era muchacho, una vez fuimos a la Cueva del Mammoth, en el oeste de Kentucky. Se encuentra a muchos metros bajo tierra, y el guía nos dijo: «Voy a apagar las luces, y en un minuto las vuelvo a encender». Usted nunca ha visto semejante oscuridad. No se podía ver la mano frente a la cara, y después de quince segundos todos estábamos listos para que se vuelvan a encender las luces. Fue el minuto más largo que uno puede imaginarse. El infierno será así. Si rechaza la oferta del evangelio y escoge las tinieblas en lugar de recibir a Jesús como su Señor y Salvador, terminará en la total oscuridad. Allí será el lloro y el crujir de dientes.

Jesús concluyó la parábola diciendo que a muchos se les invita pero a pocos se les escoge. Aunque los gentiles son el «plan B» de Dios, también se nos ha escogido desde la fundación del mundo. No trate de resolver el asunto de la predestinación; simplemente tiene que aceptarlo. Dios nos ha hecho dignos.

Hace poco observaba una fotografía en la que estoy con la ex primera ministra británica Margaret Thatcher. Sucedió que tuve oportunidad de conversar con ella en cierto evento, al que más tarde llegaron el vicepresidente de los Estados Unidos, el embajador de los Estados Unidos en Inglaterra, el presidente de la Corte Suprema de Justicia y otros dos insignes dignatarios. Todo lo que esas personas tuvieron que hacer fue darle la mano. Sin embargo, de alguna manera yo me las arreglé para pasar unos minutos conversando con ella. Entonces tomaron una fotografía y me dijeron que querían que yo estuviese en ella. Así fue y apareció en primera plana! Yo me sentía como un fraude, pero ellos dijeron: «No, queremos que usted esté allí». Así será cuando lleguemos al cielo. Veremos a todas las personas a las que se invitó y pensaremos: *¿Yo? ¿Cómo llegué acá?* Pero Dios dice: «Sí, tú». Somos salvos por la pura gracia de Dios. No hicimos nada

para merecerlo.

Hay otros cinco elementos principales en la parábola que examinaremos uno por uno: rechazo, venganza, justicia, retribución y revelación.

Rechazo

«Mandó a sus siervos que llamaran a los invitados, pero estos se negaron a asistir al banquete... Pero ellos no hicieron caso y se fueron: uno a su campo, otro a su negocio. Los demás agarraron a los siervos, los maltrataron y los mataron» (Mateo 22:3, 5-6).

Jesús les estaba predicando el reino de los cielos a los judíos. Escogió a doce discípulos, todos los cuales eran judíos. Los ciento veinte que estuvieron en el aposento alto en el día de Pentecostés eran todos judíos. Tres mil se convirtieron al Señor en el día de Pentecostés, y cada uno de ellos era judío. Empezó a parecer como si Jesús se hubiera equivocado. El avivamiento había venido, y el judaísmo gradualmente estaba convirtiéndose a Jesús. Pero esto que parecía éxito de la noche a la mañana no duró. En Hechos 4, después del gran primer milagro en la Iglesia Primitiva, los judíos se fastidiaron por la enseñanza de que Jesús había resucitado de entre los muertos, y detuvieron a Pedro y a Juan y los pusieron en la cárcel hasta el día siguiente. Luego «los llamaron y les ordenaron terminantemente que dejaran de hablar y enseñar acerca del nombre de Jesús» (Hechos 4:18).

Después, en Hechos 8, se nos dice que se desató una gran persecución contra la Iglesia. Saulo también continuó su persecución contra los creyentes. Esto fue el cumplimiento de la parábola de Jesús; cuando vino la segunda invitación, los judíos atacaron a los mismos siervos que les extendieron la invitación y la violencia estalló.

Venganza

«El rey se enfureció. Mandó su ejército a destruir a los asesinos y a incendiar su ciudad» (Mateo 22:7).

Leemos que el rey se enfureció y se dispuso a vengarse de los que habían tratado tan cruelmente a sus siervos. La Biblia revela las maneras en que Dios aplicó su venganza sobre Israel por su rechazo: mediante celos, justicia y juicio.

Celos

En Romanos leemos cómo Dios usó los celos: «Yo haré que ustedes sientan envidia de los que no son nación» (Romanos 10:19). «Ha venido la salvación a los gentiles, para que Israel sienta celos» (Romanos 11:11).

Me pregunto si se han dado cuenta de que los celos a veces son un castigo sobre ustedes. Permítanme decirlo de esta manera. ¿Sabe qué es lo que ocurre cuando a alguien que realmente lo saca de quicio parece estar yéndole realmente bien, y usted piensa: *¿por qué este hombre recibe tanta bendición?* Por dentro usted está que se carcome. Y el problema es que la mayoría de nosotros nunca admitirá que son celos. Los celos son ese tipo de cosas que uno siempre puede ver en otros pero nunca en uno mismo. Los celos de los judíos, cuando veían a otros acudiendo a Cristo, eran el castigo de Dios sobre ellos. Estaban llenos de envidia. Los celos son dolorosos, e iba a ser doloroso para los judíos ver a Dios acudiendo a los gentiles.

Hace años vi algo por primera vez en el pasaje en el que Pablo tuvo el privilegio de hablarles a los judíos en Jerusalén. La multitud escuchó a Pablo hasta que este comentó: «El Señor me replicó: “Vete; yo te enviaré lejos, a los gentiles”» (Hechos 22:21). La respuesta de los judíos fue: «Entonces levantaron la voz y gritaron: “¡Bórralo de la tierra! ¡Ese tipo no merece vivir!”» (Hechos 22:22).

Eso realmente los enfureció: la idea de que Dios se vuelva a los gentiles. De la misma manera, cada vez que Dios viene en avivamiento, habrá algunos que se sientan celosos. Dirán: «No es avivamiento genuino, porque si lo fuera, no les hubiera sucedido *a ellos*; nos hubiera sucedido a nosotros». Cada vez que usted sienta un poco de celos, considere que puede ser un castigo de Dios sobre *usted*.

Castigo

Castigo es ausencia de misericordia. ¿Sabe usted la diferencia entre gracia y misericordia? Gracia es recibir lo que uno no se merece. Misericordia es no recibir lo que uno se merece. Todos merecemos el castigo de Dios. De igual manera, Dios, al ver la respuesta de los judíos, dijo: «Si quieren castigo, eso es lo que van a recibir». Desde ese momento en adelante ser judío no era una gran ventaja porque todo lo que recibirán será castigo. La idea de que los judíos van a tener una segunda oportunidad simplemente porque son judíos es absurda. Al presente todo lo que reciben es castigo.

Juicio

La realidad del juicio es una incapacidad para ver y creer. En todo el libro de Hechos vemos a Dios tratando de alcanzar a los judíos. Pero entonces «Pablo y Bernabé les contestaron valientemente: “Era necesario que les anunciáramos la Palabra de Dios primero a ustedes. Como la rechazan y no se consideran dignos de la vida eterna, ahora vamos a dirigirnos a los gentiles”» (Hechos 13:46).

Lo vemos de nuevo en Corinto, en donde rechazaron a Pablo. Él les dijo: «¡Caiga la sangre de ustedes sobre su propia cabeza! Estoy libre de responsabilidad. De ahora en adelante me dirigiré a los gentiles» (Hechos 18:6).

El punto es que todo esto fue predestinado. El Espíritu vino sobre los discípulos para que les prediquen el evangelio a los judíos, pero los judíos se volvieron contra los predicadores y empezó el martirio. Mataron a Esteban y a Jacobo. Así que Dios dijo: «Voy a castigarlos». Y así fue, les dio una incapacidad para ver y creer. Es lo peor que le puede suceder a una persona: no poder ver a Dios obrando. ¿Piensa que si alguien puede reconocer la mano de Dios es usted? Me preocupan aquellos que han oído el evangelio tan frecuentemente que lo dejan pasar. A lo mejor un día se encuentran con que ya *no pueden* creer. Los que *no quieren* ver, a la larga hallarán que *no pueden* ver, y entonces Dios se volverá a otros.

Justicia

Quiero que veamos aquí a la persona que entró sin traje de boda. Era indicativo de los que no están vestidos de justicia.

«Cuando el rey entró a ver a los invitados, notó que allí había un hombre que no estaba vestido con el traje de boda. “Amigo, ¿cómo entraste aquí sin el traje de boda?”, le dijo. El hombre se quedó callado» (Mateo 22:11-12).

¡Se quedó callado! Eso muestra que algunos, inevitablemente, entrarán en la iglesia sin realmente haberse convertido. Ustedes pueden decir: «¿Por qué va a querer alguien ir a la iglesia si no es salvo?» Por alguna razón lo hacen. A decir verdad, la breve epístola de Judas se escribió por esa razón. Judas dice: «El problema es que se han infiltrado entre ustedes ciertos individuos que desde hace mucho tiempo han estado señalados para condenación» (Judas 4).

En otras palabras, tales personas estaban predestinadas para introducirse «ilegalmente» en la iglesia. Se las describe como hombres impíos, y entran por la puerta trasera para hacerse miembros de la iglesia, y lo hacen sin recibir el evangelio.

Cuando veo por televisión a algunos de los predicadores por todos los Estados Unidos, me pregunto si algunos de ellos no caerán en esta categoría. Lo que ciertas personas predicán es una perversión del evangelio. A veces, en toda esa enseñanza no hay ningún respeto por la principal razón por la que Jesús murió en la cruz. Tiene que ver solamente con lo que el cristianismo *puede hacer por usted*, y apela al sentido de prosperidad de la persona. Pues bien, tales personas, en efecto, se meten en la iglesia, pero un día quedarán al descubierto. Entrar al salón de bodas sin el atuendo apropiado es como unirse a la iglesia sin ser genuinamente salvo. Todos nosotros necesitamos la verdadera justicia, la

justicia que se recibe por fe. Si usted dice: «Es hora de empezar a hacer las cosas mejor; voy a dar vuelta la página. De ahora en adelante, esto es lo que voy a poner en práctica», sigue tan perdido como lo estaba antes. Usted recibe justicia cuando ve que está perdido y que Jesús pagó su deuda en la cruz.

Retribución

Retribución es castigo. «Entonces el rey dijo a los sirvientes: “Átenlo de pies y manos, y échenlo afuera, a la oscuridad, donde habrá llanto y rechinar de dientes”» (Mateo 22:13).

Se le descubrió

Cuando el rey le preguntó al hombre cómo había podido entrar en el banquete de bodas, el hombre se quedó callado. Pablo dijo que el propósito de la revelación del evangelio es que toda boca se cierre (Romanos 3:19). Mientras uno sigue discutiendo con Dios, su boca no se ha cerrado. Solo cuando se calla es posible ver que no tiene esperanza, a menos que reciba la misericordia de Dios; y para entonces, tal vez sea demasiado tarde alcanzar la salvación. Usted necesita «quedarse callado» ahora; de otra manera le sucederá en el Juicio. Recuerde, si Dios le dijera—y le dirá—: «¿Por qué debería dejarte entrar a mi cielo?», ¿qué le diría usted? Este hombre quedó al descubierto.

Se le obligó a la fuerza

«Átenlo de pies y manos, y échenlo afuera» (Mateo 21:13).

Un episodio que he contado antes encuentra su origen en esta misma parábola. Las cosas fueron así. Cuando era muchacho, un domingo alguien me llamó fuera de la clase de la Escuela Dominical y me dijo: «El predicador quiere verte». Pensé que estaba en problemas, y traté de pensar en todo lo que podía haber hecho mal esa mañana. Pero el predicador, un anciano de ochenta y ocho años llamado el Dr. W. M. Tidwell, solo me dijo que iba a predicar en el culto de las 11 sobre la parábola del banquete de bodas y quería saber si yo podía ayudarlo a dramatizarla. En el momento apropiado debía entrar y sentarme en una silla, y él iba a llamar a ciertas personas para que me aten de pies y manos y me saquen. Iba a hacer esto para que todos tuviesen oportunidad de observar lo que sucede cuando se ata a una persona, como sucedió en la parábola. No puedo decir que entendí todo lo que sucedió, pero sí un poco. Hubo un gran poder en ese culto. Todos hablaban luego al respecto. Comentaban que había sido algo muy conmovedor.

¿Han oído alguna vez la frase: «Dios no manda a nadie al infierno; usted se manda a sí mismo allá»? Quiero que sepan que Dios asume plena responsabilidad por enviar a algunos al infierno. En la Iglesia de hoy tenemos tendencia a tratar de hacer que Dios se vea bien. Pero Dios *lo enviará* a usted al infierno. Él es el rey que dice: «Átenlo de pies y manos, y échenlo afuera».

Se olvidó

Al hombre que el rey echó afuera se le condenó a la *separación*. En el infierno usted no va a tener amigos, no va a tener parientes, no va a tener a su cónyuge, no va tener ninguna compañía. Oí hace poco a alguien que decía: «Pues bien, si voy al infierno, voy a tener la compañía de muchos». ¡No será así! Será una soledad eterna. Quiere decir separación, soledad y sufrimiento. Habrá lloro y crujir de dientes.

Revelación

Finalmente, la parábola de Jesús nos da revelación. ¿Qué se revela? El plan de Dios, el propósito de Dios y la predestinación de Dios. Ya hemos dicho que el plan B de Dios llegó a ser su plan A. A nosotros los gentiles se nos escogió antes de la fundación del mundo. Así que, ¿cuál es el propósito de Dios?

La invitación se extiende a todos, pero Dios da fe solamente a los escogidos. La única manera en que usted puede creer es si Dios lo capacita para que crea. Ni siquiera puede arrogarse el crédito de creer, porque es la obra del Espíritu. Se debe a la gracia soberana.

«Creyeron todos los que estaban destinados a la vida eterna» (Hechos 13:48). Hay solo una palabra para eso: predestinación. Jesús dijo: «No me escogieron ustedes a mí, sino que yo los escogí a ustedes» (Juan 15:16).

«Mi Padre me ha entregado todas las cosas. Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo» (Mateo 11:27).

Jesús es el que escoge. Esto quiere decir que todos tenemos que acudir a Él pidiendo misericordia. Ninguno sabe cuánto tiempo le queda en la tierra, así que necesitamos acudir a Dios mientras podamos encontrarlo. El resultado de rechazar el evangelio es juicio y castigo. Los que no quieren ver, a la larga no podrán ver y quedarán tan ciegos como Israel.

Capítulo 25

Las parábolas de la oveja perdida y la moneda perdida

«Les digo que así es también en el cielo: habrá más alegría por un solo pecador que se arrepienta que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse».

Lucas 15:7

Lucas 15 es famoso por tres parábolas: la parábola de la oveja perdida, la de la moneda perdida y la del hijo perdido. Lucas, probablemente más que cualquiera de los otros evangelios, muestra el amor de Cristo por el pecador. En Lucas en particular, al pecador por lo general se le ve como objeto de gracia soberana. Un puritano lo dijo de esta manera: «El pecador es una cosa sagrada; el Espíritu Santo lo ha hecho así».

Hay un tema que corre por toda la Biblia, y es que Dios se pone de lado del desvalido. ¿Ha observado alguna vez que alguien sobresale mientras usted se queda rezagado? ¿Sabe lo que se siente cuando un padre, un maestro o un colega lo rechaza? Quiero que sepa que Jesús sabe dónde está usted y su situación le llama la atención. Mientras más lo rechaza la gente, más atención recibe de Jesús. Mientras más lo desdeñan, más lo mira Jesús. Esto es un hecho.

«No acabará de romper la caña quebrada ni apagará la mecha que apenas arde, hasta que haga triunfar la justicia» (Mateo 12:20). Si usted está lastimado, Jesús lo sabe.

En este capítulo veremos dos parábolas, la de la oveja perdida y la de la moneda perdida, porque las dos son

virtualmente idénticas en significado.

Los que oyeron a Jesús pudieron entender fácilmente la parábola de la oveja perdida porque Galilea era, en su mayor parte, una comunidad rural ganadera. Jesús habló de un pastor que tenía cien ovejas a su cuidado, y que una de ellas se había descarriado y se había perdido, así que el pastor dejó a las noventa y nueve restantes y fue a buscarla. Cuando la halló, se alegró tanto que convocó a una celebración. Jesús de inmediato dio la central aplicación de la parábola, diciendo: «Les digo que así es también en el cielo: habrá más alegría por un solo pecador que se arrepienta que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse» (Lucas 15:7).

Esto no quiere decir que habrá algunos que nunca necesiten arrepentirse. Cuando nombra a los «noventa y nueve» se refiere más bien a aquellos que están en la iglesia y que andan en obediencia.

Inmediatamente después de esta parábola Jesús relató una segunda con un significado similar para subrayar su punto. En la parábola de la moneda perdida habló de una mujer que tenía diez monedas de plata pero que perdió una de ellas. Jesús recalcó que la mujer encendió una lámpara y barrió toda la casa hasta que finalmente encontró su moneda. Cuando esto ocurrió, llamó a sus amigas y vecinos para celebrarlo. Entonces Jesús dijo: «Les digo que asimismo se alegra Dios con sus ángeles por un pecador que se arrepiente» (Lucas 15:10).

En esta segunda parábola Jesús, casi con certeza, está refiriéndose al atuendo nupcial que la mujer llevaba en la cabeza (Lucas 15:8). Los historiadores informan que en la antigüedad era común colocar diez monedas en el atuendo que la novia llevaba en la cabeza. Si una mujer perdía una de ellas, sin duda la buscaría hasta encontrarla.

El significado de las dos parábolas

El mensaje abrumador de estas dos parábolas es que *Dios ama a los pecadores*. La oveja perdida y la moneda perdida simbolizan a los impotentes; ser hallados no es algo que ellos podían arreglar por sí mismos.

En segundo lugar, aprendemos que los pecadores son como ovejas. Dios a menudo se refiere a su pueblo como ovejas: «El Dios que da la paz levantó de entre los muertos al gran Pastor de las ovejas, a nuestro Señor Jesús, por la sangre del pacto eterno» (Hebreos 13:20). «Antes eran ustedes como ovejas descarriadas, pero ahora han vuelto al Pastor que cuida de sus vidas» (1 Pedro 2:25). «Como un pastor que cuida su rebaño, recoge los corderos en sus brazos; los lleva junto a su pecho, y guía con cuidado a las recién paridas» (Isaías 40:11).

Tal vez más conocido es el siguiente versículo: «Todos andábamos perdidos, como ovejas; cada uno seguía su propio camino, pero el Señor hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros» (Isaías 53:6)

Tercero, notamos que cuando las ovejas se pierden, Dios las busca, y no se da por vencido hasta que las halla. ¿Qué teología está detrás de eso? Hay dos clases de «ovejas perdidas» que Dios busca. Primero, vemos que entra en juego la doctrina de la elección y del llamamiento efectivo. Esto quiere decir que si una persona «le pertenece» a Dios porque ha predestinado que le pertenezca, ya es como una de las ovejas de Dios, aunque tal vez no se haya convertido todavía. Existen los que están en el mundo, de quienes Dios dice: «Son míos, y los llamaré a su tiempo». San Agustín dijo: «Dios ama a cada persona como si no hubiera nadiemás para amar». Dios busca a esas ovejas perdidas como si ninguna otra existiera, hasta que la encuentra y la reúne. El segundo tipo de oveja perdida es el creyente que ha caído en pecado, alejándose del

rebaño, y luego el Señor lo trae de vuelta. Muestra la ternura de Dios hacia el descarriado.

Ya sea que se aplique la parábola a la persona que todavía no se ha convertido o al convertido que el Señor regresa, está en orden una celebración. Cuando al recién convertido se le lleva al arrepentimiento, todo el cielo goza, y cuando el descarriado regresa, también todo el cielo goza.

El cuarto punto que estos dos pasajes enseñan es que el cielo y los ángeles notan lo que sucede en la tierra. Este es un punto interesante: ¿Cuánto en realidad *saben* ellos en el cielo? Hebreos 12:1 dice que nos rodea una gran nube de testigos. Muchos piensan que esto significa que hay galerías llenas de personas, que ya están en el cielo, que miran hacia abajo y ven lo que está sucediendo en la tierra, y que nos alientan y aplauden. Algunos buenos intérpretes de la Biblia sostienen esta opinión. Lo que podemos aprender de estas parábolas es que Jesús está diciendo que los que están en el cielo saben algo de lo que está sucediendo aquí abajo.

Finalmente, la única pequeña diferencia entre las dos parábolas es que Jesús usó la analogía de una oveja que se descarría en la primera parábola, y una moneda, un objeto inanimado, en la segunda. En cualquier caso son impotentes, y necesitan que se las halle, porque no pueden hacerlo por sí mismas. De la misma manera Dios no se da por vencido hasta que encuentra lo que está buscando, hasta que se complete el número de los elegidos.

¿Por qué son importantes estas parábolas?

Un imán para los pecadores

El contexto en el que Jesús dijo estas parábolas es muy interesante. Lucas 15 empieza diciendo que los cobradores de impuestos y «pecadores» se reunían alrededor de Jesús para oír lo que él tenía para decir. Esto claramente ofendió a los engreídos «religiosos» que se creían justos, y también estaban allí. ¿Le sorprende que los fariseos y maestros de la ley rezongaran contra Jesús por esto? «Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos» (Lucas 15:2).

Pero así era Jesús. ¿Cómo se hubiera sentido usted al ver que personas reconocidas como pecadoras y generalmente «non gratas» sentían una poderosa atracción hacia a Jesús? ¡Y que Él las recibiera con los brazos abiertos! ¿Sabían ustedes que cuando Dios empieza una nueva obra, casi siempre comienza con la escoria de la tierra? Los ricos y famosos, y los justos de la Iglesia, por lo general no quieren tener nada que ver con ello. Dicen: «¡Que otro trate de alcanzar a esa gente!»

Hace años vivía en Nottingham, Inglaterra, una pareja, William y Catherine Booth. Su ministro se alegraba mucho cuando llevaban a la iglesia, de cuando en cuando, a alguna persona que aún no conocía al Señor. Pero conforme la cantidad de visitantes aumentaba, el ministro notó que el tipo de personas que William y Catherine Booth acercaban no contribuía en gran cosa al prestigio de la iglesia. El número aumentó hasta alcanzar un par de docenas. Entonces el pastor les preguntó si podían sentarse juntos y no mezclarse con los demás. William Booth le respondió: «Por supuesto, nos quedaremos juntos». Pero los nuevos convertidos empezaron a aumentar de forma tal que cierto día fueron más que todos los demás. Y los que ahora estaban en minoría

se resintieron por el tipo de personas que pasaban a formar parte de la iglesia. William y Catherine Booth, a la larga, decidieron mudarse al otro lado de la ciudad, en donde por primera vez desplegaron una pancarta que decía «Sangre y fuego». Fue el nacimiento del Ejército de Salvación.

Una de las maneras más rápidas de entristecer al Espíritu Santo es portarse como aquellos que describí arriba, que quedaron en minoría. Es horrible cuando alguien llega a nuestras iglesias porque está desesperado por oír el evangelio y se le hace sentir que no es bienvenido. El pecador es una cosa sagrada; el Espíritu Santo lo ha hecho así.

Él nos halla

Segundo, esta es una palabra importante porque es pertinente para todos; todos hemos estado perdidos, y Dios vio nuestra condición desvalida. «Él conoce nuestra condición; sabe que somos de barro» (Salmos 103:14).

Si estamos perdidos, Dios no se da por vencido hasta que nos halla, ya sea que seamos sus elegidos y oigamos su llamado a la salvación o que nos hayamos descarriado. Todos nos hemos descarriado hasta cierto punto. Usted no tiene que portarse de una manera escandalosa que desprestigia a la iglesia para ser un descarriado. Si su corazón se ha enfriado, entonces su propia presencia en un culto entristece al Espíritu Santo. Si está amargado y piensa que está por encima del resto, entonces está en un estado tal que impide que el Espíritu obre. El punto vital es que, seamos «ovejas» o «monedas», Dios ve nuestra la situación desvalida.

La importancia del arrepentimiento

Tercero, estas parábolas muestran la importancia del arrepentimiento. «Les digo que así es también en el cielo: habrá más alegría por un solo pecador que se arrepienta que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse» (Lucas 15:7).

En caso de que usted piense que eso fue simplemente un comentario a la pasada, Jesús lo repitió: «Les digo que asimismo se alegra Dios con sus ángeles por un pecador que se arrepiente» (Lucas 15:10).

He oído que algunos dicen: «Creo que debemos ir a las cantinas a testificar». Esto está bien hasta que usted empieza a beber y trata de mostrar que puede ser uno de ellos. Si dice que es creyente, le garantizo que lo atacarán. ¿Saben lo que era tan atractivo en Jesús? Que Él era diferente. No actuaba como si fuera uno de ellos. La verdad es que fue sin pecado, y sin embargo los pecadores se sentían bienvenidos por Él. Así que recuerde, en todo nuestro testimonio es el arrepentimiento lo que debe tener lugar tarde o temprano. La palabra «arrepentimiento» viene de la palabra griega *metanoia*, que quiere decir «cambiar de parecer». No es un vocablo teológico; significa simplemente «cambiar de parecer». Algunos dicen que quiere decir estar de acuerdo con Dios. Otros, que debe interpretarse como «me equivoqué». De lo que no hay dudas es que quiere decir «lamentarlo», y la prueba de que usted lo lamenta es que da media vuelta.

El que busca

El énfasis en estos pasajes no recae en el que está perdido sino en el que busca. Lo perdido es propiedad de Jesús. Qué maravilloso es que el salmista David pudo ver cómo él y Dios en realidad habían invertido sus papeles. David era pastor, pero dijo:

«El Señor es mi pastor, nada me falta;
en verdes pastos me hace descansar.
Junto a tranquilas aguas me conduce;
me infunde nuevas fuerzas.
Me guía por sendas de justicia
por amor a su nombre.
Aun si voy por valles tenebrosos,
no temo peligro alguno
porque tú estás a mi lado;
tu vara de pastor me reconforta.
Dispones ante mí un banquete
en presencia de mis enemigos.
Has ungido con perfume mi cabeza;
has llenado mi copa a rebosar.
La bondad y el amor me seguirán
todos los días de mi vida;
y en la casa del Señor
habitaré para siempre».
(Salmos 23:1-6).

El acento en ambas parábolas está puesto en el que busca. Los perdidos son propiedad de Jesús. ¿Está Él buscándolo? Si es así, entonces se duele por usted en este mismo momento. Note que en estas parábolas son el pastor y la mujer los que sufren. El pastor sufrió porque su oveja se había perdido. Y la mujer porque perdió una moneda valiosa. Cuando entristecemos al Espíritu, normalmente no sentimos nada; Él

es el que sufre. El arrepentimiento empieza cuando empezamos a sentir lo que Dios está sintiendo; entonces lo lamentamos verdaderamente. En el momento en que nos descarriamos, la acción que emprendemos parece ser la correcta. La justificamos. No hay dolor ni nos damos cuenta de la aflicción. Pero arrepentimiento es cuando al fin uno siente lo que el Señor ha estado sintiendo, y concordamos con él.

El contexto de la parábola

Un examen más cercano del contexto de la parábola revela tres puntos principales, que resumiré como la atracción, la acusación y la admisión.

La atracción

«Muchos recaudadores de impuestos y pecadores se acercaban a Jesús para oírlo, de modo que los fariseos y los maestros de la ley se pusieron a murmurar: “Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos”» (Lucas 15:1-2).

Jesús era como un imán para los pecadores. ¿Qué clase de personas atraemos nosotros? Si hay algo en mi vida y en mi semblante que no envía una señal a los demás de que me intereso por ellos, que los amo y los acepto, entonces algo anda seriamente mal en mí. La Iglesia debe ser un hospital que ayuda a los enfermos y no una corte en donde se juzga a los culpables.

La acusación

«Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos» (Lucas 15:2).

Para los fariseos, esto fue una indicación inequívoca de que Jesús no era bueno. Usaron este escenario como razón para rechazarlo.

La admisión

Por supuesto, Jesús se declaró culpable de esta acusación relatando tres parábolas, una tras otra, y en todas diciendo lo mismo. La parábola de la oveja perdida, la de la moneda perdida y la del hijo perdido o pródigo (que veremos en el próximo capítulo) fueron su respuesta a esa acusación.

¿Ha pensado alguna vez en el hecho de que Jesús fue muy valiente al hacer esto? Se necesitaba mucha valentía para acoger a personas cuya reputación y apariencia ofendían a los fariseos. Me pregunto cómo se habrá sentido William Booth cuando las personas que llevaba a la iglesia con él eran del tipo que hacían que el ministro se sintiera descontento. Recuerdo cuando por primera vez salí por las calles de Londres para evangelizar. Estaba tan lleno de entusiasmo que nada podía haberme detenido. Pero no pasó mucho tiempo para que empezara a darme cuenta de que los individuos que recibían al Señor no eran comerciantes, banqueros o miembros de la Cámara de los Lores. Consciente de lo que realmente me había comprometido a hacer, tuve que realizar una reconsagración a la evangelización. Cuando las personas que por fin encontraban la salvación en las calles empezaron a acercarse a la iglesia, hubo quienes rezongaron: «¿Se da cuenta de la clase de personas que están trayendo?» Hubo gente que en realidad hizo ese tipo de comentarios. Recuerdo que alguien vino a verme y me dijo: «La gente de “calidad” de esta iglesia [esa fue la frase exacta que usó] no se siente contenta con lo que está sucediendo aquí». La causa que subyacía en la queja era que aquellos «indeseables» no tenían dinero para contribuir con el funcionamiento de la iglesia, y por consiguiente, las personas de «calidad» efectivamente estarían subsidiándolos. ¡Hallé la inferencia absolutamente asombrosa!

Mi propio ministerio parece haberse caracterizado por

personas ¡que estaban descontentas con lo que sucedía en un momento dado! Y esto era permanente. En respuesta a esa persona en particular, le dije: «Démosles seis meses. Si resulta que Dios no está con nosotros, renunciaré. No quiero quedarme donde no se me quiere. Yo no traté de meterme en esta iglesia, y no voy a tratar de quedarme, así que no vamos a retroceder». Me comprometí a revisar la situación después de Resurrección. Cuando llegó el día, me encontré con esa persona. No había cambiado su opinión, pero interesantemente comprobamos que las ofrendas de la iglesia habían aumentado. Claramente Dios estaba con nosotros.

A partir del momento en que empezamos a preocuparnos por asuntos como estos, corremos el riesgo de perder la unción. Paradójicamente, la unidad nunca se logra tratando de lograr unidad, sino al mantener los ojos en Jesús. Si ofendo a algunos al perseguir la causa del evangelio, entonces ofendo a la gente. Siempre procuro recordar cómo Jesús daba la bienvenida a toda clase de personas y hacía cosas que ofendían a la gente destacada.

«Pero los fariseos y los maestros de la ley que eran de la misma secta les reclamaban a los discípulos de Jesús:

—¿Por qué comen y beben ustedes con recaudadores de impuestos y pecadores?

—No son los sanos los que necesitan médico sino los enfermos—les contestó Jesús—. No he venido a llamar a justos sino a pecadores para que se arrepientan».

Lucas 5:30-32

«Porque vino Juan el Bautista, que no comía pan ni bebía vino, y ustedes dicen: “Tiene un demonio”. Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y ustedes dicen: “Este es un glotón y un borracho, amigo de recaudadores de impuestos y de pecadores”».

Lucas 7:33-34

Una parte de ser semejante a Jesús es tener el valor de permitir que la gente cuestione su reputación. Lo único que demostró más valor que esto fue cuando Jesús hizo a algunos

de ellos sus discípulos. Mateo, por ejemplo, era un recaudador de impuestos. Nombrar a un recaudador de impuestos en un cargo de autoridad o ministerio se habrá visto en aquel entonces como una conducta de lo más desafiante y escandalosa. Si usted hubiera estado presente en esos días, ¿de qué lado se hubiera puesto? Pues bien, la respuesta de Jesús a la condenación de ellos fueron estas tres parábolas. En lugar de aceptar la condenación, simplemente puso de cabeza su acusación.

Nosotros somos como ovejas

Es útil que veamos más de cerca el uso de Jesús de la analogía de la oveja, que en verdad es un tema que se repite en la Biblia. Hace años le pedí a mi buen amigo Douglas McMillan, predicador y anteriormente pastor, información sobre a las ovejas. Él empezó a hablar y yo anoté todo lo que dijo.

Lo primero que mencionó fue que el hábito básico de una oveja es descuidarse y descarriarse. Siempre piensa que la hierba es más verde al otro lado de la cerca. También, debido a que tienen un instinto de manada, tienden a reunirse en grupo. Si una se descarría, algo anda muy mal en esa oveja, pues actúa en forma contraria a su carácter.

Se conoce que las ovejas son tercas, quieren salirse con la suya, y Douglas añadió que son tontas. No se les puede enseñar ningún truco. Incluso el ganado vacuno no necesita un pastor, pero las ovejas frecuentemente se meten en espacios peligrosos y se atascan. No se pueden cuidar a sí mismas como otros animales. No tienen ningún pensamiento de lo que viene más adelante; y no piensan en absoluto en el futuro. ¿No da eso una idea del descarriado? No se da cuenta de que un día tendrá que pagar. Más bien vive por la gratificación inmediata y hace lo que lo hace sentir bien en ese momento. No se preocupa por sopesar las consecuencias ni piensa que va a tener que vivir consigo mismo más adelante.

Douglas mencionó una cosa más. Dijo que una oveja anhela hondamente autoridad y dirección. Jesús sabe todo eso de nosotros. David, que era pastor, se veía a sí mismo como oveja; sabía que necesitaba la dirección de Dios, y por eso escribió: «El Señor es mi pastor» (Salmos 23:1).

El amor del Pastor

Dios no solo recibe a los pecadores, sino que no se da por vencido hasta que los halla, y va allí adonde ellos están. No se rinde, sino que persevera hasta que ellos vuelven a él.

La Biblia dice que las ovejas de Dios conocen su voz (Juan 10:16). Arthur Blessitt contaba que cuando cruzó el desierto del Sahara vio cuatro o cinco diferentes pastores con sus ovejas. El pastor simplemente decía una palabra, y sus ovejas lo seguían. Ninguna oveja de otro pastor lo seguía. ¡Eso es asombroso! Lo que Jesús estaba diciendo aquí es: «Yo los llamo, y ellos vienen». ¿Ha notado alguna vez el legado que Jesús dejó? No solo recibe a los pecadores, sino que también murió por ellos. Como Pablo dijo: «Cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5:8).

Esto muestra el cuidado de Jesús. Note el cuidado amoroso de Jesús en el versículo que sigue: «Y cuando la encuentra, lleno de alegría la carga en los hombros y vuelve a la casa» (Lucas 15:5-6).

Recuerdo una ocasión, hace años, en que me sentía muy desalentado. En el culto del domingo siguiente debíamos participar juntos de la Cena del Señor. El día antes del culto decidí que cantaríamos el himno «El Rey de amor es mi Pastor». Nunca olvidaré el impacto de las palabras: «Perverso y necio a menudo me descarriaba, pero sin embargo en amor me buscó, y en sus hombros gentilmente me cargó, y a casa gozoso me llevó». En esos momentos sentía que necesitaba que me llevaran cargado, y Dios en su gracia levantó mi espíritu. Eso es lo que Dios estaba mostrando en esta parábola: cuando nos halla, nos lleva a casa.

Regocijo y restauración

Tomemos un momento para mirar brevemente el contraste entre la oveja perdida y la moneda perdida. Como ya dijimos, ambas se perdieron, pero la oveja estaba viva, mientras que la moneda era un objeto inanimado. Hallar la oveja produjo regocijo en el cielo, en tanto que encontrar la moneda ocasionó júbilo en presencia de los ángeles. La oveja se descarrió, pero la moneda se perdió debido al descuido de alguien. ¿Podría ser que el Señor estaba dando aquí indicios en cuanto a la responsabilidad de la Iglesia para cuidar a los que están a nuestro alrededor? Somos responsables unos por otros. ¿Soy yo guarda de mi hermano? La respuesta es un resonante sí. Aunque se hayan perdido por diferentes razones, la buena noticia es que tanto la oveja como la moneda se encontraron.

Hace muchos años oí a un predicador llamado Sam Sparks contar sobre un hombre por el que su madre oraba. La madre murió, y un año o dos más tarde el hombre vino al Señor, y quería más que cualquier otra cosa que su madre supiera que él había recibido la salvación. Dijo que el Señor le dio este versículo: «Les digo que asimismo se alegra Dios con sus ángeles por un pecador que se arrepiente» (Lucas 15:10). Comentó que no necesariamente quería decir que los ángeles se regocijan, sino que el regocijo ocurría en presencia de los ángeles. ¿Dónde estaba su madre? En presencia de los ángeles. El hombre tomó esto como evidencia de que su madre sabía que él había recibido la salvación. No estoy completamente seguro de este razonamiento, pero para él fue una bendición.

Lo que sí sabemos por esta parábola es que cuando se halló la oveja perdida, el pastor sintió alivio. Esto queda implícito en Lucas 15:5-6. La mujer también sintió alivio (Lucas 15:9); es posible que esas diez monedas que llevaba en su atuendo

en la cabeza fueran sus ahorros de toda la vida. Perder una era perder mucho dinero. También sabemos que hay regocijo, ya sea de la persona que inicialmente se convierte o de la que se restauró. Tal vez, las personas en el cielo saben cuándo otros son salvos. Por cierto que los ángeles lo saben. Si usted nunca se ha convertido y ahora viene a Cristo, quiero que sepa que todo el cielo se regocija.

Solía volver a Nashville, Tennessee, un domingo por la noche desde Palmer, Tennessee, y encendía la radio para oír a Billy Graham. En esos días George Beverly Shea cantaba el mismo canto todas las semanas. Decía algo como esto:

«Me descarrié y me alejé de Dios,
ahora vuelvo a casa.

La senda del pecado he recorrido por demasiado tiempo.

Señor, vuelvo a casa.

He desperdiciado muchos años preciosos,

y ahora vuelvo a casa. Me arrepiento con lágrimas amargas. Señor, vuelvo a casa.

Vuelvo a casa, vuelvo a casa, nunca más para vagar.

Abre bien tus brazos de amor, Señor, vuelvo a casa».

Así que Jesús se declaró culpable de recibir a los pecadores y comer con ellos. Él dijo: «Supongan que un hombre tiene cien ovejas y pierde una de ellas, ¿qué va a hacer? Ir a buscarla». Eso quiere decir que hay esperanza para usted y para mí. A usted, que nunca se ha convertido, Jesús lo está buscando. Y al descarriado le está diciendo: «Vuelve a casa».

Capítulo 26

La parábola del hijo pródigo

«Pero el padre ordenó a sus siervos: “¡Pronto! Traigan la mejor ropa para vestirlo. Pónganle también un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero más gordo y mátenlo para celebrar un banquete. Porque este hijo mío estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado». Así que empezaron a hacer fiesta».

Lucas 15:22-24

A esta parábola se la ha llamado la perla o la corona de todas las parábolas de Jesús. Alguien se refirió a ella en cierta ocasión diciendo que era el evangelio dentro del evangelio. Otro ha observado que no hay nada igual a ella dentro de toda la literatura. Ciertamente no hay un cuadro más poderoso de un Dios perdonador, ni de la motivación que había detrás del ministerio de Jesús. Como la parábola de la oveja perdida, esta parábola surge en el contexto en que los recaudadores de impuestos y pecadores se reunían para oír a Jesús. Al mismo tiempo, los fariseos y maestros de la ley rezongaban: «Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos» (Lucas 15:2).

¿Podría atreverme a decir que esta parábola nos describe a cada uno de nosotros en cierto grado? Como primera serie, en la capilla de Westminster, hace más de veinticinco años prediqué sobre el tema de Jonás, y muchos me preguntaron por qué. Dije: «Porque yo soy un Jonás; sé lo que es huir de lo que Dios me ha dicho que haga. Sé lo que es que una ballena me trague y clamar: *Señor: ¡dame otra oportunidad!*» Es lo mismo con el hijo pródigo. Podría añadir que también es

lo mismo con el hermano mayor, pero veremos eso con más detalles en el próximo capítulo.

El amor del padre

En esta parábola el hijo menor de un padre acomodado le pidió su herencia antes de que fuera el tiempo debido. En lugar de invertir el dinero o empezar algún negocio, se fue a un país distante y desperdició todo viviendo desenfrenadamente. No sabemos por qué el padre decidió darle la herencia por adelantado. Presumiblemente el padre pensó que tomaría el dinero y lo invertiría. El hijo, sin embargo, pronto se quedó sin dinero y llegó a lo más hondo de lo más bajo. Se consiguió un trabajo dando de comer a puercos y tenía tanta hambre que sentía envidia de la comida que comían los cerdos. Se nos dice que nadie le daba nada (Lucas 15:16). Tal vez usted sabe lo que es alejarse de Dios, sentir que lo destituyen y después hallar que nadie quiere ayudarlo. El hijo finalmente volvió a la cordura y se dio cuenta de lo que había dejado en su casa. Se sentó y empezó a repasar su pequeño discurso: «Tengo que volver a mi padre y decirle: «Papá, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco que se me llame tu hijo; trátame como si fuera uno de tus jornaleros»» (Lucas 15:18-19).

Así que se dirigió a la casa, intentando suplicar misericordia con la esperanza de que su padre lo empleara. Desde la distancia, no obstante, su padre lo vio y sintió compasión. Corrió a su hijo, lo estrechó entre sus brazos y lo besó. El hijo pródigo recitó su preparado discurso, pero la respuesta del padre no fue tomarlo como empleado sino dar una celebración extravagante proclamando su vuelta. Es maravilloso pensar que un padre quiera tanto a un hijo.

Jesús quiere que sepamos que así es como nos ama nuestro Padre celestial, aunque nos hayamos descarriado. Ese es el principal tema de esta parábola. Si uno va un poco más allá tal vez pueda decir que la parábola también trata de los elegidos de Dios que todavía no han sentido el llamado, pero

generalmente se dirige a los «pródigos» que ya pertenecen a Dios y, sin embargo, se han descarriado hacia el pecado. Esto quiere decir que la persona a la que se refiere la parábola ya es salva; es un creyente que ha caído en pecado. La pregunta que la mayoría de las personas se hace es: «Cuando una persona se descarría, ¿deja de ser un hijo de Dios? ¿Deja de ser creyente? ¿Está ahora perdida en el sentido de que irá al infierno si muere en ese estado?» Veremos esas preguntas más adelante. La parábola también trata de la esclavitud del pecado y de las consecuencias del pecado.

Las dos parábolas previas, la de la oveja perdida y la de la moneda perdida, tratan de entidades que no podían valerse o pensar por sí mismas. Pero en esta parábola Jesús se refiere a un ser humano que puede pensar y que con el tiempo volvió en sí (Lucas 15:17). La versión Reina-Valera lo dice de esta manera: «Volviendo en sí». Vamos a ver que este descarriado volvió y su padre lo amó.

Jeremías describe el amor del Padre:

«Con amor eterno te he amado; por eso te sigo con fidelidad, oh virginal Israel. Te edificaré de nuevo; sí, iserás reedificada! De nuevo tomarás pandерetas y saldrás a bailar con alegría».

Jeremías 31:3-4

Una celebración marca el fin de estas tres parábolas en Lucas: primero, regocijo en el cielo; segundo, regocijo entre los ángeles; y en esta última el regocijo del padre. Muestra cómo siente nuestro Padre celestial cuando alguien vuelve a Él. ¿Puede usted recordar alguna ocasión en la que lamentó sus pecados, los confesó, confió solo en la sangre de Jesús y encontró una nueva vida y un nuevo destino? Dios puso su Espíritu Santo, usted empezó a leer la Biblia y todo fue diferente. Luego, en algún momento la tentación vino. Puede haber sido tentación del mundo, de la carne o de alcanzar fama; tal vez la tentación de ganar dinero o de que lo vean como esa persona o la otra. Y pensó: *Esto no le va a hacer*

daño a nadie, así que siguió adelante e hizo ciertas cosas, sin pensar que lo llevarían a un punto tan bajo; pero lo llevaron. Si ese es usted, permita que Dios le dé una palmadita en el hombro. Quiero que sepa que la única persona que se alegrará más que usted mismo cuando vuelva es el mismo Padre.

¿Por qué es importante esta parábola?

Esta parábola muestra la ternura de Dios: «En verdad, consideramos dichosos a los que perseveraron. Ustedes han oído hablar de la perseverancia de Job, y han visto lo que al final le dio el Señor. Es que el Señor es muy compasivo y misericordioso» (Santiago 5:11). La versión Reina-Valera dice que «el Señor es muy misericordioso y compasivo» (Santiago 5:11).

Segundo, la parábola muestra la necedad del pecado. Escoger ir al mundo y alejarse de Dios es lo más necio e irracional que una persona puede hacer; pero lo hacemos, ¿verdad? No tiene ni pies ni cabeza, y tampoco sentido. Esta parábola muestra la esclavitud y la necedad del pecado; cómo cada vez que uno se descarría acaba lamentándolo. Jonás aprendió esto en el vientre de una ballena. Clamó a Dios diciendo: «¡Simplemente no vale la pena!» (Jonás 2:1-10).

La mayoría de nosotros tiene una historia para contar de cómo nos hemos alejado de Dios y hemos regresado. Y también la mayoría puede testificar que simplemente no valió la pena. Si usted está entre los que se han liberado yéndose al mundo y escuchando al diablo, atraído por la seducción del pecado y la tentación, la fama y el dinero, el poder y el sexo, escuche: Si se aleja, a la larga llegará al lugar en donde nadie le dará nada.

Tercero, esta parábola, en efecto, y gracias a Dios, enseña la doctrina de «una vez salvo, siempre salvo». Esto muestra más que cualquier otra cosa que el Señor nos ama con amor eterno. Como dicen las palabras del himno: «Oh amor que no me dejarás». He hablado con personas que se han descarriado en el pasado y han vuelto al Señor. Todas dicen: «Traté de alejarme de Dios, pero Él no me soltó. Supe entonces que me amaba». Eso es lo que Dios está diciendo en esta parábola. Él

no lo señala con el dedo y moraliza diciendo: «¿Cómo te atreves a hacer eso?» Él no lo hace sentir culpable preguntándole por qué hizo lo que sea que usted haya hecho. Así es como son los padres terrenales. Él es más bien tierno, como el padre de la parábola, que lo ve llegar antes de que usted lo vea a Él.

¿Sabía usted que Dios se ve a sí mismo como casado con el descarriado? Hay un versículo interesante en Jeremías: «¡Vuélvanse a mí, apóstatas—afirma el Señor—, porque yo soy su esposo! De ustedes tomaré uno de cada ciudad y dos de cada familia, y los traeré a Sión» (Jeremías 3:14).

Dios está diciendo: «No te soltaré».

Por último, lo más grande de esta parábola es que muestra cómo nuestra restauración se registra con gran festividad y dignidad. De paso, así es como la iglesia debería sentirse. Cuando usted ve que alguien regresa, no diga: «¿Dónde has estado?», sino más bien exclame: «Ah, ¡es maravilloso verte!» Y abrácelo. Las personas así ya se sienten culpables, y ya han oído palabras moralizadoras. Es tiempo de que la Iglesia diga: «Gracias a Dios, ¡es maravilloso verte!» Si usted es uno de los que se han descarriado, quiero que sepa que Dios está esperando para recibirlo. El que logra restaurarse le da a Dios tanto gozo, honor y placer como el que se convierte.

Origen de la necedad

El origen de la insensatez del hijo pródigo se remonta a una cosa.

«El menor de ellos le dijo a su padre: “Papá, dame lo que me toca de la herencia”. Así que el padre repartió sus bienes entre los dos» (Lucas 15:12).

Su petición reveló la impaciencia del joven. Ni siquiera podía esperar a que su padre muriera; quería su herencia enseguida. Su insistencia reveló su necedad; una herencia es algo que para recibirla uno debería esperar por lo menos hasta que el ser querido muera.

¿Cuál fue la respuesta del padre? Primero, aquiescencia. No se nos dice cómo se sintió el padre después de entregarle a su hijo la herencia, pero sea como fuera, convino en dársela. A decir verdad, dividió su propiedad entre sus dos hijos, de manera que el hijo mayor recibió su porción al mismo tiempo. Esta parte de la parábola es muy difícil. ¿Por qué hizo eso el padre? Veamos una analogía. ¿Piensa usted que Dios mismo haría esto? Recuerde que una de las reglas para interpretar las parábolas es que no se puede necesariamente hallar un paralelo bíblico para cada detalle que se ve. ¿Es este uno de tales puntos que uno no querría aplicar? ¿Haría realmente nuestro Padre celestial esto? ¿Nos daría algo que no es bueno para nosotros? En realidad, pienso que sí podemos aplicar esta parte de la parábola, porque pienso que la respuesta a esa pregunta es a veces sí. Mire este acosador versículo del salmo 106: «Y él les dio lo que pidieron, pero les envió una enfermedad devastadora» (Salmos 106:15). La versión Reina-Valera dice: «Él les dio lo que pidieron, pero envió mortandad sobre ellos» (Salmos 106:15, *RVR-60*).

Lo que esto quiere decir es que Dios, a veces, finalmente dice: «Está bien. He dicho que no, pero ya que sigues

insistiendo, entonces vas a recibirlo». Tal vez pueda mirar hacia atrás y recordar alguna ocasión en la que algunas personas le dieron toda clase de advertencias: «Ten cuidado», o «¿Estás seguro de que quieres hacer eso?» En la multitud de consejeros hay seguridad. Yo no aceptaría todo el dinero del mundo a cambio de la clase de consejos que recibo de mis amigos. Dios nos ha bendecido a mi esposa, Louise, y a mí, con amigos extraordinarios. Usted ni siquiera podía empezar a imaginarse cómo estos amigos nos han ministrado y nos han animado en nuestro ministerio y cuántas veces me han advertido y me han dicho cosas que otros no se atreverían a decirme. «Leales son las heridas que causa el que ama» (Proverbios 27:6, *RVR-60*).

Usted debe saber lo que es tener a alguien que le diga: «¿Estás *seguro* de que quieres hacer eso?» Tal vez eso fue lo que el padre de la parábola le dijo a su hijo; sin embargo, debido a la absoluta insistencia del hijo, cedió. El doctor Martyn Lloyd-Jones una vez me dijo: «Lo peor que puede sucederle a un hombre es triunfar antes de estar listo». Si usted ha anhelado el éxito en cierta área y no ha llegado, agradézcalo. Bien podría ser que un día se alegrará de no haber recibido lo que pedía, a diferencia del hijo pródigo.

Fracaso trágico

«Poco después, el hijo menor juntó todo lo que tenía y se fue a un país lejano; allí vivió desenfrenadamente y derrochó su herencia. Cuando ya lo había gastado todo, sobrevino una gran escasez en la región, y comenzó a pasar necesidad. Así que consiguió empleo con un ciudadano de aquel país, quien lo mandó a sus campos a cuidar cerdos. Tanta hambre tenía que hubiera querido llenarse el estómago con la comida que daban a los cerdos, pero aun así nadie le daba nada».

Lucas 15:13-16

Debemos agradecerle a Dios cuando no nos concede lo que le pedimos. Escuche estas palabras de Santiago 4:3: «Y cuando piden, no reciben porque piden con malas intenciones, para satisfacer sus propias pasiones».

Si usted hace lo que Dios le dice que haga, Él le dará todo lo que debe tener. Si usted dice: «Pero yo quiero más que eso», entonces tenga cuidado. El espiral descendente en esta parábola empieza en Lucas 15:3. El hijo tomó «todo lo que tenía» y se fue a una tierra distante. En vez de invertir sabiamente su dinero, se dio a la vagancia. Acabó en una tierra extraña, lejos de casa, y lo siguiente que sabemos es que está desperdiciando su herencia, desperdiciando su riqueza en vida mundana o desenfrenada. Si se pregunta qué quiere decir «vivir desenfrenadamente», se nos explica en el versículo 30. El hermano mayor dijo: «Ese hijo tuyo, que ha despilfarrado tu fortuna con prostitutas» (Lucas 15:30).

Aquel joven gastó la mayor parte de su dinero comprando relaciones sexuales. ¿Alguna vez se ha sentido inclinado a hacer eso? Es solo cuestión de tiempo para que tenga la oportunidad, y lo lamentará si lo hace. Si está pensando en algo que podría hacer, o tal vez ya está involucrado en eso, entonces deténgase ya. ¡Déjelo!

Quizá diga: «Es demasiado tarde». No. No es así. Dios no le permitiría que lea esto solamente para hacer que se sienta

culpable. Le está diciendo: «¡Déjalo!» Si usted está involucrado en algún tipo de vida que no honra a Dios, entonces déjelo. ¡Abandónelo!

Las cosas empeoran para este hijo porque gastó *todo* lo que tenía (Lucas 15:14). Entonces sus circunstancias se deterioraron aún más cuando una cayó sobre la tierra. Es muy interesante ver cómo las cosas fuera de su control conspiran contra él. Dios es soberano, y todo lo que sucede en el mundo está bajo su control. Es asombroso cómo Dios puede hacer que los acontecimientos del mundo toquen a la vida de uno. Después de la hambruna, por supuesto, hubo gran necesidad. Se nos dice que este hijo empezó a pasar grandes necesidades y finalmente decidió conseguirse un trabajo.

«Así que fue y consiguió empleo con un ciudadano de aquel país, quien lo mandó a sus campos a cuidar cerdos» (Lucas 15:15). Fue el único trabajo que pudo conseguir. Eso muestra su desesperación y su desgracia. El hijo entonces empieza a anhelar: «Tanta hambre tenía que hubiera querido llenarse el estómago con la comida que daban a los cerdos, pero aun así nadie le daba nada» (Lucas 15:16).

Finalmente empezó a sentirse completamente inútil. Nadie iba a ayudarlo. Si esto le ha sucedido a usted, esa es la manera en que Dios le envía una señal de que Él está detrás de todo. Viene como falta de éxito, las cosas que no le suceden, el tiempo que se acaba, hasta que usted llega a tocar el mismo fondo. Cree que Dios lo ha dejado. ¡Pero no! ¡Dios está tratando de captar su atención!

Sentimientos transparentes

Jesús describe vívidamente los sentimientos del hijo y del padre en torno de esta situación. Muestran hasta dónde tenemos que caer antes de que nos despertemos y nos demos cuenta de lo que ha pasado, y lo miserable que ha llegado a ser nuestra existencia.

Franqueza

El hijo volvió en sí y dijo: «¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen comida de sobra, y yo aquí me muero de hambre!» (Lucas 15:17).

Por fin tenía alguna objetividad respecto de sí mismo. Fue necesaria una mala experiencia, pero gracias a Dios, ella le llamó la atención.

Extraña su casa

El hijo, a la larga, se dio cuenta de que necesitaba volver a casa. Tal vez usted sabe lo que es tener padres creyentes, pero se ha descarriado. Puedo decirle que las personas con una herencia cristiana que se descarrían empiezan a apreciar su trasfondo cristiano tarde o temprano. Quizá creció en un hogar creyente y pensaba: *¡Vaya, tenía que tener creyentes por padres!* Pero un día dirá: «No me daba cuenta de cómo me bendicieron». Se puede confiar en los padres que conocen su Biblia y que aman al Señor.

Humildad

El hijo, ahora dándose cuenta de la gravedad de sus malas acciones, decidió que debía confesarle a su padre lo que había hecho y pedirle perdón: «Tengo que volver a mi padre y decirle: Papá, he pecado contra el cielo y contra ti» (Lucas 15:18).

Había decidido que después de hacer esta confesión le pediría a su padre que lo emplee como si fuera uno de los criados. Su declaración sería: «Ya no merezco que se me llame tu hijo; trátame como si fuera uno de tus jornaleros» (Lucas 15:19).

Anhelaba mucho volver a reunirse con su padre, y sin embargo estaba tan avergonzado que pensaba que las cosas que diría ayudarían a ponerlas en perspectiva. Convertirse en esclavo de su padre le parecía una respuesta apropiada.

El hijo tomó la determinación de volver con él, así que se levantó y se dirigió a la casa de su padre. Si usted se ha alejado del sendero correcto, eso es lo que tiene que hacer. Tal vez ha llegado al lugar en que lo lamenta, y piensa: *¿Cuál será la mejor manera de acercarse a Dios?* Le digo: Tome una decisión, y determine hacer hoy mismo lo que Dios le dice que haga. Dígale no a la manera en que ha estado viviendo.

Perdón total

Recuerde que el perdón total tiene lugar cuando perdona a alguien sin exigirle que pida disculpas. Perdón total no es cuando usted dice: «Pues bien, que se arrepienta; que diga que lo lamenta, que vuelva y que aprenda a comerse sus palabras, y entonces creo que podré perdonarlo». La mayoría de nosotros es así. No hay que ser creyente para hacer eso. La Biblia dice: «La respuesta amable calma el enojo» (Proverbios 15:1).

Usted puede hacer feliz a la mayoría de las personas que pide disculpas de una manera apropiada por alguna ofensa que han causado. No exige mucha gracia tratar bien a la persona que lamenta genuinamente el mal que ha causado. El perdón total tiene lugar cuando los perdona mientras ellos todavía piensan que no han hecho nada malo. Podría poner a la mayoría de las personas a las que he perdonado bajo un detector de mentiras y ni siquiera así se darían cuenta de que han hecho algo malo. No me serviría decirles a esas personas «te perdonó», porque sería inapropiado. Ellas dirían: «¿Por qué razón?» Quizá crea que debería esperar que las personas se arrepientan antes de perdonarlas, pero ¿exigió eso Jesús en el calvario? No. La respuesta de Jesús no fue: «Cuando te arrepientas por lo que has hecho voy a orar por ti». Más bien dijo: «Padre, perdónalos».

Cuando el hijo pródigo se dirigía a su casa, el padre lo vio antes de que este lo viera. Esto muestra la iniciativa de Dios. Mediante esta actitud, Dios nos dice: «A pesar de todo lo que ha sucedido, te amo».

Entonces vino la confesión. Tan pronto como el padre corrió hacia él, lo estrecho entre sus brazos y lo besó; el hijo pudo haber pensado: *Ah, ya no tengo que decir mi discurso; ya tengo lo que quería.* Pero no. Este hombre estaba genuinamente arrepentido. Confesó, aunque percibió el amor

de su padre. Tal vez es lo que usted necesita hacer. Necesita decir: *Dios, lo lamento; lo lamento tanto.*

La celebración

Y luego vino la celebración. El padre mostró su aceptación, su afecto, e incluso su autoridad; su respuesta fue darle a su hijo de nuevo autoridad de la familia.

«Pero el padre ordenó a sus siervos: «¡Pronto! Traigan la mejor ropa para vestirlo. Pónganle también un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero más gordo y mátenlo para celebrar un banquete» (Lucas 15:22-23).

Así es como Dios se alegra cuando una persona es salvada, y el descarriado regresa. Dios está diciéndole *a usted*: «Vuelve a casa». Habrá fiesta genuina y restauración. La restauración es de justicia. Empezará a vivir por el Señor de nuevo y le dará dignidad al manto de justicia que Jesús le da. La razón para el regocijo es esta: «Este hijo mío estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado» (Lucas 15:24).

El padre no esperaba volver a ver a su hijo de nuevo. El hijo estaba perdido, pero ahora que lo había hallado empezaron a celebrar.

Un punto final, una pregunta teológica. Para el creyente que recibe su herencia al principio y entonces la desperdicia, ¿qué le queda? Puedo decirle que el rey David lo echó todo a perder en grande cuando pecó con Betsabé y después mató al esposo de ella, Urías. Eso fue desperdiciar su herencia. David enfrentó el hecho de que tal vez la vida en la tierra ya no sería como había sido antes, pero sabía que todavía tendría una recompensa en el cielo. Desde ese momento y en adelante su enfoque se dirigió a establecer un tesoro en el cielo, y como resultado Dios empezó a usarlo aquí en la tierra mucho más allá de sus expectativas. Compuso más salmos. Dios todavía no había acabado con él; y él todavía no ha terminado con usted.

Capítulo 27

La parábola del hermano mayor

«¡Fíjate cuántos años te he servido!»

Lucas 15:29

La parábola del hermano mayor es realmente la «parte dos» de la parábola del hijo pródigo. Vimos en el capítulo anterior que el menor de dos hijos le exigió a su padre que le diera su herencia por adelantado, y se fue lejos y lo desperdició todo. Más tarde volvió, intentando suplicar perdón, y su padre, de buen grado, lo recibió y le dio la bienvenida. Descubrimos en la parábola de Jesús que también había un hermano mayor. El pasaje implica que el hermano mayor era un hijo bueno, y que nunca le había causado a su padre ningún problema. Era probablemente lo que James Dobson llamaría un hijo *complaciente*. En realidad no había hecho nada malo en su vida. Debido a las acciones de su hermano menor él también recibió por adelantado su herencia, aunque la Biblia no revela cómo se sintió respecto de eso. Se nos dice, sin embargo, cómo se sintió cuando oyó de segunda mano las noticias de que se estaba realizando una fiesta debido a que su descarriado hermano menor había vuelto. Lo que deberían haber sido buenas noticias para el hermano mayor, en realidad fueron malas noticias. Se encolerizó y rehusó incluso participar de la celebración.

En la vida siempre es más fácil hallar a alguien que llore con uno que encontrar a alguien que se alegre con uno. Pablo dijo: «Alégrense con los que están alegres; lloren con los que lloran» (Romanos 12:15).

Si el hijo pródigo hubiera regresado llorando y su padre lo hubiera rechazado, estoy seguro de que el hermano mayor se hubiera acercado a él, y lo habría abrazado y consolado. Pero en lugar de eso halló imposible alegrarse junto con su padre. Su padre le rogó que entrara y se uniera a la celebración, pero el hermano mayor solamente lo reprendió diciéndole: «¡Fíjate cuántos años te he servido...!» (Lucas 15:29).

¿Servido?, debe haber pensado el padre. ¿Así es como lo ves?

«¡... sin desobedecer jamás tus órdenes, y ni un cabrito me has dado para celebrar una fiesta con mis amigos! ¡Pero ahora llega ese hijo tuyo, que ha despilfarrado tu fortuna con prostitutas, y tú mandas matar en su honor el ternero más gordo!»

= Lucas 15:29-30

Jesús enfatizó la última palabra del padre: «Hijo mío, tú siempre estás conmigo, y todo lo que tengo es tuyo. Pero teníamos que hacer fiesta y alegrarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado» (Lucas 15:31-32).

Esta segunda parte de la parábola estaba dirigida sin rodeos a una audiencia específica que Jesús tenía en mente: los fariseos. Como muchas otras de las parábolas en el Evangelio de Lucas, esta se presenta a la luz de la acusación de los fariseos de que Jesús «recibía a los pecadores». Los fariseos no apreciaban para nada el amor del Padre ni tenían simpatía por el pecador disoluto. Les fastidió que al hijo pródigo se le perdonara totalmente, así que Jesús les envió una señal, al final de esta parábola, de que ellos estaban actuando como el hermano mayor celoso, que se enfadó y rehusó unirse a la celebración.

El significado de la parábola

La parábola muestra la incómoda posición del padre. Él amaba a ambos hijos por igual y quería que se amaran uno al otro. Nos recuerda que todos estamos en la familia de Dios. La verdad es que nuestro Padre celestial nos ama a todos por igual, y lo ponemos en una posición incómoda cuando nos enojamos unos con otros. Él es el Padre perfecto, a diferencia de Jacob, que fue un fracaso miserable como padre, y mostró parcialidad hacia José, y también diferente de David, que fue el más grande rey de Israel pero padre ausente. Nuestro Padre celestial es el Padre perfecto que ama a los «hermanos mayores» tanto como a los «hermanos menores». Dios ama por igual a toda persona. No importa si usted tiene un alto perfil en la iglesia, o un trabajo más importante que algún otro. No importa si tiene alta educación o si es analfabeto. Dios nos ama a todos por igual.

Esta parábola nos da indicios de cómo el Padre se aflige cuando sus hijos no se hablan entre sí. ¿Hay alguien con quien usted no quiere hablar? ¿Tiene una idea de cuánto aflige esto al Espíritu Santo? Es altamente improbable que tenga jamás con Dios la relación que debería tener hasta que arregle las demás relaciones personales o supere su propia amargura.

El hermano mayor de la parábola pensaba que se merecía más amor que el menor, debido a su continuo trabajo arduo y obediencia. Nosotros también tal vez pensamos de esa manera, pero Dios es increíblemente imparcial. Esta parábola se parece a la parábola de la viña, en la que los que trabajaron todo el día se contentaron con su paga, hasta que supieron que algún otro que no había trabajado lo mismo recibió la misma cantidad. De la misma manera, la aceptación del padre al hermano menor, a pesar de su conducta, sacó de quicio al hermano mayor.

Los creyentes más viejos, tristemente, a menudo reaccionan de esta manera. Si usted ha sido creyente por unos pocos años, tenga cuidado; esta es una debilidad que todos tenemos. Muchos necesitamos aprender de esta parábola. Necesitamos guardarnos en contra de tener una mentalidad de hermano mayor. Dios ama a todos sus hijos por igual.

La importancia de la parábola

Santurronería

Es importante que aprendamos de esta parábola porque revela lo fácil que es que seamos santurrones. Hay dos maneras básicas para desagradar a nuestro Padre celestial. Una es cometer un pecado escandaloso, y la otra es ser santurrón. Esta parábola muestra lo santurrones que somos. ¿Quizás usted se identifica con el hijo pródigo? Yo también. Pero, ¿puede identificarse con el hermano mayor? Debo admitir que me veo en ambos. Sé lo que es ser Jonás. También sé lo que es llegar a ser santurrón y tomarme yo mismo demasiado en serio. El hijo pródigo y el hermano mayor están reflejados en el libro de Jonás. Los primeros dos capítulos de Jonás reflejan al hijo pródigo, cuando Jonás se va a un país extranjero, y a la larga «vuelve en sí» en el vientre de una ballena. En los próximos dos capítulos Jonás se porta como el hermano mayor, enfureciéndose porque Dios envió avivamiento a los ninivitas e hizo que él quedara mal. Esto muestra cómo se sintió el hermano mayor cuando volvió el joven pródigo: Revela su santurronería.

Pecado revelado

Segundo, esta parábola es importante porque muestra cómo las condiciones físicas y circunstancias revelan el pecado en nosotros que no sabíamos que estaba allí. En otras palabras, uno puede pensar que es muy piadoso hasta que se enfrenta a una situación que revela lo que en realidad se es.

Mi viejo amigo Rolfe Barnard solía decir: «La razón de que haya tantos José como los hay hoy es que todavía no han salido huyendo de la esposa de Potifar». Bien puede ser que usted se haya librado de ese tipo de pecado, pero no sabe lo que es enfrentar la tentación que otra persona ha enfrentado. De la misma manera, tal vez no sea el hijo pródigo que se fue a un país lejano y lo echó todo a perder, pero Dios tiene otra manera de mostrar lo que usted es en realidad. La parábola del hijo pródigo y del hermano mayor están dirigidas parcialmente a revelar cómo las circunstancias y las condiciones sacan en nosotros el pecado que nunca soñamos y que estaba allí. La manera en que Dios nos permite crecer es dejar que uno se vea tal como realmente es.

Celos

Tercero, esta parábola es importante debido a que el pecado que demuestra es *celos*. Este es un pecado que todos negaremos hasta el día de nuestra muerte, a menos que se nos pesque. Es el pecado más fácil de ver en otros, y el más difícil de observar en uno mismo. Es bochornoso admitir que uno está celoso.

En la parábola de la viña a la que me referí arriba, nadie se hubiera quejado si a los trabajadores que llegaron al final del día se les hubiera pagado en proporción al tiempo que habían trabajado. Es el hecho de que recibieron la misma cantidad lo que hizo que la envidia aflore en los que habían trabajado todo el día. Son las circunstancias que encontramos lo que hace que la envidia aflore en nosotros. No diga que usted no es una persona celosa. ¡No me haga reír!

Jesús dio muchas de sus parábolas para revelarnos cómo somos en realidad. Nuestro sentido de equidad nunca es más agudo que cuando otro recibe reconocimiento especial. No hubiéramos sabido naturalmente que el hermano mayor era una persona celosa, pero debido a las circunstancias en que se encontró, eso afloró. Nunca olvide que la envidia fue lo que llevó al primer asesinato en la historia humana. Más tarde, el rey Saúl sintió tantos celos al sentirse más amenazado por David, que apenas era un adolescente en ese tiempo, que lo que se sentía amenazado por los filisteos (1 Samuel 18 y 19). Así es como los celos pueden desbocarse, y cómo el creyente puede sentir tantos celos y enojo que preferiría ver a esa persona fuera del cuadro completamente que ver a un perdido ganado para Cristo.

Los celos tal vez no produzcan un escándalo como el pecado flagrante del hijo pródigo, pero a la vista de Dios son tan malos. Dios detestaba el pecado que afloró en el hermano mayor tanto como detestaba el estilo de vida disoluta del

hermano menor. La verdad es que cuando nos enfurecemos o enfadamos, debemos hacer una pausa y preguntarnos si hay alguna posibilidad de que pudiéramos estar celosos. Cuando a una persona se le da reconocimiento y usted se sorprende pensando: *¿Por qué a ella?*, pregúntese si podría ser envidia. Créame, ilo es! Usted puede estar tieso y estirado en su banca y pensar que es piadoso, pero las circunstancias apropiadas revelarán lo que en realidad es.

Circunstancias que hacen que el pecado salga a la luz

Esta parábola nos da algunas nociones útiles en cuanto a las condiciones y circunstancias que hacen que el pecado salga a la luz. Esto es pertinente para todos nosotros.

La supresión del pecado

La supresión del pecado fue precisamente lo que el hermano menor no hizo; no se contuvo. Cuando se fue a ese país lejano, se desenfrenó: disfrutó de las relaciones sexuales, buena comida, gastó su dinero, y entonces llegó al fondo. Estaba en el fondo del montón en un país extranjero. Pero Dios lo amó precisamente allí.

En cuanto al hermano mayor, uno nunca hubiera pensado que había un volcán que ardía dentro de él. En tanto y en cuanto nada lo enerve, usted tal vez pueda engañarse sintiendo que tiene victoria espiritual. Yo he pasado semanas y meses sin perder mis estribos, y sin ceder a ninguna tentación. Me he mirado en el espejo y he pensado: *¡Realmente estamos progresando!* Pero cuando esto sucede se debe, probablemente, a que las condiciones han sido fáciles. Tal vez gana un sueldo elevado y así no tiene por qué preocuparse en cuanto a su economía; no necesita caer sobre su cara de Dios y decir: «¿Cómo voy a salir adelante hoy cuando ni siquiera tengo para comprar la comida?» En tanto y en cuanto el dinero llega, uno ve a la gente en las calles y se pregunta por qué simplemente no se consiguen un empleo. Uno no se da cuenta de que esto es santurronería, y pensamientos de juicio. Entonces comienza a pensar que no hay nada de malo con uno; pero Dios lo oyó, ¡y los ángeles se sonrojaron! «Si afirmamos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no tenemos la verdad» (1 Juan 1:8).

Quizá Dios está permitiéndole atravesar un período en que el pecado no se muestra, y como resultado se siente bien. Recuerde que un día el Señor tuvo una conversación con Satanás y le dijo: «¿Te has puesto a pensar en mi siervo Job?» (Job 1:8).

Imagínese al Señor diciendo: «¿Qué tal en cuanto a

Alberto? No ha enfrentado grandes retos últimamente. ¿Qué tal en cuanto a Guillermo? ¿Qué tal en cuanto a David?» Qué tal si Dios de repente dijera: «Sí, quiero hacer una obra de gracia en sus corazones; todavía no se han dado cuenta de lo que está presente en sus corazones, y deberían saberlo. Deberían saber que los he estado perdonando. Deberían saber el alcance de la gracia que han estado disfrutando».

La afloración del pecado

Indignado, el hermano mayor se negó a entrar. Así que su padre salió a suplicarle que lo hiciera. Pero él le contestó: «¡Fíjate cuántos años te he servido sin desobedecer jamás tus órdenes, y ni un cabrito me has dado para celebrar una fiesta con mis amigos! ¡Pero ahora llega ese hijo tuyo, que ha despilfarrado tu fortuna con prostitutas, y tú mandas matar en su honor el ternero más gordo!»

Lucas 15:28-30

El pecado estaba ya en el corazón del hermano mayor. Solo necesitaba que se presentaran las circunstancias apropiadas para aflorar. Hay dos cosas que hacen que el pecado «salga a la superficie». La primera es lo que llamamos la *causa subyacente*, los teólogos la llaman el *pecado original*. «Todos han pecado y están privados de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). David dijo: «Pecador me concibió mi madre» (Salmos 51:5).

Luego también existe la *causa que lo precipita*; ciertas circunstancias y condiciones que hacen que el pecado aflore. En el caso del hermano mayor, oyó la música y vio la danza. Pensó: ¡Fabuloso! ¡Vamos a divertirnos en grande! Pero cuando descubrió que la celebración era por su hermano menor y pecador, no pudo aguantarlo. Pudo suprimir el pecado solamente hasta ese momento; hasta que Dios permitió que sucediera algo que hizo que el pecado saliera a la superficie.

La sorpresa del pecado

Las circunstancias y el pecado que sigue revelan toda clase de actitudes que ni siquiera sabemos que están allí. Podemos decir cosas que nunca pensamos que alguna vez diríamos. Yo crecí en una denominación en la que se enseñaba que con el tiempo la persona llegaría, en su andar con Dios, al punto en que ya no pecaría. Recuerdo que cuando era muchacho usaban el siguiente pasaje para ilustrar esto: «A pesar de todo esto, Job no pecó» (Job 1:22). Es asombroso cómo la gente puede seleccionar los versículos que quiere.

Recuerdo que hace años leí todo el libro de Job. Es un libro difícil de entender. Una de las cosas que lamento es el hecho de que nunca realmente prediqué sobre todo el libro de Job. Había algo que me impidió hacerlo. Había un puritano llamado José Carroll que empezó con una congregación de cinco mil personas. Predicó todo el libro de Job, y terminó cincuenta años más tarde con una congregación de cincuenta. ¡Ya podía ver que eso podría suceder!

Pero al leer el libro de Job llegué al capítulo 13, en donde Job dice: «Enumera mis iniquidades y pecados; hazme ver mis transgresiones y ofensas» (Job 13:23). Más tarde dice: «Jamás podré admitir que ustedes tengan la razón; mientras viva, insistiré en mi integridad. Insistiré en mi inocencia; no cederé. Mientras viva, no me remorderá la conciencia» (Job 27:5-6). Cuando sus amigos empezaron a ver que estaba sulfurándose, él les gritó: «¡Valiente consuelo el de todos ustedes!» (Job 16:2).

Una de las lecciones que aprendemos del libro de Job es que Dios quería que Job se viera lo santurrón que era y cómo tal pecado le desagradaba. La historia, en efecto, tiene un buen fin porque hallamos más adelante que Job dijo: «¿Qué puedo responderte, si soy tan indigno? ¡Me tapo la boca con la mano!» (Job 40:4). Había llegado a darse cuenta de lo

pecador que inherentemente era.

Tal vez se sorprenda de sí mismo. Usted dice: «No puedo creer que haya dicho eso; no pensé que fuera así». Pero las circunstancias y condiciones pueden hacer que cualquiera de nosotros se comporte de una manera que no quisiéramos que nadie vea. Si usted es sincero, sin dudas ya le ha pasado eso.

El contraste entre los dos hermanos

En el caso del hermano menor vemos la aflicción y esclavitud del pecado. Fue y se consiguió un trabajo que consistía en dar de comer a los puercos. «Tanta hambre tenía que hubiera querido llenarse el estómago con la comida que daban a los cerdos, pero aun así, nadie le daba nada» (Lucas 15:16). Estaba lleno de vergüenza y lamentaba su pecado. Había caído como tonto y estaba como esclavo.

En el hermano mayor vemos la sutileza del pecado. Estaba furioso y santurrón. Él también era esclavo; esclavo del servicio. Dijo: «¡Fíjate cuántos años te he servido!» (Lucas 15:29).

El padre, claramente, no sabía que él se sentía de esa manera. Este hijo mayor le hizo saber a su padre que toda su obediencia, toda su avenencia, era en realidad esclavitud. Ni la esclavitud al pecado ni la sutileza del pecado complacen a Dios. ¿Se siente usted así? Probablemente ha servido fielmente en su iglesia durante años, entonces un día dice: «Yo me he *esclavizado* en este lugar». Ah, ¿en verdad es así como usted lo veía? Todo este tiempo otros habían pensado que era sacrificio santo, pero por debajo iusted estaba furioso! Es como si hubiera servido solamente porque quería reconocimiento. Nadie quiere una actitud así.

El hermano mayor tuvo el atrevimiento de reprender a su padre. ¿Está usted, por debajo, en realidad furioso contra Dios? ¿Piensa: *Cómo se atreve a hacerme esto a mí? ¿Cómo se atreve a permitir que esto me pase a mí?* El hermano mayor estaba celoso y juzgando; fue él el que trajo a colación el asunto de las prostitutas; de otra manera no lo hubiéramos sabido. Él regó la noticia. Tal vez usted sabe algo de alguien que piensa que todos los demás deberían saberlo. O quizá, justo debajo de la superficie, está furioso porque las personas no saben la verdad de cómo lo han tratado y las cosas que ha

aguantado. Y cree que esas cosas deben saberse.

Alguien me habló hace poco respecto de un libro que yo estaba escribiendo. Me preguntó si pensaba revelar ciertas cosas, y le dije que no. Él creía que algunas de esas cosas deberían saberse, pero ¿hubiera dado honor y gloria a Dios? La respuesta es no.

La seguridad de los hermanos

La seguridad del hijo menor se reveló cuando él volvió a casa. «Pero el padre ordenó a sus siervos: «¡Pronto! Traigan la mejor ropa para vestirlo. Pónganle también un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero más gordo y mátenlo para celebrar un banquete» (Lucas 12:22-23).

Sin embargo, el hijo mayor tenía igual seguridad: «Hijo mío—le dijo su padre—, tú siempre estás conmigo, y todo lo que tengo es tuyo» (Lucas 15:31).

Esto no quiere decir que el hijo mayor iba a retener su herencia en el reino de Dios. Probablemente la manera más rápida de perder su recompensa en el cielo es mediante la ira descontrolada, los celos descontrolados, la santurronería que no se pone en sujeción, sentir lástima de uno mismo o tomándose uno mismo demasiado en serio. Todas estas cosas pueden hacer que perdamos nuestra recompensa en el cielo. Por eso la respuesta inicial de Dios es castigarnos por la manera en que estamos portándonos; no quiere que perdamos innecesariamente nuestra recompensa.

¿Qué quiere Jesús que concluyamos a partir de la parábola del hijo pródigo y del hermano mayor? Primero, que ama a los pecadores. Segundo, que detesta la santurronería. El punto de Jesús al introducir la parábola del hermano mayor en la parábola del hijo pródigo fue permitirles a los judíos verse a sí mismos como el hermano mayor. Jesús quería que se vieran tal como realmente eran. Posiblemente usted necesite verse tal como realmente es. Los santurrones a menudo se ponen celosos al ver que Dios está dispuesto a perdonar a otros por algún gran pecado, algún pecado escandaloso, un pecado sexual *¡así porque sí!* Pero cuando uno se fastidia por ese perdón, ataca la sangre de Jesús. Quiero que sepa que una gota de la sangre de Jesús limpia todo pecado, sin que importe cuán hondo haya pecado. El

que usted se vuelva santurrón por su propia vida quiere decir que necesita que el Señor lo perdone tal como el hermano menor que lo desperdició todo.

La parábola da la palabra final del padre: «Todo lo que tengo es tuyo. Pero teníamos que hacer fiesta y alegrarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado» (Lucas 15:31-32).

El héroe ignoto de la parábola es el padre. Amaba a sus hijos, y los abrazó a ambos. Se vio en una situación incómoda, pero trató de reconciliarlos y los amó a ambos con amor hondo e incondicional. Si ve un poco del hermano mayor en usted mismo, recuerde que necesita arrepentirse igual que el hermano menor. Su pecado es igual de vil a la vista de Dios como el pecado del hermano menor.

Capítulo 28

La parábola del mayordomo sagaz

«El que es honrado en lo poco, también lo será en lo mucho; y el que no es íntegro en lo poco, tampoco lo será en lo mucho».

Lucas 16:10

Las nociones que uno puede obtener de esta parábola son a la vez profundas y emocionantes. Y al mismo tiempo es una de las parábolas más difíciles de entender. Me ha llevado cuarenta años empezar a captar lo que enseña esta parábola, y he hablado al respecto con muchos excelentes maestros bíblicos y teólogos. Lo que la hace tan difícil es el hecho de que Jesús parece estar condonando la falta de honradez.

La parábola muestra a un administrador incompetente, tal vez como un agente de bienes raíces, cuyo trabajo era cobrar los alquileres, pero se le acusó de desperdiciar las posesiones de su patrón. Entonces su patrón lo llamó para que rinda cuenta de sus acciones. El administrador se dio cuenta de que había sido desleal y que había cometido errores. También de que no estaba hecho para el trabajo manual y que no quería perder su trabajo presente. Decidió que la mejor manera de manejar la situación era actuar de inmediato, con lo que, esperaba, salvaguardaría su futuro.

Primera a los Corintios 4:2 nos dice que se requiere que todo administrador sea fiel. Esta palabra es pertinente para todo el que piensa que lo ha echado todo a perder. Si usted sabe que ha sido tonto y se avergüenza, o piensa que tal vez lo vayan a despedir, entonces esta palabra es para usted.

A este administrador en realidad no se le despidió, sino que se le llamó para que rindiera cuentas. Se dio cuenta de que el hecho de haberlo llamado para justificarse quería decir que había esperanza; se le estaba dando un poco de tiempo. En esos días el administrador se habría dado perfecta cuenta de que su amo bien podía haberlo echado a la cárcel. Así que se dijo: *Tal vez esto sea una advertencia; si hago lo que es debido, quizá no sea el fin.* Siempre que Dios nos da una advertencia como esa, es porque todavía hay tiempo para misericordia.

Lo que hizo el administrador fue hacer un trato con todos los que le debían a su patrón. Al momento todavía tenía autoridad para hacer esto, porque los deudores no sabían que él estaba en problemas. Redujo la deuda de cada uno en una cantidad significativa, presumiblemente a cambio de que paguen más rápidamente. El administrador esperaba que al hacer esto, los deudores serían amables con él en caso de que finalmente se le despidiera. Resultó, no obstante, que sus acciones hicieron que su patrón pareciera muy generoso, y el resultado final fue que este se complació y elogió al administrador por haber actuado astutamente.

El significado de la parábola

Permítanme empezar con un relato. En el siglo pasado, Henry Ford fue de Detroit, Míchigan, a Dublín, Irlanda, para rastrear a sus antepasados. Era una misión para buscar información. Una persona que estaba recogiendo fondos para un asilo de ancianos fue a verlo cuando él estaba allí, y le preguntó si podría donar mil dólares para el asilo de ancianos. Henry Ford le giró entonces un cheque por mil dólares. En ese tiempo era una gran cantidad de dinero. En el periódico del día siguiente apareció un artículo diciendo que el gran Henry Ford, de los Estados Unidos, había contribuido con cincuenta mil dólares para el asilo de ancianos. Al día siguiente el mismo astuto recogedor de fondos fue a verlo y le dijo: «Mire, usted bien puede darme otros cuarenta y nueve mil dólares o yo puedo ir al periódico y decir: “Ah, ha habido una equivocación; él solo dio mil dólares”». La actitud de Ford fue donar cuarenta y nueve mil dólares más, pero añadió una condición: que encima del dintel de la puerta del asilo de ancianos se pusiera un lema de la Biblia. Ellos convinieron. El lema decía: «Fui forastero, y me dieron alojamiento».

Este relato contiene un indicio del significado de esta parábola. El administrador astuto que cobraba los alquileres conocía que su patrón, el dueño, con toda probabilidad respetaría el trato que hizo con los clientes que le debían dinero, así que puso a su patrón en un brete. El patrón hubiera quedado mal si hubiera rechazado el trato que el administrador había hecho, así que lo aceptó. Se vio al patrón rico como una persona misericordiosa, lo que hizo que se le viera realmente bien, y el administrador salvó su pellejo. A lo mejor, incluso, conservó su empleo, pero con toda certeza se hizo querer por los clientes.

El administrador que hizo todo esto se dijo: *Si no me dejan*

en mi trabajo, entonces puedo ir a todas esas personas y decirles que yo soy el que canceló su deuda, y me recibirán (Lucas 16:3-4). Jesús dijo: «Es que los de este mundo, en su trato con los que son como ellos, son más astutos que los que han recibido la luz» (Lucas 16:8).

El administrador astuto, entonces, fue como las personas del mundo, no como los hijos de luz, porque entendía a su patrón. Los fariseos y maestros de la ley no podían entender a Dios puesto que despreciaban a los pecadores. En esta parábola Jesús no estaba elogiando la falta de honradez. Más bien estaba tratando de que sus discípulos vieran la analogía. El mayordomo sagaz hizo que su patrón se vea bien. Jesús quería que los hijos de la luz hagan que Dios se vea bien. Tenemos la responsabilidad de hacer que Dios se vea bien.

El contexto de la parábola

El contexto de esta parábola se remonta a Lucas 15. Debido a que ha pasado tanto tiempo desde que los fariseos y maestros de la ley murmuraron contra Jesús porque se sentaba con pecadores, nos olvidamos de que Lucas ha estado relatando una serie de parábolas. Primero la parábola de la oveja perdida, después la de la moneda perdida, y luego la de los dos hijos. La única diferencia con esta parábola es que está dirigida a los discípulos, en tanto que las previas en Lucas 15, a los fariseos.

La frase «hijos de luz» se refiere a los judíos que se habían olvidado cómo es Dios realmente, y que solo podían pensar santurronamente. Se habían olvidado lo siguiente: «Él conoce nuestra condición; sabe que somos de barro» (Salmos 103:14). Y «tan lejos de nosotros echó nuestras transgresiones como lejos del oriente está el occidente» (Salmos 103:12). Y «tan compasivo es el Señor con los que le temen como lo es un padre con sus hijos» (Salmos 103:13).

Jesús quería que a Dios se le reconociera como el que ama a los pecadores. Al decir esta parábola estaba respondiendo a las acusaciones de los fariseos de que pasaba demasiado tiempo en compañía de pecadores e indeseables.

En la parábola vemos a un administrador que lo había echado todo a perder, y parecía como si se hubiera quedado sin salida, pero que tuvo la presencia de ánimo necesaria para conocer que su patrón, que era básicamente una persona generosa, con certeza quería quedar bien a los ojos de todos. Aprovechó plenamente lo que sabía que era cierto en cuanto a su patrón. Jesús estaba diciendo: «El problema es que los hijos de la luz se olvidan esto en cuanto a Dios», y esto es, tristemente, cierto hasta el día de hoy.

El problema más grande de la mayoría de las personas para vivir la vida cristiana es creer realmente que Dios las ama.

Pensamos solo en lo que hemos hecho mal. Nuestro marco mental, y nuestro marco de referencia en cuanto a cómo es Dios, por lo general se basa en nuestros padres terrenales. Si tuvimos padres buenos o malos no importa; todos nuestros padres tienen sus defectos, y nuestra imagen de Dios como Padre queda distorsionada de alguna manera como resultado. Nuestros conceptos negativos de Dios nos han dejado en un lugar en donde hallamos difícil imaginarnos cuánto nos ama. Los fariseos se habían olvidado casi por completo cómo es Dios, y sin embargo el Antiguo Testamento muestra que Dios es un Dios de misericordia y un Dios de gracia.

¿Por qué es importante esta parábola?

La misericordia de Dios

Antes que condonar la falta de honradez, Jesús estaba preguntando por qué, si un administrador sagaz pudo conocer el corazón de su patrón, nosotros, los hijos de nuestro Padre celestial, no podemos ver lo misericordioso que Dios es. Los miembros de la familia deberían ser los primeros para afirmar la misericordia de Dios. Los judíos de esos días habían perdido su contacto con la ternura de Dios. Los hijos de este mundo lo hacen mejor en su propio ámbito y a su manera que lo que el pueblo de Dios parece hacer en cuanto a comprender a Dios. Necesitamos aprender que nuestro Padre celestial tiene un corazón muy tierno y está lleno de misericordia tierna.

Permítame preguntarle: ¿Es usted como ese administrador que lo echó todo a perder? ¿Le ha fallado a Dios? ¿Piensa que el castigo cuelga sobre su cabeza, que el tiempo se le ha acabado y que simplemente ya no tiene esperanzas? Sea como este mayordomo astuto que todavía tuvo un poco de presencia de ánimo. El hijo de Dios puede malograrlo todo, pero todavía puede tener la presencia de ánimo para pensar: *Un momento; Dios es misericordioso; envió a su Hijo para que muera por nuestros pecados.* Podemos apelar a la sangre; nunca se olvide de eso. Por necio que usted haya sido, o estúpido o indigno, puede aferrarse a la cruz y su Padre celestial le dirá: «Bien hecho». Cuando hacemos esto ponemos a Dios en un brete, porque él ha decretado que todos los que vienen a la cruz serán salvos. Jesús les dio esta parábola a los discípulos para que ellos puedan entender cómo era su Padre celestial. ¿Ve usted a su Padre celestial como lleno de gracia? ¿Tiene dificultad para creer que Dios lo ama?

Todo se reduce a una creencia fundamental en el evangelio. O bien Jesús pagó nuestra deuda en la cruz o no la pagó. O bien la sangre satisface el corazón y la justicia de Dios o no.

La reputación de Dios

Esta parábola es importante porque Dios quiere que creamos en su amor tanto como este mayordomo sagaz creía que su patrón quedaría complacido. Por el trato que el administrador hizo con esos deudores, el patrón rico quedaría como misericordioso. Esto aumentaría su reputación. Dios se preocupa por su reputación y por su honor, y quiere que se le vea como el Soberano misericordioso que es. Aquí se hace que se vea al amo rico en una luz en la que los deudores nunca antes lo habían visto: como tierno, amoroso y compasivo. Los deudores tuvieron por él una admiración que nunca antes habían tenido. Así que el patrón se vio obligado a tratar gentilmente y con gracia al administrador que lo había ayudado de esta manera.

Cómo recordar la Palabra de Dios

Como creyentes le fallamos a Dios. Hace poco oí a un pastor que le decía a su congregación: «Si realmente me conocieran, no vendrían para oírme predicar. Y si yo realmente los conociera, no los dejaría entrar». Todos le hemos fallado a Dios; somos capaces de desperdiciar nuestra herencia. Pero hay una manera de seguir avanzando. Es llamar la atención al honor de Dios. ¿Sabe que esto fue exactamente lo que hizo Moisés? Cuando Dios dijo: «Voy a destruir al pueblo de Israel. Voy a destruir a la nación entera y empezar de nuevo contigo», Moisés contestó: «No; no puedes hacer eso, Señor, porque tu nombre es lo que está en juego; tu honor es lo que está en juego. Van a decir en Egipto que no pudiste librar a tu pueblo» (véase Éxodo 32:9-14).

Juan Calvino dijo: «La mejor manera de orar es recordarle a Dios su propia palabra y su propio honor; así uno llega a Él». Recuerdo que un día, hace años, le dije a nuestro hijo T. R. «Lo lamento T. R., no podemos hacer eso». Y T. R. dijo: «Pero papá, itú lo prometiste! Me diste tu palabra». Le aseguro que moví cielo y tierra para cerciorarme de guardar la palabra que le di a mi hijo.

Charles Spurgeon dijo: «Si voy al infierno, iré al infierno confiando en la sangre de Jesús». ¡Nadie va al infierno por confiar en la sangre de Jesús! Dios siempre cumple su palabra. Esta parábola trata de cómo mostrar que uno cree en la misericordia de Dios: recordándole su palabra. Sabe bien que Dios vendrá a usted al fin del día. Más que toda otra cosa, a Dios le encanta el hecho de que sabemos que podemos tocar su corazón. Esta parábola muestra que incluso una persona indigna todavía sabe cómo captar la atención de Dios porque comprende el verdadero corazón de Dios. ¿Es esta la clase de noción de Dios que usted tiene? Si es así, entonces ve a su Padre celestial de la manera en que Jesús

quiere que lo vea. Así que si piensa que no hay esperanzas, pues se equivoca. Vuelva al Padre celestial de rodillas y pida misericordia.

Características del administrador

¿Cuáles son las características de este administrador sagaz?

Su intención

La intención del administrador fue salvar su propio pellejo. Los antiguos rabinos entendían la sabiduría como sabiendo, en parte, cómo preservarse uno mismo. Cuando sabe que lo ha echado a perder, y todavía le queda un vestigio de sabiduría, puede decir: «Recuerdo que puedo pedirle a Dios misericordia y aferrarme a la sangre de Jesús». El administrador sabía cómo podía impresionar a su patrón, y lo hizo.

Su impertinencia

Se supone que el administrador tenía autoridad para proponer el trato a los que debían dinero, porque ellos todavía no sabían que estaban a punto de despedirlo. Fue lo suficientemente impertinente como para poner a su patrón en un brete ¡haciéndolo quedar bien!

Su inteligencia

Al mayordomo se le elogió por su inteligencia (Lucas 16:8); acciones sagaces que revelaron el hecho de que comprendía el carácter de su patrón. Dios se agrada con nosotros cuando clamamos su misericordia, porque eso muestra que reconocemos cómo es Él. Si usted puede ver esto en cuanto a Dios, entonces ve algo que muchos teólogos que han estudiado la Biblia han pasado por alto en la práctica: sabe que Dios es rico en misericordia. «Así que acerquémonos confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitamos» (Hebreos 4:16).

Creencia en su amor

Hace años empecé a leer 1 Juan 4:16 todas las mañanas. Se refiere a descansar en el amor que Dios nos tiene. La versión Reina-Valera dice: «Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros». Siempre podemos descansar en el amor de Dios. Algunos de nosotros (y me incluyo) tenemos una conciencia exageradamente escrupulosa. Nos preocupamos por esto y por lo demás allá, y no queremos fastidiar al Señor. He aprendido simplemente a creer en su amor y a saber que cualesquiera que hayan sido mis fracasos como ministro, y sea lo que fuere que haría diferente si hubiera una segunda vez, todo queda cubierto por su amor. Sé que si pudiera hacer retroceder el reloj, trataría de ser mejor esposo o mejor padre. Pero, ¿qué hace uno? Todo lo que puede hacer es suplicarle a Dios misericordia, y Dios dirá: «Eso es suficiente».

Se describe a David como un hombre conforme al corazón de Dios, pero lo echó a perder y de forma escandalosa. Se acostó con la esposa de otro hombre, y trató de tapar su pecado mediante el asesinato. Se sintió terriblemente mal. ¿Sabe qué fue lo primero que hizo cuando acudió al Señor? Clamó misericordia. «Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a tu gran amor» (Salmos 51:1).

¿Ha llegado usted alguna vez al lugar en donde lo único que le queda es clamar a Dios por misericordia? Tal vez antes de eso trató de regatear con él. «Señor, tú sabes lo bueno que he sido; estás en deuda conmigo». Dios lo mirará desde el cielo y le dirá: «¿De veras?!» Él nos conoce hasta lo más íntimo. Pero cuando usted le pide misericordia, a Él le encanta otorgarla. Esto es algo que los hijos de Dios tendemos a olvidar, tal como lo olvidaron los judíos. ¿Cree que Él lo ama? ¿Cree que *realmente* lo ama? Dios quiere que sepa que es así.

Recompensas en el cielo

Esta parábola tiene también implicancias escatológicas. Se refiere al futuro, a los tiempos del fin; no a los perdidos, sino a los creyentes, porque Jesús enseñó esta parábola específicamente a sus discípulos. He predicado abundantemente en cuanto a recompensas, pero lo que tenemos en este pasaje es totalmente diferente a todo lo demás que he visto en la Biblia. No solo muestra una manera diferente de lograr una recompensa en el cielo, sino también algo de lo que es esa recompensa.

Jesús dio paso al tema con las intrigantes palabras de Lucas 16:9: «Por eso les digo que se valgan de las riquezas mundanas para ganar amigos, a fin de que cuando estas se acaben haya quienes los reciban a ustedes en las viviendas eternas».

Jesús hizo esta aplicación adicional para mostrar que la vida en la tierra no es todo lo que hay. Trajo a colación el tema de la muerte e hizo que su público pensara en lo que sucedería cuando la vida se acabara y quisieran que los recibieran en las moradas eternas. La manera en que vivimos aquí en la tierra determina la clase de bienvenida que recibiremos en el cielo. Según 2 Pedro 1:11, tal vez recibamos una bienvenida de brazos abiertos, pero todos. Quisiéramos que así fuera, pero no es así. Pedro escribió:

«Precisamente por eso, esfuércense por añadir a su fe, virtud; a su virtud, entendimiento; al entendimiento, dominio propio; al dominio propio, constancia; a la constancia, devoción a Dios; a la devoción a Dios, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor... y se les abrirán de par en par las puertas del reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo».

2 Pedro 1:5-7, 11.

Pedro dijo que nuestra vida personal tiene que ser santa para

que recibamos una gran bienvenida en el cielo. Jesús dijo algo similar en esta parábola; habló de cómo debemos manejar el dinero.

¿Cuándo fue la última vez que oyó un sermón que decía que su recompensa en el cielo se determinará hasta cierto punto, tal vez en gran medida, por la manera en que maneja su dinero? La manera en que vivimos tarde o temprano se reflejará en cómo manejamos el dinero; el propio y el de otros. Esto, a su vez, agradará o desagradará a nuestro Padre celestial. Así que la próxima vez que empiece a sacar dinero del banco o a girar un cheque, pregúntese: «¿Va esto a agradar al Señor?»

Cuando va a trabajar, la forma en que invierte su tiempo (debido a que para eso se le paga) provee un ejemplo de la forma en que maneja el dinero de otra persona. ¿Llega a su trabajo a tiempo o llega atrasado y se va temprano, esperando que le paguen lo mismo? Eso es usar mal el dinero de otro. ¿Es usted fiel en su trabajo debido a que recibe un sueldo? Ese es buen uso del dinero de otra persona. Evidentemente, en los días de la antigua Unión Soviética la actitud de los creyentes impactó a sus patrones, debido a que se notaba que estaban dispuestos a rendir un día de trabajo, y podían confiar en que no iba a robarse nada.

Sabiduría en las finanzas

Es posible que Jesús hablara más de las finanzas que de cualquier otro tema en la Biblia. Jesús dijo: «Por eso les digo que se valgan de las riquezas mundanas para ganar amigos» (Lucas 16:9). Estaba abogando por el manejo responsable de nuestro dinero. La manera en que manejamos el dinero será un indicativo de cómo atenderemos responsabilidades mayores, a las que Jesús se refiere como «verdaderas riquezas». «Por eso, si ustedes no han sido honrados en el uso de las riquezas mundanas, ¿quién les confiará las verdaderas?» (Lucas 16:11).

A usted lo están sometiendo a prueba, se dé cuenta de ello o no, para ver si se le puede confiar una mayor responsabilidad. ¿Está orando por una unción mayor? Comprenda que el Señor lo está probando para ver si se le puede confiar con una unción mayor. Este es un versículo que probablemente he citado más que cualquier otro. Lo llamo el principio de la piedra angular de la confiabilidad: «El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto» (Lucas 16:10). La Nueva Versión Internacional lo dice de esta manera: «El que es honrado en lo poco, también lo será en lo mucho; y el que no es íntegro en lo poco, tampoco lo será en lo mucho» (Lucas 16:10). Jesús añadió luego: «Y si con lo ajeno no han sido honrados, ¿quién les dará a ustedes lo que les pertenece?» (Lucas 16:12).

¡Esto *no quiere decir* que podemos comprar nuestra entrada al cielo! «Por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte» (Efesios 2:8-9).

Esto lo afirma Isaías, en donde leemos: «¡Vengan a las aguas todos los que tengan sed! ¡Vengan a comprar y a comer los que no tengan dinero! Vengan, compren vino y leche sin

pago alguno» (Isaías 55:1).

Tampoco podemos comprar nuestra recompensa en el cielo. El volumen de nuestra recompensa no tiene que ver con la cantidad de dinero que le demos al Señor mientras estamos en la tierra. Lo que cuenta es la actitud del corazón que tenemos al tratar con el dinero. Recibir una recompensa debido a cuánto dinero dimos sería errar el punto. Jesús usó la analogía del administrador astuto para mostrar que agradamos a nuestro Padre al usar sabiduría y ser confiables en la manera en que usamos el dinero. Esta sabiduría viene solo del Espíritu Santo.

La prueba del Señor

Su vida diaria es una prueba de si se le puede confiar más. Tal vez quiera un aumento de sueldo o un mejor trabajo. Probablemente aspire a una posición de liderazgo. Como creyentes debemos darnos cuenta de que Dios es quien promueve. Como el salmista dijo:

Tú dices: «Cuando yo lo decida, juzgaré con justicia» ... La exaltación no viene del oriente, ni del occidente ni del sur, sino que es Dios el que juzga: a unos humilla y a otros exalta (Salmos 75:2, 6-7).

Escoger la senda de la integridad en la vida entera lo pone a uno en un buen lugar para la promoción de parte del Señor. Quizá no se dé cuenta de que el Señor lo está probando, pero así es.

Contraste entre los campos

En la parábola, Jesús se refirió a los dos campos: el ámbito terrenal y el ámbito eterno (Lucas 16:9). En el ámbito terrenal necesitamos dinero para vivir. La manera en que lo usamos afectará nuestra relación con Dios y nuestras relaciones con otros, puesto que por lo general nos paga alguien con quien tenemos una relación jerárquica. En el ámbito terrenal el dinero llegará a un fin: «Porque nada trajimos a este mundo, y nada podemos llevarnos» (1 Timoteo 6:7).

¿Y en lo relativo al campo eterno? Necesitamos saber que esta vida no es todo lo que hay, y que hay continuidad entre esta y la venidera. La forma en que vivimos aquí abajo determinará no solamente nuestra bienvenida en el cielo, sino también lo que estaremos haciendo en el cielo y la responsabilidad que tendremos allá. Tal vez usted no crea en la teología de «una vez salvo, siempre salvo», como yo lo creo, pero ciertamente debe creer que «una vez en el cielo, siempre en el cielo». La forma en que viviremos en la eternidad se determinará por lo que sucede en la vida terrenal que Dios nos da aquí en esta tierra. Si eso alguna vez se hace carne en usted, ejercerá un efecto serio en su vida. Si llega al punto de concordar con Pablo de que debemos dar cuenta de lo que hemos hecho en el cuerpo sea bueno o sea malo (2 Corintios 5:10), entonces tiene que aceptar que estas cosas determinan nuestro estado en toda la eternidad.

La piedra angular de la confiabilidad

Siempre me he referido a este versículo como *la piedra angular de la confiabilidad*: «El que es honrado en lo poco, también lo será en lo mucho; y el que no es íntegro en lo poco, tampoco lo será en lo mucho» (Lucas 16:10).

Una prueba inconsciente

Muy probablemente no nos damos cuenta de las implicaciones de nuestras decisiones diarias porque simplemente no advertimos que Dios ve todo lo que hacemos y oye todo lo que decimos. Cuando usted está enfrentando la tentación, Dios está observando. Él sabe si usted está andando en la luz. Puedo decirle que Dios nos da responsabilidad en proporción a nuestra obediencia en las cosas pequeñas.

Una prueba uniforme

La prueba de Dios respecto de nuestra confiabilidad es una prueba uniforme: no varía de persona a persona ni se altera de acuerdo con las circunstancias personales. A menudo buscamos excusas que se basan en las circunstancias. Por ejemplo, nos decimos: *Darí­a el diezmo si tuviera más dinero*. No lo darí­a. *Orarí­a más si tuviera un trabajo diferente*. No lo harí­a. *Irí­a a la iglesia si las cosas fueran diferentes*. No, usted no irí­a. *Serí­a más fiel en mi matrimonio si tuviera una esposa diferente!* ¡No, no lo serí­a! *Si tuviera un trabajo más interesante, serí­a más responsable y confiable*. «Te equivocas», dijo Jesús. «El que es honrado en lo poco, también lo será en lo mucho» (Lucas 16:10).

Cito a José Soame: «Lo que un hombre hace con su responsabilidad aquí­ afectará sustancialmente su situación en la eternidad. La manera en que se determina nuestro futuro eterno es por la manera en que desempeñamos nuestras obligaciones aquí­ en esta tierra». Soame conecta esto con Lucas 19:17: «¡Hiciste bien, siervo bueno!—le respondió el rey—. Puesto que has sido fiel en tan poca cosa, te doy el gobierno de diez ciudades» (Lucas 19:17).

La prueba última

Un día Dios hará su juicio final. Todas nuestras explicaciones en ese momento serán inútiles. Usted puede decir: «Pero Señor, te olvidas lo que yo hice"; pero el Señor le dirá: «No te conozco» (Mateo 7:23).

Comparación entre riquezas

«Por eso, si ustedes no han sido honrados en el uso de las riquezas mundanas, ¿quién les confiará las verdaderas?» (Lucas 16:11).

Es importante notar que Jesús no está hablando aquí en cuanto a ser rico. Cuando usó la frase «riquezas mundanas» no estaba hablándole meramente a los ricos; se refería a todos nosotros. Estaba enseñándonos cómo manejar nuestros recursos terrenales. La riqueza terrenal es temporal en cualquier caso. Puede estar con nosotros un momento y desaparecer al siguiente. Recuerde lo rápido que cayeron las torres gemelas en la ciudad de Nueva York; les llevó solo una hora. Ese símbolo de capitalismo y riqueza desapareció en un instante. La Bolsa de Valores puede quebrar de la noche a la mañana. Estas cosas no indican la verdadera riqueza; son solamente temporales. Así que, ¿cuál es la verdadera riqueza? Es lo que el apóstol Pablo llamó «las incalculables riquezas de Cristo» (Efesios 3:8). Pablo también dijo: «De hecho, considero que en nada se comparan los sufrimientos actuales con la gloria que habrá de revelarse en nosotros» (Romanos 8:18).

La continuidad de la responsabilidad

Ya sea que se trate de propiedades o de posesiones, al que se le puede confiar poco también se le puede confiar mucho (Lucas 16:10). Nada en la tierra nos pertenece. Se nos ha confiado cosas terrenales para probar nuestra mayordomía. Nuestra administración de las cosas terrenales es el barómetro de Dios en cuanto a nuestra fidelidad hacia Él.

Según esta parábola, su recompensa en el cielo será una responsabilidad mayor, y será suya por toda la eternidad. Eso es un tiempo largo para tener responsabilidad, y se basa en cómo nos comportamos aquí en este ámbito temporal. Si no pasamos la prueba, no se nos dará responsabilidad en el cielo. Así que habrá continuidad de responsabilidad entre la edad presente y la edad venidera. Esto es lo que Jesús quiso decir por riquezas verdaderas. Para citar de nuevo a José Soame: «Con esto hemos dado la vuelta completa, regresando a la cuestión del propósito final de Dios para la humanidad, que es ponernos a cargo de toda la creación».

Así que al grado en que hemos demostrado ser responsables en esta edad presente será el grado al cual se nos dará responsabilidad en la edad venidera. ¿Cómo encaja esto en su teología de recompensa en el cielo? Tal vez será una estrella en su corona, quizá una mejor mansión, pero de acuerdo con Jesús es una medida de responsabilidad. No olvide que el apóstol Pablo dijo que juzgaremos a los ángeles (1 Corintios 6:3). Se nos va a dar responsabilidad, pero habrá algunos en el cielo que no tendrán recompensa; los salvos como por fuego (1 Corintios 3:15).

La condición para la recompensa

Observe toda su vida en el aquí y ahora. Todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo un día, y dar cuenta de las cosas que hemos hecho en nuestra vida. No tiene que ver solo con dinero; ese es solo el énfasis de esta parábola en particular. Todo lo que va a pasar del otro lado se determinará aquí mismo. Al apóstol Pablo se le dio apenas un vislumbre del tribunal de Cristo y él dijo: «Como sabemos lo que es temer al Señor, tratamos de persuadir a todos» (2 Corintios 5:11).

Es más, para Pablo esta era tan importante que dijo: «Más bien, golpeo mi cuerpo y lo domino, no sea que, después de haber predicado a otros, yo mismo quede descalificado» (1 Corintios 9:27).

Todo se basa en nuestra fidelidad aquí. ¿Pero si una persona siente que lo ha echado a perder? Sabe que va a ir al cielo, pero dice: «No voy a recibir una recompensa». ¡Ese es el propósito de esta parábola! No importa lo que usted haya hecho ni cuán hondamente haya pecado, Dios no le va a permitir que lea esto simplemente para que se sienta culpable. Hay esperanzas. El administrador de esta parábola lo echó a perder, y en grande, pero al fin logró algo, y probablemente, incluso, conservó su empleo. Eso es especulación, pero lo que sí sabemos es que lo elogiaron por lo que hizo.

Así que aunque usted sea un rey David y piense que la perspectiva es totalmente lúgubre debido a que lo ha echado a perder por completo, puede empezar ahora mismo a mejorar su situación suplicando misericordia. Entonces todo lo que tiene que decir es: «Desde este día en adelante voy a andar en la luz».

Capítulo 29

La parábola del rico y Lázaro

«Había un hombre rico que se vestía lujosamente y daba espléndidos banquetes todos los días. A la puerta de su casa se tendía un mendigo llamado Lázaro».

Lucas 16:19

Un perdedor en la vida

La parábola del rico y Lázaro, que se halla en Lucas 16:19-31, es un cuadro de un perdedor en la vida que resultó ganador en la muerte. La parábola relata la historia de Lázaro, un mendigo cubierto de llagas que se colocaba a la puerta de un rico y deseaba comer las migajas que caían de la mesa de este. No sabemos si tenía familia, quiénes eran sus padres o si tenía hermanos y hermanas. La Biblia implica que no había nada atractivo en su apariencia y que la única compañía que tenía eran perros callejeros. Probablemente le gustaban los perros porque le hacían compañía y además le daban algún alivio físico: «Los perros se acercaban y le lamían las llagas» (Lucas 16:21).

Leemos que el rico, por otro lado, «se vestía lujosamente y daba espléndidos banquetes todos los días» (Lucas 16:19).

Probablemente todos conocían a Lázaro. Estaba permanentemente en la puerta. A una persona como esta por lo general se la menciona por su nombre de pila. Se hallaba en una situación tan desesperante que probablemente ni siquiera se permitía soñar en las fantasías regulares que las personas tienen en cuanto a vivir una vida mejor. Lázaro no soñaba ilusionado con una muchacha hermosa que de repente lo notara, ni en vestir ropas finas, ni en ir de compras a los centros comerciales más caros. Sabía que su situación terrenal era miserable y que no tenía ninguna perspectiva de mejorar.

Es probable que Lázaro no tuviera ninguna preparación, o aunque la tuviera, hubiera quedado excluido de la mayoría de los lugares de trabajo debido a su condición médica. Su ocupación era mendigar. Me atrevería a decir que mendigar ya ni siquiera le hería el orgullo, como lo había herido en los primeros días, y que con toda probabilidad años atrás ya había abandonado cualquier esperanza de independencia y

respeto propio. ¿Cuándo piensa usted que sucedió eso? ¿Tal vez cuando abandonó la escuela? ¿Quizá su novia lo dejó plantado? ¿Sus padres murieron cuando era joven y quedó solo en el mundo? El Dr. Clyde Narramore dice: «Toda persona merece comprensión». Allí tenemos a un mendigo sin ningún futuro; su sitio permanente estaba a la puerta del rico. La versión Reina-Valera dice que «estaba echado» a la puerta; alguien debe haberlo llevado todos los días, y recogido al fin de cada día. El recipiente de basura del rico le proveía a Lázaro su dieta diaria. Anhelaba, se nos dice, comer las migajas que caían de la mesa del rico. Posiblemente el rico le dejaba una moneda de vez en cuando. Eso es lo que quiero decir cuando menciono que Lázaro era un perdedor en la vida.

Pero un día Lázaro murió. Es poco probable que su obituario se publicara entre las notificaciones funerales del día. No tenía suficiente importancia para eso. También es poco probable que su muerte se mencionara excepto en las conversaciones más superficiales en la casa del rico; tal vez un comentario al paso como: «¿Quién irá ahora a revolver el recipiente de basura?» O quizás alguien dijo: «Tal vez ya no tendremos tantos perros por aquí». El rico no habrá extrañado a Lázaro, eso es seguro. Y no muchos habrán lamentado su muerte en el funeral, si es que tuvo alguno. No sabemos cómo pasó su último día. No sabemos cómo pasó su última hora, o quién lo vio, o lo que él vio poco antes de morir; pero lo que sí sabemos es lo que Lázaro vio el momento en que exhaló el último suspiro: vio a los ángeles.

Lázaro presenció una escena mucho más encantadora y mucho más magnífica que la puerta del rico, y más hermosa que todas las personas emperifolladas que entraron alguna vez en la casa del rico. Estos ángeles no venían para echarle a Lázaro una moneda; ivenían por él! Tal vez su primera inclinación fue extender la mano porque ese era su hábito en la vida. Quizá cuando los vio esperaba que ellos pasaran de

largo apurando el paso, pero no fue así. O probablemente pensó: *¿A quién vienen a buscar?* Y luego empezó a darse cuenta: venían por él.

Lázaro nunca había recibido tal tratamiento, tal atención, tal honor; probablemente nunca antes había visto un ángel. Pero ellos lo tranquilizaron. Los ángeles trataron a Lázaro con una dignidad y un respeto que el rico jamás recibió, y que ellos, como ángeles, tampoco jamás recibirían. Se consideraban honrados al tener el privilegio de escoltar a Lázaro al lado de Abraham. «El lado de Abraham» era otra manera de designar el lugar donde está Jesús ahora. A veces se le llama paraíso. Es la presencia inmediata de Dios, que quiere decir el fin del sufrimiento, dolor e indignidad. Todo se había acabado ya. Lázaro fue un perdedor en la vida pero un ganador en la muerte.

Un perdedor en la muerte

Un tiempo después el rico murió y lo sepultaron (no dice que a Lázaro le dieron sepultura; quién sabe qué hicieron con su cuerpo). Es posible que el rico haya tenido un imponente funeral, quizás en un lugar equivalente a la abadía de Westminster u otra gran catedral. Dignatarios, embajadores y periodistas deben haber estado presentes. Tal vez algún famoso clérigo leyó un sermón elocuente y mucha gente importante pronunció panegíricos en homenaje al hombre rico, hablaron de su vasta influencia y de sus talentos extraordinarios y hasta haya tenido un ataúd de bronce. Pero hubo algo que los deudos en este imponente funeral ni sabían ni hubieran creído: «En el infierno, en medio de sus tormentos, el rico levantó los ojos y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro junto a él» (Lucas 16:23).

En el mismo momento en que todas esas afirmaciones elocuentes se pronunciaban, a él nada podía haberle importado menos, puesto que estaba en el infierno.

¿Sabe usted adónde va a ir cuando muera? ¿Sabe con certeza que si muriera hoy iría al cielo? ¿Se da cuenta de que hubo tres mil personas que murieron repentinamente en el World Trade Center, y que todas fueron al instante o bien al cielo o bien al infierno?

¿Por qué es importante esta parábola?

El contexto de esta parábola se remonta hasta Lucas 15 y a la acusación de los fariseos de que Jesús pasaba demasiado tiempo con los pecadores. Se podría decir que el tema de esta parábola es que Dios es el que parece estar perdiendo. Es mejor ser un ganador en la muerte que un ganador en la vida y un perdedor en la muerte. ¿Es usted una persona feliz? ¿Tiene una vida buena? ¿Está ganando buen dinero? ¿Se preocupa hoy mismo por la Bolsa de Valores? ¿Se preocupa por la posibilidad de un ataque terrorista?

Esta parábola es importante porque hay solamente dos destinos finales: el cielo y el infierno; no hay nada entre uno y otro. Usted puede decir: «Pensé que íbamos al purgatorio» Quisiera que eso fuera verdad, pero si un lugar como el purgatorio existiera, la Biblia lo hubiera dicho. El purgatorio es una tradición que surgió hace unos cien años debido a que suena mejor que el infierno. Es preciso saber que si morimos hoy vamos a ir al cielo, porque la eternidad es un largo tiempo.

No se engañe. Cuando la gente muere va directamente al cielo o al infierno. Inmediatamente. Si usted es salvo y muere, irá a estar con el Señor en ese instante. Hay muchos grandes relatos de santos que en sus últimos momentos, al morir, captaron un destello de la gloria. Jonathan Edwards se encontraba junto al lecho de muerte de David Brainerd, que hubiera sido su yerno si no hubiera muerto. Dijo que en el momento en que Brainerd murió, la gloria del Señor simplemente llegó al cuarto y después se levantó.

Otra razón por la que esta parábola es importante es que nos da una noción de cómo la gente acaba o en el cielo o en el infierno. La posición social no tiene nada que ver con eso. Es posible ser rico e ir al cielo, o ser pobre e ir al infierno; lo opuesto de lo que sucedió aquí. El factor importante es la

situación del corazón de la persona. Leyendo entre líneas en esta parábola podemos concluir que Lázaro temía a Dios, pero el rico no.

Hace años leí un libro escrito por el fundador del Ejército de Salvación, William Booth, titulado *El infierno de Dios*. Booth cuenta sobre la primera vez que el Ejército de Salvación tuvo una graduación. Les dijo a los graduados: «Hermanos y hermanas, pienso que tal vez debo pedir una disculpa por haberlos tenido aquí durante dos años para enseñarles cómo ganar almas». Les dijo que hubiera sido mejor, de haber podido, pasar cinco minutos en el infierno, porque «entonces todo lo que tendríamos que hacer es abrirles las puertas».

El filósofo alemán Ludwig Feuerbach dijo que Dios no es nada más que la proyección del hombre contra el telón del universo. Dice que el hombre quiere creer que hay un cielo en algún lado para poder creer que se le llevará allá cuando muera. Pero dada esa clase de razonamiento, ¿quién habría pensado en el infierno?

Hablar del infierno no es mi tema favorito, pero la Biblia enseña que es real, y por eso debemos enfrentar el asunto. Jesús habló más del infierno que cualquier otra persona. Usted puede decir: «Yo creo en el cielo, pero no en el infierno». Pero lógicamente, si no existe el infierno, no tiene derecho a creer en el cielo. La Biblia dice mucho más respecto del infierno que del cielo. Este pasaje también enseña que el infierno es un lugar de castigo consciente, y no aniquilación. Por eso da la siguiente ilustración: «Padre Abraham, ten compasión de mí y manda a Lázaro que moje la punta del dedo en agua y me refresque la lengua, porque estoy sufriendo mucho en este fuego» (Lucas 16:24).

El fuego no aniquiló al rico.

El lugar del infierno

Tengo razones para creer que predico sobre el infierno más que la mayoría. Es más, oír hoy una predicación sobre el infierno es bastante raro. Jesús meticulosamente nos mostró que tanto el cielo como el infierno son lugares que de veras existen. Cuando hablamos del infierno no estamos hablando de un estado mental. Algunos me han dicho: «Ah, yo creo en el infierno. Esta vida es un infierno en la tierra». La vida en la tierra no es el infierno, por difícil que sea. Usted tal vez haya atravesado una cantidad horrible de sufrimientos, pero eso tampoco es el infierno. El infierno es un lugar específico, y es un lugar de tormento (Lucas 16:23).

Preparación para el infierno

Este pasaje nos enseña lo relativo a la preparación para el infierno. ¿Cómo se prepara uno para el infierno? La respuesta es vivir solo en el presente. El rico vivía en lujo todos los días. Usted tal vez no viva en lujo ahora, pero quizá lo haría si pudiera. O gasta su dinero en la lotería porque aspira vivir de determinada manera. La forma de prepararse para el infierno es vivir como a uno se le antoja, hacer lo suyo, mostrar desdén por los que van al cielo, reírse de ellos, ignorar a los que le traen el mensaje del evangelio. Así es como se prepara para el infierno.

La oración en el infierno

La parábola también muestra cómo la gente ora cuando está en el infierno. Durante veinticinco años he tratado de animar a la gente a que ore. Aproximadamente cada seis meses menciono la reunión de oración y unas diez personas más se asoman ese día; y luego todo vuelve a lo normal a la siguiente semana. ¿Sabe dónde está teniendo lugar hoy mismo la reunión de oración más ferviente? Esto no es nada cómico: es en el infierno. Están orando en el infierno. ¿Sabe lo que están pidiéndole a Dios? Misericordia. La Nueva Versión Internacional dice que el rico pidió «compasión»; Reina-Valera dice que pidió «misericordia» (Lucas 16:24).

¿Qué es misericordia? Es lo que usted pide cuando no tiene ningún poder para regatear. Cuando ha llegado al mismo fondo y no hay manera de regatear, entonces clama misericordia. Así son las cosas en el infierno; están clamando misericordia, pero, trágicamente, es demasiado tarde. Los que piden misericordia en esta vida son los que van al cielo. Después de eso es demasiado tarde.

La prevención del infierno

¿Cómo evitamos el infierno? «Convirtiéndonos en mendigos pedigüños ahora», como alguien dijo. Mi viejo amigo Rolfe Barnard, que ya está en el cielo, decía: «Solo a los mendigos el Señor salvará». El problema con muchos de los que profesan ser creyentes es que en realidad piensan que le están haciendo a Dios algún favor. Si hacen algo bueno, como por ejemplo poner dinero en el plato de la ofrenda, piensan: *Pues bien Dios, espero que lo notes*. El cielo es un lugar donde se hallarán solamente los pordioseros, los que se han dado cuenta de lo indignas e inútiles que fueron sus vidas en la tierra, y clamaron a Dios misericordia; como el leproso que fue a Jesús después de que terminara el Sermón del Monte, y le suplicó: «Señor, si quieres, puedes limpiarme» (Mateo 8:2).

No hizo tronar los dedos: «Esto es lo que tienes que hacer por mí, Señor». El leproso sabía cuál era su sitio. Estaba diciendo: «Señor, no tienes que hacerlo. Sé que no tienes que hacerlo; pero, ¿lo harías? Por favor, si quieres, límpiame». Así es como nos salvamos.

El castigo del infierno

En el infierno usted tendrá todos sus sentidos. El rico «alzó la voz» al padre Abraham (Lucas 16:24). Así es como Jesús decía que uno tendrá todos sus sentidos. Usted podrá sentir, tocar, oír y ver. En el infierno conservará su memoria porque en la parábola Abraham le habló al rico y le dijo: «Hijo, recuerda que durante tu vida te fue muy bien, mientras que a Lázaro le fue muy mal; pero ahora a él le toca recibir consuelo aquí, y a ti, sufrir terriblemente» (Lucas 16:25).

Fin de la historia. Si uno solo pudiera librarse de la memoria... Una de las cosas que harán infierno del infierno es su memoria. Si tan solo uno pudiera olvidar...

El propósito del infierno

El propósito del infierno se resume en una palabra: *castigo*. Hay varios grados de castigo que Dios ejerce según sea apropiado. A veces existe lo que yo llamo juicio de gracia, que es cuando Dios interviene y, aunque su conducta sea horrorosa, le da un indicio para que pueda hacer algo al respecto. Es una llamada para despertarse. También existe un juicio retributivo. Con este no hay llamada para despertarse; es demasiado tarde. Cuando llega, todo se acabó. Usted está pensando: *No, esto no puede ser el fin. No, no; esto no es el fin.* Pero lo es. Aunque el rico clamó misericordia y compasión, no se las concedieron. Abraham añadió en su respuesta al clamor del rico: «Además de eso, hay un gran abismo entre nosotros y ustedes, de modo que los que quieren pasar de aquí para allá no pueden, ni tampoco pueden los de allá para acá» (Lucas 16:26).

Lo perpetuo del infierno

La terrible realidad es que nadie puede rescatarlo a uno del infierno, por mucho que alguien lo quisiera. Uno nunca sale de allí. «Hay un gran abismo entre nosotros y ustedes, de modo que los que quieren pasar de aquí para allá no pueden, ni tampoco pueden los de allá para acá» (Lucas 16:26).

Jesús dijo esto muy claramente. Pero mientras estamos en la tierra usted todavía puede pasar de muerte a vida. Dios castiga el pecado de dos maneras: o por la sangre de Jesús o en el fuego del infierno. El fuego del infierno jamás satisface la justicia de Dios; jamás; por eso ese fuego arde para siempre. Los habitantes del infierno siguen buscando justicia pero nunca la logran. La noticia maravillosa es que hace dos mil años, un Viernes Santo, la sangre de Jesús pagó el precio de todos nuestros pecados ahora y para siempre si tan solo confiamos en él. La sangre de Jesús satisface totalmente la justicia de Dios.

La prueba del infierno

La Biblia es la única autoridad de prueba del infierno. Si usted no cree lo que la Palabra de Dios dice en cuanto a la existencia del infierno, no va a creerle a nadie. Si fuera tan desdichado como para ir al infierno, de nada le servirá clamar: «¡Ahora creo en el infierno! ¡Veo que es verdad! Por favor, perdóname por no haberte creído cuando estaba en vida. ¡Ten misericordia!» Ya será demasiado tarde. Los que escapan del terror del infierno son los que confían en la Palabra de Dios mientras están vivos. El cielo se compone de personas que simplemente creyeron en la Palabra de Dios. ¿Por qué va alguien a creer en la Biblia? El poder del Espíritu Santo nos capacita para creer cuando abre nuestros corazones a Dios. Calvino lo llamaba «el testimonio interno del Espíritu Santo». Así es como podemos saber que la Biblia es verdad.

Habiéndose dado cuenta de que el infierno en realidad existe, el rico quería que se envíe a Lázaro de nuevo a la vida para advertir a sus hermanos, porque ellos tampoco creían que había infierno. El rico razonaba así: «Si Lázaro resucitara y fuera a mis cinco hermanos, ellos creerían». «Pero Abraham le contestó: «Ya tienen a Moisés y a los profetas; ¡que les hagan caso a ellos!»

(Lucas 19:29).

«¡Eso no es suficiente!» Protestó el rico. Sin embargo, Abraham le dijo la verdad cuando le respondió: «Si no les hacen caso a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán aunque alguien se levante de entre los muertos» (Lucas 16:31).

Es interesante que en esta parábola nunca se nos dice el nombre del rico, pero sí sabemos el nombre del que fue al cielo. Recuerde que Dios lo conoce por su nombre. «Pero ahora, así dice el Señor, el que te creó, Jacob, el que te formó, Israel: No temas, que yo te he redimido; te he llamado

por tu nombre; tú eres mío» (Isaías 43:1).

Los discípulos dijeron: «Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre» (Lucas 10:17). Pero Jesús dijo: «¿Se entusiasman por eso? Voy a decirles qué debe entusiasmarles». «Alégrense de que sus nombres están escritos en el cielo» (Lucas 10:20).

¿Está su nombre escrito en el libro del reino de Dios? Si usted está seguro de que lo está, puede gozarse. Si no está seguro, entonces clámele a Dios misericordia sin demora.

Capítulo 30

La parábola de la viuda persistente

«Como esta viuda no deja de molestarme, voy a tener que hacerle justicia, no sea que con sus visitas me haga la vida imposible».

Lucas 18:5

La parábola de la viuda persistente es una de mis parábolas favoritas. Me encanta porque la cuestión de fondo es, básicamente: «Nunca te des por vencido al orar». La parábola es la manera en que Jesús nos hace saber que Dios no siempre responde a la oración de inmediato. A veces espera un buen rato. A veces a lo mejor espera años.

Algunas parábolas son difíciles de interpretar, pero esta es fácil, puesto que Jesús la presentó revelando el punto de la parábola: «Jesús les contó a sus discípulos una parábola para mostrarles que debían orar siempre, sin desanimarse» (Lucas 18:1).

¿Cuánto ora usted? Recuerdo haberle preguntado a mi papá, hace cuatro o cinco años, por qué oraba tanto, porque mis primeros recuerdos eran verlo de rodillas durante media hora todos los días antes de ir a trabajar. Él no estaba tiempo completo en el ministerio, pero así y todo oraba treinta minutos todos los días. Mi madrastra, Abby, me dijo que después de que él se jubiló pasaba una o dos horas en oración todos los días. Una vez, cuando estaban de viaje, ella decidió contar las peticiones que él hacía. Mientras ella conducía, él empezó a orar siguiendo su lista de oración. Abby comentó que perdió la cuenta después de 345 peticiones. ¡Ese era mi papá!

¿Sabía usted que el promedio de los ministros de Gran Bretaña o los Estados Unidos pasa aproximadamente cuatro minutos al día en oración? ¡Y nos preguntamos por qué la Iglesia es tan impotente! ¿Podría ser que esto explique, de alguna manera, por qué usted también es impotente? La razón de mi padre para orar era muy sencilla: su pastor, Gene Phillips, le dijo que orara durante treinta minutos todos los días, y él lo hizo. ¿Cuánto ora usted?

La petición de la viuda

Esta parábola habla de un hombre insensible que estaba en posición de poder y persistía en negarle a una viuda una petición en un asunto que, obviamente, era muy importante para ella: «Hágame usted justicia contra mi adversario», ella le suplicaba (Lucas 18.3).

No podemos decir a ciencia cierta si Jesús estaba inventando la historia o relatando una situación de la vida real que él conocía. Sea como fuere, endosó implícitamente que podemos pedirle a Dios aquello que queramos. A veces algunos se abochornan un poco en cuanto a decir por qué o cuáles asuntos oran. Yo no quisiera que usted sepa algunas de las cosas que le he pedido al Señor, porque probablemente se reiría de mí. Probablemente diría: «¡Yo no molestaría al Señor por eso!» Pues bien, lo hago, porque Proverbios dice: «Reconócelo en todos tus caminos, y él allanará tus sendas» (Proverbios 3:6).

Yo oro por todo. ¡Absolutamente por todo!

En la superficie, la petición de la viuda parece ser más bien egoísta. Pero Jesús dijo que eso era lo que ella pedía, y que insistía en pedirlo. No se dio por vencida cuando el hombre parecía indiferente, y a la larga un día él dijo: «Voy a librarme de ella y concederle lo que quiere». No fue porque se interesara por ella; fue en realidad porque se sentía molesto (Lucas 18:3-4). A ella no le importó; consiguió lo que quería. Entonces Jesús hizo la aplicación. Si un juez díscolo al que no le importaba la situación finalmente dijo que sí, cuánto más nuestro amante Padre celestial dirá que sí a sus elegidos, a sus escogidos que claman a Él día y noche (Lucas 18:7). Así que ese es el punto. Allí tenemos una situación del mundo secular en el cual un juez insensible finalmente concedió una petición; pero nosotros tenemos un Padre celestial amante que no retendrá ninguna cosa buena para

nosotros; ¡cuánto más nos concederá nuestras peticiones!

¿Por qué es importante esta parábola?

La importancia de la oración

Esta parábola habla de la importancia de la oración. ¿Cuán importante es la oración para usted? Las oraciones que se leen en voz alta pueden ser muy inspiradoras, y Dios puede usar poderosamente la liturgia, pero no es eso lo que quiero decir. ¿Cuánto usted ora *en realidad*, es decir, teniendo una conversación con Dios?

El famoso escritor especializado en negocios Stephen Covey dijo: «Nadie jamás ha dicho en su lecho de muerte: “¡Cómo quisiera haber pasado más tiempo en la oficina!”» ¿Dice usted: «Un día voy a empezar a orar más»? ¿Pasa por lo menos treinta minutos al día a solas con Dios? No habrá oración en el cielo.

Voy a decirle algo que solía dolerme. Conducía mi automóvil un lunes por la mañana, y el Espíritu Santo cambió mi vida. Estoy seguro de que fue el bautismo del Espíritu porque se me reveló la centralidad del evangelio. Pensé que había descubierto algo nuevo. Vi la elección, predestinación, y «una vez salvo, salvo para siempre» en segundos. Pensé que yo era el primero desde que el apóstol Pablo lo había visto. Menos de un año después dejé mi iglesia del Nazareno y me abrí paso a las filas bautistas, en donde todos eran «calvinistas de cinco puntos», y en gran medida me aceptaron. Tenía mis sospechas, y ellos eran cesacionistas. No creían que lo que me había sucedido en el automóvil pudiera suceder, pero de cierta manera lo hicieron a un lado porque encontraron aceptable mi doctrina. Lo que me dolía, aparte de que ellos le restaban importancia a mi experiencia, era que esta gente no oraba. No tenían vidas de oración. Leían los sermones de Spurgeon pero eso era todo. La importancia de la oración fue algo con lo que yo quería contribuir a la

vida espiritual de la Capilla de Westminster. Eso es lo primero en cuanto a esta parábola: muestra la importancia de la oración.

Perseverancia en la oración

La parábola reconoce implícitamente que Dios no siempre contesta inmediatamente la oración. ¿Por qué otra cosa sería necesaria una parábola así? Si Dios contestara la oración el primer día en que uno le pide, no sería necesario animar a la gente a que orara. Todos querrían orar. Sería como comprar un boleto de lotería y ganar siempre. Lo que es más, todo el mundo se haría creyente. Dirían: «Esto resulta; ¡esto es grandioso!» Pero el Dios de la Biblia es soberano, y quiere ver si lo amamos; y una de las razones por las que no contesta inmediatamente nuestras oraciones es porque quiere que pasemos tiempo con Él.

Estas palabras de Jesús son un acicate a no darnos por vencidos. Si Dios no contesta la oración es porque tiene una razón, pero no deje de pedir. ¿Ha vivido usted lo suficiente como para agradecerle a Dios por una oración que no contesta? ¿Ha vivido lo suficiente para agradecerle por una puerta cerrada? El estímulo a orar y a no darse por vencido es un tema en todo el Evangelio de Lucas y en el libro de Hechos. Esto era obviamente algo importante para Lucas. Él escribió otro relato en el que Jesús señaló algo idéntico.

«Supongamos—continuó—que uno de ustedes tiene un amigo, y a medianoche va y le dice: “Amigo, préstame tres panes, pues se me ha presentado un amigo recién llegado de viaje, y no tengo nada que ofrecerle”. Y el que está adentro le contesta: “No me molestes. Ya está cerrada la puerta, y mis hijos y yo estamos acostados. No puedo levantarme a darte nada”. Les digo que, aunque no se levante a darle pan por ser amigo suyo, sí se levantará por su impertinencia y le dará cuanto necesite.

«Así que yo les digo: Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá la puerta. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abre».

Lucas 11:5-10

El contexto de la parábola de la viuda persistente habla de querer más de Dios. El contexto del pasaje que antecede es el Sermón del Monte, en el cual Jesús estaba hablando de tener hambre del reino de los cielos. Jesús añadió:

«¿Quién de ustedes que sea padre, si su hijo le pide un pescado, le dará en cambio una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se le pidan!»

Lucas 11:11-13.

Esta parábola también es importante porque es *prueba* de que Dios contesta a la oración. Tengo una lista de oración en la cual ahora he empezado a anotar las respuestas a la oración para poder agradecerle a Dios por ellas. He hecho hábito agradecerle por las oraciones contestadas. Le agradezco vez tras vez por días y semanas después de que Él ha contestado una oración, porque estoy muy agradecido. ¿Tal vez usted ha estado orando por un niño? ¿Quizá por la salvación de algún ser querido? ¿O ha estado orando por avivamiento? ¿Por un aumento en el sueldo o un trabajo diferente? ¿Por un esposo o una esposa? Jesús dice: «¡No dejes de orar!» Pida lo que sea que quiera, y hasta que Él no le diga que no, simplemente siga orando.

Cómo esperar en fe

Estaparábola termina con una advertencia relativa a no estar listo para que el Señor contestó; se podría interpretar también como una advertencia en cuanto a no estar preparado para la Segunda Venida. Mi abuela solía decir: «Di lo que te propones decir, y cumple con lo que dices». Tenga cuidado cuando le pide algo al Señor. No se le pida a menos que realmente lo quiera. Si Él oye su petición y se la da cuando ya no la quiere, a lo mejor usted se avergüenza un poco. Tal vez no sea hoy o mañana, pero llegará y entonces usted sabrá cuánto realmente quería decirlo.

Zacarías y Elizabeth oraban por un hijo, pero después de unos pocos años descartaron esa oración. Unos veinticinco o treinta años más tarde, al parecer Gabriel se le apareció a Zacarías y le dijo: «Tu oración ha sido oída». Zacarías no tenía ni la menor idea de a qué se refería Gabriel. Gabriel le dijo: «Tú y tu esposa Elizabeth pidieron un hijo». Zacarías pensó: *Ah, esa oración. Pues bien, debe haber algún error. ¿Has visto a mi esposa últimamente?* No puedo pensar en nada más necio que discutir con Gabriel. Si Gabriel se asomara y me dijera algo, yo lo creería. Lo importante es, sin embargo, que aunque Zacarías se había olvidado de lo que había pedido en esa oración, esta se contestó.

Una garantía para la oración que se contestó

Cómo orar según la voluntad de Dios

«Esta es la confianza que tenemos al acercarnos a Dios: que si pedimos conforme a su voluntad, él nos oye» (1 Juan 5:14).

La garantía para la oración obtuvo respuesta es simplemente esta: busque cuál es la voluntad de Dios en una situación dada y pídale, sabiendo que Él contestará positivamente su oración. Usted puede decir: «Pues bien, eso no suena nada divertido. Quiere decir que tengo que orar dentro de la voluntad de Dios con el fin de que conteste mi oración». Esa es la verdad. Hay una excepción a esto: la situación en que a la persona no le gusta la voluntad de Dios e insiste en pedir algo diferente. A la larga, para enseñarle el error de sus caminos, Dios puede simplemente contestar tal petición. Si eso le sucede alguna vez, le garantizo que lo lamentará. «Y él les dio lo que pidieron, pero les envió una enfermedad devastadora» (Salmos 106:15).

Puedo decirle que si Dios le dice: «No, esto no es lo que quiero para ti», debe aceptarlo. No discuta, porque «No quitará el bien a los que andan en integridad» (Salmos 84:11, RVR-60).

Si Dios le está diciendo que no a algo que usted quiere, entonces crea que es lo mejor. Un día lo agradecerá. Juan continuó: «Y si sabemos que Dios oye todas nuestras oraciones, podemos estar seguros de que ya tenemos lo que le hemos pedido» (1 Juan 5:15).

Ese es un sí muy grande. No siempre sabemos que Él nos oye. Tal vez usted es tan espiritual que cada vez que ora dentro de la voluntad de Dios lo sabe. Yo no. Zacarías no lo sabía, y tampoco Pablo, porque dijo: «Asimismo, en nuestra

debilidad el Espíritu acude a ayudarnos. No sabemos qué pedir, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no se pueden expresarse con palabras» (Romanos 8:26).

Pienso que se podría argumentar diciendo que esto se refiere a orar en lenguas. Cuando uno ora en lenguas no sabe lo que está diciendo. Yo oro en lenguas. Hace poco conversaba con alguien mientras disfrutábamos del compañerismo en Africa Oriental, al borde del océano Índico. Le dije: «Esta es una frase que surge a menudo cuando oro en lenguas; ¿le suena como algún idioma que haya oído?» El hombre pensó que podría tratarse de algún lenguaje semítico. Me encantaría saber lo que digo cuando oro en lenguas, pero no lo sé.

Si usted no concuerda con que Pablo estaba refiriéndose aquí a hablar en lenguas, entonces tal vez simplemente se refiera a gemidos: «Oh Señor, por favor, óyeme». El punto es que Pablo no siempre sabía por qué cosa necesitaba orar. Él dijo: «Yo no lo sé, pero el Espíritu me ayuda en mi debilidad».

«Y Dios, que examina los corazones, sabe cuál es la intención del Espíritu, porque el Espíritu intercede por los creyentes conforme a la voluntad de Dios» (Romanos 8:27).

Si usted supiera lo que está diciendo en el Espíritu, entonces sabría la voluntad de Dios. Yo no siempre sé si estoy orando dentro de la voluntad de Dios, pero sigo orando. Sigo orando porque venga un avivamiento, y hasta que Dios me diga que *no* va a venir, seguiré orando.

La forma de la oración que se contesta

Jesús reveló otro principio de la oración mediante esta parábola, y esto es una parte que asusta. La forma que toma la oración que se contesta se determina por nuestra preparación en el momento de recibir la respuesta y si todavía estamos orando por esa petición. Usted no puede decir, cuando Dios finalmente contesta su oración: «Ah, no, ya no me interesa eso». Si usted le hubiera dicho a Zacarías mientras oraba que Elizabeth concibiera que cuando llegara la respuesta a esa oración él *no* se entusiasmaría, estoy seguro de que no lo habría creído. Sin embargo, con el tiempo, él dejó de orar por eso, y quedó estupefacto y no estaba preparado cuando vino la respuesta a la oración. Antes de que Gabriel volviera al cielo tuvo una tarea desagradable. Debido a que encontró a Zacarías incrédulo, el ángel lo dejó mudo hasta que el niño naciera.

Hay quienes dicen que la incredulidad aborta el proceso de la oración. ¡Se equivocan! Zacarías tenía años de incredulidad acumulada, pero su oración tuvo respuesta. ¿Por qué? Cualquier oración que se eleva dentro de la voluntad de Dios obtendrá respuesta (1 Juan 5:14). Lo que debería haber sido la mejor hora para Zacarías, no lo fue. Uno puede imaginarse a la gente por todas las colinas de Judea diciendo: «Zacarías, ¡esto es maravilloso! ¡Felicitaciones! Debes estar tan contento de que Elizabeth va a tener un hijo...»

El testimonio de la oración que se contesta

«Tengan fe en Dios [en griego dice “tengan la fe de Dios”]. Por eso les digo: Crean que ya han recibido todo lo que estén pidiendo en oración, y lo obtendrán» (Marcos 11:22, 24).

Una de las experiencias más maravillosas que uno puede entender es recibir la seguridad de que el Señor contestará la oración antes de que realmente suceda. Estoy agradecido de que esto me ha sucedido unas cuantas veces. No es algo que sucede todos los días, pero hay ciertas peticiones de oración que sé que se cumplirán. ¿Cómo lo sé? Simplemente sé que lo sé. El Espíritu es un testigo inmediato; viene y le revela a uno en su espíritu que algo va a suceder, y uno sabe que es como si ya estuviera hecho. Entonces todo lo que necesita hacer es esperar que la respuesta se materialice. No me sucede todo el tiempo, y tampoco le sucedió a Zacarías. Eso no quiere decir que usted sea menos espiritual si no sucede. A veces Dios le da esta seguridad, y a veces no.

Una advertencia en cuanto a la oración que se contesta

«Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?» (Lucas 18:8).

Jesús terminó esta parábola haciendo un comentario interesante. ¿Por qué hizo esta afirmación al final de una parábola sobre la oración? ¿Estaba cambiando de tema para mencionar la Segunda Venida? ¿Estaba haciendo una afirmación escatológica? Creo que se refería a la Segunda Venida, pero pienso que también se hablaba sobre la oración que se contesta. Considero que lo que dijo es que cuando vuelva quiere hallarlo a usted creyendo que Él va a contestar su oración. No quiere encontrar que se ha dicho a sí mismo: *Ah, ya me di por vencido en lo atinente a eso hace años*. El Señor dice: «Tú lo pediste, así que te lo doy». Entonces usted no puede decir: «Ah, pero eso fue entonces, y esto es ahora».

Recuerde que el estímulo a no darse por vencido al orar es un tema en todo el Evangelio de Lucas que continúa en el libro de Hechos. Permítame mostrarle cómo aparece más adelante en Lucas.

«Cuando se acercaba a Jerusalén, Jesús vio la ciudad y lloró por ella. Dijo:

—¡Cómo quisiera que hoy supieras lo que te puede traer paz! Pero eso ahora está oculto a tus ojos. Te sobrevendrán días en que tus enemigos levantarán un muro y te rodearán, y te encerrarán por todos lados. Te derribarán a ti y a tus hijos dentro de tus murallas. No dejarán ni una piedra sobre otra, porque no reconociste el tiempo en que Dios vino a salvarte».

= Lucas 19:41-44

En las sinagogas de toda Palestina y Judea oraban: «¡Ojalá rasgaras los cielos, y descendieras!» (Isaías 64:1). Pero cuando Dios descendió, no estaban listos; no lo reconocieron. Esta es una gran ilustración de cómo toda oración que se

eleva dentro de la voluntad de Dios recibe contestación, pero la forma que toma queda determinada por nuestra preparación en ese momento. También, la misma persona que le pide a Dios que actúe tal vez no sea la que disfruta de su respuesta.

Zacarías no estaba listo para la respuesta a su oración, y el castigo le vino encima. Cuando usted habla con Dios, diga lo que se propone decir, y propóngase decir lo que dice. Entonces, cuando Él esté listo para contestar, lo hallará orando. En Isaías se dice esto de la siguiente manera: «¡Sí, este es nuestro Dios; en él confiamos» (Isaías 25:9).

¡Qué momento más maravilloso!

Había un hombre en Ashland, Kentucky, que junto con otra pareja querían empezar una Iglesia en la parte sur de la población. La gente se reía de ellos. Recuerdo que cuando lograron juntar once personas rentaron una cochera. La gente decía: «¿Has oído sobre el grupo en el sur de Ashland? ¡Reunieron once personas la semana pasada!» Pero esas once personas oraron pidiendo que Dios les diera un templo.

El hombre que tuvo la visión de empezar una iglesia se enemistó con algunos de los pobladores. No logró salirse con la suya, y se fue enojado. Después tuvo dificultades en su matrimonio.

Pocos años más tarde construyeron el templo más hermoso en esa parte de Ashland. Invitaron al superintendente general de esa denominación para que predicara el sermón de dedicación. El santuario tenía cabida para cuatrocientas personas. El lugar estaba atiborrado, y tuvieron que estacionar los automóviles a dos calles de distancia. Al hombre cuya visión original era tener la iglesia ni siquiera se le dio la bienvenida. Dijeron que él simplemente condujo por el frente, miró al edificio y siguió de largo. Pero el Señor había contestado su oración.

¿Está usted listo para la respuesta a su oración? Es una severa advertencia. Cuando venga el Hijo del hombre, ¿lo

hallará esperando y viviendo en fe? Lo animo a que vuelva a esa vieja petición de oración y diga: «Señor, gracias por la advertencia». Lo digo en serio. Diga: «Señor: por favor, hazlo; quiero estar listo; no quiero perderme lo que podría ser la base de mi más grande alegría».

Nunca se dé por vencido

El mensaje de esta parábola es: no se dé por vencido. Tome en serio este versículo y vuelva a sus antiguas peticiones. Recuerde que puede ser algo tan grande como orar por un avivamiento o puede ser algo tan sencillo como «hazme justicia de mi adversario».

Estaba predicando en el huerto de la tumba en Israel, hace como quince años, cuando una pareja se me acercó y me dijo: «¿Se acuerda de nosotros?» Les dije: «No». Me dijeron: «Pues bien, somos de Edimburgo, y usted predicó en nuestra iglesia un sermón en cuanto a estar listo para recibir la respuesta a nuestra oración, y nos dijo que volviéramos a pedir aquello que habíamos dejado de pedir. Siempre habíamos orado para que pudiéramos viajar a Israel algún día, y nos habíamos dado por vencidos. Así que oramos de nuevo para que ese viaje se efectúe y aquí estamos; y como si eso fuera poco, ¡usted también está aquí!» Fue simplemente un toque de Dios; los hizo felices, y también me hizo feliz a mí.

No se dé por vencido, sea lo que fuere. Dios no siempre responde de inmediato para ver si usted lo dice en serio. Cualquier oración que se eleva dentro de la voluntad de Dios, Él la contestará. Ahora, si Dios dice que no, entonces acéptelo; será porque tiene una idea mejor. Sin embargo, hasta no obtener una negativa, no se dé por vencido!

Capítulo 31

La parábola de los dos hombres que oraban

«¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!»

Lucas 18:13

Inmediatamente después de la parábola de la viuda persistente, que nos anima a orar y a persistir en la oración, Jesús dijo una parábola referente a cómo *no* orar. Si tu intención es ofender a Dios, dijo Jesús, ora de esta manera. Es, por consiguiente, también una parábola de la que podemos aprender cómo orar si queremos granjearnos su simpatía.

La parábola habla de dos hombres que fueron al templo a orar. Uno era fariseo y el otro un cobrador de impuestos. El fariseo, sintiéndose supremamente confiado de su posición delante de Dios (y también extremadamente santurrón), oraba en voz alta haciendo hincapié en la firmeza de sus convicciones religiosas, y como él honraba a Dios. El recaudador de impuestos, sin embargo, se mantuvo a distancia, con la cabeza gacha, y simplemente decía en voz baja: «¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!» Jesús dijo que el recaudador de impuestos, antes que el fariseo, se fue a su casa «justificado ante Dios».

¿La razón? «Pues todo el que a sí mismo se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Lucas 18:14).

¿En qué categoría se halla usted? Si tiene un sentido de su propio pecado y vergüenza, entonces esta es una parábola de lo más alentadora. Pero si le repugna el pensamiento de ser

«un pecador» y se siente muy contento consigo mismo; si piensa que se sentiría muy cómodo si se le juzga por su propia justicia ante el tribunal de Dios, ¡entonces no le va a gustar para nada este capítulo!

Es muy interesante que esto aparezca como parte de una larga sucesión de parábolas que Jesús dio en respuesta a la acusación de los fariseos de que Él mantenía compañía con los pecadores. Los mismos que los justos de Jerusalén pensaban que Dios rechazaría eran los que Dios aceptaba. En la parábola del rico y Lázaro, Dios estaba del lado de Lázaro. En la parábola de la viuda persistente, el Señor estaba del lado de la viuda. En esta parábola tenemos tal vez el ejemplo más audaz de cómo los religiosos del día podían rechazar a Jesús y sentirse bien al hacerlo. Esta parábola iba contra la noción popular de la piedad y justicia. Es igualmente el ejemplo más audaz de cómo la teología de Jesús concuerda con la del apóstol Pablo.

Jesús fue el primero en enseñar la *justificación por la fe sola*; podemos ver esto en el Sermón del Monte. Pero aquí Jesús enseñó con toda intrepidez que se nos justifica ante Dios no por nuestras obras sino por su gracia. Esta parábola le muestra cómo llegar a ser cristiano.

La paradoja de la parábola

La paradoja de la parábola es esta: se describe a un hombre bueno, pero él está totalmente equivocado; también se describe a un hombre malo, al que se le justifica totalmente.

«El fariseo se puso a orar consigo mismo: “Oh Dios, te doy gracias porque no soy como otros hombres—ladrones, malhechores, adúlteros—, ni mucho menos como ese recaudador de impuestos. Ayuno dos veces a la semana y doy la décima parte de todo lo que recibo”» (Lucas 18:11-12). Resulta que a aquella persona, a quien llamaríamos un hombre bueno, Dios lo rechazó categóricamente a pesar de sus muchos actos piadosos.

El hombre «malo», el recaudador de impuestos, se mantuvo a distancia, y leemos que «ni siquiera se atrevía a alzar la vista al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: «¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!» (Lucas 18:13). Jesús entonces dijo: «Les digo que este, y no aquel, volvió a su casa justificado ante Dios» (Lucas 18:14).

Jesús escogió a un fariseo, el tipo de persona más popular y piadosa de aquel entonces, como el «chico malo». Los fariseos eran una secta religiosa del judaísmo. El héroe de los fariseos era Esdras; el libro de Esdras nos habla del amor por la ley. El sustantivo «fariseo» viene de una palabra que significa «separarse», porque pensaban que estaban separados del resto de las personas; un escalón por encima de los demás. En espíritu, sus sucesores todavía están vivos hoy; algunos los hallamos en las iglesias, y no son necesariamente judíos. Pero en su sucesión real y natural, sus sucesores literales también existen. Probablemente los veríamos hoy en la muralla occidental de Jerusalén, vestidos de la misma manera, sin afeitarse la barba, llevando la clase correcta de ropas y cosas por el estilo. Consideran que están por encima de todos los demás. Jesús fue el primero en ver debajo de la

máscara de estas personas. Él dijo: «Todo lo hacen para que la gente los vea» (Mateo 23:5).

En otras palabras, «hacen lo que hacen para que la gente admire su piedad y santidad».

¿Y qué hay del cobrador de impuestos? Jesús escogió como el «chico bueno» a una persona a la que todos los judíos detestaban. Era lo más rastrero que uno puede ser y seguir siendo judío, porque como cobrador de impuestos se le veía como perteneciendo de lado de Roma. A todos los cobradores de impuestos se les consideraba traidores porque trabajaban para los aborrecidos romanos. Eran casi con certeza menos que honrados, y regularmente aceptaban sobornos. Sin embargo, este fue el hombre al que Dios justificó completamente.

El propósito de la parábola

Como en la parábola anterior, se nos dice desde el principio por qué Jesús la enseñó. Lucas escribió: «A algunos que, confiando en sí mismos, se creían justos y que despreciaban a los demás, Jesús les contó esta parábola» (Lucas 18:9).

Bien podría haber dicho: «Esta es una parábola para mostrarles cómo ser salvos», porque la parábola hace eso. Pero más bien Lucas dijo que estaba dirigida a unos «justos». ¿Conoce a algunos «justos»? ¿Gente que lo miraría a usted con cara de palo y le diría: «Yo no he hecho nada malo»? Tal vez usted se sienta muy confiado de que cuando comparezca delante de Dios, el Señor le dirá: «Entra, porque has tratado de vivir la clase de vida que pensabas que me agradaría». Algunos realmente piensan que no han hecho nada que los descalificaría para entrar al cielo. El propósito de esta parábola es revelar a las personas que están perdidas que si murieran en este momento, tal como están, irían al infierno.

Confiados en su propia justicia

Jesús dijo que el fariseo estaba muy confiado en su propia justicia. En otras palabras, se sentía muy bien en lo relativo a su justicia. ¿Se siente usted así? Este es el estado más precario en la tierra. Es una posición que asusta. Si ese es usted, tal vez Dios en su misericordia está permitiéndole leer esto como una llamada para despertarse. Quiero decirle otra cosa: sentirse confiado de su propia justicia es una revelación mortal de que Satanás ha hecho en usted su cirugía. Pablo escribió: «El dios de este mundo ha cegado la mente de estos incrédulos» (2 Corintios 4:4).

¿Se pregunta usted por qué algunas personas no son creyentes? Han estado bajo el bisturí del diablo. El diablo ha hecho en ellos una operación para cegarlos a la sangre de Jesús. Consecuentemente están ciegos a su propia condición interna. Si alguna vez se ve como Dios lo ve, y reconoce que es vil y miserable a los ojos de Dios sin la cubierta de la justicia de Jesús, entonces eso es una buena señal. Quiere decir que el Espíritu Santo está deshaciendo las obras del diablo y permitiéndole que se vea tal cual es. Usted puede ser una persona brillante con un alto cociente intelectual, y sin embargo estar ciego a un sentido del pecado. Pero la Biblia dice: «Si afirmamos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no tenemos la verdad» (1 Juan 1:8).

Desdeñaba a los demás

El creyente es un individuo que sabe que no tiene derecho a desdeñar a otros, puesto que lo que es lo es solo por la gracia de Dios. Hay dos maneras en que se puede caer en el pecado. Primero, existe el pecado escandaloso (y aquí el creyente debe decir: «Eso podría sucederme a mí, de modo que no voy a juzgar»), y luego la clase de pecado en donde no nos damos cuenta de que hemos caído. En lo atinente a esto Pablo escribió: « Hermanos, si alguien es sorprendido en pecado, ustedes que son espirituales deben restaurarlo con una actitud humilde. Pero cuídese cada uno, porque también puede ser tentado» (Gálatas 6:1).

La persona con quien es más difícil en la tierra hablar es la que piensa que no ha hecho nada malo. Pero incluso allí no debemos desdeñarla porque bien podría sucedernos a cualquiera de nosotros. Los fariseos desdeñaban a todos. Al fin de esta parábola Jesús dijo: «Pues todo el que a sí mismo se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Lucas 18:14).

Recuerde que Santiago escribió: «Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes» (Santiago 4:6).

Vea estas palabras de proverbios:

«Hay seis cosas que el Señor aborrece, y siete que le son detestables: *los ojos que se enaltecen*, la lengua que miente, las manos que derraman sangre inocente, el corazón que hace planes perversos, los pies que corren a hacer lo malo, el falso testigo que esparce mentiras y el que siembra discordia entre hermanos».

Proverbios 6:16-19 (cursivas añadidas).

«A Dios no le gustan estas cosas, pero el orgullo es la primera en la lista. También, el Señor aborrece a los arrogantes. Una cosa es segura: no quedarán impunes» (Proverbios 16:5).

El propósito de la parábola es dar una llamada de advertencia a los que se sienten bien respecto de sí mismos.

Similitudes entre los dos hombres

La parábola compara al fariseo y al cobrador de impuestos. Tenían tres cosas en común. Primero, ambos se pusieron de pie para orar (Lucas 18:11, 13). Segundo, ambos se dirigieron a Dios directamente. El fariseo dijo: «Oh Dios, te doy gracias porque no soy como otros hombres» (Lucas 18:11); y el recaudador de impuestos dijo: «¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!» (Lucas 18:13).

Finalmente, ambos querían que Dios los oyera; querían de alguna manera tocar el corazón de Dios. Ese es el propósito de la oración, después de todo; llegar a Dios. No hay poder más grande que el poder de Dios. Tal vez usted quiera llegar a alguien influyente para poder influir *a ese individuo* para que haga algo por usted. Las personas muy influyentes por lo general son inalcanzables, pero no es así con Dios. Cuando usted quiere alcanzar a Dios, hay una manera de hacerlo.

Diferencias entre los dos hombres

El fariseo se justificaba a sí mismo. Se nos dice que se puso de pie y oraba en referencia a sí mismo. La traducción del griego podría ser «oraba consigo mismo»; y los eruditos no están seguros si dice que oraba «a» sí mismo, o «respecto de» sí mismo, pero el punto es que aunque él pueda haber dirigido la mayor parte de su oración a Dios, se concentró por entero en sí mismo. Es una revelación mortal de que no tenía concepto de la naturaleza de Dios. En realidad pensaba que a Dios iba a gustarle que hablara así.

Empezó diciendo: «Oh Dios, te doy gracias...» Eso es un buen comienzo, por lo menos; siempre agradecerle a Dios todo lo que se pueda; pero entonces dijo: «Te doy gracias porque no soy como otros hombres» (Lucas 18:11).

En ese momento el Padre volteó su cara. Jamás diga eso. Jamás se sienta bien respecto de sí mismo porque conoce a alguien que es peor que usted en términos de moralidad o maldad. Usted puede decir: «Pues bien, no soy perfecto, pero no soy Saddam Hussein». Cuando empieza a compararse con otros, siempre puede hallar a alguien que, de alguna manera, sea peor que usted. El fariseo se concentró en sí mismo y se comparó con cuatro clases de personas: «...—ladrones, malhechores, adúlteros—ni mucho menos como ese recaudador de impuestos» (Lucas 18:11).

Lo curioso es que aunque el cobrador de impuestos se mantuvo a distancia, el fariseo lo vio y dijo: «Dios: te agradezco que no soy como él». ¿Y se suponía que Dios debía decir: «Ah, qué bien; eso es maravilloso»? El fariseo en realidad pensaba que estaba granjeándose la simpatía de Dios. Es fácil que una persona esté tan engañada respecto de sí misma que piensa que está hablando con Dios y cree que Dios habla con él.

Hace poco conversaba con un amigo en Fitzgerald,

Georgia, que hizo un comentario al paso. No creo que supiese lo que estaba diciendo, pero saqué mi pluma y lo anoté porque solo una vez al año uno encuentra una noción como esta. Él dijo: «Si Dios te dice algo, y no te gusta, ora de nuevo, y tal vez recibas una respuesta diferente. Balaam la recibió». Tiene razón. Pero, ¡eso no fue bueno! Demasiados de nosotros, cuando no nos gusta lo que Dios ha dicho, seguimos hablando; que es lo que hizo Balaam. Dios le dijo inicialmente a Balaam: «No irás con ellos» (Números 22:12). Pero cuando los hombres llegaron, Balaam dijo: «Tomen asiento, y déjenme ver qué es lo que Dios quiere». Dios ya se lo había dicho. Balaam siguió hablando cuando Dios ya le había contestado. Eso no es bueno.

Me temo que hay algunos a quienes Dios les ha hablado y que no les gustó lo que oyeron; y ahora simplemente oyen lo que quieren oír, y se han engañado por completo. El fariseo se comparaba con otros, y eso le hacía sentirse bien, porque en realidad pensaba que tenía comunión con Dios. Creía eso; justo en la mitad de su zona de complacencia. Pero el recaudador de impuestos se acusaba a sí mismo. Se quedó a la distancia porque no se sentía digno de acercarse a un fariseo; sabía cuál era sitio. Pensaba que el fariseo estaba un escalón por encima de él, porque todos consideraban que los fariseos eran personas realmente piadosas.

Hay algunos que dan la impresión de ser consagrados, pero que en realidad no lo son. Pueden tener el perfil, y puede haber cosas en ellos que dan la impresión de que están cerca de Dios; pero son los que dicen «no soy nada» los que realmente conocen la presencia de Dios. Ese era el recaudador de impuestos. Se quedó lejos, y ni siquiera quería alzar la vista al cielo y se golpeaba el pecho. ¿Quién dijo que los cobradores de impuestos nunca se sienten culpables por su forma de vida?

La obra invisible del Espíritu Santo

Jesús estaba diciendo: «No piensen que no saben lo que están haciendo». Hay muchos que participan en cosas que no están bien, y uno piensa que no saben que están haciendo mal. Pero el Espíritu Santo puede obrar en una persona de una manera que uno nunca cree que puede ser posible. Por eso es que debemos orar por alguien como Osama bin Laden. ¿Se da cuenta de lo que sería si alguien así se convirtiera a Cristo? ¡Pensar en lo que sería pescar un gran pez! Quisiera que los creyentes de todas partes oraran por ese hombre; y lo amaran. Podría casi significar la reconciliación del mundo si ese hombre se convirtiera a Cristo. No hay una persona más estratégica. Usted tal vez piense que personas así nunca se sienten culpables, pero incluso cuando el poder de Dios derribó a Saulo de Tarso, Dios le dijo: «¿Qué sacas con darte cabezazos contra la pared?» (Hechos 26:14).

Dios sabía que Saulo estaba luchando con su conciencia convicta todo el tiempo. Saulo nunca había olvidado la vista de Esteban ante el concilio cuando su cara brilló como la de un ángel. Tampoco se había olvidado del apedreamiento a Esteban cuando le oyó decir: «¡Señor, no les tomes en cuenta este pecado!» (Hechos 7:60).

Saulo de Tarso no podía alejar ese recuerdo. Uno nunca lo hubiera pensado mientras mataba creyentes, pero Dios sí lo sabía. Tal vez las personas por quienes usted está orando parezcan perversas e inalcanzables, pero Dios puede estar obrando; no deje de orar por ellas.

Justicia del fariseo

Una justicia respetable

El fariseo tenía una justicia respetable. Ni lo dude. Nadie condenaba al fariseo porque no robaba bancos ni cometía adulterio. Ayunaba; a decir verdad, ayunaba dos veces a la semana; y daba el diezmo. No hay nada de malo en eso. Quisiera que todos dieran el diezmo. A este hombre no se le condena por ayunar, ni por dar el diezmo.

Una justicia que se rechaza

Pero este es el escándalo del evangelio: gente al parecer «justa» va al infierno. Cristo murió por los injustos; Él los justificó y así van al cielo. «Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte» (Efesios 2:8-9). Isaías le dijo a Dios: «Todos nuestros actos de justicia son como trapos de inmundicia» (Isaías 64:6).

Así es como usted se verá cuando esté bajo el reflector de Dios. ¿Por qué se rechaza nuestra justicia? Porque compite con la manera de Dios de hacer las cosas. El sistema sacrificial del Antiguo Testamento apuntaba a todos hacia la cruz. Les mostraba que no podían salvarse a sí mismos.

La justicia del cobrador de impuestos

Una justicia remota

El recaudador de impuestos tenía una justicia remota que era opuesta a la del fariseo. El cobrador de impuestos no tenía justicia propia, y no había nada en él que le hubiera hecho a uno pensar: *Este hombre va a ir al cielo algún día.* Se quedó lejos porque estaba espiritualmente en bancarrota y lo sabía. ¿Se da usted cuenta de lo que es estar en bancarrota espiritual? ¿Sabe que en sí mismo no tiene nada? Este era el estado del recaudador de impuestos.

Una justicia que se recibe

Había algo que tenía lugar entre Dios y el cobrador de impuestos que el fariseo nunca hubiera sabido. En su oración, el cobrador de impuestos suplicaba misericordia. Muestra que sabía todo en cuanto al sistema de sacrificios del Antiguo Testamento. Usa la forma verbal de la palabra «propiciatorio» de la palabra griega *elasterion*. La misma palabra se halla en Hebreos 9:2-3. La forma verbal es *elaskomi*. Lo que el cobrador de impuestos estaba diciendo era: «Dios, sé misericordioso conmigo debido al propiciatorio». La palabra griega común para «misericordia» en el Nuevo Testamento es *jelios*: «Así que acerquémonos confiadamente al trono de la gracia para recibir *misericordia*» (Hebreos 4:16, cursivas añadidas).

El cobrador de impuestos le pidió a Dios misericordia, y sabía que Dios podía darla o no darla según quisiera.

David Brainerd se enojó con Dios al leer la Biblia y empezar a entender que Dios exigiría una justicia perfecta que él sabía que no podía producir. Esto hizo que se enojase. Se dio cuenta de que Dios requería fe, y él tampoco podía producirla. Entonces advirtió que Dios podía dar fe o no darla, y eso también lo hizo enojar. Luego vio que Dios podía salvarlo o condenarlo, así que se enfurruñó, hasta que un día se humilló a sí mismo y le pidió a Dios que lo salvara y tuviera misericordia de él; y Dios lo hizo. David Brainerd fue un hombre santo, y la gloria de Dios estuvo en el cuarto cuando él murió.

Jonathan Edwards publicó el diario de Brainerd 1. Cuando John Wesley lo leyó, dijo: «Que toda nuestra gente lea esto». Se ha dicho que la vida y el diario de David Brainerd ha puesto en el campo misionero a más gente que cualquier otro cuerpo de literatura hasta tiempos recientes. Allí tenemos a un hombre que peleaba con Dios porque pensaba que su

justicia personal debía contar algo, pero que a la larga se humilló y aceptó la gracia de Dios.

Cuando este cobrador de impuestos dijo: «Dios, sé misericordioso», usó una palabra que también se encuentra en Hebreos 2:17, y que se traduce como «expiar». La misma palabra se traduce en 1 Juan 2:2 y en 1 Juan 4:10 como «propiciación». Es una palabra antigua que muestra que la sangre de Jesús satisface la justicia de Dios. Así fue como oró el cobrador de impuestos: suplicando que el propiciatorio clamara a Dios a su favor. Sabía que él no tenía nada en sí mismo.

Mencioné arriba que esta parábola nos muestra cómo llegar a ser creyentes. La oración del cobrador de impuestos es lo más cercano que uno encuentra en la Biblia a lo que llamaríamos la «oración del pecador». Si usted quiere llegar a ser cristiano, así es como debe orar: «¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!» (Lucas 18:13).

Jesús martilló el punto de que fue el cobrador de impuestos antes que el fariseo el que se fue a casa justificado delante de Dios porque «todo el que a sí mismo se enaltece será humillado» (Lucas 18:14). ¿Cuándo ocurrirá esto? Cuando sea demasiado tarde, ante Dios en el tribunal de Cristo.

«Y el que se humilla será enaltecido» (Lucas 18:14). ¿Cuándo? Ahora mismo. Si usted se humilla a sí mismo y suplica misericordia, entonces Dios lo salvará.

Una justicia legal

Podríamos decir que la justicia del cobrador de impuestos fue una justicia *forense*. Esta es una palabra que se usa en la imposición de la ley y que significa que *legalmente* el cobrador de impuestos era justo. Una justicia recibida es una justicia legal porque viene mediante la cruz de Cristo. Jesús dijo: «Les digo que este, y no aquel, volvió a su casa justificado ante Dios» (Lucas 18:14).

Si usted hubiera mirado al cobrador de impuestos no habría hallado nada que le hiciera pensar que era justo; pero su justicia era legal delante de Dios. Esto es lo que Martín Lutero vio en el siglo XVI, y que puso al mundo patas arriba. Vio que ante Dios esta justificación por fe era una justicia forense porque no confiamos en nosotros mismos sino en la misericordia de Dios. Lo que la gente dice o piensa de usted es irrelevante. Es posible que las personas lo señalen con el dedo y declaren que no es cristiano. No había ni un indicio, mientras este cobrador de impuestos se golpeaba el pecho, de que estaba arreglando cuentas con Dios. Sin embargo él fue el que logró llegar a Dios. Fue a él a quien se oyó. Su justicia fue íntegra porque Dios la proveyó a su favor. La sangre de Jesús la proveyó; y el sacrificio de Jesús fue un sacrificio inmaculado. Esta parábola da el mensaje básico del evangelio y nos muestra cómo Dios nos escucha. ¿Necesita usted oír este mensaje? Que Dios lo ayude a verlo y ser salvo mientras todavía hay tiempo.

Capítulo 32

La parábola de las diez minas

«Un hombre de la nobleza se fue a un país lejano para ser coronado rey y luego regresar».

Lucas 19:12

La parábola de las diez minas se superpone con la parábola de los talentos, que examinaremos en el próximo capítulo, aunque cada una tiene un significado distinto. Esta es la tercera parábola de corrido en la que Jesús da la razón de la misma: «Como la gente lo escuchaba, pasó a contarles una parábola, porque estaba cerca de Jerusalén y la gente pensaba que el reino de Dios iba a manifestarse en cualquier momento» (Lucas 19:11).

Nos hace saber que Jesús siempre sabía lo que la gente estaba pensando.

Esta parábola muestra la bondad del Señor y cómo Él nos desilusiona gentilmente cuando ve que tenemos una expectativa falsa. Podría escribir todo un libro solo sobre este punto, pero permítame decir solamente unas cuantas cosas. Jesús sabía lo que ellos estaban pensando, y en lugar de darles un golpe justo en las narices les entregó una parábola. La parábola era para darles tiempo para pensar y ver en dónde estaban equivocados en su noción del reino. Los que oían a Jesús estaban convencidos de que Él era el que habían estado esperando, y tenían razón. Pero también estaban convencidos de que el reino de Dios sería a la vez político y material, y que era inminente. En esto se equivocaban.

Es asombroso cómo podemos tener toda la razón en

algunas cosas y estar completamente equivocados en otras. Cuando tenemos razón en algo, a menudo damos por sentado que el mismo Señor que nos dio esa noción debe habernos dado una noción igualmente clara respecto de otras cosas. Sin embargo, podemos tener la idea absolutamente correcta en un aspecto de doctrina, y sin embargo estar completamente descarriados en otras. Los judíos tenían razón en que Jesús era el Mesías, y tenían razón para creer que era el que habían estado esperando, pero se equivocaban en su noción del reino de Dios. Tan convencidos estaban de que tenían razón en su comprensión del reino, que cada vez que oían a Jesús oían solo lo que querían oír.

He visto esto en mi propio ministerio. La gente puede escucharme, y puede estar pensando que uno está hablando de una cosa cuando en realidad está hablando de algo totalmente diferente. Es fácil absorber lo que uno oye que alguien dice filtrándolo por los propios prejuicios. De modo similar, estas personas que rodeaban a Jesús creían que en cualquier momento iba a revelar su gloria, a mostrarse a sí mismo como un Moisés, un David u otro Salomón y correr a los soldados romanos que se diseminaban por el área. Deseaban esto con tanto fervor que no consideraban ninguna otra alternativa.

Qué fácil es, cuando uno quiere algo intensamente, buscar en la Biblia un versículo como confirmación, ¡y hallarlo! Es asombroso cómo encontramos maneras de lograr lo que queremos. Usted puede pedirle a Dios que le dé un versículo, y si no le gusta lo que recibe, simplemente abra la Biblia y señale otro, hasta que finalmente halle lo que quiere. Usted puede decir: «El Señor me dijo que me iba a casar con esta persona... El Señor me dijo que iba a ser esto o aquello». Cuando se trata de nuestra teología, a menudo decidimos *lo que* queremos creer. Es un don asombroso poder distanciarse de uno mismo y decir: «Esto es lo que la Biblia enseña». No debemos buscar lo que nos gusta sino lo que realmente la

Biblia dice.

Jesús sabía lo que la gente estaba pensando en cuanto al reino. Lo triste es que los discípulos no entendieron ni siquiera después de oír esta parábola. Incluso después de que Jesús resucitó, la primera pregunta que le hicieron cuando tuvieron algún tiempo a solas con Él fue: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino a Israel?» (Hechos 1:6).

Todavía tenían eso en mente; y simplemente no podían pensar de ninguna otra manera. Es un recordatorio para nosotros de que podemos estar tan seguros de tener razón en cuanto a algo, y estar absolutamente convencidos, y sin embargo también totalmente errados.

La parábola de las diez minas nos habla de un hombre de nacimiento ilustre que se iba de viaje a otro país para ser coronado rey. Llamó a diez de sus siervos y a cada uno le dio una *mina* (lo que equivalía como a tres meses de sueldo), diciéndoles que «hagan negocio con este dinero» mientras él estuviera de viaje. Cuando volvió, cada uno de los siervos tenía que rendir cuentas de cómo había invertido el dinero. La mayoría había ganado dinero para su patrón, excepto uno, que escondió su mina en una tela en lugar de invertirla. El patrón se encolerizó y le quitó la mina, dándosela al siervo que había ganado la mayor cantidad.

Cómo esperar en fe

Una vez prediqué en el Monte de los Olivos. Suena pomposo decirlo, pero puedo decirles que prediqué a un total de dos personas! Dios me había despertado la noche anterior y me había dicho lo que debía decir en el Monte de los Olivos a Alan Bell y Lyndon Bowring. Yo había estado estudiando esta parábola, sabiendo que iba a predicar sobre ella cuando regresara; y vi cómo la parábola encajaba con el resto de Lucas en cuanto a estar listos, y a qué sucede si uno está listo.

«Si pedimos conforme a su voluntad, él nos oye» (1 Juan 5:14).

Como ya hemos notado previamente, Zacarías y Elizabeth oraban por un hijo y Dios dijo que sí. Cuando el «sí» vino, sin embargo, Zacarías no estaba listo. En forma similar, al fin de la parábola de la viuda persistente Jesús presentó la pregunta: «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?» (Lucas 18:8). Se refería no solo a su Segunda Venida, sino también a que Dios interviene y contesta la oración. ¿Lo hallará a usted creyendo cuando venga la respuesta?

De igual manera, en Lucas 19, cuando Jesús se acercaba a Jerusalén y vio la ciudad, lloró sobre ella, diciendo:

«¡Cómo quisiera que hoy supieras lo que te puede traer paz! Pero eso ahora está oculto a tus ojos. Te sobrevendrán días en que tus enemigos levantarán un muro y te rodearán, y te encerrarán por todos lados. Te derribarán a ti y a tus hijos dentro de tus murallas. No dejarán ni una piedra sobre otra, porque no reconociste el tiempo en que Dios vino a salvarte».

Lucas 19:42-44

El Señor Jesús sabía que lo rechazarían cuando lloró sobre la ciudad de Jerusalén. Dijo: «¡Cómo quisiera que hoy supieras lo que te puede traer paz!» (Lucas 19:42). Tal vez hoy lloraría

por algunos de nosotros si Dios enviara el fuego y no estuviéramos listos. Este es el punto de esta parábola.

Responsabilidad en el tiempo de espera

Jesús sabía que la gente pensaba que el reino de Dios iba a venir repentinamente, y Él quería desilusionarlos gentilmente a la luz de su falsa expectativa. Les dio esta parábola para ayudarlos a ver que todavía demoraría un poco; tal vez largo tiempo. También les entregó la parábola, para reafirmar, si es posible, la noción que tenían del reino. A Jesús no le sorprendió el hecho de que los judíos lo rechazaron como su rey. Sabía que eso ocurriría y usó la parábola para ilustrar esto.

Empezó diciendo: «Un hombre de la nobleza se fue a un país lejano para ser coronado rey y luego regresar» (Lucas 19:12).

Los reyes de Israel, desde Herodes en adelante, tenían que ir a Roma para obtener del César permiso para gobernar como reyes. Toda persona en esos días hubiera entendido que el noble tenía derecho para ser rey, pero tenía que ir a una nación distante para recibir su reino. El noble era Jesús. Iría a una nación distante para ser coronado Rey. Esa nación distante era el cielo, y su Padre lo coronaría Rey. Ahora, esto presupone que iba a morir en la cruz, resucitar de entre los muertos y ascender a la diestra de Dios. Cuando Jesús ascendió al cielo y su Padre lo recibió, y los ángeles, lo coronaron Rey. Y lo fue en el momento en que se sentó a la diestra del Padre. Por eso es que Pedro pudo predicar: «A este Jesús, a quien ustedes crucificaron, Dios lo ha hecho Señor y Mesías» (Hechos 2:36).

Conforme la parábola progresa, Jesús recibe la coronación, pero sus súbditos, los judíos, no lo aceptaron. «Pero sus súbditos lo odiaban y mandaron tras él una delegación a decir: “No queremos a este por rey”» (Lucas 19:14).

Sin embargo, como Lucas 19:12 dice, Dios lo coronó Rey y, por consiguiente, regresará como Rey. Mientras tanto le dio a

la Iglesia una misión. «Llamó a diez de sus siervos y entregó a cada cual una buena cantidad de dinero. Les instruyó: «Hagan negocio con este dinero hasta que yo vuelva» (Lucas 19:13).

El asunto principal de la parábola es que el Rey quiere que sus siervos usen su dinero abierta y fielmente, pero Él va a volver pronto. Tal vez haya una demora, pero sin dudas regresará. La versión Reina-Valera dice: «Y llamando a diez siervos suyos, les dio diez minas, y les dijo: Negociad entre tanto que vengo» (Lucas 19:13).

Esas palabras: «Ocupaos hasta que yo venga» les han dado a muchos predicadores, a través de los siglos, numerosos sermones para predicar. La *New International Version*, en inglés, lo simplifica diciendo: «Pongan este dinero a trabajar... hasta que yo regrese» (Lucas 19:13).

En el griego las palabras simplemente eran: «Ocúpense hasta que yo venga». Sus siervos debían obedecer las órdenes del rey. El amo en efecto volvió (Lucas 19:15) e inmediatamente dijo: «Dígame lo que han hecho». La mina del primer siervo había ganado diez minas más. Lo elogió, y debido a que había sido digno de confianza en este asunto tan pequeño, se le puso a cargo de diez ciudades. La mina del segundo siervo había ganado cinco más. Se le elogió y se le puso a cargo de cinco ciudades. El tercer siervo había tenido su mina escondida. Él dijo: «Es que le tenía miedo a usted, que es un hombre muy exigente: toma lo que no depositó y cosecha lo que no sembró» (Lucas 19:21).

El rey le contestó: «Siervo malo, con tus propias palabras te voy a juzgar. ¿Así que sabías que soy muy exigente, que tomo lo que no deposité y cosecho lo que no sembré? Entonces, ¿por qué no pusiste mi dinero en el banco, para que al regresar pudiera reclamar los intereses?»

Lucas 19:22-23

El rey le quitó la mina a este siervo y se la dio al que tenía diez porque, como Jesús dijo: «Les aseguro que a todo el que

tiene, se le dará más, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene» (Lucas 19:26).

Esto muestra que si no estamos listos Dios nos quitará la unción que tenemos y se la dará a una persona que ya tiene una gran unción. Tal vez a usted no le guste esto, pero esto es lo que el Rey tiene derecho a hacer.

Las posibilidades de la parábola

Hay varias interpretaciones de esta parábola, todas ellas válidas. Esta es una de esas parábolas que se pueden interpretar de más de una manera, y todas son correctas. Explicaré lo que quiero decir.

La venida del Espíritu Santo

La parábola fácilmente podría referirse al descenso inicial del Espíritu Santo sobre la Iglesia en Pentecostés. El Espíritu Santo vino diez días después de que a Jesús lo coronaron Rey en el cielo. Cuando el Espíritu vino, Pedro anunció: «A este Jesús, a quien ustedes crucificaron, Dios lo ha hecho Señor y Mesías»

(Hechos 2:36).

A Jesús el Señor ya lo había hecho Rey en el cielo. Uno podría preguntarse ¿cuántos de los que pensaban que seguían a Jesús estaban listos para esas noticias? Más de quinientas personas a la vez vieron a Jesús vivo después de su muerte (1 Corintios 15:6). Y es casi seguro que hubo un número similar cuando Jesús dijo: «Pero ustedes quédense en la ciudad hasta que sean revestidos del poder de lo alto» (Lucas 24:49).

Los discípulos recibieron esta palabra de Jesús y de inmediato empezaron a orar. Quizás oraban todos los días, tal vez toda la noche. Estoy especulando y no puedo probarlo, pero esto es lo que pienso que pudo haber sucedido. Justo antes de que llegara el día décimo debe haber habido algunos que dijeron: «Oigan. Como saben, mañana es Pentecostés, y habrá muchos viejos amigos que no hemos visto desde el año pasado. Así que volveremos pasado mañana. Mañana vamos a faltar. Ustedes sigan orando». Estoy seguro de que varios hicieron eso. Así que cuando Pentecostés llegó, había solo ciento veinte orando cuando el Espíritu descendió. ¿Cómo se habrán sentido los que habían faltado?

Cuando Dios oculta su rostro

Hay otra manera de la que se puede interpretar esta parábola.

«Tú, Dios y salvador de Israel, eres un Dios que se oculta» (Isaías 45:15).

No lo entiendo, pero Dios se oculta. Dios permitió que Ezequías lo probara y viera lo que hay en su corazón (2 Crónicas 32:31). Es una peculiaridad, que es la mejor palabra que puedo hallar para expresarlo, pero Dios hace esto. A veces uno puede percibir su presencia muy poderosamente y dice: «Ah, esto es maravilloso; jamás dudaré de ti otra vez, Señor». Luego, al día siguiente, simplemente Él no parece estar allí; después tal vez lo mismo al día siguiente, y el día que sigue, hasta que uno piensa: *¿Qué he hecho? ¿He afligido al Espíritu Santo? ¿Por qué se fue?* Y uno piensa que tal vez el Señor ya no va a asomarse otra vez.

Esto es lo que sucedió en el antiguo Israel. Moisés se fue y subió a la cumbre del monte Sinaí, y todo el mundo dijo: «No sabemos adónde se ha ido; ni siquiera sabemos si va a volver». Y empezaron a hacer cosas horribles.

Esto muestra que debemos estar listos en todo momento, y que debemos esperar fielmente que Dios muestre su rostro de acuerdo a su voluntad. Jesús lloró sobre Jerusalén porque ellos no conocieron el tiempo de su visitación (Lucas 19:41).

La Segunda Venida de Cristo

Lucas 19:13 dice que el rey vuelve. Jesús regresa pronto. Algunos me preguntan cómo me atrevo a decir que pienso que Jesús realmente viene pronto. Cuando empecé a predicar, hace 45 o 50 años, lo hacía mucho sobre la escatología, y mi papá me advirtió al respecto. Me dijo: «Hijo: el hombre cuyo nombre te pusimos, R. T. Williams, solía decir: “Jóvenes: manténganse lejos del tema de la profecía y de la escatología. Dejen que los viejos hagan eso, porque de esa manera no estarán aquí para ver sus errores”». Pues bien, ya soy viejo y le digo que *no* me sorprendería estar vivo cuando Él venga. Sé que viene pronto. A los que dudan de la promesa de su venida les diría: simplemente miren las Escrituras. Lo hemos oído y oído y oído, y ahora de nuevo lo digo. Quiero estar *listo*.

Cuando lleguemos al cielo no vamos a estar sentados haciendo remolinos con nuestros pulgares. La vida sigue, y la gente que dice: «Ah, no me importan las recompensas en el cielo; solo quiero llegar al cielo», no pensará eso entonces. Como puede observar, a aquel cuya mina ganó diez más se le dio cargo sobre diez ciudades; esa fue su recompensa; y a aquel cuya mina ganó cinco más se le dio encargo sobre cinco ciudades.

Habrán algunos que serán salvos por fuego en el tribunal de Cristo. Llegarán al cielo, pero como el que se escapa de un incendio. No recibirán gran recompensa, además de llegar al cielo. También habrá juicio retributivo para los que rechazaron el reino. «Pero en cuanto a esos enemigos míos que no me querían por rey, tráiganlos acá y mátenlos delante de mí» (Lucas 19:27). Sucederá.

Preparación

¿Cómo debemos vivir para cerciorarnos de que no nos avergonzaremos? Jesús no nos está diciendo que tenemos que despertarnos todos los días creyendo que ese es el día en que va a volver. Él no espera que yo pase al púlpito y diga: «Hoy sé que el avivamiento va a venir». Después de un rato todos nos desmoralizaríamos con esto. Dios no es irrazonable. ¿Cómo, entonces, debemos vivir para asegurarnos de que cuando Él, en efecto, venga, sea mediante la venida del Espíritu, al fin del ocultamiento de su cara, avivamiento o la Segunda Venida, no nos avergonzaremos? ¿Cómo podemos vivir de manera de que nos encuentre listos cuando él en efecto aparezca?

Gracia

Esto quiere decir que todos los días usted deja a cada persona y a toda persona fuera del anzuelo. Tal vez pueda endilgarle todo el libro, y señalarla con el dedo, pero no lo hace. Usted continúa usando gracia. Usted no puede saber cuándo Él va a venir. Si hace excepciones, puede venir en una hora en la que lo va a hallar no creyendo. Ninguno de nosotros sabe ni el día ni la hora. Jesús dijo que incluso el Hijo no lo sabía; solo el Padre. Ni aun los ángeles lo saben. No se espera que usted lo sepa, pero sí que continúe usando gracia. Y que perdone totalmente a los que lo rodean.

Mansedumbre

Esto hace que me avergüence. Tengo diáconos que oran por mí todos los días para que yo sea bondadoso. Esto es algo serio para mí; es casi como orar para que Lázaro vuelva de entre los muertos. Pero oro y le pido a Dios que me haga gentil. También les pido a mis amigos más íntimos que hagan lo mismo. Lyndon Bowring ora todos los días para que yo sea más suave. Tengo un pacto de oración con Colin Dye, del Kensington Temple, quien también ora todos los días para que sea más manso. Quiero que me encuentren ecuánime, sensato, y no severo ni que pierda los estribos, aunque parezca haber justificación. Como usted sabe, cuando perdemos los estribos siempre nos parece correcto al momento, pero más tarde nos damos cuenta de que estábamos equivocados.

Gratitud

Quiero que me hallen mostrando gratitud; agradeciéndole por cada pequeña cosa sin perderme nada. Quiero que me encuentren agradeciendo a Dios; quiero ser agradecido por su bondad. Nuestra hija Melissa hace poco volvió al Señor, por lo cual le agradezco varias veces todos los días. Quiero ser un hombre agradecido.

Generosidad

Quiero que me hallen generoso. Cuando se trata de finanzas, le doy al Señor todo lo que Él dice que le pertenece. Quiero que me encuentren sin falta, creyendo y siendo fiel. Esto no quiere decir que tengo que ser perfecto, pero sí quiere decir que estoy andando en toda la luz que Dios me ha dado. Así es como debemos vivir. Entonces no nos avergonzaremos cuando el Señor aparezca. Si ese aparecimiento resulta ser la manifestación de su gloria y no la Segunda Venida, esto querrá decir una unción mayor, una responsabilidad aumentada. ¿Estamos listos para eso? ¿Estamos listos para la oración que Él contestó? ¿Estamos listos para la venida del Espíritu? ¿Estamos listos para la Segunda Venida?

Capítulo 33

La parábola de los talentos

«El reino de los cielos será también como un hombre que, al emprender un viaje, llamó a sus siervos y les encargó sus bienes».

Mateo 25:14

En la parábola de los talentos, Jesús relató la historia de un hombre que se fue de viaje. Antes de irse llamó a sus siervos y les confió varias cantidades de dinero. Le dio a cada uno según su capacidad. Cuando el patrón volvió, llamó a sus siervos y les pidió que le informaran cómo había invertido su dinero. Como en la parábola de las diez minas, la mayoría de los siervos había trabajado bien; excepto uno, que enterró el talento para esconderlo. El patrón se enfureció con este siervo y le quitó el talento, dándoselo al siervo que tenía la mayor cantidad de dinero. Al siervo holgazán luego lo echaron fuera de la presencia de su patrón.

La palabra griega *talanta* quiere decir «dinero». En esta parábola no se la usa de la manera en que nosotros usamos hoy la palabra «talento», como un don o capacidad. Esta parábola es muy similar a la de las diez minas, pero es sutilmente diferente. En los tiempos antiguos, un *talanta* era una gran cantidad de dinero. En la parábola de las diez minas, una mina era comparativamente una cantidad pequeña: alrededor de tres meses de sueldo. Pero un talento equivaldría hoy a más de \$100.000, según los valores actuales.

En el relato de Lucas, en la parábola de las diez minas, a cada persona se le da la misma cantidad (Lucas 19:13). Pero

en la parábola de los talentos, a cada uno se le da según su *capacidad* (Mateo 25:15). A uno le dieron cinco talentos, a otro dos y a otro uno. En la parábola de Lucas, de las minas, el enfoque está en la naturaleza inesperada del retorno del amo. Pero en la de los talentos, en la responsabilidad e integridad de los siervos. En Lucas el tema es la *fidelidad* en oposición a la indulgencia propia. En la parábola de los talentos, es el *trabajo* y la *productividad*, en oposición a la holgazanería.

¿Trata esta parábola de finanzas, puesto que la palabra *talento* quiere decir dinero? Tal vez. ¿Se refiere a los dones del Espíritu Santo? Algunos dicen que sí. Otros la conectan con el llamamiento de Dios y las capacidades naturales de uno. Pero la clave para entenderla es que a cada siervo se le dio *conforme* a su capacidad. Mi propio punto de vista es que se refiere a la unción. Él «talento» se refiere a la medida de la responsabilidad de uno para usar una habilidad que Dios ya le ha dado por la gracia común.

Podemos decir que *responsabilidad + capacidad = unción*. Se nos confía una responsabilidad *de acuerdo* a nuestro nivel de capacidad. No a todos se les da la misma responsabilidad. Esto se debe a que no todos tienen el mismo nivel de capacidad. Capacidad se refiere a lo que uno ya tiene, aunque incluso eso viene de Dios. Cuando Dios da una responsabilidad (un talento), él toma en cuenta la cantidad de gracia común que ya le ha dado a uno.

A toda persona, incluso a los inconversos, se le ha dado una medida de gracia común. Por esto la llamamos gracia «común», porque es dada a todos. Por eso es que Albert Einstein podía tener un cociente intelectual de 212. Hombres como Shakespeare y Churchill tenían una enorme capacidad, pero no hay evidencia de que hayan sido creyentes. Si una persona así llega a ser creyente, entonces será una persona de «cinco talentos»; se le dará un nivel más alto de responsabilidad. A algunos, debido a la gracia común de

Dios, se les da una *responsabilidad* (talento) mayor en un aspecto, porque Él ya los ha dotado con *capacidad*. ¿Cómo sabe usted cuál es su unción? Pues bien, esta parábola nos da un indicio. Si a usted le ha dado una gran cantidad de capacidad natural en cierta área, no se sorprenda si Dios le da una gran responsabilidad para usarla para su gloria.

Sin embargo, Pablo nos aconseja: «Por la gracia que se me ha dado, les digo a todos ustedes: Nadie tenga un concepto de sí más alto que el que debe tener, sino más bien piense de sí mismo con moderación, según la medida de fe que Dios le haya dado» (Romanos 12:3). Porque Jesús dijo: «A todo el que se le ha dado mucho, se le exigirá mucho; y al que se le ha confiado mucho, se le pedirá aun más» (Lucas 12:48).

Dios sabe lo que podemos hacer. Él nunca promueve a una persona a un nivel en el cual será incompetente. En el mundo a la gente se la promueve a su nivel de incompetencia. A alguien que debería estar barriendo pisos en una oficina, lo nombran gerente. O alguien dice: «Quiero este puesto porque está mejor pago y tendré más prestigio», y lo consigue. Pero entonces un matrimonio se destruye, le sube la presión arterial y él no puede con el puesto. La gente promueve a otros a un nivel de incompetencia, pero Dios nunca hace eso. Al que mucho se le da, mucho se le pedirá. La responsabilidad (el talento que Dios le ha dado a uno) más la habilidad es igual a la unción. Algunos tienen una unción más grande que otros. Dios da la responsabilidad de acuerdo con nuestra habilidad y a nuestra capacidad para captarla.

Cómo vivir dentro de nuestra unción

Para vivir dentro de nuestra unción debemos conocer el límite de esa unción. Esto puede ser muy aleccionador en humildad. Es algo muy delicado tener que decirle a alguien que piensa que el Señor lo ha llamado a predicar que no tiene esa capacidad, o a quien compuso un poema que no es Wordsworth. Algunos han venido para decirme: «Dios me ha dado este canto. ¿Podría hacer que el grupo de alabanza lo cante?» Y cuando lo escucho pienso: *Ay, pobre de mí*. Uno no quiere lastimar los sentimientos de la persona. Esto es una de las cosas más duras en la tierra. No pretendo ser como algunos grandes predicadores: Campbell-Morgan, Martyn Lloyd-Jones; vivo dentro de mi unción. Eso es la regla número uno.

El potencial para usar o abusar de nuestra unción

Todos tenemos el potencial de usar o abusar de nuestra unción. Podemos igualmente decir, abusar o doblar nuestra unción. Veremos cuatro aspectos clave respecto de este punto.

El origen de la unción

► *El llamamiento*

En la parábola, el patrón llamó a sus siervos y les confió su propiedad (Mateo 25:14). El origen de la unción es que Dios hace el llamamiento. Esto probablemente no se refiere al llamamiento inicial del Espíritu Santo en la vida de una persona, pero podría significar eso. Más bien sospecho que se refiere al llamamiento específico de Dios o misión, su plan para la vida de uno, que varía de individuo a individuo. No todos tenemos el mismo llamamiento. No todos recibieron el llamado para ser misioneros. No todos recibieron el llamado para ser médicos o abogados.

► *El otorgamiento de la unción*

«A uno le dio cinco mil monedas de oro, a otro dos mil y a otro solo mil, a cada uno según su capacidad» (Mateo 25:15). La responsabilidad se confiere en variados grados. A uno le dio cinco talentos: una alta medida de responsabilidad; a otro le dio dos, y a otro uno.

► *El calibre de la unción*

Dios nunca nos promueve al nivel de nuestra incompetencia, y es cuidadoso para seguir eso en todo aspecto de nuestra vida. «Ustedes no han sufrido ninguna tentación que no sea común al género humano» (1 Corintios 10:13). La palabra *tentación* deriva de la misma palabra griega que significa *prueba*. Dios es fiel. Él no dejará que usted soporte la prueba más allá de lo que puede aguantar. Esto también es cierto en cuanto a todos los mandamientos del Señor. Si Dios le da un mandamiento, le da gracia para que lo cumpla. Nunca le pide que haga lo que no puede hacer, sino que le da la fuerza. Todos estamos, por consiguiente, sin excusas. Al que mucho

se le ha dado, mucho se le pedirá.

Y si es franco con usted mismo, sabrá qué capacidades tiene. Usted sabe que hay ciertas cosas que puede hacer. Tal vez diga: «Pues bien, mi don no va a valer mucho porque no hay demanda para eso». Pero piense en José, el hombre que llegó a ser primer ministro de Egipto. ¿Qué clase de entrenamiento tenía para esa función? Si él hubiera ido a una agencia de empleo y le hubieran pedido que indique cuáles eran sus habilidades, hubiera dicho: «Pues bien, puedo interpretar sueños». Una persona de esas características se hubiera ido diciendo: «No hay manera de que el Señor me pueda usar». Quizás usted piense que su don en particular no sirve para gran cosa, pero sirve. No podemos dar por sentado que la parábola está diciendo que si es una persona «de un solo talento» necesita enterrarlo. ¡No! La persona que tiene solo un talento para invertir todavía puede duplicarlo o triplicarlo. De igual manera, una persona muy dotada con «cinco talentos» es capaz de enterrarlos y dejarlos que se desperdicien. Jesús no estaba diciendo que usted está rígido en su situación. Dios nos da a todos una responsabilidad, y todos podemos hacer lo que Él quiere que hagamos.

Si usted reconoce humilde pero francamente su propia habilidad y entonces se abre a que Dios lo toque en el hombro, quién sabe cómo Él va a usarlo. Pero si tiene alguna capacidad considerable y escoge vivir amargado porque el mundo no lo ha reconocido, entonces será como aquellos de quienes Jesús dijo: «Y a ese siervo inútil échenlo afuera, a la oscuridad, donde habrá llanto y rechinar de dientes» (Mateo 25:30).

La propiedad de nuestra unción

¿Quién supone usted que es dueño de nuestra unción? El Señor. Ahora bien, hay un sentido en el que podemos decir: «Esta es *mi* unción». A veces yo digo «mi iglesia», pero realmente es la iglesia de Dios. Jesús dijo: «Será también como un hombre que, al emprender un viaje, llamó a sus siervos y les encargó *sus* bienes». Más adelante dijo: «Pues debías haber depositado *mi* dinero en el banco» (véase Mateo 25:14:27, cursivas añadidas).

El dinero nunca le perteneció a la persona a la que se le confió. Hay cuatro cosas que quiero que veamos, relativas a la propiedad de la unción.

➤ *Es prestada*

Dios le ha prestado a usted la unción. Se nos ha confiado el Espíritu Santo, y eso quiere decir que debemos ver nuestra propia unción como algo que el Señor nos ha dado en préstamo. No es mía; es de Él. De la misma manera, nos compraron con precio. No somos nuestros; fuimos comprados por la sangre de Cristo.

➤ *El límite de la unción*

A algunos nos otorgaron cinco talentos; a otros, dos talentos; y a otros, uno. Pero Dios sabía antes de darlos que usted sería a quien se lo daría. Usted tal vez diga: «Pues bien, me siento muy mal; todo lo que tengo es un talento». Está bien. Usted tiene la oportunidad de lograr la misma recompensa en el cielo que el que tiene dos o cinco talentos. Lo que se requiere es que seamos fieles. Todos nosotros tenemos el mismo llamamiento en este sentido. Los que fueron fieles recibieron el mismo elogio de su patrón. Así que la persona con dos talentos no puede decir: «Ah, tan solo si me hubieran dado cinco talentos para empezar, ahora podría tener diez».

¡Escuche!

«El que había recibido las cinco mil monedas llegó con las otras cinco mil. “Señor—dijo—, usted me encargó cinco mil monedas. Mire, he ganado otras cinco mil”. Su señor le respondió: “¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel! En lo poco has sido fiel; te pondré a cargo de mucho más. ¡Ven a compartir la felicidad de tu señor!” Llegó también el que recibió dos mil monedas. “Señor—informó—, usted me encargó dos mil monedas. Mire, he ganado otras dos mil». Su señor le respondió: «¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel! Has sido fiel en lo poco; te pondré a cargo de mucho más. ¡Ven a compartir la felicidad de tu señor!»»

Mateo 25:20-23

Es interesante que todos los siervos fieles recibieron el mismo elogio de su amo. Aunque habían sido responsables por cantidades variadas del dinero, el amo los elogió por igual, porque todos habían sido fieles en lo poco. Viva dentro de los límites del «préstamo» de su unción. Sea fiel, y tendrá el mismo elogio que el que tiene más responsabilidad.

► *Niveles de unción*

Hay un indicio implícito de que Dios duplicará nuestra unción de la misma manera que al hombre de cinco talentos le dieron diez, y al que tuvo dos, cuatro, y así sucesivamente. Esta es una promesa que se remonta a Isaías 61. Se nos dice: «En vez de su vergüenza, mi pueblo recibirá doble porción; en vez de deshonra, se regocijará en su herencia; y así en su tierra recibirá doble herencia, y su alegría será eterna» (Isaías 61:7).

Esto es lo que Eliseo quería de Elías, y lo recibió. Dios puede hacer eso por cualquiera de nosotros. En tanto que la recompensa no está garantizada sino hasta el fin, Dios tal vez no espere hasta el fin para duplicar la unción, dando por sentado que usted ha sido fiel con el nivel de unción que ya le ha dado. Si esta es su actitud, un día, de la noche a la mañana, Dios puede duplicar su unción.

► *Pérdida de la unción*

Es muy triste cuando esto sucede.

«Pero el que había recibido mil fue, cavó un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor» (Mateo 25:18).

¡Escuche! «Pues Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de poder, de amor y de dominio propio» (2 Timoteo 1:7).

El hombre de la parábola tuvo miedo y después justificó lo que había hecho. Los que esconden sus talentos, no andan en la luz y no asumen su responsabilidad, piensan que pueden ganarle a Dios cuando viene la confrontación.

«Señor—explicó—, yo sabía que usted es un hombre duro, que cosecha donde no ha sembrado y recoge donde no ha esparcido. Así que tuve miedo, y fui y escondí su dinero en la tierra. Mire, aquí tiene lo que es suyo» (Mateo 25:24-25).

La respuesta vino:

«Pero su señor le contestó: “¡Siervo malo y perezoso! ¿Así que sabías que cosecho donde no he sembrado y recojo donde no he esparcido? Pues debías haber depositado mi dinero en el banco, para que a mi regreso lo hubiera recibido con intereses”. Quítenle las mil monedas y dáselas al que tiene las diez mil».

Mateo 25:26-28

Es asombroso cómo a los que tienen un alto nivel de responsabilidad se le da más para hacer porque otro no hace lo que Dios esperaba que hiciera. Mi papá solía decir: «Si quieres que algo sea hecho, pídele a una persona atareada que lo haga». Pídeselo a la persona que simplemente no tiene tiempo; y lo hará sea como fuera.

Así que, ¿cuál fue la suerte de este siervo? El amo dijo: «Ya ese siervo inútil échelo afuera, a la oscuridad, donde habrá llanto y rechinar de dientes» (Mateo 25:30).

¿Perdió su salvación? No. Esta parábola no está hablando sobre la salvación sino sobre la herencia de uno. Está diciendo que habrá personas salvas que rechinarán sus

dientes porque han perdido su unción y su recompensa.

La persona que recibió cinco talentos no los duplicó automáticamente. El hombre con los cinco talentos también tenía el potencial de echarlo a perder, tal como el siervo de un talento podría haber duplicado su unción. Ha habido algunos en el ministerio con el más alto perfil que, sin embargo, lo han echado todo a perder, y ahora ya no están. Fueron personas de cinco talentos. Debemos vivir de manera de evitar perder nuestra unción en la tierra y nuestra recompensa en el cielo. Por eso las palabras: «¡Siervo malo y perezoso! ¿Así que *sabías* que cosecho donde no he sembrado y recojo donde no he esparcido?» (Mateo 25:26, cursivas añadidas).

Aquí Jesús le estaba hablando a personas que *saben* la enseñanza sobre la soberanía de Dios. Me asombra ver cómo aquellos más articulados teológicamente son a menudo los que menos participan cuando se trata de esparcir el evangelio. Dios les ha dado la primera oportunidad, pero ellos dijeron: «Ah, pero yo creo en la soberanía de Dios. A mí no se me va a ver en las calles salvando a los no elegidos y conduciéndolos a una profesión de fe». Se justifican a sí mismos. Pueden perder su unción y su recompensa en el tribunal de Cristo.

La operación de la unción

Esta parábola nos muestra cómo funciona la unción; siendo *obras* la palabra operativa. La salvación es por gracia, pero la parábola de los talentos habla de obras. El escritor de Hebreos dijo: «Esforcémonos, pues, por entrar en ese reposo» (Hebreos 4:11). ¿Cómo nos esforzamos para entrar en ese reposo?

➤ *Trabajamos en amor*

La primera clave para duplicar su unción es vivir en total perdón por lo que las personas le han hecho. Usted borra por completo la pizarra. La próxima vez que empiece a acusar a alguien de algo, recuerde que quisiese una doble unción. Simplemente no lo haga, para no afligir al Espíritu y así no perderá su unción. Vuelva la otra mejilla cuando alguien dice algo que no es muy agradable.

➤ *Trabajamos en la unción*

Eso también puede querer decir trabajar en el liderazgo. Hay niveles de liderazgo. Por ejemplo, digamos que la persona de cinco talentos es un abogado de mucha influencia, o un hombre de negocios de la ciudad que tiene talentos e inteligencia considerable y puede ganar mucho dinero. Sin embargo, en la iglesia es una persona de un talento. Conozco a personas muy pudientes, y a personas encumbradas, que toda la semana le dicen a la gente lo que deben hacer. Luego vienen a la iglesia y se sientan bajo el evangelio y oyen a su ministro. Tal vez no tengan casi nada que hacer en la iglesia, pero son fieles. Es posible tener cinco talentos en el mundo y un talento en la iglesia, o es posible tener dos talentos en la iglesia y cinco talentos en el mundo.

¿Y qué hay de la persona que realmente está atareada en el trabajo de la iglesia, pero el trabajo que hace en el mundo no

tiene gran influencia? Una persona así no debería enojarse ni sentir celos; acepte lo que tiene; hágale frente al límite de su unción. Usted no puede tenerlo todo. Una persona puede tener cinco talentos en la iglesia y un talento en el mundo, y esa persona, si es fiel a su unción, será el mejor empleado del edificio. Usted es la persona en quien su patrono puede confiar. El mejor testimonio en el trabajo es ser leal y fiel en ese empleo.

► *Trabajamos en aprender*

La cuestión del conocimiento que tenemos es importante. El siervo holgazán dijo: «Yo sabía que usted es un hombre duro, que cosecha donde no ha sembrado y recoge donde no ha esparcido» (Mateo 25:24).

¿Cómo mide Dios la forma en que hemos usado nuestros talentos? Se nos juzga por dos cosas: lo que sabemos y cómo usamos lo que sabemos. Algunos de nosotros captamos las cosas más rápidamente que otros. Algunos poseen más ambición de aprender que otros. Hay un versículo interesante en Filemón en el que Pablo escribió: «Pido a Dios que el compañerismo que brota de tu fe sea eficaz para la causa de Cristo mediante el reconocimiento de todo lo bueno que compartimos» (Filemón 6).

Pablo dijo que es posible haber aprendido todo respecto de la fe y sin embargo no proclamarla activamente. Uno puede saber la Biblia y la teología, pero si no es activo en proclamar la fe, nunca ganará una plena comprensión de «todo lo bueno que compartimos». Segunda de Pedro dice lo mismo: «Esfuércense por añadir... al entendimiento, dominio propio; al dominio propio, constancia; a la constancia, devoción a Dios... Porque estas cualidades, si abundan en ustedes, les harán crecer en el *conocimiento* de nuestro Señor Jesucristo, y evitarán que sean inútiles e improductivos» (2 Pedro 1:6, 8, cursivas añadidas).

Es vital que apliquemos lo que hemos aprendido. Esto

quiere decir andar en la luz, significa ser obediente a lo que Dios nos está diciendo que hagamos, y tarde o temprano quiere decir salir de nuestra zona de complacencia.

► *El letargo y la unción*

El patrón dijo: «¡Siervo malo y perezoso!» (Mateo 25:26). Demasiadas personas que son teológicamente aptas no se atreven a salir a las calles para hablarles del evangelio a otros. Tienen miedo de ver que alguien haga una profesión de fe; tal vez porque no sabrían después qué hacer con la persona! Recuerden, sin embargo, que el amo le dijo al siervo: «Has sido fiel en lo poco; te pondré a cargo de mucho más» (Mateo 25:23).

Cuando el Espíritu habla debemos escuchar y actuar. Por grande o pequeño que sea el asunto, todo lo que debemos hacer es obedecer y hacer nuestra parte. Lo que sucede después es responsabilidad de Dios.

La salvación es por gracia, pero la unción viene mediante el esfuerzo. Leemos: «Pero el que había recibido mil fue, cavó un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor» (Mateo 25:18).

Este hombre faltó a su deber en su unción. Fue culpable de esconder y «cercar» su unción. Dijo: «Yo sabía que usted es un hombre duro, que cosecha donde no ha sembrado y recoge donde no ha esparcido. Así que tuve miedo, y fui y escondí su dinero en la tierra» (Mateo 25:24-25).

Cercar es protegerse contra pérdidas. Es un mecanismo de defensa para evitar el dolor y la responsabilidad. Es una justificación por lo que no hicimos. «Tuve miedo y fui y escondí su dinero en la tierra». Cercar es evadir la responsabilidad, jugar a lo seguro. Este siervo no trabajó bajo su unción.

Obstrucción de la unción

Esta es la confesión de la persona entendida: «Lo sé, siegas donde no has sembrado». Pero este siervo fue holgazán: «¡Siervo malo y perezoso!» (Mateo 25:26). Fue un perdedor: «Quítenle las mil monedas y dénselas al que tiene las diez mil» (Mateo 25:28).

Hay una expresión: «Algunos ganan y otros pierden». En la economía de Dios usted tiene que *escoger* ser un perdedor, tiene que escoger obstruir su unción, y este hombre fue culpable. Jesús dijo: «Y a ese siervo inútil échelo afuera... donde habrá llanto y rechinar de dientes» (Mateo 25:30).

Fue condenación. Esto es lo que el siervo debería haber hecho: «Debías haber depositado mi dinero en el banco» (Mateo 25:27).

No nos gusta que se nos diga lo que deberíamos haber hecho, especialmente cuando es demasiado tarde. Esto es parte de la condenación. Si usted pierde su unción, será doloroso y solitario. No se preocupe por la opinión de los otros. No les permita que lo hagan actuar de una manera que obstruye su unción o que lo lleva a no aceptar la responsabilidad que Dios le ha dado. Crea en la soberanía de Dios, pero acepte como si todo dependiera de usted las responsabilidades que Dios le da. Tome en serio su unción y procure salvaguardarla.

Capítulo 34

La parábola de las diez vírgenes

«El reino de los cielos será entonces como diez jóvenes solteras que tomaron sus lámparas y salieron a recibir al novio».

Mateo 25:1

Durante muchos años, la parábola de las diez vírgenes ha sido una de mis favoritas. Se presenta en un contexto escatológico y se dijo para alertarnos al hecho de que Jesús volverá muy pronto. La parábola describe a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron a recibir al novio. Cinco eran sabias porque llevaron consigo aceite adicional para sus lámparas, pero las otras cinco eran insensatas porque no llevaron aceite adicional. El novio se demoró en venir, y todas se durmieron. A medianoche se oyó el anuncio: «¡Aquí viene el novio! ¡Salgan a recibirlo!» Las cinco vírgenes sabias pudieron hacerlo de inmediato, pero las insensatas no, puesto que el aceite se les había acabado y no tenían más. Tenían que ir a comprar aceite, pero para cuando volvieron el banquete del novio ya había empezado y las puertas estaban cerradas. La moraleja de la parábola es: «Manténganse despiertos porque no saben ni el día ni la hora» (Mateo 25:13).

Hace muchos años capté una idea de esta parábola. Siempre había pensado que el término *medianoche* indicaba cuándo Jesús va a volver. Había oído a muchos predicadores que hablaban del tiempo presente como siendo «cinco minutos antes de la medianoche». Pero la palabra griega que se traduce aquí como *medianoche* simplemente significa «en

medio de la noche». El punto al que quiero referirme es que hubo un intervalo entre el clamor: «¡Ahí viene el novio! ¡Salgan a recibirlo!» (Mateo 25:6) y su llegada en sí. En paralelo a esto pienso que habrá un despertar ampliamente extendido de la Iglesia poco antes del retorno de Cristo. Se oirá el clamor de que Él regresa, y veremos que tiene lugar un avivamiento. No edificaría toda mi escatología en ese versículo, pero ciertamente encaja.

Es importante recordar que el contexto de esta parábola es una continuación de los pensamientos expresados en Mateo 24, y que tienen que ver con los tiempos del fin. Después de hablar de los últimos días, Jesús pasó a presentar esta parábola. «El reino de los cielos será entonces como diez jóvenes solteras que tomaron sus lámparas y salieron a recibir al novio» (Mateo 25:1).

Así que estamos hablando de cómo serán las cosas en los últimos días finales, poco antes de la Segunda Venida. Es importante hacer una distinción aquí entre los últimos días y los días últimos finales. Según Hebreos 1:2, estamos en los últimos días, pero 1 Juan también habla de estar en los «últimos días». Sin embargo, los últimos días finales, a mi juicio, se refieren a la última regeneración antes de la Segunda Venida. No estoy diciendo que somos necesariamente esa generación, pero no me sorprendería que lo fuéramos.

Esta parábola en particular es importante porque es un recordatorio de que Jesús vuelve otra vez, y probablemente venga muy pronto. Es tan maravilloso saber que Él regresa. También nos muestra que nada le sorprende a Dios, porque Jesús estaba profetizando que la Iglesia se quedaría dormida, hablando en términos generales, en los últimos días. Lo curioso en esta parábola es que nunca se menciona a la novia. Más bien habla de «diez vírgenes». Pienso que Jesús estaba tratando de simbolizar que será una iglesia mixta. A Dios no lo toma por sorpresa que la Iglesia esté durmiendo, y

pienso que tendríamos que convenir en que en términos generales esta es una descripción acertada de la Iglesia en nuestro presente.

La parábola también muestra una base para los ministerios en los últimos días. Permítame explicarle lo que quiero decir con esto. Pienso que el clamor de medianoche da paso a un despertar de la Iglesia que resultará en un gran despertar. La gente de Israel se convertirá en grandes cantidades al Señor. Esto afectará al mundo islámico. Será un tiempo impresionante. Pero, tristemente, habrá algunos en la Iglesia que no lo captarán, porque son como las «vírgenes insensatas» que no llevaron aceite consigo; estarán sin preparación y durmiendo. No puedo imaginarme mayor aflicción que ser parte de la Iglesia y, sin embargo, perderse este glorioso acontecimiento.

Una de las imágenes más impactantes de esta parábola es la necesidad de tener aceite en su vasija. Al aceite se le ve proféticamente como el Espíritu Santo. Jesús estaba queriendo decir que habrá algunos en los últimos días que se darán cuenta de su gran necesidad del Espíritu Santo, pero que otros lo van a dar por sentado. La parábola martilla la importancia de estar listos para cuando Jesús venga, y tener que presentarnos ante Él en el día del Juicio. La cuestión en esta parábola no es si usted es salvo o perdido, sino si recibirá una recompensa. Pienso que hay una ambigüedad intencional aquí; tiene en mente dos significados. Hay, por cierto, un llamado evangelizador para que cualquier persona no salva vea la necesidad de estar «listo». Pero paralelo a eso, es un llamado a la Iglesia a despertarse.

El contexto de bodas

En esta parábola hay fuertes ilustraciones del matrimonio. Jesús estaba hablando de una boda; de una boda oriental, o particularmente del Medio Oriente, en tiempos antiguos. Los que oían a Jesús habrán entendido muy bien el contexto de sus comentarios.

La boda tuvo lugar en la casa del novio; no en un templo, catedral u oficina de registro civil. A veces las bodas tomaban la forma de una celebración de siete días. En un momento específico el novio llegaba a la casa de la novia para llevarla. La novia nunca sabía exactamente cuándo llegaría el novio a su morada. Había muchachas jóvenes que eran amigas de la novia (por eso se les llama «vírgenes» en la parábola), solteras, y que acompañaban a la pareja de novios desde la casa de la novia a la casa del novio. Había un desfile por las calles. Todos en el desfile tenían una actitud de expectación, y llevarían sus propias antorchas. Sin una antorcha se vería a la persona como aguafiestas y no tendría derecho a estar allí. Las festividades duraban varias horas, y a veces, como ya se mencionó, hasta siete días. Debido a que era incierto el momento preciso en que llegaría el novio, se esperaba que la novia estuviera lista para salir en cualquier momento. ¡A menudo el novio llegaba en plena noche!

Las lámparas en cuestión quemaban aceite, y periódicamente necesitaban que se les añadiera aceite para mantenerlas ardiendo. Las prudentes llevaban consigo un frasco con provisión adicional de aceite para que sus lámparas estuvieran siempre ardiendo. El hecho de que Jesús dijo que el novio se demoró en venir les decía a sus oyentes que su Segunda Venida podría demorarse un largo tiempo. Noten lo que dice Habacuc:

«Escribe la visión, y haz que resalte claramente en las tablillas, para que pueda

leerse de corrido. Pues la visión se realizará en el tiempo señalado; marcha hacia su cumplimiento, y no dejará de cumplirse. Aunque parezca tardar, espérala; porque sin falta vendrá».

Habacuc 2:2-3

Jesús quería significar que la demora, la espera por el novio, sería un tiempo largo. A decir verdad, ya han sido más de dos mil años hasta el día de hoy. Ha habido quienes han dicho que Mussolini era el Anticristo, después que era Stalin o Krushchev, y hasta hay quien dijo que la cicatriz que Gorbachov tiene en la frente ipodría ser la marca de la bestia! Recuerde solo una cosa: a la larga, Jesús va a volver. Los últimos días finales van a llegar. Los que preguntan «¿Qué hubo de esa promesa de su venida?» son como los que Pedro llama burladores (2 Pedro 3:3). Así que tenga cuidado al hablar para que no sea un descreído o un «burlador».

En la parábola se da por sentado que el pueblo de Dios es la esposa de Cristo. Se hace referencia a esto en muchos lugares en toda la Biblia. En 2 Corintios Pablo escribió: «El celo que siento por ustedes proviene de Dios, pues los tengo prometidos a un solo esposo, que es Cristo, para presentárselos como una virgen pura» (2 Corintios 11:2).

Esto es lo que Juan dijo mientras estaba en la isla de Patmos: «Vi además la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, procedente de Dios, preparada como una novia hermosamente vestida para su prometido» (Apocalipsis 21:2).

A la Iglesia se le ve como la esposa de Cristo, y en caso de que usted no se haya dado cuenta, todavía no estamos casados. Estamos solo comprometidos. Me encanta el comentario que hizo Charles Carrin, de que los dones del Espíritu Santo son el anillo de compromiso de la esposa. Estamos esperando el día en que tenga lugar el matrimonio; eso será en la Segunda Venida. Usted y yo estamos esperando que el Novio venga.

Una Iglesia mixta

Jesús dijo que cinco de las vírgenes eran insensatas y que las otras cinco eran prudentes. Hay quienes dicen que esto quiere decir que la mitad de la Iglesia, en verdad, no es salva. Pero debo recalcar que las vírgenes insensatas dijeron: «Denos un poco de su aceite porque nuestras lámparas se están apagando» (Mateo 25:8). En efecto, ellas tenían aceite, el Espíritu Santo. La parábola no se refiere a los no salvos. Nos guste o no, en los mejores tiempos la Iglesia siempre ha tenido a aquellos que poseen diferentes grados de expectativa, madurez y espiritualidad. Quisiéramos que todos los creyentes fueran igualmente de prudentes y que poseyeran la plenitud del Espíritu Santo, pero no es así. Pablo tuvo que reprender a la iglesia de Corinto, que había nacido en avivamiento. Los llamó carnales y mundanos. No dijo que no eran salvos. Nunca cuestionó eso. A decir verdad, Gálatas 5:4 dice: «Han caído de la gracia», lo que da munición a algunos que no saben el contexto y dicen que las personas pueden perder su salvación. No está diciendo eso en ningún lado. Se refiere a cómo un creyente puede retroceder y no disfrutar de lo que realmente es suyo. La Iglesia que Jesús describe es mixta: a la vez espiritual y carnal, fuerte y débil, madura e inmadura. La categorización sencilla de Jesús fue que eran «sabias» e «insensatas».

Resulta que opino que lo que sucedió el 11 de septiembre de 2001 fue la iniciación del clamor de medianoche: un precursor del mismo. Puede todavía llevar un tiempo antes de que empiece a sumarse todo, pero no pasará mucho para que los mensajeros de Dios tengan gran poder para predicar este mensaje respecto de los últimos días finales. Entonces la Iglesia se despertará y la condición en que estamos usted y yo, sabios o insensatos, se revelará.

Creyentes equivocados

«Las insensatas llevaron sus lámparas, pero no se abastecieron de aceite» (Mateo 25:3).

Imagínese llevar una lámpara y no tener suficiente aceite. ¿Qué querrá decir eso? Usted tiene lo que parece que se necesita, pero no posee suficiente aceite como para mantener su lámpara encendida. ¿Ha hecho provisión para asegurarse de que su lámpara se mantenga encendida? ¿Cuánto planea orar este año? ¿Qué clase de plan de lectura bíblica tiene para los próximos doce meses? ¿Cuán honda es su dedicación? O acaso piensa: *Ah, me va a ir bien, muchas gracias*. Si es así, entonces le digo con el más profundo respecto ¡Usted es un necio!

«Nada hay tan engañoso como el corazón. No tiene remedio. ¿Quién puede comprenderlo?» (Jeremías 17:9).

No se confíe tanto de usted mismo como para decir: «Me va a ir bien». ¿Se atreve a empezar su día sin haber pasado treinta minutos sobre sus rodillas? ¿Se asegura leer la Biblia, aunque nada más suceda ese día? Cuando venga el clamor a medianoche usted no estará pensando: *Pues bien, siempre llego a tiempo a mi trabajo, y recibí el aumento que quería. Logré la oportunidad que significaba tanto para mí*. ¿Se da cuenta cuánto significarán esas cosas entonces? Nunca piense que usted es el que va a estar bien. Haga provisión.

Las vírgenes sabias llevaron aceite en sus envases. Las insensatas tomaron sus lámparas pero no llevaron consigo aceite. Esto es como tener la Palabra sin tener el Espíritu; es como las Escrituras sin el poder de Dios. Sabemos que en la Biblia a menudo se usa el aceite para simbolizar al Espíritu Santo. A veces se simboliza al Espíritu Santo con fuego, como en el día de Pentecostés; pero el fuego viene del aceite. Si no hay suficiente aceite, no habrá fuego.

¿Qué nos enseña la Biblia en cuanto a los necios? El necio

es el que no quiere escuchar corrección: «Al necio le parece bien lo que emprende, pero el sabio atiende al consejo» (Proverbios 12:15). Y «A oídos del necio jamás dirijas palabra, pues se burlará de tus sabios consejos» (Proverbios 23:9).

El necio no escucha la corrección. No se deja enseñar. Pero hay algo más en cuanto al necio. A la larga quedará al descubierto. Este es un terrible versículo:

«Así, humildemente, [el hombre de Dios] debe corregir a los adversarios, con la esperanza de que Dios les conceda el arrepentimiento para conocer la verdad, de modo que se despierten y escapen de la trampa en que el diablo los tiene cautivos, sumisos a su voluntad».

2 Timoteo 2:25-26

El sabio es receptivo a la corrección y a la disciplina, pero el necio no. Pablo escribió en relación con la «trampa del diablo». Estaba animando a la gente a abrirse a la corrección y a enderezar las cosas rápidamente. Reconoció que si uno no lidia en forma veloz con los problemas, sea amargura, ira, sentimientos heridos o alguna otra cosa, entonces el diablo se aprovechará de eso. Si usted tiene algún tipo de debilidad y no hace provisión para protegerse, el diablo puede hallar una manera de meterse en su vida debido a eso. Ábrase a la corrección y esté preparado.

Creyentes maduros

«En cambio, las prudentes llevaron vasijas de aceite junto con sus lámparas» (Mateo 25:4).

La persona sabia escucha. La prueba de que usted es sabio es que escucha (Proverbios 1:5). Si alguien dice: «¿Puedo decirte algo?», usted escucha.

A veces lo más difícil en el mundo es abordar a una persona que se ha dejado dominar por una falta, cuando la persona no ve esa falta. Permítame hacerle una pregunta. ¿Piensa que hay alguien que quisiera decirle algo pero que no se atreve a acercársele? Tal vez alguien ya lo ha intentado, y usted no quiere escucharlo. Otra persona quizás haya tratado, y usted le ha contestado que todo marcha bien. Si dos o tres personas que lo conocen y lo quieren están diciendo lo mismo, necesita tomarlas en serio; a lo mejor tienen razón. La prueba de que usted es sabio es que acepta agradecido que alguien le diga la verdad: «Leales son las heridas que causa el que ama» (Proverbios 27:6, *RVR-60*). Desea corrección. Debemos querer recibirla como es debido. Cuando usted está a la defensiva, eso es una mala señal.

Este versículo (Mateo 25:4) indica que el creyente maduro sabe que no debe avanzar sin el Espíritu Santo. Se asegura de que tiene una adecuada provisión de aceite. Se nos dice que las sabias tomaron aceite en sus vasijas junto con sus lámparas, porque querían estar seguras.

¿Ha llegado a apreciar lo precioso que es el Espíritu Santo? ¿Se halla en el lugar en donde no quiere por nada del mundo afligirlo o apagar su capacidad para obrar en su vida? En mi lista de oración para el año 2002 anoté mi deseo de llegar a ser extremadamente sensible al Espíritu Santo. Por naturaleza tiendo a ser muy sensible. Tengo un ego muy frágil. Me encanta el elogio, y no me gustan las críticas. Me hieren los sentimientos muy fácilmente. Estas no son cosas grandiosas,

pero *quiero* ser de esa manera cuando se trata del Espíritu Santo. Quiero poder decir cuándo él se ofende. Pablo escribió en Efesios 4:30: «No agravien al Espíritu Santo de Dios». La palabra «agraviar» viene de una palabra griega que quiere decir «herir los sentimientos». El Espíritu Santo es una persona. Se pueden herir sus sentimientos. Quiero conocer al Espíritu Santo tan bien que cuando se hieren sus sentimientos pueda sentirlo tan pronto como esto sucede.

Una condición miserable

«Y como el novio tardaba en llegar, a todas les dio sueño y se durmieron»

(Mateo 25:5).

Esto parece ser profético, como si Jesús estuviera diciéndole a la Iglesia que cuando Él vuelva van a estar espiritualmente dormidos. Hay que notar tres cosas respecto del sueño; las podríamos llamar tres características del descarrío. Se nos dice: «Hay caminos que al hombre le parecen rectos, pero que acaban por ser caminos de muerte» (Proverbios 14:12).

Uno no se da cuenta de que está dormido

Primero, nos damos cuenta de que nos hemos quedado dormidos cuando despertamos.

Uno hace cosas que no haría estando despierto

Cuando estamos dormidos, soñamos cosas que ni siquiera nos pasarían por la mente estando despiertos. ¿Se ha despertado alguna vez diciéndose: «¡Gracias a Dios que fue solo un sueño!»? Cuando uno sueña, a veces hace cosas que no se atrevería a hacer estando despierto. Así, cuando usted está espiritualmente dormido, también hace cosas que no haría si estuviera espiritualmente despierto. Todo empieza de forma muy sencilla. Usted hace una excepción: «No voy a orar hoy porque Dios sabe lo atareado que estoy, y tengo que llegar a tiempo a esta cita». ¿Puedo citarle algo del diario de Martín Lutero? «Tengo un día muy atareado hoy, por lo que debo pasar en oración no dos horas, sino tres». Lutero reconoció que al pasar más tiempo en oración lograría hacer más.

¿Cómo es que se las arregla para ver siempre su programa favorito de televisión pero tiene dificultades para hacerse tiempo para orar? Es mucho más fácil ver Frazier que leer la Biblia. Y puede pensar: «También es mucho más divertido». Sé lo que quiere decir con eso. A veces leer la Biblia no es inspirador. Pero hay cosas que usted hace porque es lo debido. No siempre me siento inclinado a orar, ¡pero lo hago! No siempre me siento con ganas de leer la Biblia, ¡pero lo hago! No quiero ni pensar cómo serían las cosas si no lo hiciera. Usted no sabe que está dormido sino cuando se despierta y piensa: *No puedo creer que haya hecho esto. He dejado que mi vida se convierta en este caos. He estado haciendo cosas que dije que jamás haría.*

Le disgusta el sonido del despertador

Cuando uno está dormido y alguien trata de decirle algo, por lo general la reacción es rezongar: «¡Déjame tranquilo!» Jesús dijo: «Dices: “Soy rico; me he enriquecido y no me hace falta nada”; pero no te das cuenta de que el infeliz y miserable, el pobre, ciego y desnudo eres tú» (Apocalipsis 3:17).

¿Por qué se quedaron dormidas las vírgenes? Tal vez habían estado impacientes de que las cosas no sucediesen con más rapidez. Esta es a menudo la razón por la que la gente se descarría. Dicen: «Pues bien, oré, y Dios no respondió a mi oración». Entonces concluyen ligeramente: «Dios en realidad no me ama». «He tenido esta palabra profética, y todavía no ha sucedido». «Jesús dijo que viene, y todavía no ha venido».

Lo animo a decidir que, sin que importe cuánto tiempo se lleva Él para contestar su oración, sin que importe cuánto tiempo usted debe esperar para que lo que pide se cumpla, *no* se dé por vencido. Mantenga aceite en su lámpara. No deje que el fuego se apague.

El clamor a medianoche

En plena noche llegó una palabra inesperada (Mateo 25:6). Fue una advertencia urgente, una llamada inequívoca para despertarse, porque, aunque usted no lo crea, todas las vírgenes se despertaron y arreglaron sus lámparas.

Algunos perderán su recompensa

Si las cinco vírgenes necias fueron creyentes descarriados y no preparados, ¿perdieron su salvación? Después de todo leemos que luego de que el novio llegó, «las jóvenes que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas. Y se cerró la puerta» (Mateo 25:10).

Entonces las vírgenes insensatas se aparecieron y exclamaron: «¡Ábrenos la puerta!» Pero la severa respuesta fue: «¡No, no las conozco!» (Mateo 25:11-12). Solo las vírgenes sabias entraron a la celebración de la boda. La cuestión es: ¿solo ellas fueron salvas? ¿Quedaron eternamente perdidas las vírgenes insensatas? Si es así, eso refuta la enseñanza de una vez salvo, siempre salvo.

Hemos dicho que Jesús a menudo dijo parábolas que tenían una ambigüedad intencional. La ambigüedad, por lo general, es que hay un significado general tanto como uno específico en la parábola. El significado general aquí es simplemente estar listo para la Segunda Venida de Jesús. El específico muestra que las vírgenes insensatas son los que se pierden lo que está planeado para ellos: la celebración de la cena de bodas del Cordero. Es una descripción de los que serán salvos por fuego (1 Corintios 3:14-15). Perderán su recompensa. De cierta manera, se perderán lo que podría haber sido suyo. La cena de bodas del Cordero se describe en el libro de Apocalipsis. La parábola de las diez vírgenes es primordialmente escatológica, pero también describe a los que pierden lo que podría ser suyo.

Es interesante observar que nunca se menciona a la novia en esta parábola, sino solo a las vírgenes. Esto se debe, a mi juicio, a esto: Todos los redimidos constituyen la esposa de Cristo, y a todos los redimidos los glorificará. Pero habrá cosas que algunos se perderán, y van a desear haber sido más fieles. Jesús quería mostrar, como lo hizo vez tras vez en las

parábolas del reino de los cielos, cómo van a ser las cosas para los creyentes que dan por sentado la responsabilidad que les corresponde.

¿Por qué hay tantos a los que el cristianismo es una fe que los hace sentirse cómodos? ¿Por qué hay tantos creyentes que jamás han conducido un alma a Cristo? No se arrellane cómodamente y racionalice la posición que ha escogido tomar.

Esta parábola incluso podría ser simbólica del avivamiento. Cuando la Iglesia se despierta, los que no tienen aceite están en problemas serios y no disfrutarán del despertamiento. Alguien me dijo una vez: «Usted tiene miedo de que el avivamiento venga y yo me lo pierda, ¿verdad?» Le dije que sí. Esta parábola se diseñó para despertarlo.

Una palabra inesperada

El grito a medianoche fue una palabra inesperada. Hay tres puntos clave respecto de esto.

Una providencia de proporciones extraordinarias

Debido a la providencia de la gracia de Dios, sucederá algo que despertará a la Iglesia antes del regreso de Jesús. ¿Cómo va a suceder esto en el siglo XXI? Casi con certeza incluirá más que la exhortación a «salir para recibir al esposo». Debe ser algo que será sostenido por una providencia de proporciones extraordinarias. Por eso estoy convencido de que sacudones mundiales como el ocurrido el 11 de septiembre juegan una parte para preparar el camino para el evangelio. Tales eventos estremecen tanto a los salvos como a los inconversos.

No pienso que este clamor a medianoche haya tenido lugar ya completamente. Opino que lo próximo que tendrá lugar en el calendario de Dios es un derramamiento del Espíritu Santo con tal poder y en tal medida que los predicadores tendrán poder más allá del que jamás han conocido. Eso todavía no ha sucedido. Desde el 11 de septiembre la gente por todo el mundo está de nuevo hundiéndose en su letargo. Tal vez en los Estados Unidos estén más despiertos que en otros países debido a que este incidente sucedió precisamente en este país.

Una proclamación con una perspectiva extraordinaria

Mire lo que sucedió hace muchos cientos de años entre Isaac e Ismael. Hubo profecías que son muy asombrosas en el contexto del presente. Observe la rivalidad que se mantiene a través de los años entre judíos y árabes. En el siglo VI surgió Mahoma y el surgimiento del islam, y entonces los árabes tuvieron una base teológica para unirse. Pienso que esta antigua rivalidad aumentará en fervor en estos últimos días finales, y veremos una profunda hostilidad como nunca antes hemos visto. Todo lo que ha sucedido ya es apenas el principio, y esto provee el contexto para que el Espíritu de Dios se derrame sobre sus mensajeros. Esto es providencia de proporciones extraordinarias. Resultará en predicación con poder extraordinario; una proclamación del evangelio con una perspectiva extraordinaria. Jesús viene pronto, ¡salga a recibirlo!

La necesidad de disciplina

La década del 1950 fue, para mí, una época en la que tuve visiones. Una vez vi lo siguiente respecto de esta parábola. Vino el grito a medianoche, y cuando se oyó, hizo que creyeran la verdad personas que uno jamás hubiera pensado que la creerían. Presenciando esto, pensé para mis adentros: *¡Está esta gente creyendo esto de veras!* Sin embargo, pude salir a las calles el próximo fin de semana y gritar: «¡El Esposo viene! ¡Salgan a recibirlo!» La gente simplemente se reía de mí, porque las cosas no eran así al momento. Sin embargo, algo tendrá lugar que afectará a los ateos, infieles y agnósticos de este mundo, y a los miembros de la Iglesia que nunca se han convertido, y a los que sí se han convertido pero que están durmiendo; *¡todos van a despertarse!*

Cuando venga completamente el grito de la medianoche, considero que los creyentes tendrán una mayor autoridad para predicar evangelio. Creo, si estoy vivo, que tendré la autoridad que no he tenido antes.

Mateo 25:7 dice: «Entonces todas las jóvenes se despertaron y se pusieron a preparar sus lámparas» (Mateo 25:7). Fue un sentido de conciencia moral; un súbito darse cuenta del deber y una vuelta a la disciplina. El problema con muchos creyentes hoy es que no son disciplinados. Se las arreglan para llegar a tiempo a su trabajo, pero leen la Biblia solamente si es conveniente y si pueden levantarse a tiempo. Usted se asegura de pagar sus cuentas, pero por alguna razón, orar...; pues bien, tiene buenas intenciones de hacerlo alguna vez. Es disciplinado cuando están en juego su billetera, su bolsillo y todo lo que tiene que ver con su forma de vida. Pero cuando se trata de cosas espirituales no tiene la misma disciplina. Jesús nos estaba dando esta parábola para presentarnos un reto. ¿Qué ha hecho la fe cristiana para cambiar su vida y su forma de vida? ¿Cuán disciplinado es

usted?

¿Por qué una persona puede decir genuinamente un día: *Señor, tú sabes que te amo*, pero al día siguiente viene la tentación y ceden a ella sin titubear? ¿Por qué? No tienen disciplina. Jesús le dijo a la iglesia de Éfeso: «Has abandonado tu primer amor» (Apocalipsis 2:4). Usted ha perdido su primer amor. ¿Puede recordar el tiempo en el que Jesús era tan especial, tan real y precioso? Dice: «Pues bien, no es como era antes, pero usted sabe, Dios entiende que estoy muy ocupado». ¿Sabe lo que Jesús dijo? «¡Recuerda de dónde has caído! Arrepiéntete y vuelve a practicar las obras que hacías al principio. Si no te arrepientes, iré y quitaré de su lugar tu candelabro» (Apocalipsis 2:5).

Lo que eso quiere decir es que Dios va a levantar a algún otro para que haga lo que usted no quiere hacer. No permita que eso suceda.

Si la iglesia de Inglaterra hubiera sido todo lo que se suponía que debía haber sido en el siglo XVIII, jamás habría habido una iglesia metodista. Si la iglesia metodista hubiera sido todo lo que se suponía que debía ser en el siglo XIX, nunca hubiera habido un Ejército de Salvación. Dios levanta a los que hacen el trabajo. Decidí hace mucho tiempo que diría: *Señor: no vayas a algún otro. Aquí estoy yo; envíame a mí.* Necesitamos una restauración de la devoción.

El novio se tarda

Esta es una confesión de melancolía: «Las insensatas dijeron a las prudentes: “Dennos un poco de su aceite porque nuestras lámparas se están apagando”» (Mateo 25:8).

Hay cosas que tenemos que aprender de esto. La necesidad de las insensatas quedó descubierta, pero no sino *hasta* que el novio regresó. Algunos, algún día, quedarán al descubierto. Al momento podemos llevar máscaras de respetabilidad y guardar las buenas apariencias, pero cuando el novio regrese, todo quedará descubierto y a la luz. Para mí es interesante que si el novio hubiera llegado más temprano, las vírgenes insensatas no hubieran quedado al descubierto, porque todavía todas tenían aceite. Fue debido a que el novio demoró la llegada que resultó que algunas no fueron todo lo que habían pensado que serían.

Hubo un tiempo en el que si el novio hubiera llegado, tal vez usted hubiera recibido una recompensa, porque en ese momento su lámpara estaba con aceite y encendida, estaba encendido por el Señor. Si tan solo el novio hubiera venido entonces... Pero se demoró, y usted se enfrió.

Es probable que una de las razones por las que Dios retarda su venida es para permitir que todos vean cómo somos en realidad. Piense de la persona que ora y Dios no contesta sus oraciones la primera semana, así que se da por vencida. Dice: «Pues bien, oré al respecto, pero no recibí respuesta. A Dios no le importo». Sin embargo hay otros que, tres años más tarde, siguen orando; seis años más tarde, todavía oran; de eso es precisamente de lo que estoy hablando. Dios se tarda, simplemente, para ver cuán profunda es realmente nuestra devoción. Muchos empiezan con gran entusiasmo, pero cuando Dios esconde su rostro y las cosas no suceden, la gente empieza a darse por vencida. Si este es usted, entonces Dios, en su gracia, está aguijoneándolo y diciéndole: «No

endurezcas tu corazón».

El triste hecho es que no hubo un cambio en la condición espiritual de las vírgenes después del clamor de medianoche. Para entonces era demasiado tarde. Quizás ahora usted va a admitir que su lámpara está apagándose. Es asombroso cómo nosotros, en un tiempo en el que no tenemos otra alternativa, no nos avergonzaríamos del Señor. Por lo menos las vírgenes confesaron su condición real. Suplicaron ayuda a las sabias que estaban llenas del Espíritu Santo. «Dennos un poco de su aceite; oren por nosotros; nosotros lo hemos echado todo a perder». Predigo que eso es lo que va a sucederle a la Iglesia. Algunos de nosotros que hemos sido inalcanzables, que no nos dejamos enseñar y que somos inflexibles, diremos: «Necesito ayuda». Pero entonces será demasiado tarde.

Todavía hay tiempo para cruzar al otro lado y no ser una virgen insensata que un día quedará al descubierto. Mientras no se oiga el grito de la medianoche, todavía hay tiempo. «Cúdense de no echar a perder el fruto de nuestro trabajo» (2 Juan 8).

Consejo improvisado

«No—respondieron estas—, porque así no va a alcanzar ni para nosotras ni para ustedes. Es mejor que vayan a los que venden aceite, y compren para ustedes mismas» (Mateo 25:9).

Las sabias se vieron ante una decisión crítica. La verdad es que tenían solo suficiente para sí mismas, porque ellas también se habían quedado dormidas. Habían cabeceado. Así que su consejo improvisado fue: «Vayan a los que venden aceite y compren para ustedes mismas». En otras palabras, haga lo que pueda según las circunstancias. Las vírgenes sabias que llevaron aceite adicional para sus lámparas no pudieron ayudar a las insensatas. Bien podría ser que usted quiere ayudar a los que lo han echado todo a perder, pero dice: «Por la gracia de Dios, apenas tengo lo suficiente; no lo merezco yo mismo, pero no sé qué decirte». Mientras esto está sucediendo, el Señor vuelve: «Pero mientras iban a comprar el aceite llegó el novio, y las jóvenes que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas. Y se cerró la puerta» (Mateo 25:10).

Este es el momento real de la Segunda Venida. Hubo un período entre el clamor a medianoche y la venida real del novio; no sabemos cuánto. Pero el grito a la medianoche será evidente para todos, y bien podría ser hoy, mañana, el próximo año o dentro de dos; no va a pasar mucho más antes de que la Segunda Venida.

«La señal del Hijo del hombre aparecerá en el cielo, y se angustiarán todas las razas de la tierra. Verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria. Y al sonido de la gran trompeta mandará a sus ángeles, y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, de un extremo al otro del cielo».

Mateo 24:30-31.

¿Está usted listo para ese momento?

Entonces vino la celebración del matrimonio. Las vírgenes que estuvieron listas entraron con el novio al banquete de bodas. Hasta entonces nosotros, la Iglesia, apenas estamos comprometidos en matrimonio. En la Biblia el compromiso matrimonial era permanente. No se rompía el compromiso matrimonial. Si lo hacía, era tan serio como divorciarse. Por eso es que José pensaba que debería divorciarse de María cuando descubrió que estaba encinta, aunque apenas estaban comprometidos en matrimonio.

Aunque Dios jamás romperá el compromiso matrimonial, habrá algunos a los que se encontrará durmiendo y se perderán mucho de lo que podría haber sido suyo. Busque al Señor mientras pueda encontrarlo. Si Dios le está hablando, bien podría ser que todavía puede cruzar al otro lado. Para la era venidera, usted puede estar en primera fila.

«Después llegaron también las otras. “¡Señor! ¡Señor!—suplicaban—. ¡Ábrenos la puerta!” “¡No, no las conozco!”, respondió él» (Mateo 25:11-12).

Esto describe a los que se van a perder la venida, y no habrá nada que puedan hacer porque entonces será demasiado tarde. El resultado es un cierre implacable. Jesús terminó la parábola con lo que yo puedo llamar solamente la conclusión principal: «Por tanto—agregó Jesús—, manténganse despiertos porque no saben ni el día ni la hora» (Mateo 25:13).

¿Qué debe hacer usted mientras tanto? Si oye hoy su voz, no endurezca su corazón (Hebreos 3:15). Si el Espíritu Santo está obrando en usted, agradézcale. Vuelva a su primer amor. Vuelva a la disciplina. Permita que esta palabra sea su llamado a despertarse. El castigo interno del Señor (la espada de dos filos; Hebreos 4:12) es la mejor manera de resolver sus problemas. Dios habla, y usted dice: «Señor: tú has sido paciente conmigo, y ya he esperado demasiado, pero hoy capto el mensaje; gracias».

Capítulo 35

La parábola de las ovejas y los cabritos

«Vengan ustedes, a quienes mi Padre ha bendecido; reciban su herencia, el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo».

Mateo 25:34

Esta es la parábola final en este libro y, hasta donde sepamos, fue la última parábola de Jesús. Por cierto, es la principal en el Evangelio de Mateo. Es una parábola que revela el tribunal de Cristo y, por consiguiente, tiene un contexto escatológico. Vimos en la parábola de las vírgenes una revelación de un gran despertamiento y después la Segunda Venida de Jesús. En la parábola de los talentos vimos cómo a la fidelidad se la recompensa en el tribunal de Cristo. En la parábola de las ovejas y los cabritos, sin embargo, el escenario es más general. No se da una distinción meramente entre los salvos y los perdidos; se da una distinción entre los salvos que reciben una recompensa y los perdidos. Este es un punto que soslaya casi todo comentario bíblico y todo erudito bíblico. Pero perderse este punto es caer derecho en manos de los que dicen que esto prueba que somos salvos por buenas obras. La parábola es un recordatorio de que todos compareceremos ante el tribunal de Cristo para dar cuenta de las cosas que hayamos hecho mientras estuvimos aquí en la tierra, sean buenas o sean malas.

Algunos cuestionarían si esta es realmente una parábola, porque empieza: «Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria» (Mateo 25:31). En otras palabras, suena más como una profecía o un relato de la vida real. Pero al continuar

leyendo hallamos que es una mezcla: hay lenguaje parabólico junto con detalles reales de la Segunda Venida. Así es como Jesús escogió describir la justicia final. Como ya he dicho en relación con tantas otras parábolas, esta no es fácil; jamás diga que Jesús fue sencillo. Así que ¿por qué es difícil esta?

Por un lado, habla de un juicio literal de las naciones. Se nos dice: «Todas las naciones se reunirán delante de él» (Mateo 25:32).

¿Quiere decir esto que a los Estados Unidos se les juzgará como nación? ¿Y también a Rusia? Ahora allí hay un problema. ¿Se juzgará a una nación por sus méritos de hoy o por su historia? ¿En lugar de juzgar a Rusia, juzgará Dios a lo que fue la Unión Soviética? ¿Acaso a la Rusia zarista? Es difícil interpretar esta afirmación de Jesús.

Es también difícil porque una lectura superficial de la parábola sugeriría que uno va al cielo o al infierno sobre la base de si dio de comer a los pobres o no, o le dio algo al que tenía hambre y a los que estaban en la cárcel. Se nos dice que Dios rechazará a los que están a su izquierda (los cabritos), mientras que dará la bienvenida a los salvos (las ovejas) (Mateo 25:34, 41). Pero no es tan sencillo. Muestra una distinción entre los perdidos y los salvos que tienen una recompensa, porque a las ovejas Jesús les dice: «Vengan ustedes, a quienes mi Padre ha bendecido; reciban su herencia, el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo» (Mateo 25:34).

Herencia es una palabra que casi siempre se usa en la Biblia en referencia con una «recompensa». Por eso esto trata de los salvos que reciben recompensa y los perdidos. Si se refiere a la manera de la salvación, querría decir que solo los que dieron de comer a los pobres y visitaron a la gente en la cárcel irán al cielo, mientras que los que no hicieron esas acciones irán al infierno. Si se piensa que la parábola se refiere a los salvos a los que se les da una herencia, eso lo cambia todo.

¿Por qué es importante esta parábola?

La parábola revela, y solo en esta parábola se explica, por qué razón Dios creó el infierno. ¿Alguna vez se ha preguntado eso? Se nos dice: «Apártense de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles» (Mateo 25:41).

El infierno se creó originalmente para Satanás y los que cayeron con él. No sabemos cuántos ángeles cayeron. Si se toma Apocalipsis 12 como que se refiere a la revuelta de Satanás en el cielo, entonces tal vez un tercio de los ángeles cayó, pero eso es un poco especulativo. Lo que sí sabemos es que Satanás trató de reclutar a todo ángel del cielo para que se rebelara contra Dios, y logró ganar a algunos. Dios creó infierno para el diablo y sus ángeles.

Esta parábola también es un recordatorio de que fue Dios quien creó el infierno. No permita que nadie le diga que usted hace su propio infierno. Sé lo que la gente quiere decir con eso. Usted puede ser un necio y escoger el camino de las tinieblas en lugar del camino de la luz, y puede hacer su propia cama en el infierno. Pero tiene que recordar que el infierno fue idea de Dios.

El filósofo alemán Ludwig Feuerbach dijo que Dios no es otra cosa que la proyección del hombre contra el telón del universo. Dijo que el hombre quiere creer que hay un Dios en alguna parte allá afuera que le dará el cielo cuando muera; que el hombre ha creado una clase de figura que le dará cierta clase de paz. Pues bien, dada esa lógica, ¿quién hubiera pensado en el infierno? No hay nada más horrible ni nada más horrendo; nada más horroroso. No hay nada bueno en él. El hombre no hubiera pensado en esto. El infierno fue idea de Dios.

La parábola nos recuerda que Dios no olvida lo que hemos hecho. A menudo nosotros *en efecto* nos olvidamos. Hace

poco escribí un libro llamado *Thanking God* (*Cómo agradecer a Dios*) para recordarnos que Dios quiere que se le agradezca. Cuente sus bendiciones; dígalas una por una; le sorprenderá lo que el Señor ha hecho. Nosotros tendemos a olvidarnos, así que necesitamos recordarnos. Pero Dios no necesita recordarse; Él nos recuerda que sabe lo que ha hecho por nosotros. Y también sabe lo que nosotros hemos hecho.

«Porque Dios no es injusto como para olvidarse de las obras y del amor que, para su gloria, ustedes han mostrado sirviendo a los santos, como lo siguen haciendo» (Hebreos 6:10).

Dios lo ve todo. Esta parábola nos recuerda que Dios recuerda. Pero es también un recordatorio de que en el infierno uno tendrá su memoria. Abraham le dijo al rico, en la parábola del rico y Lázaro: «Hijo, recuerda que durante tu vida te fue muy bien» (Lucas 16:25).

Hay otra cosa que es importante en relación con esta parábola. Es una indicación adicional de que el infierno es eterno tanto como el cielo. Ahora bien, nosotros estamos muy contentos porque el cielo es eterno, pero muchos no están contentos con que el infierno sea eterno. Esta parábola concluye con las palabras de Jesús: «Aquellos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna» (Mateo 25:46).

El cielo y el infierno son igualmente paralelos, igualmente perpetuos. No tenemos derecho a ser selectivos y decir: «Creo en el cielo y que durará para siempre, pero no creo en el infierno». Pero si no hay infierno, no hay cielo. Esto es muy claro. Algunos irán al castigo eterno y otros (los justos) a la vida eterna.

El profesor David Gooding, erudito de reputación mundial del idioma griego, de la Universidad de Queens, Belfast, me mostró que en griego literalmente dice: «Se alejarán al castigo eterno». Los que creen en la aniquilación dicen: «Es castigo eterno porque es eterno; y se acabó». Piensan que a los no salvos se les aniquilará. Pero en griego dice: «Castigo

eterno».

Quisiera que no fuera así. No me gusta tener que hablar de esto en esta última parábola. Pero esta parábola también nos muestra lo cierto que es que Jesús es el Alfa y la Omega. Eso quiere decir que Él tuvo la primera palabra, y tendrá la última. Él es el Juez de todo esto.

«Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, con todos sus ángeles, *se sentará* en su trono glorioso» (Mateo 25:31, cursivas añadidas).

Y así, «El Rey les responderá: “Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicieron por mí” (Mateo 25:40). Y «Él les responderá: “Les aseguro que todo lo que no hicieron por el más pequeño de mis hermanos, tampoco lo hicieron por mí”» (Mateo 25:45).

Jesús tendrá la última palabra

El Juez

Su poder

En Mateo 24:30 a Jesús se le llama el Hijo del hombre, que es eco de las palabras de Daniel (véase Daniel 7:13).

«Verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria. Y al sonido de la gran trompeta mandará a sus ángeles, y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, de un extremo al otro del cielo».

Mateo 24:30-31

El Rey de gloria viene una segunda vez, y entonces será Juez

«¡Miren que viene en las nubes! Y todos lo verán con sus propios ojos, incluso quienes lo traspasaron; y por él harán lamentación todos los pueblos de la tierra» (Apocalipsis 1:7).

Lo que tuvo lugar en Nueva York el 11 de septiembre de 2001 virtualmente no es nada comparado con el llanto y el rechinar de dientes que tendrá lugar cuando Él venga en su gloria. Nunca antes ha habido tal demostración de poder.

«Todas las naciones se reunirán delante de él, y él separará a unos de otros» (Mateo 25:32).

Su postura

«Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, con todos sus ángeles, se sentará en su trono glorioso» (Mateo 25:31).

¿Se da cuenta de cómo estaremos usted y yo? Estaremos de pie. Esto se ve consistentemente en todo el Nuevo Testamento. Cada vez que se menciona el juicio estamos de pie. Las multitudes están de pie, pero Jesús está sentado. En tiempos antiguos la posición de estar sentado era de autoridad. Jesús enseñó el Sermón del Monte estando sentado. Poncio Pilato no dictó su decreto de juicio sino después de haberse sentado. Así que leemos: «Luego vi un gran trono blanco y a alguien que estaba sentado en él» (Apocalipsis 20:11). Estaremos de pie. Él estará sentado.

Su provincia

«Todas las naciones se reunirán delante de él» (Mateo 25:32).

La palabra que en griego se utiliza para «naciones» aquí es *ethnos*, que simplemente quiere decir «pueblos», así que bien podría ser un error leer la palabra *naciones* en un sentido técnico. Por consiguiente, no se debería necesariamente entender como que quiere decir las naciones o gobiernos del mundo, aunque Dios bien puede reunirlos ante sí de alguna manera. Tal vez lo ha estado haciendo durante siglos, porque la verdad es que Él siempre ha controlado a las naciones; derriba a unos y exalta a otros (Salmos 75:7). Las naciones, para Él, son apenas una gota en el vaso (Isaías 40:15). A los malos enviará al infierno, así como a todas las naciones que se olvidan de Dios (Salmos 9:17). Pero este pasaje en Mateo 25 probablemente hay que entenderlo como refiriéndose a toda raza, tribu, lengua, nación, villa, provincia, todo acento, todo dialecto; *todas* las personas del mundo estarán ante él. El mar dará sus muertos (Apocalipsis 20:13). Usted y yo estaremos allí. Toda persona que ha existido estará allí. Adolf Hitler estará allí, Saddam Hussein estará allí, Fidel Castro estará allí, Benito Mussolini estará allí, los antiguos emperadores perversos de Roma estarán allí.

¿Cómo se reunirán las naciones? Se las convocará. No será una invitación de cortesía en una tarjeta diciendo: «Su majestad, el Rey Jesús, gentilmente, lo invita a que comparezca ante su trono de gloria». En el libro de Apocalipsis se nos dice que harán todo lo que esté a su alcance para escaparse. Será un espectáculo digno de verse, dice Juan en Apocalipsis 6:15:

«Los reyes de la tierra, los magnates, los jefes militares, los ricos, los poderosos y todos los demás, esclavos y libres, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de las montañas. Todos gritaban a las montañas y a las peñas: “¡Caigan sobre nosotros y escóndannos de la mirada del que está sentado en el trono y de la ira

del Cordero”».

Apocalipsis 6:15-16

Todo esclavo y todo hombre libre; esto incluye a los pobres. No piense que porque usted es pobre va a estar exento. No piense que porque su vida ha sido dura estará exento. A todo hombre libre y a toda persona escondida en las cuevas y entre las peñas se la citará. Los citatorios llenarán a la gente de tanto terror que tratarán de suicidarse, si eso fuera posible. Pero será demasiado tarde.

«Porque ha llegado el gran día del castigo! ¿Quién podrá mantenerse en pie?» (Apocalipsis 6:17).

Su prerrogativa

Se nos dice que Jesús hará la separación (Mateo 25:32-33). Tiene derecho de hacer esto con antelación a la sentencia, e incluso con antelación a las audiencias de los casos de las personas. Si usted quiere una oportunidad de abogar por su caso, probablemente tiene abundante tiempo, porque se nos dice que habiendo dictado la sentencia, la gente empezará a tratar de cambiar la opinión del juez (Mateo 25:44). Pero «El Señor conoce a los suyos» (2 Timoteo 2:19).

Por eso, tan pronto como los salvos mueren van al cielo. Dios no tiene que pensarlo dos veces y decir: «Ahora, veamos; ¿creyó esta persona en mí? ¿Podría alguien alcanzarme el registro y dejarme verlo? ¿Adónde voy a enviarlo, al cielo o al infierno?»

El Señor conoce a los suyos, y separará a las personas sobre la base de lo que ya sabe. Será un momento horrible. A los amigos se los separará de los amigos para nunca más volver a verlos, al igual que a las personas en general de sus seres queridos. A gente que usted conoce se la sacará de donde usted está, y entonces se hallará junto a personas que no conoce. Y aquellos a los que se separó de usted nunca más los volverá a ver. Esa es la prerrogativa del Juez.

Su procedimiento

En Mateo 25:34 el Rey no se dirige a los que no son salvos sino a los que lo son y tienen una herencia. Jesús no trata, en esta parábola, con los que son salvos por fuego. Hizo eso en la parábola de las diez vírgenes y en la parábola de los talentos. En esta parábola en particular afirmó de inmediato a los que tenían una herencia. En ese momento recibir su recompensa significará todo para usted. Por supuesto, es mucho mejor ser salvo por fuego que ir al fuego eterno. El apóstol Pablo dijo: «Más bien, golpeo mi cuerpo y lo domino, no sea que, después de haber predicado a otros, yo mismo quede descalificado» (1 Corintios 9:27).

El procedimiento de separación empieza en el versículo 34. Jesús se dirige a los que están a su derecha: «Reciban su herencia, el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo» (Mateo 25:34). Todo lo que vamos a recibir ya se planeó para nosotros; no es un pensamiento tardío.

A los de su izquierda les dirá: «Apártense de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles» (Mateo 25:41).

¿Sabe por qué se les llama malditos? Es porque llevan sus propios pecados. Jesús ya ha llevado los pecados de los salvos, pero los que no confían en lo que hizo en la cruz llevan sus propios pecados, y por eso se les llama malditos.

La justicia

La estrategia del juicio

La estrategia muestra por qué se separa a las personas. A los de la derecha Jesús les dirá:

«Porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; fui forastero, y me dieron alojamiento; necesité ropa, y me vistieron; estuve enfermo, y me atendieron; estuve en la cárcel, y me visitaron».

Mateo 25:35-36

A los de la izquierda les dirá:

«Tuve hambre, y ustedes no me dieron nada de comer; tuve sed, y no me dieron nada de beber; fui forastero, y no me dieron alojamiento; necesité ropa, y no me vistieron; estuve enfermo y en la cárcel, y no me atendieron».

Mateo 25:42-43.

Así que la estrategia del juicio es simplemente mostrar el porqué de la separación. Habrá quienes dirán: «Yo quiero estar en ese lado», y él les explicará por qué están donde están. Lamentablemente, usted no podrá cruzar al otro lado. El gran golfo estará fijo, y no podrá cruzar de un lado a otro. No habrá cambios de destinos en ese entonces. Le digo: «Este es el momento propicio de Dios; ¡hoy es el día de salvación!» (2 Corintios 6:2).

No endurezca su corazón.

La norma del juicio

¿Cuál supone usted que será la norma del juicio? Basada en esta parábola es la forma en que la gente trató a la Iglesia.

«Señor, ¿cuándo te vimos hambriento... y no te ayudamos? Él les responderá: “Todo lo que no hicieron por el más pequeño de mis hermanos, tampoco lo hicieron por mí”» (Mateo 25:44-45). La norma es la manera en que usted cuida de la iglesia de Dios, en que atiende al pueblo de Dios y en que trata a otros creyentes. Los que fueron salvos son los que cuidaron de la Iglesia y de otros creyentes. Ellos son los que tienen la herencia. Los que se perdieron mostraron desdén por la Iglesia de Dios y por los creyentes; esa es la norma del juicio.

La sorpresa del juicio

Mire los versículos 37 y 44: habrá sorpresas en ambos lados. Tanto los que tienen una herencia como los que están perdidos eternamente se llevarán una sorpresa. Los cristianos que recibieron recompensa no se dan cuenta de que han hecho algo grande. Tomaron en serio las palabras de Jesús y simplemente cumplieron con su deber (Lucas 17:10). No estaban esperando una recompensa. Jesús dijo: «Que no se entere tu mano izquierda de lo que hace la derecha» (Mateo 6:3). Los perdidos, por otro lado, no se dan cuenta de que han hecho algo malo. No vieron necesidad de cuidar de la Iglesia o del pueblo de Dios. La implicación es que si lo hubieran sabido, hubieran actuado en forma diferente. No se dieron cuenta de que hubiera sido a Jesús a quien estaban sirviendo.

Hace años invitaron a un ministro de Colorado para ir a Calcuta y hacer alguna obra con la monja católica Gonxha Agnes, más conocida como Madre Teresa. Al final de un día de ministrar a los pobres ella le hizo una pregunta: «¿Vio a Jesús hoy?»

Puedo garantizarle que si a Su Majestad la reina se le desinflara una llanta de su limusina frente a su casa, usted saldría disparado para hacer lo que sea para ayudarla. La invitaría a pasar, le daría de comer, haría todo lo que pudiera para atenderla. Jesús está diciendo: «Tienes que verme detrás de los necesitados». En la vida debemos procurar ser consistentes en la manera en que tratamos a otros; dar igual tiempo al vagabundo y a otro que es de la clase media. Haga todo lo que pueda porque nunca sabe a quién está alcanzando.

Martín Lutero dijo: «Cuando llegue al cielo espero tres sorpresas: los que están en el cielo y yo no esperaba que estuvieran allí; y los que no estarán allí y que pensé que sí

estarían. Pero la mayor sorpresa será que yo mismo me encontraré allí». Cuando lleguemos al cielo nos quedaremos sorprendidos al ver quién recibe una recompensa, y nos sorprenderá ver quién fue salvo por fuego. Pero la mayor sorpresa para todos nosotros será que Dios recuerda todo lo que hemos hecho. Él sabe lo que usted ha atravesado. Él sabe si usted dignificó una prueba. Él sabe si usted perdonó totalmente. Él sabe si usted puede hacer algo sin rezongar. Él sabe si usted puede hacer algo sin pedir crédito. Él se lo acreditará.

El sentido del juicio

Algunos dicen: «No me juzgue por mis acciones». Quieren que se les juzgue por sus obras. ¡Lo serán! El juicio revelará lo egoístas, defensivas y santurronas que son las personas. Jesús no dio en esta parábola una explicación total para el juicio, pero sí dio un indicio de que Dios se da cuenta de todo. Él conoce cuando la gente lo aborrece; sabe cómo lo acusan. La persona más vilipendiaba en la historia del mundo es Dios. Dios se da cuenta de cómo el hombre lo acusa de todos los males del mundo. De un solo plumazo Dios declarará su justicia y limpiará su nombre.

La sentencia del juicio

Desde el momento en que concibió el plan de redención, Dios también planeó nuestra herencia. Piense en el libro de Ezequiel. Contiene los planes detallados que Dios tiene para Israel. Esos planes concernientes al templo ahora se descartaron (de otra manera, en espera de su cumplimiento, todavía estaríamos haciendo sacrificios de sangre). El templo en Ezequiel simplemente muestra lo que Dios *habría hecho* por Israel. Nada podría ser más doloroso que el que descubra lo que podría haber sido, y lo que el Señor había concebido para usted. Pero usted dijo: «No. Tengo que hacerlo a mi manera: sexo, bebidas, placer». Una de las cosas que harán infierno del infierno será darse cuenta cómo las cosas pudieron haber sido.

La recompensa en el infierno será retribución (Mateo 25:41). Según este versículo, el infierno no puede ser aniquilación. Si ese fuera el caso, ¿por qué el fuego tendría que ser eterno? Si aniquila, todo se incineraría. La aniquilación nunca entró en la mente de Dios. Ojalá hubiera entrado. Lo preferiría. Los que creen en la aniquilación, lamentablemente, presentan al no creyente una explicación teológica en bandeja de plata: lo que los no creyentes quieren creer, que cuando mueran, su conciencia termina y todo se acabó.

Se nos dice que a Satanás no se le aniquilará: «El diablo, que los había engañado, será arrojado al lago de fuego y azufre, donde también habrán sido arrojados la bestia y el falso profeta. Allí serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 20:10).

Finalmente Jesús dijo: «Aquellos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna» (Mateo 25:46).

Esas son palabras aleccionadoras para terminar el último capítulo de este libro. Solo sé que son palabras de Jesús. Creo

que todos debemos recordar este versículo de Génesis: «Tú, que eres el Juez de toda la tierra, ¿no harás justicia?» (Génesis 18:25).

Amén.

Notas

About the Author

R. T. Kendall pastoreó durante 25 años la histórica Capilla de Westminster, Londres, Inglaterra, como sucesor de G. Campbell Morgan y Martyn Lloyd-Jones. A principios de 2002 se mudó a su país natal, los Estados Unidos, donde vive con su esposa, Louise. Al presente ministra por toda Norteamérica como parte del equipo de Word, Spirit and Power, junto con Jack Taylor y Charles Carrin. Kendall es autor de numerosos libros, entre ellos *Total Forgiveness*, *The Anointing* y *The Sensitivity of the Spirit*.

La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en comunicación cristiana que satisfaga las necesidades de las personas, con recursos cuyo contenido glorifique a Jesucristo y promueva principios bíblicos.

PARÁBOLAS DE JESÚS

Edición en español publicada por

Editorial Vida – 2005

Miami, Florida

©2005 por Editorial Vida

All rights reserved under International and Pan-American Copyright Conventions. By payment of the required fees, you have been granted the non-exclusive, non-transferable right to access and read the text of this e-book on-screen. No part of this text may be reproduced, transmitted, down-loaded, decompiled, reverse engineered, or stored in or introduced into any information storage and retrieval system, in any form or by any means, whether electronic or mechanical, now known or hereinafter invented, without the express written permission of Zondervan e-books.

EPub Edition © SEPTEMBER 2013 ISBN: 9780829777147

Originally published in the USA under the title:

The Parables of Jesus

© 2004 R.T. Kendall

Sovereign World LTD

Traducción: *Miguel Mesías*

Edición: *Rojos & Rojas Editores, Inc.*

Diseño interior: *Rojos & Rojas Editores, Inc.*

Adaptación cubierta: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS.

ISBN: 978-0-8297-4388-3

CATEGORÍA: *Estudios bíblicos/Jesús, Evangelio y hechos*

10 11 12 13 14 ❖ 9 8 7 6 5 4

About the Publisher

Founded in 1931, Grand Rapids, Michigan-based Zondervan, a division of HarperCollinsPublishers, is the leading international Christian communications company, producing best-selling Bibles, books, new media products, a growing line of gift products and award-winning children's products. The world's largest Bible publisher, Zondervan (www.zondervan.com) holds exclusive publishing rights to the *New International Version of the Bible* and has distributed more than 150 million copies worldwide. It is also one of the top Christian publishers in the world, selling its award-winning books through Christian retailers, general market bookstores, mass merchandisers, specialty retailers, and the Internet. Zondervan has received a total of 68 Gold Medallion awards for its books, more than any other publisher.



Notas

Capítulo 9

1. Arthur Blessitt ha llevado cargando una cruz de cuatro metros desde 1969, en un viaje que hasta aquí lo ha llevado por 300 naciones y unos 58.000 kilómetros. Fuente: www.blessitt.com.

Capítulo 13

1. Relato colocado en el sitio de Tony Campolo en la web: www.tonycampolo.org.

Capítulo 31

1. Philip E. Haward, Jonathan Edwards (editor), David Brainerd (editor), *The Life and Diary of David Brainerd*, (Grand Rapids: Baker, 1989).

Las parábolas de JESÚS

UNA GUÍA PARA ENTENDER Y APLICAR
LAS ENSEÑANZAS DE JESÚS



 Editorial Vida

Dr. R.T. Kendall